

LIBROS DE FILO

“Y el Museo era una fiesta...”

Documentos para una Historia
de la Antropología
en Buenos Aires

María Rosa Neufeld, María Cecilia Scaglia
y María Julia Name (compiladoras)



ANTROPOLOGÍA

“Y el museo era una fiesta...”

“Y el Museo era una fiesta...”
Documentos para una Historia
de la Antropología en Buenos Aires

María Rosa Neufeld, María Cecilia Scaglia
y María Julia Name (compiladoras)



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

Decana
Graciela Morgade
Vicedecano
Américo Cristófalo

Secretario General
Jorge Gugliotta

Secretaria Académica
Sofía Thisted

Secretaria de Hacienda y Administración
Marcela Lamelza

Secretaria de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil
Ivanna Petz

Secretaria de Investigación
Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado
Alberto Damiani

Subsecretaria de Bibliotecas
María Rosa Mostaccio

Subsecretario de Publicaciones
Matías Cordo

Subsecretario de Publicaciones
Miguel Vitagliano

Subsecretario de Transferencia y Desarrollo
Alejandro Valitutti

Subsecretaria de Relaciones Institucionales e Internacionales
Silvana Campanini

Dirección de Imprenta
Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Colección Libros de Filo

Coordinación: Martín G. Gómez
Edición: Liliana Cometta
Diseño de tapa e interior: Magali Canale-Fernando Lendoiro
Maquetación: Gonzalo Mingorance

ISBN 978-987-3617-68-3
© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2015

Subsecretaría de Publicaciones
Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina
Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar
www.filo.uba.ar



El documento se navega a través de los marcadores.

Y el museo era una fiesta... : Documentos para una Historia de la Antropología en Buenos Aires

/ Daniela Ávido ... [et.al.] ; compilado por María Rosa Neufeld ; María Cecilia Scaglia ; María Julia Name. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2015. 384 p. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-3617-68-3

1. Antropología. 2. Arqueología. 3. Etnografía. I. Ávido, Daniela II. María Rosa Neufeld, comp. III. María Cecilia, Scaglia, comp. IV. Name, María Julia, comp. CDD 930.1

Fecha de catalogación: 18/12/2014

Versión digital: Ed. María Clara Diez, Ed. Paula D'Amico



Índice

Introducción	9
<i>María Rosa Neufeld, María Cecilia Scaglia y María Julia Name</i>	9
Primera parte: Conferencia inaugural	15
<hr/>	
Las furias y las penas. O de cómo fue y podría ser la antropología	17
<i>Eduardo Menéndez</i>	
Segunda parte: Jornadas “50 años de antropología en Buenos Aires, 1958-2008”	37
<hr/>	
Presentación	39
<i>María Rosa Neufeld y Ana María Zubieta</i>	
Creación y primeros años. 1958-1966	43
<i>Panelistas: Hugo Ratier, Edgardo Cordeu, Celina Gorbak y Mirtha Lischetti Coordinadora: María Julia Name</i>	

Debates internos y éxodo de profesionales. 1967-1972	73
<i>Panelistas: Leopoldo Bartolomé, Cristina Chiriguini, Marcelino Fontán, Alicia Tapia y Cecilia Hidalgo Coordinadora: Analía Canale</i>	
Las ciencias antropológicas y el proyecto de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. 1973-1974	117
<i>Panelistas: Susana Margulies, Ricardo Slavutsky, Hugo Ratier, Julieta Gómez Otero, Juan Carlos Radovich</i> <i>Coordinador: Pablo Perazzi</i>	
Dictadura y resistencia. 1975-1983	163
<i>Panelistas: Mónica Berón, Cecilia Pérez de Micou, Pablo Wright, Gabriela Karasik, Claudia Guebel y Alejandro Balazote</i> <i>Coordinadora: Carolina Crespo</i>	
El proceso de apertura democrática y la Antropología. 1984-1991	227
<i>Panelistas: María Rosa Neufeld, Vivian Scheinson, Douglas Cairns y Juan Besse Coordinador: Maximiliano Rúa</i>	
El impacto de las políticas neoliberales en la producción antropológica. 1992-2001	257
<i>Panelistas: Raúl Carnese, Vanina Dolce, Ana María Lorandi, Alicia Martín, Jorge Micelli y Daniel Oliva, Mariana Rabaia y Alejandro Goldberg Coordinadora: María Cecilia Scaglia</i>	
Intersecciones en el quehacer antropológico. 2002-2008	283
<i>Panelistas: Cristina Bellelli, Walter Delrío, Alicia Goicochea, Gabriela Novaro, Jorge Miceli Coordinadora: Marcela Woods</i>	

Tercera parte. Mesa redonda “¿Para qué sirve la Arqueología?”	319
El contexto de una pregunta	321
<i>Vivian Scheinsohn</i>	
Miseria de la arqueología. Entre la ciencia y el compromiso social	325
<i>Carlos R. Belotti López de Medina</i>	
¿Para qué sirve la arqueología? Una respuesta personal	339
<i>Patricia Bernardi</i>	
Arqueología de Gestión: una asignatura pendiente	345
<i>Mirta Bonnin y Norma Ratto</i>	
Grupo “Difundiendo Arqueología”	353
<i>Daniela Ávido, Melina Bednarz, Victoria Fernández, Erico G. Gáal, Ezequiel Gilardenghi, Paula Miranda, Gabriel Ángel Moscovici Vernieri, Mariana Ocampo, Patricia Salatino, Federico Scartascini y Anabella Vasini</i>	
Cuarta parte. Equipo de trabajo “Construyendo memorias”	361
Construyendo memorias: detenidos-desaparecidos de la carrera de Ciencias Antropológicas (1974-1983)	363
<i>Eugenia Morey, Pablo Perazzi y Cecilia Varela</i>	

Introducción

María Rosa Neufeld, María Cecilia Scaglia y María Julia Name

En 2008 se cumplieron cincuenta años de la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires, carrera que fuera aprobada por el Consejo Superior a fines de 1958 y que comenzó a funcionar al año siguiente. Con motivo de ese aniversario, el Departamento de Ciencias Antropológicas¹ organizó actividades conmemorativas de las que participaron docentes, estudiantes y graduados de las dos orientaciones de la carrera. Para ello se conformó un equipo de trabajo que fue discutiendo nuestra propia historia disciplinar y los criterios para el armado de los eventos.

Los festejos se inauguraron el 3 de abril con la conferencia “Las furias y las penas. O de cómo fue y podría ser la antropología” a cargo del Dr. Eduardo Menéndez, que fue invitado teniendo en cuenta su participación como estudiante de la primera cohorte en el proceso de creación de la carrera. Ese mismo mes tuvo lugar el panel “Antropología,

¹ En ese momento las autoridades del Departamento de Ciencias Antropológicas eran María Rosa Neufeld (directora) y María Cecilia Scaglia (secretaria académica).

salud y trabajadores”, en homenaje a Santiago Wallace y Nil-da Zubieta, del que participaron Mabel Grimberg, Josefina Martínez, Cristina Cravino y Marcelo Sarlingo, con la coordinación de Susana Margulies.²

El 25 de septiembre se realizó una mesa redonda que tuvo por título “¿Para qué sirve la Arqueología?”, coordinada por Vivian Scheinsohn y con la participación de Mirta Bonnin, Norma Ratto, Patricia Bernardi, Carlos R. Belotti López de Medina y miembros del Grupo “Difundiendo Arqueología”.

Finalmente, entre el 8 y el 10 de octubre se desarrollaron las Jornadas “50 años de antropología en Buenos Aires. 1958-2008” que culminaron con una fiesta en el jardín del Museo Etnográfico. En ese lugar, inolvidable para las primeras generaciones de estudiantes y profesores, se dieron cita la música, los recuerdos y los brindis entre los participantes, representantes de las distintas épocas de la carrera.

Las jornadas consistieron en una serie de siete paneles que fueron estructurados teniendo en cuenta situaciones de cambio institucional y los principales actores en cada etapa. Es decir que los paneles reflejaron etapas históricas en una secuencia jalonada por instancias de quiebre institucional y/o político. La diversidad de propuestas teóricas, conceptuales e ideológicas que desde un primer momento convivieron en la carrera se expresaron a lo largo de estas jornadas.

Quienes participaron como expositores fueron invitados teniendo en cuenta el haber desempeñado una acción destacada en cada período como estudiantes, como graduados, como docentes, como investigadores, como autoridades o como militantes.

2 Estos materiales fueron publicados por primera vez en el N° 39 de la revista *Espacios de crítica y producción* de 2008.

En el transcurso de estos tres días se realizó simultáneamente una muestra de fotografías seleccionadas a partir del aporte de los compañeros y colegas que transitaron a lo largo de estos años por la carrera. En la muestra se le dio especial importancia al registro fotográfico de la primera camada de estudiantes, complementando las imágenes con los recuerdos de sus protagonistas extraídos de las propias entrevistas. La curaduría estuvo a cargo de un equipo especializado en antropología visual.

También se armó un equipo de trabajo llamado “Construyendo memorias” que se dedicó a reactualizar el listado de estudiantes, profesores y graduados de nuestra carrera que fueron víctimas del terrorismo de estado. Este proceso de trabajo incluyó la revisión y digitalización de fichas académicas y legajos radicados en la Dirección Técnica de Alumnos y en la Dirección de Personal de nuestra facultad, documentación que fue entregada a los familiares de las víctimas en la jornada de cierre.

Este libro reúne una parte del material resultante de estas actividades en las que se expresan las experiencias de quienes, en el transcurso de esos cincuenta años, formaron parte de esta carrera. Estos cincuenta años estuvieron jalonados por sucesos académicos relacionados con procesos históricos y políticos nacionales e internacionales, de los que se intenta dar cuenta en esta publicación.

Se trata, por lo tanto, de una reconstrucción de la historia de nuestra disciplina que recoge múltiples voces. Seguramente, aunque el lector podrá encontrarse con diversos testimonios, como toda historia, seguirá siendo un aporte parcial, que expresa la visión de un conjunto de actores. Esperamos que el texto contribuya a una historia discipli-

nar entendida como una “empresa teórica crítica”.³ Así, es probable que adquiriera tantas significaciones como lectores tenga. Para quienes fueron actores de esa historia, probablemente constituya, ante todo, una conmemoración nada menos que de los cincuenta años de creación de una carrera. Quienes militan o han militado en diversos espacios de la carrera, probablemente rescaten más aquellos aspectos vinculados con la participación política. Para quienes investigan sobre la historia de la antropología, tal vez lo consideren un insumo para ser analizado críticamente ya que contiene testimonios de muchos de los protagonistas. En todos los casos, esperamos que sea una herramienta para pensar.

Esta publicación está organizada en cuatro partes. La primera contiene la transcripción de la conferencia del Dr. Eduardo Menéndez; la segunda incluye las presentaciones y discusiones de los paneles de las jornadas;⁴ en la tercera se encuentran las exposiciones realizadas en el panel “¿Para qué sirve la arqueología?”; y finalmente, en la última parte se presenta un artículo elaborado por el grupo de trabajo “Construyendo memorias”.⁵

El título del libro: “Y el Museo era una fiesta...” evoca una de las expresiones vertidas en la Conferencia Inaugural, que sintetiza el clima de camaradería que vivían en los comienzos de la carrera quienes allí participaban en los diferentes espacios.

Podemos analizar críticamente desde dónde fueron di-

3 Darnell, R. 2001. *Invisible Genealogies. A History of Americanist Anthropology*. Lincoln/ Londres: University of Nebraska Press.

4 Los primeros cinco paneles fueron desgrabados y el texto fue revisado y corregido por los/as expositores/as. Los dos paneles restantes, que lamentablemente por razones técnicas no pudieron ser desgrabados, fueron reconstruidos a partir de los textos que cada panelista escribió para hacer su presentación.

5 El material de la muestra fotográfica también fue publicado parcialmente en el N° 39 de la revista *Espacios de crítica y producción* de 2008.

chos los discursos que forman parte de este libro. Podemos cuestionar aquello que quedó afuera o analizar lo incluido, y preguntarnos los motivos. En cualquiera de los casos, lo que es indudable es que todos formamos parte del proceso de construcción de nuestra disciplina en el país, y es desde ahí que debemos pensarnos cuando leemos este libro. Las presencias, ausencias, inclusiones y omisiones deben ser pensadas contextualmente y sin dar nada por supuesto.

Agradecemos:

- » a las autoridades de la Facultad de Filosofía y Letras que hicieron posible la conmemoración de los primeros 50 años y esta publicación. En particular a la Editorial de la Facultad.
- » a las autoridades del Departamento de Ciencias Antropológicas, Liliana Sinisi y Maximiliano Rúa (2011-2012).
- » a Liliana Cometta, quien realizó un trabajo de corrección y edición impecable.
- » a quienes conformaron el equipo “Construyendo memorias”, Pablo Perazzi, María Eugenia Morey y Cecilia Varela.
- » a la comisión organizadora de las jornadas, integrada por: Analía Canale, Carolina Crespo, Hernán Palermo, Marcela Woods, Luciana Gazzotti, Andrea Pegoraro y Vivian Scheinsohn.
- » al equipo de antropología visual a cargo de la muestra fotográfica: Débora Lanzeni, Maximiliano Rúa, Mercedes Hirsch, Laura Ruggiero y Laura Santillán.
- » a todos los panelistas, que revisaron y corrigieron sus exposiciones.
- » a todos los que participaron en cada una de las instancias brindando sugerencias, aportando material de sus archivos personales, y ofreciendo su colaboración.

Primera parte: Conferencia inaugural

3 de abril de 2008

Las furias y las penas. O de cómo fue y podría ser la antropología

Eduardo Menéndez

Mi conferencia será un tanto dispersa e, inclusive, anecdótica. Y la primera anécdota tiene que ver con su título, el cual trataré de aclarar dado que varias personas me han preguntado sobre su significado. Creo que elegí ese título por tres razones complementarias. Primero, porque quería citar uno de los grandes textos de Pablo Neruda, *Las furias y las penas*, para subrayar que en la época en que contribuimos a crear la carrera de Antropología, a varios compañeros y especialmente a mí –y esto lo quiero subrayar– nos interesaba mucho más la poesía que los textos antropológicos, incluidos los marxistas y fenomenológicos por los cuales yo estaba bastante influido. En segundo lugar porque, dada su ambigüedad, el título podía atraer a algunos compañeros –y especialmente a los más jóvenes– a escucharme, ya que temía que fuéramos muy pocos. Y tal vez ese sea uno de los factores que ha convocado a tantos asistentes a esta reunión donde la mayoría son jóvenes estudiantes y egresados.

Y, por último, porque dicho título no solo tiene que ver con lo que voy a exponer sino que constituye una especie de

metáfora, y tal vez una síntesis, de lo que fue la trayectoria de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Universidad Nacional de Buenos entre 1958 y 1976. Una trayectoria en la que, justamente, las furias y las penas fueron constituyéndose en características básicas de nuestra sociedad, a través de procesos que condujeron no solo a nuestra masiva –y a mi juicio, equivocada– renuncia a la universidad luego de la denominada “Noche de los bastones largos”, sino también al dominio de la carrera por profesores y proyectos, que salvo excepción, se caracterizaron por su baja calidad académica y por representar concepciones antipopulares. Y, sobre todo, por la desaparición, muerte y exilio de compañeros en distintas etapas de esa trayectoria.

Señalado lo anterior, aclaro que en esta plática voy a hablar de tres aspectos más o menos complementarios. Primero presentaré algunos comentarios algo personales sobre el origen y desarrollo inicial de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad Nacional de Buenos Aires, como se llamaba en aquellos tiempos. Después plantearé algunas ideas sobre lo que era, debía o podía ser la antropología social en ese primer lapso, para nosotros. Y, por último, me detendré en algunas consideraciones sobre la situación actual de la antropología social que contrastan, a mi juicio, con aquello que nosotros pensábamos que “debía ser” la antropología.

Comenzando, entonces, con el primero de los temas señalados, quiero especificar que la carrera de Ciencias Antropológicas que se creó en 1958 fue exclusivamente un proyecto de varios profesores de la carrera de Historia y, especialmente, de uno de ellos: Marcelo Bórmida. Es Bórmida –y muy en segundo lugar otros profesores– quien propone a los alumnos de Historia la posibilidad de crear dicha carrera. Y un pequeño número de esos alumnos, caracterizados porque éramos buenos alumnos, estudiosos,

y también activistas, resolvimos apoyar dicha creación y formamos parte del proyecto. Pero el plan inicial –quiere subrayarlo– fue formulado exclusivamente por los docentes y, en ese momento, no hubo ningún plan alternativo de los alumnos. Solo más tarde, entre 1962 y 1964, íbamos a comenzar a proponer modificaciones al plan de estudios a partir de objetivos propios.

Ahora bien, se ha hablado mucho sobre la ideología fascista y nacionalista de derecha del cuerpo docente de la carrera de Ciencias Antropológicas en sus inicios. Además, varias personas han señalado su asombro y desconcierto por el apoyo que inicialmente los alumnos dimos al plan propuesto por dicho cuerpo docente. Y, por lo tanto, yo creo que hay que hacer algunas precisiones y aclaraciones.

Lo primero a recordar para algunos o de informar para otros, es que ciertos docentes iniciales no eran ni fascistas ni nacionalistas de derecha sino, por el contrario, estaban cerca de lo que podríamos llamar posiciones socialdemócratas –como Fernando Márquez Miranda y más tarde Enrique Palavecino– o pertenecían a tendencias más o menos liberales en términos sociales y políticos –como Rosenwasser o Cortazar. Pero, y es el punto que más me interesa aclarar, los docentes que, más tarde nos enteramos tenían un pasado nazifascista, no incluían estas perspectivas en el desarrollo de sus clases ni fuera de ellas, por lo menos en los primeros años. Es decir, la dimensión ideológica no aparecía inicialmente como un factor de antagonismo ni de proselitismo.

Más aún, es importante recordar que la principal figura teórica de la carrera, es decir, Marcelo Bórmida, cuya materia Etnología General era el núcleo teórico fuerte de la misma, no solo no hablaba ni recomendaba bibliografía relacionada con posiciones fascistas o de extrema derecha sino que el autor que más recomendaba y con el cual él se identificaba era Ernesto De Martino. Y De Martino, para los

que no lo conocen, les recuerdo que era –y para mí sigue siendo– el principal antropólogo gramsciano italiano.

Nosotros comenzábamos nuestra formación teórico/metodológica leyendo un texto de De Martino que se llamaba *Naturalismo e storicismo*, que era una crítica a las teorías positivistas y funcionalistas y coincidía en gran medida con nuestras lecturas marxistas y de otras corrientes críticas respecto justamente de posiciones positivistas y funcionalistas. Seguíamos con la lectura de *Il mondo magico*, donde si bien De Martino utiliza las ideas de Benedetto Croce, cuestiona algunas de las principales propuestas neohegelianas de este autor, que en ese momento tenía una influencia muy notable, y no solo en la carrera de Antropología. Y, lo que más me interesa subrayar, es que en textos ulteriores, como *Muerte y llanto ritual* o *La terra del rimorso*, De Martino no solo se distancia radicalmente de Croce, sino que establece una especie de programa de estudio de las clases subalternas italianas, y en particular de los sectores campesinos localizados en el sur de Italia, basado en gran parte en las concepciones de Gramsci.

Pero además, De Martino trabaja con una serie de antropólogos y psiquiatras jóvenes que, como Tulio Sepilli y Giovanni Jervis, se caracterizarán no solo por su filiación marxista sino también por su activismo profesional y político. Más aún, De Martino era miembro del ala izquierda del Partido Socialista Italiano que dirigía Pietro Nenni y había participado activamente en la lucha contra el fascismo.

Y esto Bórmida lo sabía mejor que nosotros, y sin embargo en aquellos primeros años rescataba positivamente el pasaje de De Martino desde posiciones croceanas a una posición a la que no daba nombre pero que era la gramsciana, la que se expresa en *La tierra del remordimiento*, en *Muerte y llanto ritual*, en *Sur y magia* y, especialmente, en el texto de De Martino *En torno al mundo popular subalterno*.

Estas propuestas y posiciones no solo posibilitaron inicialmente una convivencia teórico-ideológica sino que, en mi caso, contribuyeron a introducirme en la lectura de De Martino y de Gramsci. Paradojalmente, fuimos uno de los primeros grupos que, en la Universidad de Buenos Aires, comenzó a manejar en forma directa o indirecta a Gramsci, antes de que se produjera ulteriormente su expansión. Yo rescato fuertemente estos aspectos, que más adelante van casi a desaparecer, cuando Bórmida gire cada vez más hacia determinadas posiciones fenomenológicas.

Pero para mí el eje del distanciamiento no está tanto en la adhesión de Bórmida a la fenomenología, sino en el alejamiento y crítica que él establece respecto de una antropología que comienza a preocuparse por determinados problemas sociales actuales, y que es la que va a impulsar cada vez más una parte de nosotros. Y cuando digo “nosotros”, me refiero al alumnado de esta primera época.

El proceso de politización de nuestro país, y especialmente el que se generó en el movimiento estudiantil a fines de los cincuenta y durante los sesenta, condujo a nuestro propio proceso de politización e ideologización. Esto nos llevó, a parte de los estudiantes de antropología o recién graduados, a recuperar problemáticas que no eran tratadas por los docentes de antropología y de las cuales las más importantes en aquel momento eran la situación y la explotación colonial, el racismo especialmente referido a nuestras poblaciones indígenas y afroamericanas, los movimientos sociales de liberación y las desigualdades socioeconómicas pensadas en términos de clases sociales.

Ahora bien, no pueden entenderse estos procesos si no se los refiere al contexto económico, político e ideológico del lapso que estamos comentando, pero que no tenemos tiempo de desarrollar ni de analizar. Dicho contexto debe referir, además, no solo a procesos económico-políticos sino

a los específicamente universitarios o a aquellos en los cuales los universitarios tendremos una participación activa. Y subrayo lo de universitarios porque en ese momento gran parte de la vida política la referíamos casi exclusivamente a la situación interna de la universidad.

Considero que durante el lapso que estamos presentando, algunos de los principales procesos de este último tipo fueron los siguientes:

- » La lucha en torno a lo que se denominó la “laica/libre”, que fue importante en el proceso de ideologización y politización de muchos de nosotros.
- » El inicio de episodios de lucha armada en el noroeste de nuestro país, en los cuales participaron compañeros universitarios, como saben algunos de ustedes.
- » La denuncia del “Proyecto Camelot” y de otros realizados en América Latina dirigidos y/o concretados por antropólogos y sociólogos, y de los cuales el más significativo para nosotros fue la investigación sobre violencia social en el medio rural realizada en cuatro países de la región, incluida la Argentina, y en la que participaron activamente sociólogos y antropólogos de izquierda de la Universidad de Buenos Aires.
- » El golpe militar encabezado por el general Onganía y la renuncia masiva de universitarios –que se calcula fuimos mil trescientos– como expresión de oposición al mismo.
- » La realización del Congreso de Americanistas en la Argentina, que inicialmente cuestionamos, proponiendo que era incongruente que hubiéramos renunciado mil trescientos docentes a la universidad y se tuviera una participación activa en dicho Congreso sin denunciar la situación que estaba atravesando el país y la universidad. Por lo cual solicitamos que el Congreso de Americanistas planteara una denuncia del golpe militar de Onganía, lo que no se hizo y por lo tanto no solo lo cuestionamos sino que no participamos.

Hay otros procesos que ocurrieron en ese lapso, y de los cuales solo voy a citar dos más, porque eran, de alguna manera, muy decisivos al interior del movimiento estudiantil y universitario en general durante los cincuenta, y sobre todo durante los sesenta: la discusión sobre si el trabajo político debía reducirse a la universidad o si debía realizarse básicamente fuera de ella o el papel del saber, del conocimiento, en los procesos que, utópicamente o no, nos planteábamos en términos de transformación social.

Son estos y otros aspectos los que a mi juicio van a generar realmente el distanciamiento cada vez más fuerte con Bórmida y otros miembros del equipo docente y que nos van a conducir a nosotros como grupo a “descubrir” el nazismo de Menghin y a cuestionar su permanencia en la universidad. Que nos va a llevar a proponer una modificación del plan de estudios –ahora sí, propuesta por nosotros– centrada en la defensa e inclusión de la antropología social. Y esto, más allá de nuestras críticas a la antropología social estructural-funcionalista, que en esos momentos era una de las tendencias dominantes a nivel internacional.

Debemos reconocer a la distancia –cosa que no ocurría en ese momento– que nuestras críticas a la antropología social coincidían con varias de las críticas formuladas por Bórmida, aunque desde diferentes perspectivas. Por eso, desde mi interpretación, la “fenomenología” adoptada por Bórmida y la “antropología social” adoptada por nosotros constituían algo así como máscaras ideológicas y no solo oposiciones teórico-metodológicas. Los elementos de fondo del distanciamiento se referían a los aspectos que ya señalé, aun cuando se expresaran a través de estos enmascaramientos teórico-metodológicos. Es decir, fue nuestro proceso ideológico y de politización y nuestras nuevas propuestas sobre los temas y problemas que la antropología social debía estudiar, los que condujeron al distanciamiento, mucho

más que las “posiciones teóricas y metodológicas” en torno a la fenomenología o a la antropología social.

Subrayo que esta es mi interpretación del proceso y no pretendo que otros compañeros que vivieron dicho proceso lo registren e interpreten en la misma forma que estoy proponiendo.

Lo que la Antropología podía o debía ser

El segundo aspecto que voy a desarrollar brevemente y que complementa lo dicho hasta ahora tiene que ver con la idea que teníamos respecto de lo que la antropología debía y podía ser.

El primer aspecto a señalar es que la casi totalidad de los alumnos que inicialmente apoyamos e impulsamos la creación de la carrera de Antropología teníamos una visión nebulosa, deshilvanada, con motivaciones difusas de lo que era y lo que podía ser la antropología. Para ser más correcto impulsamos este proyecto sin tener muy claro en qué consistía, incluidos los objetivos y posibilidades de la antropología.

Y este aspecto lo considero muy importante porque nuestras ideas sobre el quehacer antropológico se fueron construyendo en la práctica, y en función tanto de procesos teóricos y metodológicos específicos como de los procesos políticos e ideológicos desarrollados dentro y fuera de los ámbitos universitarios. Es dentro de estos ámbitos que vamos a ir precisando nuestros objetivos intelectuales en torno a eso que al principio teníamos bastante confuso y difuso. Y no lo planteo en términos peyorativos ni negativos sino en términos de descripción fenomenológica.

Si bien la politización y la ideologización fueron básicas para precisar y establecer nuestra manera de pensar y ha-

cer antropología, eso no significa que nosotros pensáramos en una determinación económico-política e ideológica del conocimiento. Desde nuestra formación historicista y en menor medida existencialista e interaccionista simbólica, considerábamos el saber, por lo menos en parte, como una construcción social, pero nunca como un proceso determinado, y menos determinado desde afuera del propio saber.

Ahora bien, las principales características de la antropología social que pensábamos debía realizarse son casi obvias, pero me interesa presentar y comentar al menos algunas de esas obviedades.

La primera de esas características –y no en orden de importancia– es que nos interesaba estudiar y comprender problemas y grupos sociales latinoamericanos. Esto suponía dos cuestiones centrales. La primera, que teníamos una fuerte visión latinoamericana, y no solo nacional. Creo que este es uno de los elementos que, más allá de que algunas tendencias peronistas lo rescaten como un elemento propio, estaba prácticamente en casi todos los grupos, vinieran de donde vinieran. Es decir que entre fines de los cincuenta y durante la década de los sesenta, pensar en términos latinoamericanos constituía una manera común de pensar nuestro país, lo cual es una de las características que más rescato de ese período.

Y segundo, un hecho que al principio era borroso –como la mayoría de los hechos de este tipo para nosotros– pero que luego se fue precisando en la práctica y en las reflexiones sobre el mismo. Y así comenzamos a proponer que si nos íbamos a dedicar a la antropología social era para estudiar sujetos y procesos que pertenecieran a nuestra propia sociedad, aun trabajando con grupos étnicos. Es decir con grupos que más allá de sus radicales diferencias culturales, no eran ajenos a nosotros, como podían serlo para un antropólogo europeo o para uno norteamericano, sino que

nuestra situacionalidad era radicalmente distinta y teníamos que reflexionar a partir de ella. Esta posición supuso varios cuestionamientos, entre los cuales subrayo nuestro rechazo al exotismo y a la exotización del sujeto de trabajo antropológico, así como un cuestionamiento del relativismo cultural en términos de irresponsabilidad epistemológica y social. Proponíamos pensar y actuar la realidad a través de nuestros intereses y objetivos y no de modas teóricas y epistemológicas de turno. Y, además, acompañar el acto intelectual por una suerte de apasionamiento que nos movilizara y movilizara a los otros sin reducir por ello nuestra rigurosidad intelectual.

Algunos compañeros con los que he hablado a lo largo del tiempo recuerdan justamente esa característica en comparación con otros momentos del desarrollo de nuestra antropología social. Es decir recuerdan el grado de “belicosis afectiva” con que nosotros planteábamos los problemas, sin que hubiera ninguna estrategia metodológica y/o ideológica, sino que lo dominante era el intento de transmitir problemas e interpretaciones que en ese momento considerábamos básicos. Y de ahí el grado de afectividad que aplicábamos a nuestros cursos, a nuestras discusiones, a nuestros proyectos. Y esto es algo que nos caracterizaba a todos como grupo, más allá de nuestras diferencias.

Era la época –y me da casi pudor decir las siguientes palabras dada la suma de críticas y autocríticas más o menos banales que existen respecto de las mismas– en que, como recordarán, no solamente hablábamos de que íbamos a cambiar la sociedad sino de que íbamos a cambiar la vida. Y más allá de lo utópico –y también banal– de esa y otras consignas, las mismas tenían que ver, sin embargo, con las propuestas de múltiples autores y, especialmente, de un autor que también nos influenció profundamente como generación. Y me refiero a Wright Mills, cuando nos planteaba

que nuestro conocimiento debía incluir como un elemento esencial el “imaginario sociológico”. Por lo tanto también rescato estas propuestas como parte de esa antropología que intentamos desarrollar.

Junto a estos aspectos, hay otros que íbamos aprendiendo y proponiendo, y de los cuales solamente voy a nombrar algunos. Uno de los más significativos es que comenzamos a pensar la antropología social como un estudio de lo evidente y manifiesto pero, además, como la descripción y descubrimiento de lo obvio y de lo paradójal. En última instancia no deja de ser una paradoja que yo, como estudiante avanzado y luego como joven profesor recibido y asumido como marxista, me enterara a fines de los ‘50 que existía Gramsci como teórico de la cultura, y lo leyera a través de las recomendaciones de un profesor de orientación fascista.

Como parte de esa apropiación gramsciana aprendimos que en las sociedades actuales existe siempre hegemonía junto con dominación; y que parte de nuestro trabajo debía estar dedicado a cuestionar y deteriorar las hegemonías vigentes, y a buscar/pensar/impulsar otras alternativas contrahegemónicas. Y esto no solo respecto del campo profesional antropológico sino del campo social.

Y aprendimos toda una serie de necesidades, posibilidades y objetivos, de los que voy a recuperar uno, que tiene que ver con una suerte de lucha constante contra el “olvido”; contra la desmemoria de nuestros pasados, inclusive inmediatos.

Yo, por ejemplo –y lo he escrito en un libro mío–, había descubierto en mi adolescencia un libro titulado *La Patagonia trágica*, que describía, entre otras cosas, la exterminación intencional por los dueños de la tierra de onas, yaganes, alacalufes y, en menor medida, de personas de otros grupos étnicos. Pero –y es la cuestión– en nuestra carrera de Ciencias Antropológicas ningún profesor hablaba de este tipo de episodios, de estos asesinatos intencionales de gru-

pos étnicos. Pese a que, por ejemplo, Menghin y Bórmida se dedicaban a investigaciones arqueológicas y etnológicas en la Patagonia. Pero –y lo subrayo– tampoco se refería a esos episodios ninguno de los profesores social-demócratas ni de los liberales. Es decir, el silencio sobre el exterminio intencional de nuestros grupos indígenas era común a nuestros profesores de derecha, de centro y (más o menos) de izquierda. O sea, no había una conspiración de silencio: directamente *no aparecía como problema* en el horizonte de aquellos que nos enseñaban antropología, estudiaran o no estudiaran esos sujetos y problemas.

Más aún, los que se especializaban en grupos del Chaco, de Misiones o del Noroeste argentino, lo más que hacían era nombrar la existencia del racismo pero sin estudiarlo en términos antropológicos. Y esta es una de las grandes omisiones de nuestra disciplina, que se expresó en nuestros programas de estudio, en las investigaciones etnológicas pero también de antropología social donde esta problemática no existía. Y frente a esta omisión primero como estudiantes, y más tarde como docentes tratamos de incluir el racismo como parte de la “nueva agenda” que debía estudiarse, que debía preocupar a nuestra antropología.

Complementariamente asumimos que la antropología social había sido parte importante de la empresa colonial, de lo cual no hablaban tampoco los profesores socialdemócratas ni los fascistas. Y descubrimos que las ciencias antropológicas habían sido importantes no tanto como proveedoras de información sino como algo mucho más significativo, ya que generaron gran parte de las teorías y de los conceptos que favorecían y justificaban la hegemonía de las sociedades occidentales respecto de los pueblos coloniales y colonizados.

El descubrimiento de estos hechos lo aplicamos a nuestra propia antropología, y por eso durante los '60 y '70 no sólo

cuestionamos a Bórmida y a la Escuela Histórico Cultural tanto a nivel teórico como a nivel político/ideológico dado su pasado fascista; sino que cuestionamos, el trabajo de antropólogos como Richard Adams, quien estuvo estrechamente relacionado con Esther Hermitte y otros antropólogos argentinos, pese a haber sido denunciado como agente de la CIA en varios países latinoamericanos, y especialmente en Guatemala donde trabajó durante varios años.

Es decir, en función de buscar determinado tipo de coherencia dentro de nuestras enormes incoherencias, tratábamos de no jugar exclusivamente al fascismo o al antifascismo porque nos parecía que era jugar a esquematizaciones que no permitían entender la realidad social, pero tampoco la producción teórico-metodológica.

En mi caso –y esto sí ya es más estrictamente personal– el descubrimiento de lo que fue el nazismo me llevó a usarlo como una especie de límite para pensar la teoría y la práctica, y no solo de la antropología. De esto tampoco he hablado demasiado, solo en mi libro *La parte negada de la cultura*, pero no mucho más. Creo que mi interés por el nazismo se debió a varias razones, entre las cuales rescato algunas:

- » El hecho de que varios de mis compañeros y de mis mejores amigos desde el colegio nacional fueran de origen judío, y de que la mayoría de ellos perdiera familiares bajo el régimen nazi.
- » El hecho de que el nazismo impulsó y usó la antropología como ningún otro sistema sociopolítico. Y la usó con el objetivo de llevar a cabo algunos de sus objetivos ideológicos y sociales.
- » El hecho de que el nazismo llevó, además, hasta sus últimas consecuencias algunos de los grandes problemas teóricos que caracterizaron a la antropología, como ser el de las relaciones entre lo cultural y lo biológico, o el del papel de la cultura y de los rituales en la construcción de hegemonía y dominación.

Más aún, problematizó radicalmente ciertas cuestiones que duran hasta la actualidad dado que la cuestión de la prioridad de lo biológico o la cuestión racista reaparece constantemente, como podemos observarlo a través de la discusión sobre la cuestión genética o el desarrollo del racismo, especialmente en países europeos.

Pero el aspecto del nazismo –o mejor dicho de la reflexión sobre el nazismo– que más influyó en mi manera de hacer antropología es la necesidad de plantear los problemas en términos de verdad/no verdad, que cuestiona las diferentes variantes de relativismo cultural y/o de las epistemologías post que han dominado la antropología actual, que niegan la cuestión de la verdad/no verdad, como una cuestión exclusivamente ideológica.

Estas son algunas de las características de la antropología que proponíamos e íbamos aprendiendo a desarrollar. Y, por supuesto, existían otros aspectos de los que no hablé, de los cuales varios tuvieron consecuencias negativas mientras que otros siguen siendo rescatables.

Diferencias y contrastes

La última temática que trataré tiene que ver con algunas características de la antropología social actual que contrastan fuertemente con lo que nosotros pensábamos respecto de lo que podía ser la antropología social. Y aclaro que cuando hablo de antropología social actual, me estoy refiriendo a la que pasó a ser hegemónica a mediados de los años '70 y dominó la antropología durante las décadas del '80 y del '90 a nivel internacional.

El primer punto a señalar es que hay una serie de aspectos paradójales en la antropología social actual, de los

cuales solo mencionaré algunos a manera de ejemplos. Una antropología que expresa o tácitamente rescata muchas de las orientaciones que planteaba Bórmida y que elimina muchos de los objetivos que proponíamos nosotros.

Como señalé al principio, Bórmida había focalizado siempre sus trabajos y sus intereses en el campo de lo simbólico, excluyendo toda otra dimensión, y cuando más tarde adhiere a la fenomenología, coincide con las propuestas que a nivel internacional habían pasado a ser hegemónicas, especialmente a través de la figura de C. Geertz y más tarde de determinadas corrientes post.

Se desarrolla por lo tanto una antropología que desplaza o directamente elimina las problemáticas que nos interesaban especialmente a nosotros. Pero dicho desarrollo es en gran medida paradójal, sobre todo mirado desde una situación latinoamericana, y en particular argentina. Y la primera paradoja se refiere a que la hegemonía de lo simbólico y la secundarización o exclusión de lo económico-político ocurren en un momento en que a nivel de América Latina se agudizan algunos de nuestros más graves problemas económico-políticos, que además tendrán como una de sus principales consecuencias negativas el recaer sobre el sujeto clásico de estudio de los antropólogos, es decir nuestros grupos indígenas.

Porque la orientación hacia lo simbólico operó durante el lapso que la CEPAL llamó de las dos “décadas perdidas”. Y fueron dos décadas perdidas porque América Latina entró en un espiral de pobreza y extrema pobreza que convirtió en pobre o hundió aún más en la pobreza a la mayoría de la población de nuestros países. Pero además durante los ‘80 y los ‘90 se profundizaron las desigualdades socioeconómicas para convertir a nuestra región en el área con mayores desigualdades socioeconómicas a nivel internacional. Y conjuntamente se generaron en términos económico-políticos,

algunos de los períodos más negativos y sangrientos en términos de dictaduras políticas y de sus consecuencias.

Y es justamente cuando ocurren estos procesos que nuestra antropología no solo se dedica a estudiar casi exclusivamente lo simbólico, sino que deja de hablar de clases sociales, de lucha de clases, de explotación, de imperialismo y hasta de ideología. Más aún, algunos comienzan a hablar en términos gramscianos, pero de un Gramsci totalmente culturalizado.

Quiero aclarar que no estoy negando la importancia de la dimensión simbólica, sino subrayando su focalización casi exclusiva durante un período en que justamente se agudizan determinados problemas sociales y económico-políticos. No negamos tampoco el cuestionamiento y abandono de todos o algunos de los conceptos señalados, que en su mayoría son de origen marxista, pero la cuestión es que no fueron reemplazados por otros conceptos. Y no fueron reemplazados porque la realidad dejó de ser pensada no solo en términos económico-políticos, sino inclusive en términos simbólicos como queda claramente evidenciado con la exclusión del campo ideológico.

Como lo he señalado en varios trabajos, el lapso analizado se caracteriza porque los antropólogos van a utilizar básicamente teorías que no son producidas por antropólogos, sino por sociólogos y sobre todo por filósofos. De tal manera que Ricoeur, Derrida, Foucault o Wittgenstein pasan a ser algunos de los autores de referencia junto con Geertz y Bourdieu. Cada vez que llego a Buenos Aires me tengo que acostumbrar a que no solo los antropólogos sino los mozos de café me hablen de deconstrucción.

Pero al mismo tiempo los antropólogos “descubren” al sujeto y especialmente al sujeto como agente, ocurriendo un hecho interesante en términos epistemológicos y de sentido común. Y es que pasa a primer plano un autor como Fou-

cault en el mismo período en que los antropólogos recuperan el papel del sujeto; pero ocurre que Foucault constituye una de las expresiones más importantes e influyentes de la negación del sujeto. Más aún, toda una serie de trabajos hablan del papel activo del sujeto e invocan simultáneamente a Foucault.

Y una última situación se refiere a que nuestra antropología se ocupará cada vez más de la etnicidad, lo cual nos parece importante, pero al mismo tiempo hablará y estudiará poco el racismo, pese a que nuestros grupos indígenas constituyen tal vez el principal sujeto del racismo. Esta omisión es realmente incomprensible dado que no solo sabemos de la existencia normalizada de los diferentes racismos cotidianos, sino que ocurrió una serie de hechos masivos que la sociedad civil ignoró y que los antropólogos no asumieron en toda su significación.

En la década de '90, en Perú fueron esterilizadas por el Sector Salud 250.000 mujeres casi en su totalidad de origen indígena. Pero este fenómeno no ocurrió solamente en Perú, sino que también se produjo en Brasil, en Guatemala, en México, donde además de esterilización de mujeres hubo una política de esterilización de varones indígenas. Si bien esto fue denunciado por antropólogos, si bien algunos escasos antropólogos estudiaron esta problemática, si bien algunas estudiosas de género se preocuparon por estos procesos, sin embargo la mayoría de nuestra profesión y de las diferentes tendencias y campos no trabajaron seriamente esta problemática pese al auge de los estudios de etnicidad, interculturalidad y género.

Las situaciones que presenté expresan algunos de los procesos paradójales de la antropología social actual, y especialmente lo que evidencian son las tendencias a excluir y omitir determinados aspectos significativos en términos teóricos y etnográficos y lacerantes en términos de derechos humanos.

Señalados estos aspectos paradójales, y ya para entrar en la curva final de mi exposición, quisiera señalar rápidamente algunas de las características de la antropología actual que entran fuertemente en contradicción con lo que nosotros pensábamos. Posiblemente el área de mayor contraste está en algo que ya señalé, y es el abandono de la preocupación por describir los procesos en términos de verdad/no verdad, dado que todo se convierte en narrativas donde lo único que interesa son las significaciones y resignificaciones de los actores y sujetos, pero sin evidenciar dichas significaciones en términos de verdad/no verdad.

Un segundo aspecto relevante es la tendencia de las ciencias actuales, incluida la antropología, al “productivismo” que entra en conflicto y contradicción con las formas tradicionales de trabajo antropológico. La producción y publicación de artículos, la concurrencia a congresos, la producción de ponencias se convierten cada vez más en objetivos centrales de nuestro trabajo, que tiende en los hechos a reducir justamente las características y calidad del trabajo antropológico. El invento de las etnografías rápidas o la aplicación de grupos focales tiene que ver con esta orientación.

Y el último aspecto corresponde no solamente a la antropología actual sino a la antropología que también practicábamos en los primeros años de nuestra carrera. Y me refiero a la tendencia, tanto en el pasado como ahora, a plantear los problemas, su descripción e interpretaciones en términos de polarizaciones extremas. En términos no de negociaciones o transacciones o articulaciones o el nombre que ustedes quieran darle, sino fundamentalmente en términos de oposición: o estudiamos lo económico-político o estudiamos lo simbólico; o estudiamos la estructura o estudiamos el sujeto; o estudiamos las experiencias o estudiamos las representaciones sociales. Es decir, la antropología constituye una especie de estadio donde los hinchas de River y los

de Boca se enfrentan a partir de posiciones ya establecidas. Esto expresa, tanto en la actualidad como en el pasado, el dominio de tendencias que promueven el distanciamiento y no la articulación, subrayando que yo también participé –y seguramente sigo participando– en alimentar diferentes polarizaciones.

Creo que ya he hablado demasiado, y voy a tratar de concluir con algunos comentarios finales, que no son comentarios sino más bien despedidas. En principio, pienso que por lo menos una parte del trabajo antropológico, intencional o funcionalmente, es un trabajo de tipo autobiográfico. Nuestros trabajos expresan no solo nuestra capacidad o posibilidad etnográfica y reflexiva sino aspectos de nuestra propia existencia, que a veces aparecen ocultos, larvados, poco expresados, pero que “están ahí”. Si esto fue posible hasta ahora, a mi juicio, es debido a una antropología basada en tiempos lentos y profundos en todos los pasos del quehacer antropológico, cuya continuidad pongo en duda por algunos de los procesos señalados.

Por último considero, como dice una de mis más queridas y antiguas amigas –y me refiero a Mirtha Lischetti–, que si algo caracterizaba a la antropología de los primeros años era el desarrollo de amistades profundas. En el fondo, y más allá de las diferencias, nos gustaba estar juntos –y Hugo Ratier lo sabe bien porque él generalmente cantaba ciertas canciones en nuestras asiduas reuniones. Yo no sé si este gusto por estar juntos en nombre o por culpa de la antropología tiene algún valor, lo cual en este momento me preocupa poco, y rescato el peso que esas relaciones tuvieron para mi vida. Podría concluir diciendo que durante algunos años, el Museo Etnográfico, donde realmente vivíamos, era –como diría Hemingway– una fiesta.

**Segunda parte: Jornadas “50 años
de antropología en Buenos Aires,
1958-2008”**

8 al 10 de octubre de 2008

Presentación

María Rosa Neufeld y Ana María Zubieta

María Rosa Neufeld: Buenas tardes a todos. Muchas gracias por estar aquí acompañándonos. Comenzamos el primer día de las jornadas dedicadas al 50° aniversario de la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Universidad de Buenos Aires. Les agradecemos mucho a los profesores de la carrera, a los graduados y a los alumnos que nos están acompañando en este momento; también a los colegas que han venido a participar en los paneles desde sus lugares lejanos de residencia.

Les comento muy brevemente cómo están organizadas las jornadas porque esperamos que puedan acompañarnos desde hoy y hasta la fiesta de cierre. Hoy tenemos dos paneles. El primero va a iniciarse ahora, después de unas breves palabras que nos va a dedicar la Sra. vicedecana, Dra. Ana María Zubieta. Para mañana, jueves, tenemos previstos tres paneles. El viernes, la actividad vespertina va a tener lugar en el Centro Cultural “Paco Urondo”, en 25 de Mayo 217. Elegimos este lugar para que nos resulte más fácil llegar a la fiesta de cierre, que se va a hacer en el Museo Etnográfico, lugar en el que funcionó inicialmente la carrera de Ciencias Antropológicas, que es en Moreno 350.

Esperemos que el tiempo nos acompañe porque el lugar que vamos a usar para la fiesta va a ser el jardín del Museo.

Ana María Zubieta: Buenas tardes. Me complace mucho compartir este momento con ustedes, para recordar que este año se cumplen los 50 de la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas. Las actividades previstas se proponen realizar un balance del estado de la disciplina, para así promover su consolidación y discutir las modalidades actuales de abordaje de las distintas problemáticas de investigación. Los organizadores se propusieron hacer un recorrido por siete períodos históricos que fueron definidos a partir de cuestiones de carácter académico, pero también de hechos sociales y políticos que marcaron el desarrollo del campo antropológico en nuestro país, de la conciencia y de la experiencia histórica de todos nosotros. El primer período, desde 1958 a 1966, es aquel en el que se crea la carrera en la Universidad de Buenos Aires, signado por un contexto social y político del país que culmina con la “Noche de los bastones largos”, cuando se cercena el desarrollo científico de la disciplina. El segundo período, definido entre los años 1967 y 1972, se inicia cuando se produce la primera “migración” de científicos al exterior como consecuencia de la política científica impuesta. El tercer período corresponde al breve lapso de democratización de la Universidad ocurrido entre 1973 y 1974, cortado por la intervención Ottalagano. El cuarto, entre 1975 y 1983, corresponde a la larga noche de la dictadura militar, con gran número de científicos exiliados que desarrollarán importantes aportes a la disciplina desde el exterior, y algunas otras cosas que también afectaron a la carrera. El quinto, entre 1984 y 1991, es el que se distingue por el surgimiento de la antropología social a partir de la formulación del plan de estudios vigente. El sexto, entre 1992 y 2002, abarca los tremendos años noventa, identificados por la restricción del

ingreso a la carrera de investigación en el CONICET, la escasez de presupuesto para toda la Universidad, para el área de ciencia y técnica, y el establecimiento de la Ley de Educación Superior que aisló aún más a la Universidad. Y, finalmente, el último período, el que va del 2002 hasta el presente, es una etapa en la que se abren y analizan nuevas líneas de investigación dentro del campo de la antropología.

Este es, pues, un momento en que se procura que la revisión crítica realizada sea un insumo que se implemente en el desarrollo de nuevos problemas y áreas de investigación. Y que estos puedan, a la vez, plasmarse en la reformulación de los planes de estudio de grado y posgrado.

Finalmente, y en lo inmediato, esta reunión incluirá la elaboración de un archivo fotográfico que será incorporado al Departamento de Ciencias Antropológicas como material de consulta para estudiantes e investigadores de la disciplina. Y las discusiones en el marco del evento serán reunidas para proceder luego a su publicación.

Entre las actividades programadas, el viernes a las 19 hs., con la presencia de los familiares de los estudiantes graduados y docentes detenidos-desaparecidos y asesinados por el terrorismo de estado, se presentará el resultado del proyecto “Construyendo memorias”. Este proyecto está a cargo de docentes y graduados de la carrera que realizaron una tarea de búsqueda y documentación de los archivos de la facultad, del Rectorado y del CeDInCI.

Finalmente, el viernes a las 21 hs., en los jardines del Museo Etnográfico tendrá lugar la fiesta de cierre de estas jornadas. Les doy, entonces, la bienvenida. Les deseo el mayor de los éxitos. Es para mí un placer compartir este momento con ustedes.

M. R. N.: Bueno, le dejamos el lugar a la coordinadora del panel.

Creación y primeros años. 1958-1966

Panelistas: Hugo Ratier, Edgardo Cordeu, Celina Gorbak y Mirtha Lischetti | Coordinadora: María Julia Name

María Julia Name: Buenas tardes. Antes que nada, gracias a todos y a todas por su presencia. Y, especialmente, gracias a los panelistas por haber aceptado la invitación a participar de este espacio. Con este panel, que se llama “Creación y primeros años. 1958-1966”, damos inicio a las Jornadas. La propuesta de quienes conformamos el Comité Organizador fue que las presentaciones giraran en torno de la formación, la docencia, la investigación y el quehacer profesional en la antropología de Buenos Aires. En este panel en particular lo que pretendemos es reflexionar sobre los primeros años del desarrollo de la carrera a partir de las experiencias de algunos de los que formaron parte de ese proceso. Contamos con la presencia de Hugo Ratier, Edgardo Cordeu, Celina Gorbak y Mirtha Lischetti, quienes presentarán sus experiencias. Una vez finalizadas las exposiciones se abrirá el espacio para preguntas y/o comentarios.

El primer panelista va a ser Hugo Ratier, con una exposición titulada “A la antropología académica desde la calle”. Él es antropólogo formado en la UBA, docente e investigador. Es profesor consulto de esta Universidad y profesor

emérito de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Trabajó –y trabaja– sobre villas miseria y antropología rural. Fue director del Departamento de Ciencias Antropológicas de esta facultad entre 1973 y 1974; director organizador del Departamento de Sociología y Antropología de la Universidad Federal de Paraíba, en Brasil; presidente de la Comisión Organizadora de la carrera de Antropología de la Universidad del Centro de la Provincia de Buenos Aires y primer director de dicha carrera. Y es presidente del Núcleo Argentino de Antropología Rural y director del Instituto de Investigaciones Antropológicas de Olavarría.

A la antropología académica desde la calle

Hugo Ratier: Habrán observado ustedes que en esta mesa se repite lo que es un patrón general en la cultura argentina, que es: de un lado están sentados los hombres y del otro las mujeres (*risas*). No hubo modo de cambiar eso (*risas*).

Bueno, yo quería referir la experiencia desde el punto de vista personal. En el título de mi presentación puse que era un antropólogo llegado de la calle porque había compañeros que estaban luchando dentro de la estructura de la facultad –en especial, de la carrera de Historia– con la creación de la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Yo no participé de eso. Simplemente llegué a la facultad y ya había antropología. Sucede que yo era aficionado a la antropología; me hacía pasar por antropólogo a veces. Pero me interesaban temas básicamente de la antropología de los pueblos lejanos: empecé trabajando sobre las religiones afrobrasileñas, después me fui a temas africanos y después a temas latinoamericanos. Pero siempre por mi cuenta y libremente. Hasta que me enteré de que había posibilidades de estudiar

antropología y empecé a examinar los planes de estudio. No había sido creada la Licenciatura todavía. Había antropología en el curso de Historia, pero realmente yo no estaba dispuesto a asumir todo un curso de Historia para llegar a la antropología. Además, tenía un par de lenguas “muertas”, de esas que son difíciles: latín y griego (*risas*). Pero había otro curso, bastante olvidado ahora, que era la Licenciatura en Folklore, que ya estaba instalado entonces y que sí tenía contenidos de antropología. Decidí empezar por ahí.

Me acerqué al Museo Etnográfico, que era el lugar de la antropología al parecer, por una conferencia anunciada en el diario que iban a dar dos jóvenes investigadores: uno, Pedro Krapovicás; el otro, Marcelo Bórmida. Esa fue la primera vez que entré al Museo. Me asombró bastante que esa gente estuviera con una serie de piedritas en la mano, de cerámicas, y hablando de arqueología porque yo, a la arqueología, no la tenía como parte de la antropología.

Comenzamos la carrera con cierto entusiasmo. En el año '59 yo empecé, digamos, seriamente a trabajar en la carrera. Nos recibió una “Introducción a la antropología”, que fue una materia muy importante para nosotros porque nos presentaba un panorama de todo eso que componía las ciencias antropológicas. Donde estaba, por supuesto, la arqueología; donde estaba, por supuesto, la antropología biológica (o antropología física, como le decíamos entonces). Luego nos fuimos encontrando con una serie de materias. Nos fuimos enganchando con especialidades que, en algunos casos, hoy en día, parecerían ser opuestas. Yo hice arqueología. La hice con Marcelo Bórmida –que era etnólogo pero que se le había dado por hacer arqueología en ese momento– cerca de Olavarría y en el partido de Bolívar. Nos gustó mucho el tema arqueológico. La emoción que uno sentía al levantar una piedrita y que le dijeran que tenía cuatro mil años de historia era algo que a uno le hacía temblar un poco las piernas.

Tanto nos entusias mó que hacíamos arqueología solos, en vacaciones, con Blas Alberti, Miguel Ángel González y Jorge Bracco, es decir, con gente que después no siguió la carrera de arqueólogo. Y se nos fue presentando un panorama donde se compatibilizaban todas esas especialidades de la antropología. Era la “gran” antropología donde todos estudiábamos todo, donde no había especializaciones: teníamos que hacer nuestras “Prehistorias de América” y “...del Viejo Mundo”, etcétera, etcétera, y tratábamos de entender a la arqueología como algo relacionado con la etnología, como una especie de base histórica para la situación posterior.

De todos modos, la etnología que se enseñaba (y que la enseñaba Bórmida) no nos parecía lo que habíamos buscado. Al menos para mí, no tenía nada que ver con la antropología que yo había ido a buscar a la sede del Museo Etnográfico. Por lo cual, empezamos a hacer búsquedas personales a partir de ahí. Me acuerdo de innumerables grupos de estudio donde trabajamos marxismo, donde trabajamos estructuralismo. Solos. Tratando de entender. Me acuerdo del día que entendimos a Nadel, los *Fundamentos de Antropología Social*, que el primero que lo entendió le habló a los otros: “¡Lo entendí, lo entendí!”, y les explicó. Porque no teníamos ninguna guía, ninguna orientación en eso. También abrevábamos en las carreras hermanas de Sociología y de Psicología tratando de completar nuestra formación. Recuerden que la materia Antropología Social estaba nada más que en Sociología.

De esa manera fuimos cubriendo los distintos escalones para llegar al ansiado título. Todos, con cierta sensación de que no era eso lo que estábamos buscando. A mí me tocó también, cuando salí de la carrera, trabajar en un programa del Departamento de Extensión Universitaria en Isla Maciel, donde tuve que leer otra bibliografía. Porque siempre teníamos –y creo que esa era una diferencia con nuestros

profesores— la esperanza de que ese conocimiento sirviera para aplicarse a la solución de los problemas nacionales. Eso nos acercó a algunos profesores, como *Ciro René Lafón* por el lado del nacionalismo, y nos alejó de otros.

El tema de la aplicabilidad de la antropología a la solución de problemas hubo de posponerse hasta que salimos de la carrera. Porque la etnología que se nos enseñaba, la arqueología que se nos enseñaba, era simplemente una historia del pasado (una historia etnológica de la humanidad, por ejemplo), pero que tenía poco que ver y poca relación con el objeto de nuestro estudio. En este caso, por ejemplo, los indígenas. Y en mi caso particular, el folklore. Yo egresé como especializado en folklore junto con *Santiago Bilbao*. Y trabajamos con *Susana Chertudi*, que era especialista en narrativas folclóricas, en la cátedra de Folklore Argentino. Ella nos dio absoluta libertad para dar el contenido que quisiéramos a los programas. Y lo que nosotros dábamos —ahora lo descubro— era antropología rural. Dábamos a los clásicos de ese campo: a *Mintz*, a *Wolf*; no nos metíamos con *Chayanov* todavía porque no sé si estaba traducido en ese momento. Pero, estábamos tratando de estudiar la cultura rural argentina. Después, cada cual siguió por su lado una vez egresados.

Todo este panorama duró hasta el '66, que fue cuando llegó la “Noche de los bastones largos”, con el gobierno de *Onganía*; y cuando, por una cuestión táctica, los que estábamos en la Universidad resolvimos renunciar y nos fuimos a la calle por primera vez (la segunda fue poco después del '74).

Esa fue la antropología que vivimos. Una antropología que pudo haber variado con la entrada de nuevas generaciones, con los concursos de ayudantes, con ese tipo de tareas que nos planteamos desde adentro pero que, desgraciadamente, fue apagada por la aparición de la dictadura

militar. Bueno, eso era lo que yo quería decirles. En todo caso después, si hay preguntas o algo, charlamos. Gracias.

M. J. N.: Continuamos con la exposición de Edgardo Cordeu titulada “Recuerdos del principio”. Edgardo Cordeu es Licenciado en Ciencias Antropológicas y Doctor en Filosofía y Letras de la UBA. Es ex Profesor Titular de la cátedra de Antropología Sistemática 3 de esta facultad e Investigador Superior del CONICET. Ha realizado numerosas investigaciones etnográficas en el Chaco argentino y paraguay desde 1966.

Recuerdos del principio

Edgardo Cordeu: Yo quisiera decir algunas palabras, traer algunos recuerdos sobre otro tiempo y otra gente: sobre el mundo de 1958-1959, en el que se despliega esa nueva carrera de Ciencias Antropológicas. Por eso, deliberadamente, yo que lo uso poco, me puse saco y corbata: porque justamente así veníamos a la facultad los estudiantes en esas épocas. Hugo, con un traje marrón, si mal no recuerdo (*risas*). Pero bueno, así era. Así eran muchas cosas que después se cambiaron, se torcieron, se transformaron. Pero vamos por partes.

Hugo contó su experiencia del ingreso a la carrera de Antropología: de la calle a la antropología. Yo tendría que llamarla, más bien... ¿cómo decirlo? El título podría ser “De una especie de preacomodo dorado a la carrera de Antropología”. ¿Por qué lo digo? Porque, casi casualmente, yo en 1956 había tenido el inmenso placer de conocer a Enrique Palavecino, que en esos momentos era, posiblemente, una de las figuras antropológicas más importantes de la Argentina. Tenía una chica amiga que le hacía dibujos a don En-

rique para algunos de sus trabajos y yo, por ver a la chica, iba a la casa de don Enrique. Siempre recuerdo en broma el tango *Aquel tapado de armiño*: o sea, el resto ya se acabó pero a la antropología todavía la estoy pagando (*risas*).

Tanto Palavecino como lo que ahora llamarían el *habitus* de Palavecino eran realmente fascinantes. Era un hombre inteligente, conversador increíble, seductor. Y en esos momentos había levantado un banderín de reclutamiento. Lo del proyecto para la creación de una carrera de Antropología estaba realmente muy avanzado y quería gente que lo integrara. En ese momento yo era estudiante de Química y estaba en la Marina de Guerra haciendo oceanografía. Es decir que navegaba mucho. Navegué por sitios interesantísimos: todo el Atlántico sur, todo el mar Antártico, fui un par de veces a Sudáfrica. Sé lo que es estar cuarenta días en el mar sin ver tierra alguna. Sé unas cuantas cosas de eso, y la verdad es que para mí es uno de los recuerdos más entrañables. Pero una cosa era la vida en un buque y otra el rutinario análisis del agua del mar, tremendamente aburrido a la larga porque uno es una máquina destinada a hacer siempre lo mismo y a anotar los resultados, nada más. Y Palavecino, que no era tonto, insistió mucho en eso. “¿Qué hacés vos –me decía– en una carrera que no te interesa? ¡Venite a Antropología! Venite a Antropología porque en la antropología está un poco la clave de bóveda de este mundo. La antropología es incluso superior a la filosofía. Cuando conocemos a los demás, cuando conocemos cómo piensan, cuando conocemos por qué hacen lo que hacen, ahí estamos realmente en camino de saber mucho”. Bueno, me convenció y empecé a leer dos años antes de que la cosa se institucionalizara académicamente. Empecé a leer desesperadamente lo que había. Y lo que había eran esas ilustres obras del culturalismo americano, recordarán ustedes; esos libros venerables y los *Tratados fundamentales* de la

editorial Lautaro. Que, aunado a cierto marxismo del grupo de Silvio Frondizi al cual ocasionalmente frecuenté en esos tiempos, me indujeron a leer buenos trozos de la obra de Morgan. Pero eran lecturas anárquicas que no se compaginaban bien unas con otras. Dense cuenta: culturalismo americano, Morgan, algo de Malinowski por supuesto, y Birket-Smith, con un paradigma teórico bastante diferente del de los americanos; todo esto define lo que podríamos llamar el plano de la ambigüedad teórica en el cual realmente nos movíamos todos.

Y ahora les voy a contar un recuerdo vivencial que para mí es fundamental porque muestra que ese dicho referente a la nariz de Cleopatra a veces no es tan inexacto. Como les decía, yo era estudiante de Química. En esos tiempos, la costumbre universitaria imponía que en la Secretaría de la facultad nos inscribiéramos en el año, y en las asignaturas nos inscribía personalmente el respectivo jefe de trabajos prácticos. Yo me fui a inscribir a uno de los cursos de Físico-Química ahí, a ese viejo edificio de la calle Perú, a la “Manzana de las Luces”, y ocurrió que el jefe de trabajos prácticos justo había faltado. Y bueno... no quiero mandarme la parte hablando de un estado de gracia o de un estado hipnótico, pero lo cierto es que en un estado realmente muy raro me largué a caminar por Perú y por Florida hasta llegar a Viamonte. Doblé por Viamonte y entré a la Facultad de Filosofía y Letras diciendo: “Quiero inscribirme acá”. Eso fue más o menos en abril de 1958. Había un empleado muy amable que me dijo: “Señor, esto no es posible porque la inscripción está cerrada. Vuelva en julio”.

No obstante, mientras esperaba a julio, me puse a estudiar. Cuando no estaba navegando, iba a trabajar a Hidrografía Naval a la mañana; y terminado esto, me iba a la facultad a escuchar las clases de Historia, las clases de Filosofía, los trabajos prácticos. Hasta que finalmente en julio

di una suerte de examen de ingreso que era obligatorio en esos tiempos pero que no era para asustar a nadie porque consistía en una simple prueba de idioma (en mi caso, el francés) y en responder un pequeño cuestionario que hacía más bien a ciertas cuestiones de cultura general que era muy simple, no mataba a nadie. Aprobé el examen, me inscribí, cursé regularmente esas materias. En noviembre me fui a la Antártida. Ahí estudié afanosamente las “Introducciones” de Filosofía, Historia, Sociología. Cuando vine en marzo aquí, las di. En abril se inauguró la carrera de Ciencias Antropológicas y ahí sí entré a formar parte del plantel inicial.

En el primer cuatrimestre cursamos “Introducción a las Ciencias Antropológicas”. En el segundo cuatrimestre cursé junto con Hugo Ratier la famosa “Etnología General” de Bórmida. Y cursamos también “Técnica de la Investigación”, que tuvo un suceso infausto, no sé si lo recordarán. Era una asignatura que le habían encargado al Dr. Escalada, antiguo médico de Gendarmería, autor de un libro en su momento célebre, *El complejo tehuelche*. Pero parece ser que de tanta alegría por la designación, Escalada se nos murió a los quince días (*risas*). Y, en consecuencia, nunca más se produjeron esas miradas de sospecha de los estudiantes con los dos oficiales de Gendarmería, que eran sus ayudantes. ¿Te acordás? (*le habla a Hugo Ratier*) Los mirábamos medio torcido.

Ahora, hay un par de puntos que sería interesante recordar. La carrera de Antropología en esos momentos, académicamente dos o tres polos muy diferentes. Uno de ellos era Enrique Palavecino, sin dudas. Otro de ellos era el Dr. Márquez Miranda, arqueólogo muy respetable por cierto, y que seguramente por su relevancia en la época de la Revolución Libertadora tenía un peso político muy grande en la facultad. El tercero era Marcelo Bórmida, que –miren cómo son las cosas– por un breve lapso fue el ídolo de los

estudiantes jóvenes. La primera “fricción”, por así decirlo, en términos políticos –no así personales– que yo recuerdo fue muy leve. Ocurrió precisamente con la constitución de la primera Junta Departamental que se planteó en el mismo 1959 o a comienzos de 1960, no lo recuerdo bien. Había dos candidatos. O creíamos, por lo menos, que había dos candidatos: Márquez Miranda y Bórmida. Candidaturas que, en realidad –como digo siempre, un poco en broma– se sustentaban sobre la base de una triple oposición. Una era académica. Aunque parezca una barbaridad lo que voy a decir ahora, Bórmida nos sonaba a moderno, a lo viviente, a lo vigente, y Márquez Miranda nos sonaba a una visión más tradicional, más atemperada, que a algunos muchachos jóvenes nos hacía convertirnos en adictos de Bórmida y mirar muy críticamente a Márquez Miranda. La segunda oposición era de género: el apoyo a Bórmida estaba centrado en estos varones (los casos de Blas Alberti, Eduardo Menéndez, creo que el caso de Hugo en un primer momento, el mío y de alguno más); y en cambio el apoyo a Márquez Miranda estaba soportado por las mujeres (mi querida amiga Lischetti, Carmen Muñoz, Celina Gorbak).

Mirtha Lischetti: ¡Yo no sabía! (*risas*)

E. C.: En una palabra, había también una oposición de género. Pero bueno, es lógico: ganó el caballo del comisario, que era Márquez Miranda. No se podía comparar el soporte político de Márquez Miranda a muchos niveles con el de Bórmida. Pero todo anduvo en paz.

Bueno, y por último quisiera decir dos palabras acerca de un raro fenómeno casi de *communitas* –o casi configurando una *communitas*– que singularizó fundamentalmente el primero y el segundo año de la carrera de Antropología. Dominaba un entusiasmo y una fe en lo que hacíamos que

hoy en día son muy difíciles de describir. Al mismo tiempo, suponíamos que la antropología nos iba a brindar una herramienta profesional que nos iba a permitir ganarnos la vida en múltiples actividades y en múltiples circunstancias, cosa que obviamente después no se confirmó o no sucedió tan fácilmente. Es muy difícil describir realmente esa coalescencia casi mágica que se manifestaba sobre todo en las fiestas (cada dos por tres dábamos una fiesta por cualquier motivo u ocasión).

Público: ¡Acordate del autor de *La Neanderthala*, que lo tenés sentado al lado!

E. C.: ¡Ah, *La Neanderthala*, sí, sí que la conocí! *La Neanderthala* era un himno que tenía la carrera. Era con música de zamba (*risas*). Bueno, no quiero abusar del tiempo. Cedo el micrófono a las damas.

M. J. N.: Continuamos con la presentación de Celina Gorbak, que nos va a contar sobre una experiencia de trabajo de campo que realizaron en Perú junto con otras compañeras durante los primeros años de la carrera. Celina Gorbak fue alumna inicial de la carrera de Ciencias Antropológicas en esta facultad y abandonó por motivos personales, faltándole cuatro materias para recibirse. En 1968 intentó retomar la carrera pero ante la vista de militares y policías en la facultad abandonó nuevamente.

Celina Gorbak

Buenas tardes. Mi nombre es Celina Gorbak. Pertenezco a la primera camada de estudiantes de la carrera de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras. Es-

toy aquí gracias a la gentileza de las licenciadas María Rosa Neufeld y Mirtha Elena Lischetti, compañeras de estudio a partir de 1957.

Gardel decía que veinte años no es nada. ¡Vaya si lo son cincuenta! Decirlo así es fácil. Muchos hechos históricos, políticos, familiares, personales han cimentado este presente. Y aquí estamos. Durante 1957 cursábamos la carrera de Historia en la Facultad de Filosofía y Letras, en el edificio de Viamonte 444, con entrada lateral por Reconquista al 600. Y de pronto, 1958. Dos hechos importantes: el 5 de febrero, por sugerencia del Dr. Bernardo Houssay, se creó el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), siendo además el primer presidente del mismo. El otro hecho importante: el Consejo Directivo de la facultad propuso, el 1 de septiembre, la creación de la carrera de Ciencias Antropológicas, y el Consejo Superior de la UBA lo aprobó el 18 de octubre. Fueron dos hitos trascendentales en nuestras vidas. En 1959 ya estrenábamos la libreta universitaria con el reconocimiento, por equivalencia, de las materias aprobadas de Historia.

Fueron años de bullicio, de efervescencia de todo orden. El 1 de enero de 1959, la Revolución Cubana. En 1963, el asesinato de John F. Kennedy. En 1964, el Premio Nobel de la paz a Martin Luther King, asesinado posteriormente en 1968. Eran otros tiempos. Cincuenta años, sí. No existían las fotocopias sino el estencil y el mimeógrafo. No existía internet. El teléfono era un lujo de pocos. En 1958, las máquinas de escribir Remington y Olivetti inundaron el mercado generando una ficticia competencia entre ellas. La diferenciación de géneros la establecía la ropa: el pantalón para el hombre, la pollera para la mujer. Las mujeres éramos resistentes al uso del pantalón y lo reservábamos para montar a caballo o escalar cerros. A lo sumo, solíamos disimularlo bajo una pollera. No existía el ingreso directo a la facultad,

y quienes habíamos egresado de una escuela comercial con un título de perito mercantil –como era mi caso– debimos rendir equivalencias de varias materias para poder ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras. Eso me demandó un año.

Cincuenta años de todo aquello. Las fotografías eran en blanco y negro, y utilizábamos cámaras cajón con rollos 126 de 6 cm por 9 (*risas*). Los rollos de 35 mm recién comenzaban a difundirse en nuestro medio, conjuntamente con los rollos color que resultaban costosísimos. Porque los mejores –los rollos Perutz– los enviábamos a Alemania para su revelado.

La carrera de Antropología me abrió las puertas del Museo Etnográfico, en Moreno 350, y también las puertas del mundo. En ese momento conocí a Mirtha Lischetti y a Carmen Muñoz (“Gorita”, para todos). “Las tres Marías” nos decían cuando nos veían subir la corta escalinata del museo. Y hete aquí que las escuché hablar respecto de un viaje a Perú. Y les pregunté: “¿Puedo ir con ustedes?”. “¡Desde ya!”, contestaron al unísono. Y allí mismo comenzamos a organizar, con algunos compañeros de la carrera, una expedición a Machu Picchu. En tren tres días (porque el viaje era Buenos Aires-La Paz) y luego camión, y nuevamente tren. Llegamos al Cuzco. Era enero de 1960. En el Cuzco tomamos contacto con el fotógrafo Víctor Chambi (hijo de ese otro gran fotógrafo, Manuel Chambi), quien nos hizo conocer una película y diapositivas tomadas por él y su padre relacionadas con ciertas batallas (el *chiaraje* y el *toqto*), que se realizaban con carácter ritual para tener un buen año. Esas batallas se realizaban con piedras entre dos grupos indígenas y se acompañaban de otras ceremonias que tenían el mismo carácter de rituales agrícola-ganaderos realizados en distintas fechas y en distintos pueblos.

Este material que vimos allí, en Cuzco, despertó nuestro interés por la región y nos decidió a realizar un viaje

de prospección antropológica al año siguiente. Durante los meses de enero y febrero de 1961 logramos concretarlo con el apoyo y la orientación del profesor Dr. Augusto Raúl Cortazar y un préstamo del Fondo Nacional de las Artes, que devolvimos rigurosamente en diez cuotas trimestrales. En esa oportunidad presenciamos las batallas del *chiaraje* en la provincia de Kanas. A nuestro regreso a Buenos Aires revisamos los cronistas y viajeros de la región andina y logramos, en 1962, mediante un subsidio del Consejo Nacional de Investigación Científica y Técnica, extender nuestro trabajo de investigación a las provincias de *Chumbivilcas* y *Azángaro* y al Departamento de Puno. E incluimos en el mismo otras creencias y rituales agrícola-ganaderos tales como la *paga a la tierra*, que es la ceremonia que se realiza en el período de las siembras y para carnavales. Para ese momento, las mujeres hacen un *malqi*, que es un árbol construido con un palo vertical y pajitas transversales semejando ramas, de las cuales cuelgan los productos que quieren obtener: maíz, chuño, etcétera. Preguntado un informante sobre por qué hacía la *paga*, contestó: “Porque la tierra es buena y ella devuelve”. Se entiende que devuelve con productos. Otra informante dijo que “alcanzan a la tierra para que sea buena”. Para carnavales, los campesinos adornan las sementeras con serpentinatas, y cantan y bailan a su alrededor. Otra de las ceremonias era la *caja de señal*, que consistía en una pequeña cajita que se enterraba y que todos los años era sacada de ese pozo y renovada en los elementos de ofrenda que contenía. La tercera que puedo nombrar es la principal ceremonia, el *challacuy*, que se relaciona con el ganado: se realiza el matrimonio de ovejas como símbolo de la reproducción del ganado y para impedir que cualquier accidente diezme la majada. Asperjan chicha a los cuatro puntos cardinales y luego la beben o bien la asperjan sobre el ganado. El ritual se realiza en el corral y está a cargo de un

maestro de ceremonias y un ayudante. Una bandera blanca de la cual cuelgan cintas rojas y azules se ubica en el centro del corral. Además, hay señales de humo en las distintas haciendas, indicadoras de que allí se realiza el *challacuy*. De todos modos, se prefería alternar los días, de manera que a cada ceremonia pudiera concurrir el mayor número posible de familiares y amigos.

Aquí cabe referirnos a la metodología de nuestro trabajo de campo y a las herramientas utilizadas a ese fin. La base la constituía la *Guía Murdock*, “guía para la clasificación de los datos culturales”, editada en 1954 por el Departamento de Asuntos Culturales de la Unión Panamericana en Washington. Nuestra visión de la antropología y del mundo andino se materializaba a través de esa guía. Todo cabía en ella. Y a partir de ella desarrollábamos todo. Constituía el armazón. Conjuntamente con las libretas de campo y los datos de los informantes, hacíamos descripciones minuciosas y rigurosas de lo que veíamos. Se nos enseñaba a hacer eso porque describir minuciosamente era hacer un buen trabajo de campo. Y, por lo tanto, ser buenas antropólogas.

Quiero leer un párrafo de un trabajo sobre el *challacuy* que presenté al diario *La Prensa* de Buenos Aires, y que fue publicado el 18 de noviembre de 1962, donde aparece claramente esta descripción minuciosa de la realidad que veíamos. Observen cómo era *La Prensa* de aquel año, en color sepia (*muestra el diario al público*). Las fotografías eran muy buenas y supongo que por eso también entraban en el asunto. Y les voy a leer, entonces, el párrafo, que es muy descriptivo y que da la pauta precisamente de cuál era la metodología que seguíamos. Todo era una descripción. El ser humano aparecía muy esporádicamente. Dice así:

Dos fogatas han sido encendidas desde temprano en el corral. Hacia una de ellas se dirigen el maestro de cere-

monias y su ayudante. Allí, el primero se inclina, remueve el estiércol, agita unas campanillas y asperja chicha. Luego regresan y preparan las ofrendas. Extraen de las bolsas tres choclos (blanco, amarillo y violeta), cuatro granos de maíz, tres hojas de coca bien seleccionadas. Sobre los choclos colocan grasa; e incrustada en esta, un clavel, cubriéndolo todo con más coca. Con esta ofrenda así preparada y dispuesta en un *puco*—que es una especie de plato hondo—se acercan nuevamente al fuego y la vuelcan en él. Mientras tanto, dos mujeres—una de ellas encinta y por esa misma razón elegida como signo de fertilidad—se ocupan de arrear el ganado hacia el corral donde se están haciendo las ofrendas.

Se dan cuenta ustedes qué descripción minuciosa y rigurosa, que era lo que se nos enseñaba a hacer.

Durante el año 1962, y paralelamente a nuestro trabajo de investigación en bibliotecas y archivos, enviamos artículos y material fotográfico a diarios y revistas locales y del exterior. Todo lo cual tuvo muy buena acogida. El exotismo de la antropología despertaba un gran interés en los medios gráficos. Interesaba la divulgación de la cosa misteriosa y rara que ella encerraba y que no todos conocían. Era tanto como efectuar una transferencia o extensión de conocimiento basados en personas que habían visto y vivido algo distinto, fuera de lo común. El diario *La Prensa* de Buenos Aires, de gran circulación, se avino a publicar en el “Suplemento Cultural” del 25 de febrero de 1962 material fotográfico y narrativo que le ofrecí referente al carnaval en los pueblos de la sierra peruana. Más tarde, el 6 de marzo de ese año, [la revista] *Maribel* de editorial Sopena publicó un artículo sobre el mismo tema. No olvidemos el artículo sobre el *challacuy* publicado en el diario *La Prensa* el 18 de noviembre de 1962 al cual ya nos referimos. Todo esto en el orden lo-

cal. Pero en Perú ocurría algo similar: a ellos, los peruanos, les impactaba que nosotras, argentinas, nos interesáramos por algo tan particular, tan propio de ellos. El martes 21 de agosto de 1962 se anunciaba en el diario *La Prensa* de Lima una charla que daríamos al día siguiente “Gorita” y yo en el Museo Arqueológico de la Universidad de San Marcos. El jueves 23 de agosto se publicó en el diario *Expreso* de Lima un artículo titulado “Recordando la batalla del *chiaraje*” en el que se hizo mención a nuestra charla del 22 de agosto. Finalmente, el domingo 9 de diciembre de ese mismo año se publicó en el “Suplemento Dominical” del diario *El comercio* de Lima, a doble página, nuestro trabajo “La batalla propiciatoria del *toqto*”. Como culminación de nuestra investigación antropológica se publicó en Lima, en 1962, en la *Revista del Museo Nacional*, tomo 31, el trabajo “Batallas rituales del *chiaraje* y del *toqto* de la provincia de Canas (Cuzco, Perú)”. Nuestros sueños habían llegado a buen término.

Dentro de mis datos personales, debo decir que abandoné la carrera en 1965 por motivos particulares, faltándome cuatro materias para recibirme. Me casé, crié tres hijos (una mujer y dos varones). Intenté volver en dos oportunidades. En 1968, estando embarazada de mi hija, ingresé en Independencia al 3000, donde se desarrollaban algunas materias de la carrera. Pero ver bajar por la escalera del *hall* central policías blandiendo el machete me amedrantó y retrocedí. Pensé en mi beba (pero no sabía que era mujercita porque cincuenta años atrás no había ecografías que mostraran el sexo de los bebés). Y la segunda oportunidad en que quise ingresar fue en 1985, con la democracia. Hice allí mi segundo intento. Pero el mundo que había conocido era muy diferente: todo había cambiado, era como empezar de vuelta. Por eso mi visión de la antropología es una visión limitada exclusivamente a la primera época. Con todo, recordarla en estos momentos es algo maravilloso. Gracias.

M. J. N.: Finalizamos con la presentación de Mirtha Lischetti titulada “En torno de la formación de los primeros alumnos de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA”. Mirtha Lischetti es Licenciada en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires y Licenciada en Psicología por la Universidad Complutense de Madrid. Fue organizadora de la materia Antropología del Ciclo Básico Común y actualmente es profesora consultante titular. Tiene una amplia actividad en esta facultad, que incluye la Coordinación Académica del Centro de Innovación y Desarrollo para la Acción Comunitaria (CIDAC), el dictado de seminarios de posgrado y la dirección de tesis doctorales. Desde hace más de diez años investiga sobre las consecuencias de las políticas neoliberales en el rol del Estado en la economía y en los espacios del trabajo, comparando los casos de Chile y de la Argentina.

En torno de la formación de los primeros alumnos de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA

Mirtha Lischetti: Durante todo este año hemos sido, junto con María Rosa, muy filmadas, muy entrevistadas, muy interrogadas. Yo no puedo confiarme en lo que dice Mirtha Legrand de que el público siempre se renueva, y por lo tanto tengo miedo de reiterarme. Y por eso hemos decidido con Celina enfocar nuestra participación en las jornadas reflexionando acerca de cómo trabajábamos el terreno en aquellos años lejanos, sabiendo los riesgos que se corren cuando se evocan acontecimientos del pasado de manera no sistemática. Me refiero, en primer lugar, a los juegos de la memoria y de los olvidos, como ya se ha demostrado en esta mesa. A lo necesario que es, en todo caso, poder reconstruir una memoria de manera colectiva para que por

lo menos se tenga consenso en los reemplazos permanentes y en los usos que se hace de los recuerdos. Y, en segundo lugar, considero como otro riesgo posible el desplazamiento entre la historia y la genealogía. Me refiero a la genealogía en sentido foucaultiano, o sea el tratar de explicar el pasado a partir del presente, y no tener en cuenta cómo los acontecimientos del pasado fueron constituyendo este presente.

Con estas salvedades es que nos vamos a dedicar a reflexionar brevemente sobre la etnografía de aquel entonces. Antes –como ahora– no había –como no hay– una sola manera de hacer etnografía. La etnografía en esos momentos habitualmente no se hacía “en casa”: había que viajar, desplazarse, encontrar objetos de interés. Y el interés estaba dado, sobre todo, por la mayor diferencia. Y digo habitualmente porque en esos primeros tiempos ya Hugo Ratier, por ejemplo, empezaba a hacer antropología “en casa”: en las villas y con sus “cabecitas negras”. No obstante, estaba vigente todavía la antropología “de rescate” norteamericana: de registrar e inventariar la cultura antes de que desapareciera, asimilándose a la cultura occidental. Y había que hacerlo con el mayor cuidado y con una pretendida objetividad. Por eso Murdock, discípulo de Boas, había contribuido –como recién recordó Celina– con la preparación de una guía para el trabajador de campo. La lectura que acaba de hacer Celina de ese registro de campo obedece a esa modalidad. Recogíamos innumerables datos, minuciosamente registrados. Y nos perdíamos en sus detalles dejando de ver, en muchas ocasiones, estructuraciones más significativas. Hoy, en cambio, se trata de buscar nexos entre las categorías y los hechos observados a partir de múltiples inferencias que permitan armar la trama de relaciones que subyacen a ese particular registrado. Hoy, lo importante es desentrañar los nexos mediatizadores de lo general, que se expresan de un modo especial en lo particular. Con esto se pretende hacer

inteligible un conjunto de relaciones que aparecen fragmentadas y se presentan de manera caótica. Además, todo nuestro trabajo etnográfico de aquel entonces estaba regido por consideraciones relativistas de equiparación de todas las diferencias. Credo que seguimos religiosamente hasta que en los años '70 comenzamos a criticarlo. Aunque, visto ahora, a la distancia, era benevolente y respetuoso si lo comparamos con el relativismo del multiculturalismo posmoderno, irreductible y estetizante.

Nuestro trabajo también se regía por la distinción entre trabajo de campo y trabajo de gabinete, dejando de lado lo que hoy es norma: la integración teórico-metodológica. La etnografía que ejercimos fue empirista y atórica; o, mejor, “dicha atórica”, porque en realidad había una concepción de sujeto y de sociedad en las posturas del empirismo. Se pretendía una descripción de la realidad de modo intachable y transparente, por un lado. Y por otro, se buscaba dejar de lado la teoría para lograr captar la vida de las culturas desde la perspectiva *émica* exclusivamente. La relación asimétrica colonial estaba presente en la relación entre el investigador y los otros, en el sentido de que los supuestos teóricos y las emociones del investigador quedaban afuera de toda consideración. Hoy, esta tradicional polarización sujeto/objeto en la que el investigador se coloca como un observador absoluto y externo es transformada por el trabajo antropológico en una relación sujeto/sujeto en la que se tiene en cuenta, como control epistemológico, trabajar el subjetivismo de las ciencias sociales, es decir, el subjetivismo del investigador, a través de un profundo trabajo conceptual.

El marco teórico elegido en estas incipientes investigaciones por nuestro equipo de trabajo fue el del estructural-funcionalismo norteamericano. Esas eran las lecturas que hacíamos en las materias que cursábamos en el Departamento de Sociología, a donde acudíamos en busca de teoría más

aggiornada que la propuesta desde las materias del Museo, que era la escuela histórico-cultural. Sin embargo, hay un elemento dentro del campo de la teoría que nos fue proporcionado por esos maestros iniciales, tal vez sin la intención de hacerlo: fue la consideración de la dimensión histórica en el análisis de la realidad social. En nuestro primer trabajo de campo se hace presente porque dedicamos un capítulo del mismo a la distribución geográfica e histórica de las batallas que eran objeto de nuestro interés. Y además, en la consideración de las vicisitudes históricas que transformaban a esas batallas a lo largo del tiempo. Al respecto, tengo una hipótesis: muchas veces me he preguntado por qué, en nuestro caso, como los primeros alumnos de Bórmida, no fuimos tocados por la fenomenología bormidiana, que produjo entre sus otros discípulos trabajos de crítica. Cuando Bórmida fue nuestro profesor, ensayaba su primer programa con nosotros. Se acababa de graduar en Historia, en esta facultad. Todavía estaban frescos para nosotros los rumores de su vida personal, de su primer casamiento con una colega progresista. Y en ese, su primer programa, integró todas las teorías europeas hasta los años '50, incluyendo al marxismo. Muchos de nosotros ya sabemos lo que es ensayar un programa, y sobre todo si se formula por primera e inexperta vez. Nosotros cursamos la materia de Bórmida en tanto materia para la carrera de Historia en 1958, antes de que se dictaran por primera vez Introducción a las Ciencias Antropológicas y Etnología General, en 1959. Y lo hicimos con un profesor recién egresado. Y si bien la escuela histórico-cultural hegemoneizaba la orientación teórica de la carrera de Buenos Aires, nunca nos sentimos concernidos. Tal vez esto merezca otro análisis. O sea, aprendimos lo que eran los ciclos culturales pero ni remotamente se nos ocurrió trabajar en ese sentido. Por eso, cuando en los '60 y '70 nos propusimos la tarea de redefinirnos teóricamente para coherentizar la

teoría a partir de la cual ejercíamos nuestra profesión con la ideología política de la cual éramos portadores, nuestra pelea fue con el estructural-funcionalismo norteamericano, con el *continuum folk-urbano* de Redfield y con la antropología clásica en su conjunto.

En el mismo sentido, también encontramos el relato que hace Bourdieu acerca de su cambio de paradigma. Bourdieu cuenta cómo se va apartando del estructuralismo y comienza sus replanteos teóricos y para ejemplificarlo relata la experiencia vivida a partir de la vista de una foto sacada en la Kabilia argelina: se trataba de un granero, lugar oscuro y fresco para poder conservar al grano en buenas condiciones. Cuando, ya en París, ve la foto, cae en la cuenta de que el granero estaba inundado por el sol: una bomba le había arrancado el techo. No podía no incluir en sus análisis la guerra de liberación nacional que, entre 1945 y 1962, tenía lugar en Argelia, luchando contra el ejército francés. En nuestro caso, la redefinición tuvo como impulso principal el análisis de la violencia social: la violencia de ganar poco, la violencia de que no se respetaran los derechos elementales. Para eso nos ayudamos mucho con bibliografía latinoamericana. Entre otros, el texto que más recuerdo es el del colombiano Fals Borda, fallecido hace dos meses, *La violencia en Colombia*. Por todo esto, creo que un grupo de los alumnos iniciales de esta carrera realizamos luego nuestra trayectoria investigativa y docente bajo el signo de una de las formas de la antropología histórica. Muchas gracias.

M. J. N.: Bueno, abrimos el espacio para preguntas o comentarios. ¿Quién quiere empezar?

Público: Esta semana estuve leyendo un libro de homenaje a Carmen Muñoz (o Carmen Bernard, o “Gorita” Muñoz para los de esta generación y para mí incluida) y encontré

un artículo hermosísimo sobre ella escrito por Marta Dujovne y Sofia Fisher. Es muy corto. Sería muy bueno que se tradujera. Habría que pedirle a Marta a ver si lo puede traducir; si no, yo puedo ayudar.

M. L.: Claro, que fuera una documentación. Está bien, me parece bárbaro.

P.: Claro. Quería comentarlo porque recuerda exactamente estos años. Describe el ambiente cultural que ellas podían percibir en general y todo lo que eso significaba. Digamos, el paso entre Viamonte 430, Moreno 350 y el bar de la esquina de Viamonte y Defensa.

M. L.: ¡El bar! ¡No lo nombramos! (*risas*).

C. G.: Algo de eso yo había pensado en incluir en mi presentación porque teníamos reuniones especiales fuera de las clases. Algunas de esas reuniones eran en el “Querandí” en la “Richmond”, en la “Puerto Rico”. Y almorzábamos en el “Restaurante Alemán”, ¿no es así, María Rosa? (*risas*). Eran lugares a los que concurríamos asiduamente, donde conversábamos y planificábamos muchos trabajos también.

P.: Y el bar de la esquina de Moreno y Defensa.

H. R.: “Liverpool” se llamaba. “Liver-po-ól”, porque era de gallegos (*risas*).

C. G.: Bueno, ya que mencionaste a Gorita, precisamente en esta publicación del año ‘62 en *El comercio* de Lima, esta foto fue tomada por ella (*lo muestra al público*). ¡Fíjense lo amarillo que está el diario! Gorita y yo nos dedicábamos muchísimo a las fotografías. Hemos sido grandes fotógra-

fos. Aun ahora creo que conservamos todo eso. Nos gustaba fotografiar y lográbamos realmente un material muy interesante.

M. J. N.: Bueno, seguimos con las preguntas. Había una acá, primero.

Público 2: En el año '61, el *Boletín de la Facultad de Filosofía y Letras* edita un número especial, que es titulado “Moreno 350”, que lo escribe un tal Osvaldo Calafati. Y lo primero que dice es que a los alumnos de Psicología y Sociología se los veía por Viamonte, a los de Psicología por Reconquista, a los de Historia por Florida, “y a los que se ve poco, arrinconados del otro lado de la avenida de Mayo, es a los alumnos de la carrera de Ciencias Antropológicas”. Entonces, me interesaría que comentaran un poco cómo se daba esta socialización dentro del propio espacio del Museo y la relación del Museo con el resto de los estudiantes de la facultad.

H. R.: Bueno, el Museo –una vez lo dijo Eduardo Menéndez– tiene un aspecto materno enorme para todos nosotros. Yo creo que cualquiera de nosotros que entra al Museo lo ve de cierta manera, así. Teníamos una carrera nueva, esperábamos las materias nuevas: “Se va a dar Folklore”. “Se va a dar un seminario de arqueología”. Todos esperábamos ansiosos y no teníamos tiempo de ir a la facultad a cursar las otras materias. Como me dijo Blas Alberti una vez: “Yo me voy a tener que pasar tres años en esa facultad” porque todas las optativas las dejaba para atrás.

Público 3: Incluso cuando nos mudaron, ¿te acordás que los estudiantes nos opusimos?

H. R.: Exacto. Igualmente, no todos se opusieron.

P. 3: Y Aníbal también (*risas*). Aníbal incluso vino a la reunión en el Museo y se opuso también a que los trasladaran.

H. R.: Claro; ¡nos alejaban del bar! (*risas*). Pero lo del traslado se discutió incluso en términos de militancia. Dijimos: “Caramba, tenemos que aflojar un poco y acercarnos a la facultad”. Porque si hubiera sido por nosotros, seguíamos toda la vida ahí. Pero fue una cuestión realmente de militancia, de obligación, de “vamos a la facultad” porque nos ausentábamos en las materias y todo lo demás. Pero fue con mucho trabajo porque en el Museo teníamos una buena biblioteca, teníamos el bar en la esquina, teníamos todo. Pero bueno, conseguimos en algún momento salir de ahí.

M. J. N.: ¿Alguien más quería decir algo en relación a esta pregunta?

P.: ¿Yo puedo agregar un bocadillo más, para variar? Coincido con lo que dijeron los dos caballeros (con todos, en realidad): era una carrera nueva. Yo, si bien no hice la carrera, me dediqué a la arqueología incluso antes de haber terminado la carrera de Historia. Y puedo decir que nos sentíamos... para decirlo rápidamente y muy en porteño (o muy en argentino), nos sentíamos Maradona. Porque creíamos que teníamos... que el mundo era tan distinto, éramos tan diferentes, teníamos tanta esperanza y teníamos tanta mística...

M. L.: ...y había tanto futuro.

P.: Y había futuro. Había una mística de pertenecer, de ser. Nos sentíamos un grupo privilegiado por estar en manos de LA gran disciplina. Esa era la sensación.

M. L.: Sí. Yo siempre pienso que es algo gracioso –y que cuando uno estudia la historia de las ciencias también lo ve– que cada vez que aparece una ciencia nueva o una moda nueva (cuando apareció el psicoanálisis, cuando apareció la semiología), la pregunta es: “¿Estará allí el objeto ausente?”, “¿Estará allí la respuesta?”. Y con la antropología la sensación que uno tenía era esa. “Ah, ¡sos antropólogo!”. Y nadie sabía muy bien de qué se trataba pero era como que la antropología podía develar algún misterio que no se sabía muy bien cuál era. Era esa sensación. Que nosotros la vivimos plenamente y que a lo mejor todavía la siguen viviendo las generaciones muy jóvenes, ¿no? Todo el mundo piensa que tiene la piedra filosofal. No la tenemos, pero bueno... ¡sigamos seduciendo a la gente con eso! (*risas*).

C. G.: Pienso que también contribuía a eso el hecho de que muy tempranamente nos largábamos a hacer trabajo de campo. Muy jóvenes. Eso nos dio mucha seguridad, muchas perspectivas. Eran muchos sueños que se concretaban, realmente. Todos tenemos trabajos de campo que se publicaron. Yo hice una fotocopia –que supongo que se va a exhibir en el panel de fotografías– de una publicación que se llamaba *Antropológica* en la que están todos los trabajos de campo que se realizaban, que eran muchísimos. La mayoría de nosotros trabajaba. Eso era así: había trabajo. Yo misma ganaba muy bien con un doble aguinaldo (de ahí los viajes en enero y febrero al Perú). E incluso llegué a renunciar a trabajos, y cuando volvía tenía trabajo de nuevo. Eso nos ayudó mucho. Les repito: los trabajos de campo aflúan por todas partes.

M. L.: También era un momento histórico y político del país. Y aparte tenía todas las características que tiene algo pionero, como es el inicio, ¿no?, el inicio de algo.

Público 4: En el comienzo de la participación de Hugo, él mencionó que él venía de la calle. Y Mirtha también hizo referencia a la antropología “en casa”. Esta cosa del afuera... Digo, en los relatos aparece mucho de ilusión y de desilusión también, ¿no? De “no era lo que esperábamos”, “no encontramos lo que buscábamos”, “nos reuníamos aparte”, “estudiábamos aparte”. Entonces, mi pregunta es: ¿cómo jugó este vínculo con el afuera –y lo que pasaba en el afuera– con estas desilusiones y estas ilusiones?

H. R.: Yo decía hace un rato que en un momento yo dragoneaba de antropólogo. Había mucha literatura antropológica leyéndose. Estaba Oscar Lewis, que apareció con *Antropología de la pobreza*. Ese tipo de cosas. La gente leía *La rama dorada*, por ejemplo. Se leían capítulos. La antropología andaba un poco por todos lados. Y eso era lo que nos hacía a algunos audaces apoyarnos en algunos elementos de la antropología. Pero bueno, sí, yo diría que cuando llegamos, lo que recibimos no fue lo que estábamos esperando afuera. Pero en alguna medida fuimos supliendo eso, por ejemplo al recurrir a los otros departamentos de las ciencias sociales en busca de materias. Y también con el hecho de juntarnos nosotros y leer solos, de formar grupos de trabajo, grupos de estudio. Aunque eso lo hicimos después: lo hicimos cuando salimos de la facultad y conseguimos insertarnos en un trabajo en el Instituto Di Tella sobre el significado social de la enfermedad. Ahí también trabajábamos y estudiábamos, y leíamos bibliografía nueva, y todo lo demás. Fue una cosa que se nos dio mucho. Que no íbamos a encontrarla en la facultad, entonces lo buscábamos afuera.

M. L.: Yo creo que lo que sostenía era la sociabilidad del grupo inicial. Fue muy fuerte. Fue muy, muy fuerte: lleno de rituales que producían un andamiaje importante en ese

grupo. Fue la constitución de ese grupo inicial (incluyendo al comienzo a los profesores, de los cuales después nos separamos por problemas ideológicos, políticos, de ideologías científicas también). El grupo inicial fue contenedor. Fue contenedor de todas nuestras trayectorias iniciales. Y fue muy, muy fuerte. Porque no es con los contenidos de esa época con lo que nos podemos identificar. Es con ese algo medio misterioso que es la antropología y que cada cual después fue tratando de definir y de acotar. Pero la sociabilidad yo creo que fue lo que más sostuvo.

Público 5: Se habla del '58 como un momento de fundación. Sin embargo, el Museo Etnográfico fue fundado en 1904. Entonces, digamos, uno podría haber festejado los cien años de la antropología en la Argentina hace unos pocos años. Sin embargo, esos cien años no se levantan tanto. ¿Cómo veían ustedes la continuidad con esos otros cincuenta años en el seno de la facultad? Porque ha sido casi uno de los primeros institutos de investigación de la facultad.

M. L.: Lo que pasa es que yo creo que el tema de la carrera fue básico. Nosotros compartíamos, por ejemplo, dentro del aula del Museo, muchas clases con gente interesada en la antropología. Con *amateurs*, digamos: gente mayor, gente de otras áreas que se interesaba en estos temas como algo recreativo, de interés genuino, intelectual, pero no sistemático ni profesional. Yo creo que lo que marca la diferencia es la introducción de la carrera, donde empiezan a sistematizarse relaciones, a sistematizarse contenidos. Y empieza a ingresar gente con una identidad dentro de una comunidad científica. Si bien hay comunidad científica antes de la inauguración de la carrera, es muy pequeña, se reduce a los cargos de gestión y de cuidado de las piezas del Museo.

P.: ¡No, perdón! ¡Había arqueología y había folklore!

M. L.: Había arqueología y folklore, tiene razón Ana María.

P. 5: Porque es como si fuera la visión de la vanguardia, ¿viste?, de las vanguardias: como que todo empezó ahí. Y uno ve, cincuenta años antes, otras raíces.

H. R.: Pero... no, no. Cuando nosotros entramos a la carrera, existía una cosa... Esa conferencia que dije que fui, la de Krapovicic y Bórmida, estaba auspiciada por la Sociedad Argentina de Antropología, institución que persiste hoy en día. Pero para nosotros era una asociación de *amigos* de la antropología, donde cualquier persona que tuviera la audacia suficiente y que hubiera recolectado algunas piezas o visitado algún grupo indígena podía ir y hablar. Entonces, nosotros nos sentíamos los “profesionales” frente a eso. Inclusive hubo un proyecto (que falló) de copar la Sociedad Argentina de Antropología: entrar en bloque y sacarlos a estos viejos aficionados y todo lo demás. No había una sensación de continuidad sino más bien de que nosotros éramos la antropología en serio, con diploma.

M. L. y C. G.: Claro.

M. J. N.: ¿Algún otro comentario sobre esto? ¿Alguna otra pregunta? Bueno, entonces damos por finalizado este panel y les agradecemos nuevamente a los panelistas.

Debates internos y éxodo de profesionales. 1967-1972

Panelistas: Leopoldo Bartolomé, Cristina Chiriguini, Marcelino Fontán, Alicia Tapia y Cecilia Hidalgo | Coordinadora: Analía Canale

Analía Canale: Damos comienzo al segundo panel de estas jornadas, que lleva como título “Debates internos y éxodo de profesionales. 1967-1972”. Este período se caracteriza por el impacto de las políticas de restricción en la producción científica puestas de manifiesto por la intervención en los espacios de trabajo de la universidad y por el alejamiento de numerosos docentes y estudiantes. Simultáneamente, en estos años se generan ámbitos alternativos de producción antropológica, circulan nuevos desarrollos teóricos en las ciencias sociales y crece la organización del movimiento estudiantil.

Antes de empezar, queremos mencionar que justamente en este período ingresan a la carrera los siguientes compañeros detenidos-desaparecidos. En 1967: Carlos Osvaldo Spataro y María Bedoían. En 1968: Graciela Muscariello y Gema Ana María Fernández Arcieri. En 1969: Lucrecia Mercedes Avellaneda, Adriana María Franconetti de Calvo, Daniel Alberto Goldberg y Pedro Hugo Labbate. En 1970: Carlos Cortés, Enrique Lorenzo Esplugas, Eugenio Daniel Gallina y Juan Pablo Vexina. En 1971: Graciela Clarisa

Monari y María Felisa Tirinanzi. Y en 1972: Ana Cristina Escudero, Guillermo Pagés Larraya y José Manuel Puebla. (*Aplausos*)

Nuestros panelistas son Leopoldo Bartolomé, Cristina Chiriguini, Marcelino Fontán, Alicia Tapia y Cecilia Hidalgo. Primeramente, vamos a escuchar a Leopoldo Bartolomé, que es Doctor en Antropología Sociocultural de la Universidad de Wisconsin (Madison, Estados Unidos) con especialidad en Desarrollo Económico. Actualmente es director del Programa de Posgrado en Antropología Social de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Misiones y es director de la revista *Avá*, publicada en la misma Universidad. Como investigador se ha dedicado a la antropología económica, particularmente al análisis de las consecuencias sociales de proyectos de relocalización por grandes obras y al desarrollo agrícola. También ha sido consultor en diferentes lugares del mundo sobre estos temas. Se ha desempeñado como docente en diversas universidades nacionales e internacionales, dirigiendo y evaluando tesis de grado y de posgrado. Ha sido director de investigadores en distintos organismos de ciencia y técnica. Ha dictado muchas materias, seminarios y cursos de especialización. También ha participado en numerosos concursos docentes como jurado. Es autor y compilador de varios libros y ha publicado artículos en múltiples revistas locales e internacionales. Le vamos a dar la palabra, ya que él fue justamente egresado de la carrera en 1967.

Leopoldo Bartolomé

Buenas tardes a todos. Un poquito antes de comenzar a hablar desde mi punto de vista personal quería agregar dos cosas que en realidad corresponden al período anterior y

que tienen que ver con preguntas que se hicieron. Una tiene que ver con el ambiente que había en la carrera, que era muy atractivo. Yo estudiaba física y en ese tiempo nuestra facultad estaba muy cerca del Museo Etnográfico: nos quedaba a tres cuadras. Conocía a Santiago Bilbao y a Norberto Pellisero en una librería del barrio que era una especie de lugar de reunión. Ellos me habían hablado de antropología y yo fui a ver. Me encantó el ambiente del lugar: era un ambiente especial el que había ahí.

La segunda cuestión a la que quería referirme tiene que ver con el papel fundamental que jugaron Santiago Bilbao y Hugo Ratier. Como contó Hugo, no había ninguna materia de antropología social en el Museo. En el único lugar donde había algo de antropología social era en Folklore, la materia de Susana Chertudi, donde daban clase ellos dos. Recuerdo una experiencia de esa materia que me marcó toda la vida, que fue la vez que nos llevaron al Mercado de Pájaros de Pompeya. La consigna era que recorriéramos todo el mercado, que miráramos las cosas y que después dibujáramos lo que habíamos visto: las trampas para peces, las jaulas, todo. El objetivo era aprender a mirar y a registrar. Y lo hicimos a tal punto que a dos compañeras se las llevó la cana porque pensaron que eran *yiros*, porque eran medio llamativas y andaban yendo y viniendo por ahí sin comprar nada (*risas*). Pero lo que quiero decir es que más que metodología, yo diría que eso fue lo que más me sirvió de lo que aprendí en la universidad, y hasta el día de hoy me acuerdo. Así que los recuerdos de los profesores de Hugo y Santiago son imborrables. De hecho, por Santiago, que además era mi amigo, yo fui a estudiar antropología. Primero pensaba hacer las dos carreras, Antropología y Física, pero después decidí que me gustaba más Antropología y seguí solo con esa.

Yendo ahora a mi experiencia personal, quería contarles que yo me fui de la universidad justamente cuando vino la

“Noche de los bastones largos”. Yo me acababa de graduar, era ayudante de primera. Y cuando se produjo la renuncia masiva de docentes, el Centro de Alumnos nos había pedido a nosotros que no renunciáramos. Pero era inaguantable. Tenías que empezar a aguantar cosas: que le informaran a la policía de los alumnos... Realmente era un campo de concentración. Así que renuncié también en ese momento. Y tuve grandes problemas con Bórmida, que curiosamente era muy amigo mío. Porque, como contaba Cordeu, en algún momento, Bórmida era un personaje muy extraño y muy atractivo. Era muy buen mozo. Recuerdo que las alumnas estaban locas por él, por eso me sorprendió cuando Cordeu dijo que los varones estaban con Bórmida y las mujeres con Márquez Miranda. Una vez él estaba pidiendo permiso para entrar a un aula que estaba muy llena y estaban todos en la puerta, y una alumna le dijo: “Déjame, no me hagas correr que quiero verlo a Bórmida”. ¡Y era él que quería entrar! (*risas*). Y hay otra anécdota: una vez le estaba tomando examen a una chica y ella le hablaba sobre Bórmida. Y él empezó a sospechar algo, entonces le dijo: “¿Y vos conocés a Bórmida?”. “¡Nooo! ¡Se murió!”, dijo la chica. “Ah, ¿sí?”. “¡Sí! Si tiene libros escritos y todo” (*risas*).

Entonces, lo que quiero decir es que Bórmida tenía una personalidad muy atrayente. Además de ser fascista, claro. Porque él me confesó que fue y era fascista, que su vida había terminado con la caída del fascismo. Él había sido *balilla* en la Italia fascista. Incluso, teniente de *balilla*. Pero tenía un problema: se enamoraba de mujeres de izquierda y se hacía amigo de los alumnos de izquierda. Una cosa extraordinísima. Los alumnos favoritos de él fueron Eduardo Menéndez, Santiago Bilbao, Jorge Bracco (que era el líder de los estudiantes de izquierda). Era un patrón que tenía. Fue un personaje bastante complejo, aunque sin dudas era muy buen profesor. Y sus clases fueron variando con el tiempo:

alguien contaba hoy cómo eran las primeras clases; cuando yo terminé de cursar ya tenía un marcado sesgo fenomenológico aunque todavía daba otras orientaciones; después se fue quedando cada vez más encasillado en esa posición y prácticamente no daba otra cosa. Pero evidentemente era una personalidad bastante contradictoria y atrayente en algunos aspectos porque más allá de que él prefiriera a los alumnos de “izquierda” (entre comillas), el hecho es que muchos caíamos en volvernos amigos de él. O sea, no era solamente de un lado. No era que te engañaba porque, repito, era confesadamente fascista. Sin embargo, tenía atracción por la gente de izquierda. Incluso su primera mujer, que se llamaba Margarita Montanari, era una dirigente de izquierda de la facultad. De la cual estuvo siempre enamorado, según él mismo me dijo. Yo fui ayudante de él haciendo viajes de trabajo de campo cuando hacía arqueología y él me confesó dos cosas: una, que seguía enamorado para toda la vida de Margarita Montanari; y dos, que no podía concebir a las mujeres como seres humanos, que para él eran animalitos graciosos. Eso fue textualmente lo que me dijo. Incluso, recuerdo que teníamos una compañera, que era la amante de él, y que cuando uno lo iba a visitar a la casa, a ella le hacía tomar el té en la cocina y servirnos mientras que nosotros tomábamos el té en el living. Hasta ese extremo de machismo tenía. Sin embargo, era una persona realmente atrayente. Tenía un aire decadente de noble italiano con ojos grises muy frío y un mechón de pelo rubio sobre la frente que las mujeres encontraban muy atractivo.

Pero volviendo al tema al que me estaba refiriendo, los que eran de antropología social en el Museo eran Hugo y Santiago. Como les estaba comentando, al poco tiempo del golpe yo tuve que renunciar. Me fui a trabajar con Santiago al INTA de Sáenz Peña, en la provincia del Chaco. A él lo habían contratado hacía poco y tengo entendido que fue el

primer antropólogo que contrató el INTA. Pero no creo que haya sido porque supieran qué hacíamos los antropólogos sino porque era algo que hacían las instituciones internacionales con las cuales trabajaba el INTA. Se ve que la consigna habrá sido “hay que tener antropólogos”. En realidad, a Santiago primero lo tomaron como psicoanalista: iban a confesarle todas sus cosas al escritorio, a tal punto que él decía que quería poner un diván ahí. Estuve trabajando ahí hasta que me decidí a seguir estudiando en Estados Unidos. Me fui a la Universidad de Wisconsin a través de una amiga, una profesora, Esther Hermitte, que me presentó a quien después fue mi *adviser*.

Cuando volví a la Argentina, la situación acá estaba muy agitada. Personalmente, me encontré con que no tenía trabajo. Yo creía que sí tenía porque me había escrito Mora y Araujo, que dirigía el Centro de Investigaciones Sociales de Tucumán –donde también estaba Santiago– para que fuera a trabajar ahí. Incluso había preparado mi proyecto de tesis doctoral para Tucumán. Pero cuando volví, me encontré con que Mora y Araujo se había ido a Inglaterra y que había un despelote tremendo en la Universidad de Tucumán. Primeramente, cuando llegué allá me negaron que hubiera alguna tratativa para mi contratación. Por suerte, como yo siempre fui maniático de guardar papeles, tenía toda la documentación así que al final me reconocieron pero la oferta que me hicieron no me convenía. Y estuve dos días ahí, sufriendo como loco. El Centro de Investigaciones Sociales estaba en manos de un coronel que había sido nombrado en reemplazo de Mora y Araujo, que dijo que yo debía ser un espía yanqui porque ¿cómo me iba de Estados Unidos a Tucumán? Y después el rector dijo que yo debía ser un espía marxista porque supuestamente había organizado unos disturbios estudiantiles, lo cual era ridículo porque esos disturbios ocurrieron después de que yo me hubiera ido. Todo eso

en tres días. Y además, imagínense, yo ni siquiera conocía a un estudiante. ¡Pero él anduvo diciendo que yo había organizado eso! Curiosamente, me lo encontré años después en el CONICET porque, a pesar de que estaba de rector en Tucumán, nunca dejó el cargo administrativo que tenía ahí. Y cuando fui uno de los directores del CONICET me lo encontré como dependiente. Y decir que no tomé ninguna venganza: el ser demasiado honesto también es malo.

Bueno, pero el asunto es que estuve mal. O sea, todo el proyecto de venir a vivir acá se había caído. Me encontré con que no tenía nada. Había renunciado a la UBA, lo cual me había dejado en muy malas relaciones con Bórmida, o sea que la posibilidad de volver a entrar a la UBA era muy difícil, para no decir imposible. Así que me fui a Mar del Plata, a trabajar en la carrera que estaba dirigiendo Eduardo Menéndez allí. Incluso estuve tratando de conseguir una dedicación exclusiva para quedarme a vivir ahí pero al final, como se demoraba, aproveché una oferta que salió de la Universidad de Misiones y me instalé ahí.

Como verán, fue una etapa bastante complicada. En Mar del Plata, particularmente, había una situación conflictiva para la carrera de Antropología porque era acusada de científicista. En realidad, la acusaban de eso porque había que estudiar y había que leer. En la carrera de Sociología, que estaba en manos de las cátedras nacionales, casi nunca iban a dar clase. Iban, repartían un folleto de Perón y se iban. Entonces empezaron a perder alumnos y empezaron a atacar a la carrera de Antropología por científicista a pesar de que, repito, era lo menos parecido al científicismo que había. Pero como les decía, era una época marcada por los conflictos que había en ese momento. Había un gran movimiento, sobre todo estudiantil, de la llamada Juventud Peronista, algo raro en la universidad hasta el momento en que yo me había ido en que el peronismo había sido siempre

una minoría, y particularmente en el movimiento estudiantil. Y de pronto, cuando vuelvo, me encuentro con que había un gran movimiento peronista. A tal punto que recuerdo una escena que me llamó mucho la atención: una vez, en los pasillos de la facultad en Mar del Plata, había dos socialistas fourianos que intentaban discutir con un grupo de muchachos y chicas peronistas. Los socialistas fourianos son adherentes de unos grupos utópicos, socialistas románticos. Y los militantes peronistas no los dejaban hablar. Al final hicieron un círculo alrededor de ellos y empezaron a bailar y a cantar a los gritos: “Solo existen hombres y mujeres verdaderos, los hombres y mujeres peronistas”. Y no los dejaban hablar. A mí me recordó mucho a una escena de la película *Cabaret*. Bueno, aclaro que yo nunca fui peronista (aunque ahora soy “cristino”), siempre fui *gorila*, así que acúsenme de lo que quieran, pero mi impresión fue esa.

Así fue más o menos mi trayectoria en el país. Después, una vez que elegí irme a Misiones, la historia cambió, no sé si por una suerte especial o por qué pero cuando volví a Estados Unidos para defender la tesis, ya había firmado contrato con la Universidad de Salta, que estaba creando la carrera de Antropología. Había firmado contrato para ir allá cuando regresara de afuera pero finalmente me quedé en Misiones porque al regresar al país habían comisionado a un colega para decirme que si me quedaba, abrirían una carrera de Antropología. Decidí quedarme en Misiones, lo cual además fue una suerte porque la carrera de Antropología en Salta fue cerrada, destruida, etcétera. Y así me fui salvando una por una, cada vez. Después me contrataron en la Fundación Bariloche pero me volví al día siguiente de haber llegado porque había un ambiente espantoso. Incluso después la intervinieron y luego se fundió, así que también me salvé en ese caso.

Y me salvé en Misiones por situaciones particulares que a veces son difíciles de explicar porque hay muchas cosas que terminan dependiendo simplemente de factores personales. Me acuerdo que entre otras razones me salvé porque el rector interventor que nos tocó era un coronel mucho más interesado en perseguir faldas que subversivos. Era un coronel en actividad, lo que significa que tenía mucho poder, más que el gobernador, pero estaba ocupado en otra cosa. Y el decano de la Facultad de Ciencias Sociales en ese momento era un muchacho ex seminarista que era un jesuita versero bárbaro. Y cuando el rector reunió a los decanos y preguntó si había alguna carrera tipo Sociología, Psicología o Antropología ya que tenía orden de cerrarlas, el decano le dijo que no, que ahí no había nada de eso. Y el rector insistió: “¿Y esta carrera que se llama Antropología Social?”. “Ah, es otra cosa”, le dijo el decano, y le dio todo un discurso y terminó convenciéndolo de que escribiera al Ministerio contando que esa carrera de Antropología Social no tenía nada que ver con la que había acá, en la UBA, y que además por oposición geopolítica con Brasil tenía que permanecer. Y consiguió que siguiéramos con la carrera en Misiones. Nos defendió, incluso, de los intentos de otra fuerza de detener a alumnos y profesores: un día apareció cuando había gente de la Gendarmería deteniendo alumnos y profesores y echó a los gendarmes. Apareció con uniforme y con un revólver en la mano y les dijo que si le intervenían una unidad suya (porque al ser jefe de la universidad, esta era su unidad de ejército), estaban interviniendo su unidad sin pedirle permiso. Así que realmente le debemos mucho a él, a su habilidad jesuítica. Como verán, uno a veces se salva por cosas como esa. Por otro lado, además, estábamos muy lejos y no éramos vistos como una amenaza. Aunque sí había mucha gente entusiasmada por jodernos: a algunos

de nuestros profesores también los jodieron. A un decano de Ciencias Exactas lo desaparecieron y mataron, y era un demócrata cristiano. Un colega nuestro también estuvo preso un año en las cárceles por acusación de sus vecinos... El teniente que lo detuvo le dijo a la mujer que ellos tenían orden de detener una determinada cantidad de gente por día y por cualquier denuncia; y a él lo habían denunciado los vecinos porque era un muchacho que recibía en su casa a cuanto político había por la zona.

Bueno, a lo que voy es a que pasé de un período jodido a volver a otro período que otra vez se hizo jodido. Y lo que comentaba Analía Canale: la mayor parte del tiempo de ese período yo estuve estudiando en Estados Unidos. Por supuesto, sabía de la situación de acá por referencia de amigos y demás, pero no lo viví acá. Bueno, eso es lo que puedo contar.

A. C.: Muchas gracias. Ahora le vamos a dar la palabra a Cristina Chiriguini que es Licenciada en Ciencias Antropológicas y Especialista en Demografía Social. Actualmente es Profesora Asociada de la cátedra de Antropología en el CBC. Y su trabajo de investigación se desarrollaba en el área de la antropología política. En el período que contempla este panel ella era estudiante.

Cristina Chiriguini

Yo siento que tendría que haber estado entre la primera mesa y esta porque mi trayectoria como estudiante empieza en el '63. A lo mejor tendría que haber estado en el pasillo (*risas*). Por eso, si bien comparto con Mirtha Lischetti algunas de las cosas que dijo con respecto a la carrera de antro-

pología, yo tenía una visión un poco diferente de la disciplina en esos años. Cuando estaban hablando en el panel anterior, yo sentía que había una perspectiva de mucho entusiasmo sobre esos primeros años de la antropología. Pero en mi caso hay un sentimiento contradictorio. Yo transité, desde el '63 al '72, por distintos momentos políticos que no se pueden dejar de mencionar. Había una democracia, sí, pero una democracia restringida. Después vino una dictadura. Y después de la dictadura van a emerger a nivel de la universidad las llamadas cátedras nacionales que mencionó Leopoldo Bartolomé recién.

Yo formo parte de la segunda camada de la gente que ingresó a la carrera de Antropología y no tuve la suerte de tener a Hugo ni a Mirtha ni a María Rosa en mi carrera de estudiante. Tuve a otros profesores. Y probablemente de ahí provenga lo que yo sentía en ese momento: que no sabía si quedarme en Antropología o en Sociología. Como estudiante, la joven carrera de Antropología a la que ingresé en el '63 estaba constituyéndose dentro de una tradición ciertamente al margen del contexto político-social argentino y del mundo. Se recuperaba la visión clásica y relativista, culturalista y ahistórica de los sujetos y de las sociedades que estudiábamos. La metodología era fuertemente inductivista y empirista (se manifestaba en las etnografías), sumándose a esto una perspectiva filosófica fenomenológica y romántica en la materia Etnología y también en los Folklores.

El Museo sí significó para mí una especie de útero donde realmente me sentía contenida. Cada vez que entro, las pocas veces que voy ahora, es un lugar que me trae gratísimos recuerdos. No solo el Museo sino el bar de Aníbal, que estaba en la esquina, donde pasábamos bastantes horas. Especialmente en el segundo, quizás tanto como en el Museo, lo que nos permitía desarrollar una sociabilidad que en algu-

nos casos trascendía los vínculos de amistad. También –retomando lo que dijo Celina– sin celulares ni computadoras ¡cómo costaba escribir una monografía! Un error, un nuevo pensamiento, volverlo a volcar era realmente un esfuerzo considerable.

Éramos jóvenes y transitábamos por la Facultad de Filosofía y Letras. En ese momento, la Facultad era el centro de todas las ciencias sociales y humanísticas. Después los procesos políticos fueron desmembrando la fuerza que nos movía y por la cual, de alguna manera, nos sentíamos consustanciados entre la gente que estudiaba Psicología, Sociología, Antropología y Filosofía. La Facultad lideraba muchas de las movilizaciones en las que participábamos. Como decía antes, ser parte de esa Facultad era algo sumamente importante. Piensen que era el momento del comienzo no solo de Antropología sino de la ebullición de Sociología también. Todos juntos, a pesar de estar en Moreno 350, participábamos en los procesos políticos de alguna manera. Y siento que en un primer momento copábamos las calles. Yo recuerdo que eran tan importantes las horas que pasábamos en las facultades como las horas que pasábamos movilizándonos. También quiero recordar en ese momento, acompañando a lo que era la gran Facultad de Filosofía y Letras, al CEFyL, que era una referencia ineludible y de alguna manera convocante, con una gran fuerza de movilización. El CEFyL enfrentaba a la AUDE, que era la agrupación de derecha de la universidad que, a partir del '66, entraba con pistolas en la sede de Independencia (o sea, ya a esa altura se sentía con cierta fuerza y con cierta legalidad para poder ingresar en la universidad).

En antropología, particularmente, conformábamos una cohorte de veinte o veinticinco compañeros, en la que nos diferenciábamos, por un lado, por la orientación elegida: arqueología y antropología social (que es lo que queríamos,

pero en realidad no era antropología social sino que eran los seminarios de folklore que elegíamos y que nos diferenciaban en las dos orientaciones). Y, por el otro, por la ideología que compartíamos.

Pero, como dije, había otro mundo que también me llamaba la atención, que era el de la carrera de Sociología. A diferencia de un caso que mencionaban en el panel anterior, yo hice todas las optativas al comienzo y recién después hice las que eran específicamente de antropología. Me tentaban muchas de las materias del plan de estudios de Sociología. Era dominante, como dijo Mirtha, el estructural-funcionalismo, y eso en realidad nos hermanaba con la antropología clásica. Pero se diferenciaba por la importancia que tenían las epistemologías y la cursada de teorías prestigiosas en Europa, como el estructuralismo, que se estudiaban con mucha rigurosidad. Leíamos, por ejemplo, autores como Murmis, Verón. Nos atosigaban con una bibliografía casi imposible de terminar de leer. Y tenía metodologías que profundizaban en lo “cuanti” y en el peso de las estadísticas para la validación del conocimiento. La carrera de Sociología comenzó con sesenta y siete alumnos, y a los pocos años tenía once mil quinientos. Así que tenía un desarrollo mucho más vertiginoso que el que iba teniendo la de Antropología.

Tampoco puedo dejar de pensar en esa época en EUdeBA (con Boris Spivacow) como algo que nos marcó muchísimo. Porque la posibilidad de leer, la posibilidad de tener acceso a todo tipo de autores con una editorial de la universidad también nos marcaba.

Como les decía, todos los estudiantes, estuviéramos en el Museo, en Viamonte o en Independencia, participábamos en cuanto movilización nos convocara: Vietnam, Mao, Santo Domingo. Éramos internacionalistas. Éramos cientos de estudiantes en estado de movilización. Recorríamos las

calles y la policía trataba de disolvernarnos con gases, agua y bastones. Algunos iban presos. Alguno que otro murió. Pero a nadie se le ocurría que podía haber una generación de desaparecidos.

Volviendo a la antropología, ¿qué esperaba yo? ¿Qué me quedaba a mí de esos dos mundos que yo estaba transitando como estudiante? Sentía que había que franquear muchas puertas, muchas horas de estudio, de coloquios, de trabajos de campo arqueológico con el querido Orquera, hasta llegar a una antropología social. En ese transcurrir de la carrera recuerdo con mucho respeto y cariño a una profesora que no era de antropología pero que por primera vez me introdujo en los problemas de la explotación y la desigualdad. Me refiero a Elena Chiozza, que era docente en la materia Geografía Humana. Nos hacía estudiar ciertas áreas de la Argentina e investigar el papel que estaban teniendo las empresas transnacionales con ese crear y después con ese despojar en los lugares donde se asentaban. A mí me tocó estudiar el papel que tuvo *La Forestal* en toda la zona del Chaco. Nunca había hecho un trabajo de este tipo en la carrera de Antropología.

En la carrera, en todas las instancias que nos quedaban fuera de las horas de clase, cuestionábamos los contenidos curriculares. Me refiero al grupo al que yo pertenecía y en el que estaba Marcelino Fontán. Buscábamos, para de alguna manera poder encontrar y superar esa antropología empirista, participar de grupos de estudio en los que aprendíamos marxismo. Y no solo marxismo, pero de alguna manera era sí o sí el grupo de estudio en el que debíamos participar. Participé, y ahí empecé a conocer a María Rosa, a Eduardo y a Carlos Herrán. Ellos me empezaron a mostrar otra antropología, de la cual yo había carecido. Y ahí sí empecé a sentir que mi lugar era la antropología. Estaba descubriendo unos caminos que no había visto antes. Quizás había sido

por mis propias incapacidades. De ese período y de los profesores recuerdo con mucho cariño a Augusto Cortazar y a René Lafón. Augusto Cortazar era quien nos permitía hacer los trabajos de campo: nos financiaba los trabajos de campo con dinero del Fondo Nacional de las Artes.

Yo estaba casi terminando, estaba en las últimas materias cuando llegó el '67, y con eso se oscurecieron los acontecimientos. No es que en los años anteriores no ocurriera nada pero todavía la mirada estaba más puesta en los acontecimientos de afuera que en los de la propia sociedad. Pero a partir del '67 todo cambió. No sé si fue el acontecimiento político de la dictadura (la dictadura "blanda", la de Onganía, en comparación con las otras) pero yo siento que hubo un cambio fundamental con respecto a los estudiantes. Sa-líamos, pero ahora desde otro lugar. Estaba apareciendo mucho más organizadamente en la facultad el peronismo como una fuerza, como una juventud; y, digamos, se escuchaban las palabras que venían de Madrid. Antes éramos todos principalmente izquierdistas. Con la "Noche de los bastones largos" creo que uno de los lugares donde realmente hubo movilización y enfrentamiento fue la universidad. No recuerdo, realmente, en el '66, que en otros lugares hubiera el enfrentamiento que ocurrió con la universidad cuando por primera vez dejó de ser autárquica. Eso llevó a la renuncia de muchos profesores. Yo recuerdo, tengo una imagen de la renuncia del decano Aznar en Independencia, donde todos lo despedimos con lágrimas en los ojos porque realmente empezaba otro período: empezaba el exilio, la renuncia de docentes. Yo me quedé. Yo estuve y participé. Me fui integrando. Por un tiempo participé como ayudante en las cátedras nacionales. Finalmente culminé esa primera etapa de mi vida, de formación, en la Universidad de Mar del Plata. Y creo que recién ahora, en estos últimos años... No, en estos últimos años no, desde hace veinte años pien-

so que realmente no podría haber hecho otra cosa que la antropología, a pesar de las dudas que tuve en los inicios. Nada más.

A. C.: Ahora vamos a escuchar a Marcelino Fontán, que es Licenciado en Ciencias Antropológicas y tiene una Diplomatura de posgrado en antropología médica en FLACSO. Fue docente titular de Medicina Social y Preventiva y de Antropología Cultural en la carrera de Trabajo Social de la Universidad de Buenos Aires, y docente de la Maestría del Centro de Estudios Avanzados de la Universidad. Fue también docente de antropología médica en la Escuela de Medicina en *Guinea-Bissau*. Actualmente es profesor de la Maestría en Antropología Social de FLACSO y de la Maestría en Salud Pública de la UBA. Sus áreas de trabajo y publicaciones tienen que ver con la salud, la discriminación, los derechos humanos y el desarrollo social. Realizó trabajos de investigación durante tres años en Guinea-Bissau, en Burkina Faso y Costa de Marfil, en el África occidental. También en Colombia, México, Uruguay y en diversas regiones de nuestro país. Es consultor de UNICEF y del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. Nos va a hablar de las tensiones en el marco de los procesos de politización académica y radicalización política en los años '60 y '70 en la Universidad.

Marcelino Fontán

Muchas gracias. Yo entré a la carrera en 1964, es decir hace un poco más de cuarenta años. En estos últimos días, mientras pensaba en estas jornadas, me di cuenta de que por entonces estábamos hacia la mitad de las dos grandes crisis del capitalismo: la del '30 y la actual. Andábamos por

el medio. Y era un contexto apasionante el de esos años. En mi caso, algo que me llevó a estudiar antropología era todo lo que pasaba en los pueblos del Tercer Mundo: en África, Asia y América Latina, donde estos “objetos de estudio” antropológicos de repente se transformaban en sujetos históricos. Esto era algo que realmente atraía y que me movió a acercarme a la antropología.

Seguramente los jóvenes, los estudiantes de ahora, se encuentran con una antropología consolidada en términos de una criticidad reflexiva, fuerte y esencial, pero en realidad esto fue una construcción, el resultado de un proceso, una construcción que, claro, puede resignificarse cuarenta años después. Se podría decir que es como un punto de llegada. Es una antropología muy consistente la que se hace ahora. Pero nuestra perspectiva de aquellos primeros años era con suerte la de los veinte que nombraba Cristina. Es decir, había una pasividad estudiantil y docente predominante ante las luchas sociales. Pasividad también en cuanto a la presencia de personajes “duros”, fascistas, que eran casi fundacionales en la carrera (en realidad lo eran, no casi). En las otras carreras se decía que Antropología estaba llena de nazis, lo que obviamente nos dejaba fuera del mundo de la Facultad de Filosofía y Letras. Y también había pasividad en cuanto a los motivos de elección y permanencia en la carrera: el grueso de los estudiantes no tenía una mirada crítica; yo creo que se acercaban a la antropología por otros atractivos que ejercía ese mundo de los pueblos exóticos y lejanos.

En este aspecto, lamento no haber estado en la mesa anterior porque tal vez los compañeros que hablaron allí hicieron alguna mención a estas cosas. Digamos, había algo muy inmediatamente anterior al '67, que es el año que proponen como inicio de este panel, que fue una primaverita democrática que tuvimos en la carrera entre los años '64 y '66, con la presidencia de Illia, cuando la carrera fue interveni-

da. Tuvimos a Norberto Rodríguez Bustamante como interventor en el año '65 y al mismo tiempo esto dio pie a que se presentara el pedido de expulsión de Oswald Menghin de la carrera por sus indiscutibles antecedentes nazis. Con un cúmulo de pruebas, Daniel Open –delegado estudiantil ante el Consejo Superior–, había presentado dicho pedido de expulsión con el apoyo de “la barra” de estudiantes de Antropología que lo acompañamos. La propuesta, luego del desconcierto inicial de los otros claustros, no fue aprobada bajo la excusa de que “se hizo muy tarde” proponiéndose su tratamiento en la sesión siguiente. Nunca luego llegó a tratarse y es una deuda que aún la Universidad de Buenos Aires tiene pendiente.

En el año 1965 llegó Abraham Monk, un profesor argentino-norteamericano que venía de Estados Unidos y nos propuso a un grupo de activistas conseguir unos subsidios de la Fundación Ford. Nosotros leíamos a Gregorio Selser quien había revelado que el Plan Camelot también estaba financiado por la Fundación Ford y movilizaba a científicos sociales de América Latina para el estudio de contrainsurgencia rural en esos años. El resultado fue que lo sacamos carpiendo y le dijimos qué se pensaba que éramos. Esto también es un antecedente inmediato del período de este panel, y me parece que viene bien como para ubicar el escenario. Lo del Plan Camelot no era chiste: generó una movilización en la Facultad de Filosofía y Letras, donde la iniciativa más fuerte la llevaban los compañeros de Sociología, que era donde estaba más puesta la crítica a las ciencias sociales académicas de esos años, obviamente movilizadas políticamente desde los Estados Unidos, sobre todo en una América Latina “caliente” como era aquella.

Cuando Analía me presentaba recién, decía que yo iba a hablar de las tensiones de esos años: las tensiones en el ámbito académico, la radicalización política. Así que voy a

hablar un poco de ese escenario que por ahí puede valer la pena transmitir a los que no lo vivieron o están lejos de eso. Bueno, 1966-1973 fue exactamente el período en que el director de la carrera fue Marcelo Bórmida. Pero hay unos detalles que quiero mencionar, como para mezclarlo también con algo de anécdota y que no sea todo tan serio. Es cierto lo que decía Leopoldo acerca de que más allá de su clara definición política e ideológica, Bórmida tenía ciertas debilidades. Por ejemplo, me acuerdo que siendo él director de la carrera, estábamos en una reunión del Departamento un día de octubre de 1967. Esa semana había muerto el “Che” Guevara y yo propuse que se hiciera una recordación. Lo dije con toda la desfachatez que teníamos los jóvenes en ese momento. Que además era, si se quiere, un poco “romántica” la dictadura de esos en el sentido de que no desaparecía la gente. Y Bórmida se quedó mirando y no dijo ni “mu”. Tampoco dijo, obviamente, que hiciéramos la recordación. No dijo nada. Ese tipo de detalles existían en este personaje.

Otra figura a la que quisiera referirme es al profesor de Prehistoria y Arqueología del Viejo Mundo, Oswald Menghin, quien sin dudas llevaba adelante una tarea formativa en profundidad. Yo trabajé sobre él en un libro que se publicó hace pocos años, tratando de recuperar lo que era su pensamiento y también su olímpico desprecio por la posibilidad de que los pueblos latinoamericanos crearan su propia historia y no fueran meras proyecciones de otros centros culturales. Menghin se retiró en 1968 y murió pocos años después. Fue profesor honorario de la UBA y nunca se le quitó este honor, a pesar de estar procesado como criminal de guerra en Austria como Ministro de Educación del régimen nazi. Yo creo que estas son historias que no pueden quedar sin contarse. En mi opinión, para su llegada al país hubo un operativo cultural amplio: lo trajo José Imbelloni, cruzó sin dificultad la Dirección de Migraciones y

una semana después estaba con trabajo en la UBA y al mes siguiente, en la Universidad Nacional de La Plata. Y después ese operativo cultural fue ocupando todas las cátedras de Antropología en el resto de las universidades argentinas y en nuestras carreras (o en nuestras materias).

Evidentemente es un hecho que nos marca algo y por eso yo decía hace un rato que la pasividad –o la imposibilidad de hacer otra cosa– que hubo en esos años iniciales ante estas presencias tenemos que ponerla también en nuestra historia. Es responsabilidad de todos los que estábamos ahí. Y bueno, y después, muchos años después, cuando los discípulos de él son despojados de las cátedras es cuando finalmente en la carrera están dadas las condiciones, quizás, para no tolerar ciertas presencias, donde también tienen un lugar los Derechos Humanos y no solo los antecedentes académicos.

Las tensiones y la radicalización política de esos años nos llevaron a situaciones bien complejas. Muchos navegábamos entre una radicalización, desde el marxismo y una recuperación de la historia de la lucha popular en el país que se expresaba en el peronismo. Navegábamos de una cosa a la otra, realmente. A su vez, dentro del peronismo, había un sector más radicalizado que después planteó la patria socialista (y así le fue, también) y otro que definitivamente se fue para la derecha. Algunos de estos procesos se expresaron muy bien en la revista *Antropología 3er. mundo*, de la cual Cristina fue secretaria de redacción de los primeros números. ¿A qué me refiero con esto? A que fue una publicación que comenzó como revista de ciencias sociales, que tenía un perfil determinado, pero que a partir del tercero o cuarto número fue virando hacia una revista de difusión peronista directamente. Digamos, definió cierta pertenencia. La revista la dirigía Guillermo Gutiérrez, y él también hizo ese proceso que pasó definitivamente al peronismo (él

no era peronista al principio y después terminó dirigiendo el diario *Noticias*, que era de la tendencia revolucionaria del peronismo). El primer número, que salió en 1968, representa el mosaico de aquella época. Hay un artículo de Roberto Carri titulado “El formalismo en ciencias sociales. Crítica a los desarrollistas de izquierda”; hay otro de Dany Cohn Bendit (el del Mayo francés, porque esto era 1968) que se titula “Para qué sociólogos”; también hay uno del peruano José Matos Mar, que desde una perspectiva marxista escribió “Idea y diagnóstico del Perú”; también desde el marxismo hay un artículo de Umberto Cerroni que se llama “Problemas de las Ciencias Sociales”; y finalmente uno mío que se llamó “El Noroeste Argentino- I: Tucumán”, con un enfoque que contenía el planteo de lucha de clases y de movimiento popular, esto es, de la recuperación de lo que sería la historia del peronismo en el país. Yo usaba, sobre todo, la bibliografía sobre Tucumán de Mario Roberto Santucho para ese artículo. Que, claro, uno resignificando muchos años después, le da otro valor a todas estas cosas. Pero bueno, ese era el mosaico, el primer número. Así arrancó *Antropología 3er. mundo*. Después terminó siendo un órgano de expresión de las cátedras nacionales.

A mí me pasaba –y en esto creo no haber sido ninguna excepción en una generación que navegó en este dilema de la tensión entre peronismo y marxismo– que era ayudante de una materia de las cátedras nacionales que se llamaba “Historia de las luchas populares en América Latina” pero también lo era de otra materia, “Teoría Antropológica”, a cargo de Eduardo Menéndez con orientación marxista y que tuvo corta vida porque a poco de comenzar llegó la intervención de Ottalagano en 1975.

Aquí estoy haciendo un salto, ubicándome casi al final del período y hablando de cómo uno se movía en ese campo de tensiones. Ese pequeño conjunto de estudiantes que es-

tábamos ahí reunidos tomó caminos diversos después. Por mi parte, en 1968, dejé la carrera por cuatro años y me dediqué solo a la actividad política. Había algo de Franz Fanon –que está en un trabajito que publiqué– que lo tenía muy asumido. Fanon decía, refiriéndose al caso de Argelia, que “luchar por la cultura nacional es luchar por crear las condiciones que hagan posible la existencia misma de esa cultura”. Es una cita textual. Así que dejé la carrera en el año ‘68.

Yo creo que en esos años fue interesante el debate con el “formalismo” de las ciencias sociales, como decía, un poco reduciendo la cuestión, Roberto Carri en el artículo de *Antropología 3er. mundo* que mencioné. Es decir, el “desnudarse” lo que hay detrás de las construcciones del cientificismo. Porque se entendía al cientificismo como un instrumento de dominación ideológica y lo que se ponía en duda era su asepsia. Ese fue un debate fuerte en esos años. Pero en el Museo no se podía abreviar en ese debate. Había que ir a Filosofía y Letras, había que meterse en las grandes convocatorias académicas, que eran desde Historia Social General de José Luis Romero, Sociología Sistemática, etcétera. Había materias que provocaban el debate. Y además el movimiento estudiantil en la sede de Independencia era el que convocaba a las grandes movilizaciones. Pero había un sector de los estudiantes de antropología que preferían seguir en el Museo mientras que otros queríamos que la carrera se dictara en Independencia. Y eso tenía algunas explicaciones: quedarse en el Museo, desde nuestro punto de vista, implicaba confinar a la antropología y aislarla en buena medida de ciertos debates básicos. Tampoco como dije, la cuestión del nazismo, del que nosotros teníamos expresiones tan duras ahí adentro, formaba parte del debate. Después todos nos dimos cuenta, cuando vimos lo que pasó y las dictaduras y el terrorismo de Estado, resulta que del nazismo parecía que habría que haberse ocupado, ¿no?

Pero en ese momento estábamos metidos en lo que era lo más convocante en materia de movilización política en esa época, que era América Latina, Vietnam y todo lo que estaba pasando en África. Yo tuve la enorme dicha de poder trabajar años más tarde en Guinea-Bissau, la tierra de Amílcar Cabral, un líder revolucionario africano que leíamos, un gran humanista. Y bueno, después poder estar y trabajar en su país fue como el sueño del pibe. Pero, bueno, estas son las cosas que nos pasaron generacionalmente.

Yo trabajo ahora, desde hace muchos años, en desarrollo social, entre otras cosas. Y ahí también está el planteo sobre qué implica el desarrollo social. Hay un debate interno respecto de si hay que intervenir o no hay que intervenir. Y esto último no cierra si uno entiende que lo que abrazó lo hizo pensando en contribuir a un cambio social. Como antropólogo y como no antropólogo. Entonces, muchas veces se deslegitima, se dice que el antropólogo no tiene que intervenir. El tema es qué se entiende por intervenir. Es decir, con cuánto respeto o con cuánta imposición. A nosotros nos atraían los procesos de cambio y de justicia social. Y nos siguen atrayendo. Y uno trata de seguir siendo coherente. Entonces, con el máximo de los respetos, yo soy partidario de intervenir socialmente. Y no soy nada original en esto. Bueno, más o menos este es el pantallazo que podría dar sobre esos años. Les agradezco.

A. C.: Ahora nos va a hablar Alicia Tapia, que también es Licenciada en Ciencias Antropológicas pero de la orientación de arqueología e hizo su tesis doctoral sobre la Arqueología histórica de los cacicazgos ranqueles. Desde el año 1973 ha ocupado diversos cargos docentes en esta universidad y en otras universidades del país. Se desempeña como profesora adjunta en la cátedra de Fundamentos de Prehistoria de esta facultad y en Prehistoria General y de

América I en la Universidad Nacional de Luján. Ha dirigido –y continúa dirigiendo– proyectos de investigación en Arqueología histórica. Ha dirigido tesis de grado y de posgrado en la especialidad, ha publicado libros y numerosos artículos en revistas nacionales internacionales, y participado en congresos. También ha realizado trabajos de transferencia y conocimientos científicos vinculados a estos proyectos de investigación y ha integrado comisiones evaluadoras en el CONICET y en otros organismos de investigación. Ella nos va a dar su perspectiva respecto de lo que ocurría en esos años en la arqueología.

Alicia Tapia

Voy a ponerle voz (por supuesto, individual) a esta perspectiva del conocimiento antropológico que es la arqueología, que no por estar interesada en el pasado dejó de estar atravesada por todos los conflictos que ocurrieron en esos años. Como en otros ámbitos académicos, la intervención de las universidades nacionales en julio de 1966 tuvo un profundo impacto en el ámbito de la arqueología. Específicamente, porque produjo la remoción de cargos de quienes podrían haber llegado a ser nuestros profesores, el reacomodamiento político en los espacios de trabajo y también el cambio en las líneas de investigación arqueológica que se desarrollaban en la Facultad de Filosofía y Letras. Algunos profesores de la casa, como Antonio Gerónimo Austral –que fue uno de los primeros egresados de la carrera con orientación en arqueología–, al igual que otros, tuvo que renunciar a los cargos docentes. A partir de allí vino todo el doloroso periplo para quienes se quedaron sin trabajo en la Facultad –hecho que fue parte de lo que ya narró Leopoldo–; tuvieron que buscar cargos docentes en otras universidades

o bien irse del país. De esta manera, bajo el contexto de la intervención se generó una serie de situaciones que nos impidieron tener profesores que se hubieran formado en esta casa y estuvieran produciendo conocimientos arqueológicos en diferentes regiones del país.

Otros buscaron afianzar sus ámbitos de poder. Por ejemplo, durante el gobierno de Onganía, quien había adquirido connivencia con el gobierno de facto fue el Dr. Eduardo Casanova. Desde 1950, él venía realizando esfuerzos enormes sin éxito por restaurar el Pucará de Tilcara y, después de 1966, por fin consiguió un cargo en Tilcara y comenzó a organizar el Museo Interdisciplinario en esa localidad. Más allá de lo anecdótico que esto pueda resultar y las consecuencias que pudo haber tenido, lo importante es que se rumoreaba de sus buenas migas con los ideólogos de la dictadura; había logrado que lo autorizaran a trasladar un gran número de materiales del Museo Etnográfico a la Quebrada de Humahuaca. Se decía que había desvalijado el Museo Etnográfico. No sé si fue tan así pero eso era lo que para ese entonces se rumoreaba en los pasillos.

Estos hechos marcaron un cambio de rumbo en las investigaciones arqueológicas y antropológicas que había empezado a desarrollar el Dr. Lafón en el Noroeste Argentino porque había muchas desavenencias entre él y Casanova. No sé bien cuáles, pero probablemente se iniciaron porque Casanova tuvo que irse de la Facultad y como el cargo que tenía en la carrera lo ocupó el Dr. Lafón ese reemplazo seguramente no le agradó mucho. De manera que cuando Casanova se fue a Tilcara, el Dr. Lafón (cosa que él comentaba con frecuencia) no quería volver a trabajar en la Quebrada de Humahuaca. Si bien él había efectuado trabajos muy interesantes en antropología social sobre la vida y festividades en Punta Corral, decidió no volver a investigar en el Noroeste. El Dr. Lafón comenzó a realizar proyectos de investiga-

ción arqueológica en el área de los humedales en el Nordeste. Por esas razones, quienes fuimos sus alumnos en las cátedras de “Técnicas de la Investigación” y de “Prehistoria y Arqueología Americana” empezamos a hacer los primeros acercamientos arqueológicos a través de varios trabajos de campo en sitios ubicados sobre el río Luján, en el sur de Entre Ríos y en el norte de Santa Fe, a diferencia de los alumnos e investigadores de la Universidad de La Plata que trabajaban con Alberto Rex González y con Eduardo Cigliano en áreas del Noroeste: tal como fue el caso de Ana María Lorandi, que trabajó en Santa María y después en Santiago o de Myriam Tarragó, que estaba trabajando en Cachi para ese entonces.

Participar en esos trabajos de campo fue realmente muy importante para ese entonces. Y digo “para ese entonces” porque hoy ya no ocurre de la misma manera. En esa época, el Dr. Lafón quería formar una Escuela de campo y en la materia “Técnicas de la Investigación” teníamos que cumplir indefectiblemente con salidas al campo. Y hoy, ya eso –les comento a los alumnos– es más difícil, quizá por la cantidad de gente o bien por los costos. Habría que rever esta situación. Pero desde la experiencia que yo tuve en esos años, el trabajo de campo constituía una formación necesaria y por lo tanto nos capacitaba para la investigación. Tener esa experiencia también nos permitía decidir si queríamos o no seguir la especialidad en arqueología.

Mientras que los conflictos políticos se iban interdigitando con la vida personal de cada uno de los estudiantes de antropología, de las instituciones y de las orientaciones en la investigación arqueológica, coexistieron diferentes posturas teóricas durante el transcurso de estos cinco años. Y sobre esto en especial quiero enfatizar porque al hacer una retrospectiva es lo que más me conmueve y lo que me hace pensar en la existencia de un estrecho vínculo entre las con-

tradicorias vertientes teóricas para comprender el pasado y la diversidad de posturas y debates políticos sobre el presente que nos tocó vivir.

En primer lugar, los estudiantes de arqueología fuimos incorporando una jerga muy particular: una sorprendente *melange* dialectal con la que nos comunicábamos en las aulas, en la biblioteca o en las “lecherías” y bares cercanos a la Facultad. Era habitual referirnos, como en un trabalenguas, al “*epiprotolítico epigonal del Protosanmatiense*”, al “*protolítico de la industria Riogalleguense*” y al “*Jabaliense epimiolítico*”, que nos acercaba muy estrechamente a Menghin y al difusionismo cultural. Aunque Menghin se jubiló en 1968, los profesores que dictaban materias de orientación arqueológica y realizaban investigación en el Instituto de Antropología, continuaron aplicando sus ideas y sus conceptos: Marcelo Bórmida, Amalia Sanguinetti de Bórmida, Carlos Gradín, Juan Schobinger, Augusto Cardich, Antonio Austral y Rodolfo Casamiquela. Todos ellos marcharon –y así lo demuestran sus escritos para ese entonces– tras los pasos de Menghin: con la misma orientación teórica y similares problemáticas de investigación y principios metodológicos. El único que se fue apartando progresivamente con una perspectiva teórica particular fue el Dr. Antonio Austral.

En cuanto a las investigaciones que desde la “escuela arqueológica”, por así decirlo, se realizaban desde Buenos Aires, me parece de interés destacar algo sobre las que se efectuaron en Pampa y Patagonia: en 1969 Bórmida dejó los estudios arqueológicos para dedicarse de lleno a la etnología. Eso fue importante porque abrió una brecha para empezar a replantear algunas cosas. Amalia Sanguinetti de Bórmida, junto con Carlos Aschero y Carlos Gradín emprendieron una investigación en las terrazas del río Neuquén subsidiada por la empresa Hidronor, que patrocinaba la construcción de “El Chocón”. Y ese fue un hito importan-

te, porque fue la primera vez que se hizo una interacción de magnitud entre los arqueólogos y una empresa para atender problemas de impacto arqueológico por la construcción de grandes obras hidráulicas. Fue una experiencia nueva, la arqueología empezó a salir en los diarios. Y así fue como nació el famoso “Neuquense”, otra más de las numerosas industrias líticas de la Patagonia construidas con los conceptos histórico-culturales.

En 1971, Austral puso distancia respecto de los esquemas rígidos que había planteado Menghin y comenzó a utilizar otras denominaciones clasificatorias. Por ejemplo, el “lítico inferior”, el “lítico superior” y el “ceramolítico”. Por lo menos ya no era “epiprotolítico epigonal”. Eran otras orientaciones. Él las usó para ordenar las secuencias culturales, especialmente en los sitios del oeste de la Pampa. Entre 1966 y 1972, Carlos Gradín realizó importantes contribuciones a los estudios del arte parietal, pintado y grabado. Su contribución en el campo fue realmente destacable. La estratigrafía y la secuencia cultural que estableció junto con Carlos Aschero y Ana Aguerre en la “Cueva de las Manos Pintadas” también marcó un importante hito en los estudios arqueológicos de Patagonia: se realizaron fechados radiocarbónicos, se comenzó a entrever la vida de los cazadores y no meramente un agrupamiento de objetos con nombres inteligibles para un alumno desprevenido, como los que venían de la escuela “menghiniana”.

Esto ocurría en el campo de las investigaciones. Mientras tanto, en el ámbito académico la cátedra de “Prehistoria del Viejo Mundo” que había dejado Menghin quedó a cargo de Amalia Sanguinetti de Bórmida. Y por suerte Luis Orquera, que en ese entonces era ayudante, le pidió autorización a Amalia Sanguinetti para dar Gordon Childe en los prácticos. Y esto, sin duda, abrió otra brecha teórica muy enriquecedora: marcó un rumbo importante para la renovación

de ideas, conceptos y terminología. Pero, ¿ahora qué pasaba? además de los términos acuñados por Menghin en las materias de arqueología y las lecturas obligatorias también usábamos los conceptos de “revolución neolítica”, “evolución social”, “cronología” y “corología”, que nos vinculaban con muchísima alegría y entusiasmo al evolucionismo marxista de Childe. Junto con estos saberes, que venían de Inglaterra, también respirábamos los aires afrancesados que llegaban con los “rabots”, las “raederas con retoque bifacial tipo quina” y los “bifaces almendrados” de la tipología del Paleolítico Inferior y Medio, así como los análisis estadísticos que inició Bordes y creímos que eran la panacea de la interpretación en arqueología: el que no hacía estadística quedaba fuera de la posibilidad de alcanzar “la verdad del pasado” (*risas*).

Al mismo tiempo, en la cátedra de “Prehistoria y Arqueología Americana” asimilábamos las ideas renovadoras impulsadas desde la arqueología estadounidense. La traducción de las obras de Gordon Willey y de Phillips, de Betty Meggers, de Bennett, nos permitieron conocer los más recientes análisis espaciales areales y regionales, que se estaban realizando en la arqueología norteamericana. Comenzamos a incorporar nuevos conceptos tales como los de “horizonte” y “tradicición” y junto con ellos, los criterios evolucionistas multilíneales en los que se sustentaban las etapas del desarrollo cultural americano. Estas ideas también se plasmaron en las contribuciones científicas que Alberto Rex González y sus discípulos realizaron sobre numerosos sitios del NOA. Fueron realmente ideas renovadoras que por un tiempo siguieron coexistiendo con las anteriores.

Mientras tanto, según nuestro Plan de estudios, también teníamos que cursar otras materias que nos acercaban visiones sociales y políticas más amplias, fundamentales para el análisis de la realidad que vivíamos: en Sociología Sistemática y Teoría Sociológica leíamos a Marx, Mao y Lenin; en

Etnografía Extra-americana discutíamos al recientemente publicado libro *El Tercer Mundo* de Peter Worsley y, en algunas materias también leíamos *Las venas abiertas de América Latina* de Eduardo Galeano.

Y como si esta variedad de abordajes teóricas fuera poco, al mismo tiempo hacia 1971 y 1972, comenzamos a leer (aunque sin entender mucho todavía) las críticas a las posturas tradicionales evolucionistas multilineales de J. Steward y L. White. Críticas que venían de Estados Unidos y hacían tambalear las ideas con las que nos habíamos formado hasta esos momentos. Un “nuevo paradigma” arqueológico estaba en marcha: eran los nuevos aires que soplaban del norte con L. Binford, la arqueología como antropología y los fundamentos de la “*new archeology*”. ¡Y nosotros todavía arrastrando el karma de las viejas construcciones histórico culturales del “epiprotolítico” o el “epimiolítico”!

Lo notable es que perspectivas teóricas y conceptos tan dispares coexistieran en el mismo “menú”: un poco de evolucionismo multilineal mechado con una pizca de revolución social, rociado con salsa de fases, horizontes y tradiciones de cazadores generalizados y cazadores especializados. Y de postre... bueno, esto sí era un postre: ya sobre el final del período, la sabrosa, deliciosa “arqueología social” que aplicaba Lumbreras en el mundo andino. Si analizamos los trabajos arqueológicos publicados en la revista *Relaciones*, Nueva Serie, tomo 5-6 de los años 1970 y 1971, en el índice podemos encontrar representado ese variado menú intelectual. Por ejemplo, un trabajo titulado “Las protoculturas de Sudamérica”, de Enrique Palavecino (con las áreas culturales que arrastraba de Boas y Steward); un trabajo de J. Schobinger donde están claramente representadas las construcciones menguinianas del desarrollo cultural y también el enfoque ecléctico que hacía el Dr. Lafón con los aportes de Betty Meggers, Leslie White y los trabajos de Gordon Willey.

Si hubiese que buscar un nombre para caracterizar la diversidad de enfoques teóricos en los que nos formamos y el quehacer de la arqueología durante esos cinco años, yo elegiría el de la Torre de Babel. Ahora, en retrospectiva, parece casi imposible que hayamos podido transitar nuestra formación profesional rumiando tanta dispar lectura y tantos conceptos contradictorios sin indigestarnos. Aunque quizás la heterogeneidad de ideas que asimilamos en el ámbito académico para comprender el pasado, fue precisamente lo que nos ayudó a comprender y adaptarnos a la complejidad de los tiempos caóticos y conflictivos del presente que vivíamos y... a no sucumbir en el intento.

A. C.: Por último, vamos a escuchar a Cecilia Hidalgo, que es profesora titular regular de la carrera en la UBA y profesora en diversos programas de posgrado. Se graduó como antropóloga y se ha especializado en epistemología y metodología de la investigación social. Actualmente se dedica a la investigación de comunidades científicas y académicas. También ha ocupado distintos cargos de conducción institucional, especialmente como directora a cargo del Instituto Nacional de Antropología, dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación (1987-1989); como Prosecretaria de investigación de la Facultad de Filosofía y Letras (1991-1998); como Coordinadora del área de acreditación de carreras de grado en la CONEAU (1999-2002); y como Secretaria de investigación en la Facultad de Filosofía y Letras (2002-2006).

Cecilia Hidalgo

Bueno, soy la última porque soy la más joven (*risas*). Entré en la carrera en el año '72, es decir, en el filo del período que abarca este panel, y la terminé en el '76. Hice cinco años

de cursada. No trabajaba. Pertenecí a una generación que ya no vivió la *communitas*: no frecuentábamos como cohorte o como grupo unido el Museo Etnográfico. Íbamos, sí, a la biblioteca, donde conseguir los textos –que no abundaban ni se reproducían en fotocopias como en la actualidad– se transformaba las más de las veces en una situación traumática. Es que ya no existía el ambiente acogedor que se evocaba en la mesa anterior. De hecho, apenas nos graduábamos se nos prohibía el acceso a la biblioteca y perdíamos derecho a consultarla, con lo que se nos negaba adicionalmente un espacio de encuentro posible entre ex compañeros de estudio.

Fui parte de una generación que, salvo algunas excepciones como la que mencionaré enseguida, venía de familias de clase media. Muchos teníamos padres profesionales. Obviamente, esta afirmación no se funda en un estudio sistemático, sino en las impresiones que conservo de quienes eran mis amigos y pares en esa época. En mi caso, mi padre era abogado, había sido el primer universitario de su familia y había logrado construir un estudio jurídico que “me esperaba”. Mi mamá, profesora de jardín de infantes, compartía también la aspiración de que eligiera continuar por el camino jurídico. Sin embargo, como tantos otros de mis compañeros, yo era de los jóvenes que habíamos decidido “otro tipo” de vida. Creo importante que se entienda que, no obstante todas las dudas que generaban carreras tan poco transitadas y novedosas en Buenos Aires, en gran medida una vez tomada la decisión por la Antropología fuimos apoyados por nuestros padres. Ellos que eran contemporáneos del “Che” y hoy tendrían la edad de Fidel Castro, pertenecían también a una generación con fuertes compromisos con el país, con Latinoamérica, y con su propia apertura mental y política sesentista alentaron, quizá sin ser plenamente conscientes, vocaciones impensables para ellos mismos en su juventud.

Nuestras elecciones estaban cargadas de trascendencia y expectativas, veíamos en la carrera una posibilidad de entender mejor la situación social y política de Latinoamérica y sobre todo de contribuir a su transformación en dirección a la justicia social. Era una época muy especial para estas juventudes que estaban, por un lado, politizándose, pero también buscando una identidad personal (qué hacer en la vida), tratando de unir lo que se pretendía hacer con lo que se iba a estudiar. Y esto proyectaba una visión cargada de grises sobre las profesiones liberales como la medicina, el derecho, la economía de los contadores, en fin, las que habían sido opciones casi obligadas de las generaciones de clase media que nos precedieron.

Tal vez la consigna que guía el panel, “debates internos”, se quede corta para reflejar las controversias de la época, más elocuentemente expresadas en el título *La batalla de las ideas* del libro de Beatriz Sarlo. Porque se trataba de algo más intenso que debates internos: era una época de verdaderas batallas de ideas. Que la búsqueda de un camino profesional fuese también la de un camino personal teñía todo de una alta densidad emocional. No era únicamente una cuestión intelectual definir qué íbamos a entender por “imperialismo” o por “alienación”; todo alineamiento teórico se entendía unido a la toma de un compromiso. Incluso, si estudiábamos, estudiábamos mucho. Aquí algunos recordábamos recién que tanto en tomas como en movilizaciones llevábamos libros, nos sentábamos en un rincón a seguir leyendo, a seguir trabajando. Muchas veces lo hacíamos porque en la Facultad no teníamos maestros que respetáramos como tales. Como bien recordaba Hugo Ratier, era una época de autogestión intelectual, en la que debíamos buscar orientaciones intelectuales por nosotros mismos. Para que puedan acercarse a lo que era el contexto académico del mo-

mento, piensen que, por ejemplo, los trabajos de Bórmida de antropología social son de 1969, por ejemplo, los artículos “Mito y cultura, bases para una ciencia de la conciencia mítica y una etnología tautegórica” y “Problemas de heurística mitográfica”. Nosotros, en el ‘72, ya no podíamos siquiera leer estos trabajos, no habíamos de compartir sus puntos de vista. Había mucha discusión teórica, metodológica y sobre todo política de por medio. Como dije, nosotros ya no teníamos lugar en esa antropología que prevalecía en nuestro Departamento. La facultad tenía diez departamentos en ese momento, que se habían creado a partir del ‘56 a instancias de José Luis Romero. En la época ello implicó toda una renovación, tanto a nivel de la docencia como de la investigación en ciencias sociales y humanidades. Del Departamento de Ciencias Antropológicas dependían los Institutos de Antropología y Arqueología y el Museo Etnográfico. De ambos fue director Bórmida entre el ‘62 y el ‘72. El Departamento ofrecía el dictado de solo trece materias: Introducción a las Ciencias Antropológicas, Folklore General, Etnología General, Prehistoria y Arqueología Americanas, Antropología, Prehistoria del Viejo Mundo, Etnografía Americana, Etnografía Extra-americana, Folklore Argentino, Técnicas de la Investigación, y después había seminarios de Arqueología Americana, Etnología Americana y Folklore. Para completar el cursado de las materias del Plan de estudios tomábamos cursos en los otros departamentos. Cursábamos muchas materias de Historia: “Historia de América” era fundamental, o “Filosofía de la Historia”, pero también cursábamos varias sociologías, psicologías... Piensen ustedes que en la organización misma de la carrera de Psicología de la Facultad, también de 1958, habían estado personas tan inteligentes como *Arminda Aberastury* o Pichón Rivière. Cristina habló de la fascinación por materias como las que dictaba Elena Chiozza en el Departamento de Geografía; también nos atraían mu-

chas de las materias de Sociología, de suma pertinencia para la nueva orientación a la Antropología Social que se consolidaría años después. Pero aún en este caso la batalla de las ideas era intensa porque a la sensación de que allí había algo muy valioso se le sumaban fuertes críticas al cientificismo de la sociología académica, tanto en sus vertientes informadas por la sociología norteamericana como por el estructuralismo continental europeo. En fin, queda claro que en la propia Facultad había un conjunto de propuestas y personas muy variado, controversial, que reclamaba alineamientos y toma de partido. Empero, antes que en el conjunto del país, las fuerzas de la dictadura intervinieron la universidad y reprimieron aquellas batallas de ideas.

Yo pertencí a una generación a la que le gustaba la Facultad. En ese primer año, en el '72, estuvimos en la sede de la avenida Independencia, después pasamos al edificio del viejo Hospital de Clínicas, que fue derruido, donde hoy está la Plaza Houssay. Por cierto, lo territorial tiene valor e importancia, pues verán que los ámbitos en los que nos movíamos, lejos del útero materno del Museo Etnográfico, estaban marcados por la precariedad. Ya no nos encontrábamos como grupo, abarcando al conjunto de los estudiantes de la carrera. Personalmente tuve pocos compañeros más allá de compartir alguna que otra materia. Considero sí que fui amiga de Guillermo Pagés Larraya, que era un hombre inteligentísimo. A diferencia de la mayoría de nosotros, él venía de una familia de académicos. Recuerdo la biblioteca de su casa, que era extraordinaria. Pero ya nos preparábamos un poco para lo que en la época se llamaba “compartimentalización”: mucho no sabíamos ni queríamos saber del compañero, hecho que por supuesto no favorecía la sociabilidad de *fratría* que desarrollaban con anterioridad en el Museo.

Recuerdo que apenas recibida, varios de nosotros nos nucleamos en una de esas catacumbas que caracterizaron la

vida académica durante la dictadura militar. En este caso, una conducida por gente de Ciencias de la Educación, entre los que estaban Gilda Romero Brest y Alfredo Bravo. Editaban con gran esfuerzo una revista fantástica titulada *Perspectiva Universitaria*, que creo fue prácticamente la única publicación en la que se siguió registrando y dando cuenta de lo que pasaba en la universidad en esos años tan tristes y difíciles. En ese contexto institucional, por ejemplo, aprendíamos unos de otros lo que más sabíamos. Por ejemplo, yo enseñaba a mis pares lo que había entendido estudiando sola de Maurice Godelier, por señalar un solo caso. Y era así: uno estudiaba a Godelier y se lo explicaba a los demás. Otro había leído todo Lévi-Strauss o el último texto de Murra y lo compartía y discutía con los demás. Lo hacíamos todo de una manera absolutamente autogestionada. Y así continuábamos nuestra “batalla” de ideas, tratando de encontrar una posición intelectual que nos permitiera entender y tomar posición frente a la represión, la dominación, los movimientos de guerrilla, el peronismo, las organizaciones cristianas de base, el marxismo... Elegir una profesión como la de la antropología nos ponía cerca de un mundo intelectual y de un mundo militante a la vez, donde la ciencia social nos parecía por un lado algo muy importante, pero por otro lado insuficiente en sí misma.

En estas catacumbas la visión que teníamos de lo ocurrido con nuestros compañeros era muy fragmentaria. Siempre estábamos con la duda de si se habían ido al exterior, si vivían, qué había sido de ellos. Recién hemos podido reconstruir nuestras trayectorias y relaciones con el paso de mucho tiempo. Mi sensación es que murieron los más inteligentes, los que eran más sensibles, los que tenían más valor.

Por cierto, los años que siguieron fueron muy duros, pero ellos ya son objeto de otra mesa. Muchas gracias.

A. C.: Bueno, aunque estemos ya sobre el filo de la hora, dedicamos un tiempo para preguntas, para aportes.

Público: Un comentario para Alicia Tapia. Yo hice Arqueología con Bórmida. Fuimos a la provincia de Buenos Aires e hicimos lo que hoy serían tres yacimientos. Él tenía una tipología propia (el raspador al revés, por ejemplo). Y después de terminar esa tipología dije: “Bueno, no hago más arqueología, pero ya he resuelto el problema de la nación pampa”. Lo había resuelto con el material de un yacimiento que se llamaba “La Montura” que eran tres piezas nada más. ¡Yo ahí tomé una desconfianza de la arqueología! (*risas*). El tipo va ahí, hace un pocito, saca esto y resuelve el problema de la nación pampa... (*risas*)

A. C.: ¿Alguien más?

Público 2: Una pregunta para Marcelino y para Cristina Chiriguini, que son quienes se refirieron a la experiencia de las cátedras nacionales. En un momento, Marcelino, usted va contando la experiencia de las cátedras y después menciona la materia “Historia de las Luchas Populares”, que es una materia que se da en el curso de verano del ‘74 y forma parte del ciclo de iniciación de ese año. Y dijo: “Bueno, y ahí tuve como un salto”. A mí me interesó ese salto. Mi pregunta es si podría ampliar un poco cómo la experiencia de las cátedras nacionales impactó en el proyecto de universidad del ‘74. Incluso, tal vez, teniendo en cuenta que las cátedras nacionales no habían existido estrictamente –al menos, hasta donde entiendo– en antropología. Entonces, tal vez, tiene que ver con nuevas perspectivas en la disciplina...

C. H.: Está fuera del período. Él hizo mal en tomarlas porque es ‘73 y ‘74 las cátedras nacionales (*risas*).

M. F.: Bueno, ya me retaron y ni siquiera me correspondía hablar de eso (*risas*). Lo que pasa es que puse una patita en el período anterior y otra en el posterior. En realidad yo no estuve en las cátedras nacionales, quiero aclararlo. Participé en esa materia como ayudante y nada más. No hice el recorrido que hicieron las cátedras nacionales posteriormente. Esto tenía que ver con que yo, ideológicamente, buscaba una síntesis entre peronismo y marxismo, y eso no aparecía por allí. Mi experiencia en las cátedras nacionales fue solamente esa: la de participar en esa materia. Y en la revista *Antropología 3er. mundo* solo participé cuando todavía las cátedras nacionales no estaban planteadas. Creo que es a partir de su tercer número que *Antropología 3er. mundo* se define como revista de difusión peronista y ahí queda embanderada en las cátedras nacionales. Yo me había alejado de la revista y también del peronismo. Pero, bueno, ese fue un momento de transición, es decir, las cátedras nacionales, dentro del peronismo, de alguna manera iban a articular con lo que después fue la tendencia revolucionaria peronista, no con el grupo “Lealtad”, que era la derecha del peronismo. El grupo “Lealtad” quedó afuera de eso y después tomó compromiso político con la derecha peronista, ya en la época del último gobierno de Perón: Isabel, López Rega y toda esa gente. Y la otra tendencia fue la que puso los muertos dentro del peronismo. De todas maneras, yo no adhería a esa línea. No sé si te respondo a la pregunta sobre el salto.

Público 3: Pero poné un fecha para que se entienda porque se habla del ‘68-‘69 y vos saltaste al ‘74.

M. F.: Claro, pero yo lo mezclé con la revista. Porque la revista fue... a cierta altura se la consideró como que fue un antecedente de las cátedras nacionales.

P. 2: ¿No fueron cosas que se dieron en paralelo?

M. F.: No, la revista surgió antes. El primer número, en el que yo escribí el artículo que les contaba, es del '68. Después sigue varios años más, cuando las cátedras nacionales ya están presentes. Pero en el momento en que sale el primer número, el peronismo todavía era absolutamente minoritario en la universidad.

C. C.: O se podría decir que era visto como algo más bien reformista que no alcanzaba el carácter revolucionario en la universidad. Digamos, desde la izquierda, desde los movimientos de izquierda o las agrupaciones de izquierda, el peronismo era visto como simplemente reformador. Parece una cosa contradictoria porque a su vez, simultáneamente, estaba apareciendo Montoneros.

L. B.: Pero acordate de dónde surgió Montoneros: del catolicismo de derecha.

C. C.: Claro, pero representaba un avance, equivocado o no, con respecto a un cambio de sociedad. Por ejemplo, cuando estaba por graduarme trabajé como ayudante y se producían cosas medio locas, como por ejemplo no enseñar inglés porque de alguna manera se pensaba que así se combatía al imperialismo. Ahora parece totalmente ridículo: combatir el imperialismo desde el castellano (*risas*).

C. H.: Yo quisiera decir algo que no dije antes: en la generación nuestra el trabajo de campo no existía. Nadie lo alentaba. Una referencia dentro de lo que eran los profesores –que quizás porque era una opción intermedia, políticamente comprometido pero que no adhería a los

movimientos guerrilleros— era Blas Alberti, que me gustaría recordarlo hoy especialmente. Es, quizás, un exponente muy elocuente de esto porque era una antropología totalmente teórica, que se remontaba a Morgan, y unía Darwin con Marx, y tenía toda una elucubración respecto de la evolución de las sociedades. Y era, por una parte, fascinante... después todo esto se conectaba con la acción de Trotsky. Pero, digamos, él tenía toda una elaboración teórica en lo que era la izquierda nacional. Allí conocí —y le estoy eternamente agradecida a Blas Alberti por eso— al profesor Félix Schuster, que después lo fuimos trayendo para la antropología.

M. F.: ¿Me permitís, Cecilia? Justamente alrededor de esto de Blas Alberti: él era militante del Partido de la Izquierda Nacional, en el que estaban Spilimbergo y Abelardo Ramos. Y mientras vos hablabas, yo me acordaba del intento de Blas Alberti de unir la antropología con esa militancia política y de las piruetas que hacía para justificar ciertas cosas. Por ejemplo, cuando le decíamos: “Bueno, pero ¿qué pasa con los nazis? ¿Qué opinás de los nazis?”. Porque acá, en el país, estaba lleno. Y estaba la explicación de que el fascismo —tomada más técnicamente la cuestión— no era posible en los países subdesarrollados porque era una expresión de los países centrales que tenían políticas expansivas, etcétera. Había un tipo de elucubración justificatoria muy interesante. Pero la cuestión era también cómo se navegaba ideológicamente ahí porque en última instancia lo que él tenía que avalar era un marxismo pero con base peronista, lo que se volvía complicado. Entonces, los puntos débiles eran tratados de esa manera.

C. H.: Y también, en ese momento, estaba el tema de la causalidad histórica o el libre albedrío. Se trataba de ver, por

ejemplo, en las distintas revoluciones (la rusa, por ejemplo, que se estudiaba mucho) cuál había sido el factor suficiente o necesario. Y discutíamos si de una sociedad campesina podía directamente salir el socialismo o había que atravesar necesariamente una fase capitalista. En fin, todo eso discutíamos como parte de una elucubración respecto de lo que podríamos llamar la naturaleza de la sociedad. Esa era la formación que podíamos hacer en ese momento. O sea, ya realmente se había perdido –como creo que se menciona en el copete de esta mesa– la idea de que era posible hacer trabajo de campo.

Público 4: Un comentario muy breve porque sé que es tarde. Es acerca de la carrera paralela que se genera en Rosario frente a las orientaciones que se van a dar en el año '58: la de La Plata y la de Buenos Aires. En las dos mesas estuvo atravesado el tema de que todos tuvieron que luchar o sufrieron de distinta manera el problema mucho más directo del nazismo. Y creo que eso trajo una cosa muy importante –que yo no la viví como estudiante en Rosario– que fue la mirada no global o fragmentada entre la arqueología y la antropología. Y eso todavía hoy sigue siendo así, al menos para mí: en la carrera que se hace acá, en Buenos Aires, hay como un divorcio entre estas orientaciones. Cosa que yo no viví porque nosotros, en Rosario, era una carrera nueva, entonces toda la gente que fue expulsada de acá, o los recién egresados como Halperín Donghi, Sánchez Albornoz y el Dr. Rex González (que fue el que generó la orientación en Rosario) no eran fascistas. Entonces, hubo como una explosión en los años '60 de una libertad de estudio. Mi primer libro de arqueología –y por eso mi enfoque es diferente– fue de Gordon Childe. Y recién llegué a leer a Imbelloni al final de mi carrera como una parte de los procesos, de las corrientes que estaban interjugando en la arqueología. Y, por

ejemplo, en 1958-1959, Elena Chiozza, Sánchez Albornoz y Belló (un profesor de historia extraordinario) generan un proyecto de estudios en el valle de Santa María. Está bien, era con el enfoque de la época, de área cultural. Pero a este proyecto se lo ve en forma integrada de todas las disciplinas, donde la historia, la antropología y la arqueología debían confluir para dar una historia en el contexto de la región, y por supuesto de América Latina. Y eso fue muy distinto en Buenos Aires. Y yo creo que todavía hoy ustedes padecen ese proceso que... Y con esta fascinación de profesores, como fue Bórmida, que lo he escuchado en un montón de colegas. Y tal vez no tanto por Menghin, aunque sí está la idea de que era muy buen profesor. Entonces, esta ambivalencia de grandes profesores con un enfoque que, como lo planteó Rex González cuando publica en el '85 en la *American Antiquity*, que dice que la escuela histórico-cultural es una corriente que ya no existía en el mundo cuando ellos la impusieron en la Argentina. Entonces, yo creo que vale la pena seguir reflexionando sobre esto. Y también tomar en cuenta el proceso en el conjunto del país de lo que ahora son las carreras antropológicas. En Rosario, el '66 significó la renuncia de todos nosotros. En cambio acá fue distinto. Por ejemplo, Alicia, ustedes siguieron practicando la arqueología. Lo hicieron sufriendo de distintas maneras los procesos históricos que ocurrieron dentro de la universidad. Pero en Rosario se cortó completamente. Y creo que también Rosario padece ahora las consecuencias porque no ha logrado superar estos años del '66 al '73, que significaron un parate total, y lo que vino después, que fue la muerte total.

M. F.: Yo creo que estas recordaciones son buenas pero no siempre son recordaciones, me parece, porque las situaciones se repiten con bastante parentesco. Nosotros, por ejemplo, en la época de Vietnam denunciábamos a Margaret

Mead que colaboraba con la invasión norteamericana. Y hoy los tenemos en Irak, en Afganistán a todos estos colegas antropólogos norteamericanos haciendo lo mismo, O peor. Entonces, yo creo que el hilo conductor de todo esto es nuestra ética como antropólogos. Por eso me parece que tenemos que mantener el debate y frescas estas cosas que son constitutivas de la profesión acá, en el país.

Las ciencias antropológicas y el proyecto de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. 1973-1974

Panelistas: Susana Margulies, Ricardo Slavutsky, Hugo Ratier, Julieta Gómez Otero, Juan Carlos Radovich | Coordinador: Pablo Perazzi

Pablo Perazzi: Buenas tardes. Bienvenidos al tercer panel de las actividades por el 50° aniversario de la carrera de Ciencias Antropológicas. Agradezco la presencia del público y de los expositores, sobre todo de aquellos que vinieron de lejos, como Julieta Gómez Otero que viene de Puerto Madryn, Ricardo Slavutsky que viene de Jujuy y la profesora Susana Margulies que viene de La Paternal (*risas*).

El título de este panel es “Las ciencias antropológicas y el proyecto de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires, 1973-1974”. El objetivo es repasar las transformaciones acaecidas en el campo antropológico durante el período comprendido entre mayo de 1973 y septiembre de 1974, etapa signada por un intenso proceso de radicalización política y cambios profundos en los contenidos curriculares. La puesta vigencia de un nuevo plan de estudios, la creación de centros de acción e investigación de la cultura popular y las alianzas con otras estructuras disciplinares fueron algunos de los hechos que configuraron la sociabilidad antropológica de la época. En una reunión preliminar se había pensado en un título que englobara las distintas posiciones

de los panelistas, que era “Memorias y olvidos en la Antropología argentina”.

Antes de dejarle la palabra a la primera panelista quisiera recordar, como se hizo anoche en el último panel, a los estudiantes y docentes detenidos-desaparecidos y asesinados que ingresaron en la carrera en este período del ‘73-‘74. Entre los estudiantes están María Ana Eriza, Félix Jorge Pérez, Enrique Eugenio Seccafien. Y entre los docentes, Gemma Fernández Arcieri y Graciela Muscariello (*aplausos*).

Ahora sí le cedo la palabra a Susana Margulies, que es Doctora de la Universidad de Buenos Aires con mención en Antropología Social, Diploma Superior en Ciencias Sociales con mención en Sociedad y Servicios de Salud de la CLACSO y Profesora Asociada de Historia de la Teoría Antropológica y del Seminario de Antropología Médica en esta facultad.

Susana Margulies

Buenas tardes. Agradezco la invitación a participar de este panel. Mi primera reacción frente a la invitación fue: “Yo no me acuerdo, tengo todo confuso”. Pablo Perazzi debe recordarlo. Después empecé a desempolvar documentación, a releer programas y documentos de la época para al menos esbozar una reconstrucción de ese período de 1973-1974, cronológicamente un año. Quiero señalar que ayer mismo, en los dos paneles que nos antecedieron, muchos de los relatos de los expositores nos fueron conduciendo hasta esta época, a veces solapando en el relato eventos y desarrollos de los distintos momentos. Tal vez las necesarias distinciones entre los períodos para la organización de los paneles quiebran algunas continuidades y procesos que luego se van articulando, explícita o implícitamente, en la voz y el recuer-

do de los protagonistas. Creo que en este caso también va a ocurrir algo semejante.

En mi caso, en función de esta base de olvido y confusión y en el intento por desenmarañar los recuerdos propios, tomé prestados los recuerdos de dos queridas compañeras, Ana María Gorosito y Alicia Martín, reviviendo eventos, situaciones y procesos que compartimos en esos años. Procuré enhebrar recuerdos, no en el vacío sino desde el reconocimiento de nuestras adscripciones y pertenencias en el pasado y –debo decir también– desde el presente. Pienso que en estos paneles no se trata solamente de compartir nuestras experiencias, lo cual ya es de por sí muy importante. Creo que además, en la presentación de nuestras trayectorias de formación y desempeño profesional, expresamos nuestra visión sobre las disputas teórico-políticas e ideológicas y, de ese modo, también incursionamos en el actualmente disputado terreno discursivo de representación de los modos del hacer y del pensar político-académicos del pasado.

Como procuro aplicar en la materia a mi cargo, Historia de la Teoría Antropológica, pienso que hacer la historia de la Antropología –y en el caso de estas jornadas, de la Antropología de Buenos Aires– es una instancia viva, en el continuo movimiento de reconocimiento y desconocimiento (por eso hablo tanto de “recuerdos” como de “olvidos”) de referencias, teorías, conceptos y abordajes, en el que se juegan necesariamente distintas versiones del pasado, desde posiciones e identidades personales y colectivas presentes. En este sentido, pese a la protesta inicial, saludo y agradezco esta oportunidad de revivir –en el sentido de vivir nuevamente– el pasado, en este caso el ‘73-‘74 encarnado en el hoy.

Para cumplir con mi parte, voy a presentar mi trayectoria. Entré a la Facultad de Filosofía y Letras luego de un

examen de ingreso del cual lo único que recuerdo es que tuve que leer a Raymond Firth, *Tipos humanos*. Y cursé bajo el Plan '59, incorporando luego las equivalencias establecidas a partir del Plan '74. Los espacios físicos de esa trayectoria, cabe destacarlo, fueron varios: empecé la carrera inicialmente en la sede de Independencia y Urquiza y una gran parte de mis años iniciales, como ayer también se planteó, se desarrollaron en la biblioteca del Museo Etnográfico. Pero también en el bar –recordado ayer también– de la esquina de Moreno y Defensa y luego en el bar Buenos Aires, ubicado en la esquina de Independencia y Urquiza. Y, finalmente, el último espacio en el que cursé fue el viejo y desaparecido Hospital de Clínicas, hoy Plaza Houssay, al que se entraba por la calle Uriburu.

En el marco del Plan '59, cursé las materias introductorias. No tuve a Bórmida como profesor. O, mejor dicho, sólo lo tuve en algunas clases que dictaba en el curso de Introducción a las Ciencias Antropológicas. Luego cumplí con los diversos cursos, entre ellos, la materia Antropología, que era una antropología física, de la cual recuerdo el peso de los contenidos de somatoscopía y somatología y en donde nos ejercitamos en el uso de craneóforos y craneóstatos, midiendo los cráneos de los compañeros. También hice Prehistoria del Viejo Mundo, a cargo de Amalia Sanguinetti de Bórmida, un esfuerzo verdadero de memorización y repetición, por ejemplo de “la enmarañada evolución” de la industria del Paleolítico Medio y Superior en Europa de F. Bordes. En este curso –como en otros– los contenidos se organizaban sobre la base de modelos propios de la escuela histórico-cultural. Presentados como la historia misma, no abrían para nosotros la posibilidad de ninguna perspectiva crítica. Cursé Folklore General con Cortazar, Folklore Argentino con Susana Chertudi, Etnología (que era la historia de la etnología) con Cordeu, Historia de América e Historia

Argentina, ambas en el nivel 1. Y también Sociología Sistemática. Frente a la opción entre el área de folklore y la arqueológica, opté por hacer la materia Técnicas de la Investigación Arqueológica de la mano de Ciro Lafón y de Luis Orquera, quienes nos llevaban a los estudiantes fin de semana por medio a hacer excavaciones al río Luján.

Estas materias iniciales me condujeron así desde la lectura de Menghin, las teorías de las áreas y ciclos culturales, la práctica de Antropología física con los instrumentos disponibles en el Museo, al estudio de Redfield y Foster y el particular recorte funcional-culturalista que proponía A. Cortazar. Pero también en estos cursos, en particular en las materias optativas, empecé a abordar otros temas y áreas que despertaban en mí un interés mayor. En Introducción a la Sociología, que cursé con Forni, conocí la sociología norteamericana desde Merton a Wright Mills; las teorías sociológicas de América Latina y las teorías de dependencia, leyendo a Stavenhagen, a González Casanova, a Orlando Fals Borda, etcétera. En Sociología Sistemática, leímos a Marx y a Althusser y abordamos los debates sobre la cuestión del ejército industrial de reserva y el problema de la superpoblación relativa y la crítica del concepto de “marginalidad”.

Así en el curso inicial de mi carrera se mezclaron las tradiciones propias del Departamento de Antropología y los desarrollos críticos en especial en las sociologías. En estas materias venían dándose además nuevas formas pedagógicas con la incorporación de propuestas de trabajos de campo (particularmente, en villas y barrios obreros) y el desarrollo de nuevos modos de evaluación como las monografías, los exámenes grupales y los procesos de evaluación conjunta.

En el segundo cuatrimestre de 1973 cursé Etnografía Americana, cuyo programa firmaba Alejandra Siffredi pero que realmente en ese momento estaba a cargo de Miguel

Ángel Palermo y Enrique Martínez. Voy a leer algunos tópicos del primero y del último punto del programa. Esta materia, de la cual fui ayudante al año siguiente, empezaba con los siguientes temas: etnografía y dependencia, noción conceptual de la dependencia, colonialismo y neocolonialismo, colonialismo y etnografía, marginalidad cultural, pobreza, minorías étnicas, etcétera. Y nos llevaba, en una presentación dividida por áreas, hasta el último punto en el que se discutía la situación actual de la llamada “cuestión indígena argentina”.

En el año ‘74 cursé materias del nuevo plan de estudios de la carrera de Antropología. En ese marco, cursé con Blas Alberti, Antropología Económica. Y también cursé dos seminarios que fueron claves para mí ya que me abrieron en su momento a modos distintos del quehacer de la Antropología más orientados a la acción político-profesional. Se trata del Seminario de Vivienda Popular que dictaron Hugo Ratier y el profesor Lattes en el verano ‘73-‘74 y el Seminario de Política Indígena a cargo de Andrés Serbin. Más tarde haría mi especialización –muy coherente, porque venía de hacer Técnicas Arqueológicas– en el área de Cultura Popular y Educación (*risas*).

De estos nuevos programas y sus nuevos contenidos podría destacar, por un lado, una visión crítica del modelo dual o desarrollista de Redfield. Por otro lado, nuevos contenidos en Antropología económica (que ya habían sido esbozados, de alguna manera, en la materia de Cordeu en el ‘72) que criticaban las concepciones culturalistas en economía (básicamente, tomábamos a Herskovits) e introducían las que para nosotros eran nuevas perspectivas en economía política, particularmente francesa, con las lecturas de Meillassoux, Terray, Godelier y las discusiones sobre el problema del modo de producción asiático. También las teorías del campesinado, con lecturas de Lenin, Chayanov, Wolf.

También –y en particular porque en ese período yo me acerqué como auxiliar de investigación en el área de Política Indígena– la lectura de Mariátegui, Darcy Ribeiro y la revisión de la problemática indígena en América Latina. Recuerdo en particular el interés por el análisis de los procesos de resistencia: malones, levantamientos y movimientos milenaristas sobre todo a partir de un texto que nos acompañó en esa época, *Rebeldes primitivos*, de Eric Hobsbawn.

Ese proceso, desde el '73 y básicamente a partir de la incorporación de los nuevos programas y los nuevos contenidos en el '74, tuvo que ver a su vez con un proceso de consolidación de un tipo de práctica de enseñanza-aprendizaje basado en la construcción grupal, en una nueva horizontalidad en las prácticas, en la que se desvanecían las viejas jerarquías y había, además, unido a ello, una exigencia de trabajo y de lectura permanente para estar a la altura de la discusión de los compañeros. En esta etapa, yo, personalmente, recuerdo algunas figuras que eran referentes, todos ellos muy jóvenes, como Blas Alberti, Mario Margulis y Hugo Ratier. Este último, como un referente institucional que para nosotros, por entonces ayudantes de segunda, fue clave.

Creo no equivocarme al decir que el activismo político fue la pauta central de las prácticas. Aunque yo no era militante de agrupaciones políticas por fuera de la facultad, participaba activamente en la vida política de la Facultad adhiriendo a actos, protestas y manifestaciones públicas y acciones permanentes de solidaridad con organizaciones barriales y gremiales. Recuerdo apenas la experiencia del '71-'72 del cuerpo de delegados de la Facultad de Filosofía y Letras (yo acababa de ingresar) y fue a fines del '72 que me acerqué a lo que para mí era un nuevo actor político dentro del escenario de la facultad, la JUP. Así que mi activismo era un activismo básicamente centrado en la vida académica.

Y en ese sentido adscribo militantemente a la redefinición, en ese momento, de la Antropología pensada como una herramienta de transformación social. En el plan de estudios del '74 –sobre el cual seguramente nos va a hablar Hugo Ratier– se presta atención y se señala en el punto de los considerandos el interés por el desarrollo de las especialidades para responder a las necesidades populares.

En el marco de esta propuesta de universidad nacional y popular mi trayectoria incluyó, en 1973, el trabajo voluntario en el Centro de Recuperación de la Cultura Popular José Imbelloni, que desarrollé en el lugar para mí más querido del Museo, la Biblioteca. Una parte de ese trabajo voluntario conduciría eventualmente a la inauguración de la exposición “Patagonia, 12.000 años de historia”. Hacia fines del '73 y comienzos del '74 me incorporé como auxiliar de investigación en el Centro de Acción e Investigación Sociocultural Raúl Scalabrini Ortiz. En ese momento a cargo de la sección de Política Indígena y Antropología Rural del Instituto, Andrés Serbin supervisó y orientó el trabajo que Leticia Lahitte, Ana Gorosito y yo realizamos en San Javier, en el norte de Santa Fe, para el cumplimiento de las doscientas horas de investigación obligatorias. El trabajo estaba dirigido –y aquí cito textual– a “reconstruir la realidad socioeconómica y acercarnos a la reconstrucción del último malón mocoví ocurrido en esa localidad”.

Ese activismo orientado a la construcción de un conocimiento antropológico propio y al trabajo de armado y rearmado de repertorios bibliográficos en esa nueva perspectiva de construir orientaciones teóricas y empíricas adecuadas a una identidad académica del Tercer Mundo se canalizó en mi caso en la incorporación a una cátedra. A partir del 1° de abril de 1974 y hasta el 31 de julio, fui designada como ayudante de segunda de Etnografía Americana. La profesora Siffredi había pedido licencia y quienes estaban a cargo

–repito– eran Miguel Ángel Palermo y Enrique Martínez. El verano del ‘73-‘74 nos encontró a Ana Gorosito y a mí, con otros compañeros, trabajando en la elaboración de un programa de trabajos prácticos dedicado al tratamiento del problema de la población negra en América Latina. El repertorio bibliográfico resultante revela un cierto eclecticismo: Carpentier, Miguel Barnet, Nicolás Guillén, Métraux, Roger Bastide, Fernando Ortiz, Eugene Genovese aunque la hilación analítica creo que la proveía el texto de Assadourian y Ciro Cardoso sobre el modo de producción esclavista colonial en América.

La universidad fue uno de los escenarios en el que progresivamente se expresó –en especial y con particular virulencia a partir de fines del ‘73– el enfrentamiento entre los distintos sectores del peronismo y que tuvo su expresión en las disputas entre las diferentes líneas políticas por la ocupación de los espacios, incluida la cátedra de Etnografía Americana que también estaba “dividida” según perspectivas. Luego las persecuciones, las amenazas. El decano O’Farrel firmó la aprobación, o más bien ratificó la equivalencia de mi curso de Seminario de Vivienda Popular por una materia optativa, ya escondido en julio de 1974. El 24 de septiembre arribó la Misión Ivanisevich y con ella el nuevo decano Sánchez Abelenda, el cura armado que se paseaba por la Facultad regándola con incienso para “exorcizar los demonios marxistas”. Jean Vellard fue interventor del Museo Etnográfico y a partir de entonces ya no tuvimos acceso a esa biblioteca en donde yo misma había hecho trabajo voluntario un año antes. Más tarde sobrevendrían el golpe y las desapariciones incluida la de nuestro compañero de estudios, Carlos Cortés, en junio de 1976.

Mi trayectoria como estudiante se cerró con el proceso de tramitación del diploma ya que mi carrera no finalizó con la cursada sino con la lucha por la obtención de este

con la reevaluación de algunos cursos. Por ejemplo, yo había cursado el Seminario de Política Indígena en el primer cuatrimestre del '74 que solo se aprobó en septiembre del '75 con una nueva calificación. Y, eventualmente, la monografía y el trabajo de campo final del cursillo de Cultura Popular y Educación a cargo de Susana Chertudi se aprobaron –o se incorporaron en mi legajo– en febrero del '77. Recién en agosto del '77 se expidió mi diploma, que me entregó el decano Antonio Serrano Redonnet, quien, al cumplir con la fórmula prevista para la autoridad de turno luego de nuestro juramento, lo hizo profiriendo un “Que Dios y la patria los consuelen”. Esa circunstancia marcó entonces el cierre de mis estudios de grado y expresó claramente el lugar que la dictadura asignaría a la producción de conocimiento en este área de las Ciencias Sociales.

P. P.: Gracias profesora. Le cedo la palabra a Ricardo Slavutsky, que es Doctor en Antropología, director del Departamento de Ciencias Sociales de la UNJU e investigador del Instituto Interdisciplinario de Tilcara.

Ricardo Slavutsky

Quería comenzar citando algo que dice Homi Bhabha, recuperando algunas ideas que toma de Franz Fanon: recordar es siempre una experiencia perturbadora. Escuchaba lo que se dijo en los paneles de ayer y de hoy, y creo que algo de eso sucedió. Se les cortaba un poco la voz cuando contaban algunas cosas. Otros ironizaban.

No voy a relatar tanto mi experiencia como estudiante. Después de escuchar todo lo que le pasó a Susana en esos años, me doy cuenta de que debo haber sido bastante mal estudiante (*risas*).

Me parece muy interesante la experiencia de estas Jornadas porque la situación se asemeja en cierto modo a lo que ocurre en un cuento titulado “Rashomón”, de un escritor japonés que se llamaba Akutagawa, en el que se narra un asesinato visto por todos los actores, incluso el muerto, y resulta que todos ven un asesino distinto. Creo que estas Jornadas son una experiencia que nos permite juntar fragmentos sueltos que todos tenemos y que sería bueno suturar para poder entender qué nos pasó en una parte de nuestra historia. En ese sentido, aunque sea perturbadora, creo que es una experiencia gratificante.

Lo que voy a contarles en parte es mi experiencia de militancia. Voy a referirme incluso al proceso anterior al ‘73, es decir, al proceso de constitución de lo que después fue la Juventud Universitaria Peronista (JUP). Es un proceso que viene de bastante antes y que, en el caso de la Antropología, creo que explica incluso algunas cuestiones que posiblemente estén todavía poco visibilizadas.

Yo, la verdad, no siempre fui peronista. En realidad, venía de una militancia breve en el Colegio Nacional Buenos Aires con la gente que después formó las FAR. Era muy chico en ese entonces: tendría unos quince años. El grupo del que formaba parte se llamaba, un poco presuntuosamente, “Movimiento Antiimperialista Colegio Buenos Aires”, como si fuese el centro del mundo (*risas*). Su origen se remitía a buscar alternativas de izquierda al Partido Comunista, la Federación Juvenil Comunista, por el año 1965-1966, donde militaban jóvenes como Cecilia Braslavsky y muchos otros que fueron importantes intelectuales en ciencias sociales. Todos nos oponíamos al movimiento más importante del colegio, que se llamaba “Tacuara”, en el cual estaban Abal Medina, Firmenich, etcétera, que era la Acción Católica del Nacional Buenos Aires, y que después se transformó con la llegada de Mujica y de Carbone. Nuestro grupo provenía de

una experiencia de autodisciplina, que había encabezado Carlos Olmedo, que fue uno de los creadores de las FAR (Fuerzas Armadas Revolucionarias) en la Argentina. Buena parte de las FAR salió de ese grupo, como María Angélica Sabelli, asesinada en Trelew, y que iban a ir a pelear con el *Che* Guevara a Bolivia. Ahí había gente periférica y otra como Miguel Ángel de los Ríos, que después terminó con Bórmida (me acordaba de eso ayer, cuando Leopoldo Bartolomé decía que Bórmida tenía atracción por la izquierda, porque Miguel Ángel había estado en el PRT La Verdad y después terminó con él). También estaba Pablito Rieznik. Ellos eran bastante más grandes que yo: me llevaban unos tres o cuatro años. La cuestión es que cuando esta gente terminó sexto año y se fue del colegio, los más chiquitos nos quedamos aislados porque la experiencia de la clandestinidad no era para nosotros. Quedamos dando vueltas por ahí. En un momento surgió, también de ahí, la TERS (Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista), que hoy es el Partido Obrero. Yo me volví medio existencialista sartreano. De Sartre llegué a Fanon, y a través de Fanon y de alguna interpretación medio alocada de los escritos de Sartre, me hice peronista.

Cuando entré a la Universidad, en el '70, la primera materia que cursé fue "Introducción a la Antropología", que ese año la habían partido: una parte la daba Bórmida, otra Lafón, otra Cortazar y otra Siffredi y Cordeu (Antropología social, si mal no recuerdo). La cuestión es que rápidamente me hice a la idea de que cursando esa materia solamente ya tenía toda la carrera aprobada porque cada uno daba su libreto y después se repetía a lo largo de las materias de la carrera. Y también en ese momento comencé a militar en CENAP (Corriente Estudiantil Nacionalista y Popular), que era un grupo ligado a la CGT de los Argentinos, a Ongaro. Éramos muy poquitos los de CENAP en esta facultad: esta-

ban León Repetur, que era un compañero que ahora está en Mendoza, Oscar Grillo y Hugo Ratier, que era el más viejo entre nosotros, y después Elena Belli, Adriana Franconetti, y me parece que un poco después Alicia Martín en el núcleo de Antropología.

Hugo Ratier: Norma Giarraca estaba también.

R. S.: Ah, también. Bueno, era una agrupación que acá era muy pequeña pero en Arquitectura, comparativamente, era muy grande; y tenía fuerte influencia en otras universidades, como la Universidad de Córdoba y la Universidad del Litoral (no Rosario, sino Santa Fe). En Filosofía y Letras de la UBA, específicamente, había otras dos agrupaciones peronistas, llamémoslas de izquierda: una ligada al gremio telefónico de Guillán, que era CEP, la Corriente Estudiantil Peronista; y otra, que después estuvo ligada a los Descamisados, que se llamaba FANDEP. Ambas eran agrupaciones fundamentalmente de la carrera de Sociología.

Ayer, cuando escuchaba a Leopoldo dar esa imagen de las cátedras nacionales y del peronismo “endiablado” que él vivió en Mar del Plata, pensaba que algo de eso tal vez existiera. Porque, en realidad, el peronismo en la universidad era muy pequeño y se manejaba –incluso entre nosotros mismos– con alguna visión todavía movimientista, digamos, de un peronismo que creía en la unidad y el liderazgo de Perón. Sobre todo, en esos años (el ‘71 y el ‘72), con la campaña de “Perón vuelve” y el imaginario en el cual el peronismo aparecía como una alternativa unida o posible de ser articulada. La agrupación más grande que había en la universidad en ese momento no se definía como peronista sino como nacionalista. Era una agrupación que se llamaba FEN, Frente de Estudiantes Nacionales, cuyo referente era el “Pajarito” Grabois, y en la facultad un sociólogo que aho-

ra es muy conocido, que es Hugo Aime, que era uno de los dirigentes más importantes de la facultad.

Traigo a colación todo esto porque creo que en la carrera de Antropología había muchos peronistas. Posiblemente era una de las carreras donde había más peronistas sueltos. La mayor parte se ubicaba en torno a las definiciones más movimientistas del peronismo, es decir, no eran cercanos a la “tendencia”, como se llamaban en ese momento las agrupaciones estas que mencionaba. Estaban más ligados al FEN, que después se convirtió en “Guardia de Hierro” OUP (Organización Universitaria Peronista).

La verdad es que con esta escasez de militantes y simpatizantes, nosotros siempre nos habíamos manejado, por un lado, ligados a las cátedras nacionales (con la heterogeneidad que tenían) y con la intención de generar un movimiento estudiantil peronista. Y para eso organizábamos ingresos paralelos con las cátedras nacionales; de donde, un poco, intentábamos “capturar” militantes, aunque no era esa nuestra principal intención sino más bien generar un movimiento de tipo político y consenso a la revolución que creíamos que estaba en marcha. Y por otro lado, lo que sí desarrollábamos, eran instancias de encuentro entre todo el peronismo de la facultad, que estaba presente también en las cátedras nacionales (por eso resalto el tema de la heterogeneidad).

Cuando llegó el '73, esto de la universidad Nacional y Popular efectivamente era así. Las organizaciones pro lucha armada de la universidad éramos muy pequeñas en ese momento. No teníamos más que alguna legitimidad externa. De hecho, el gobierno que estuvo encabezado o movido por esa tendencia fue, en realidad, un movimiento heterogéneo. Y en el caso de Antropología, a excepción de Guillermo Gutiérrez –que había sido el creador de la revista *Antropología 3er. mundo* y que en un principio fue el director del Departamento– no teníamos ni docentes ni a nadie que fuese cerca-

no a la tendencia.

El espacio abierto por el rectorado de Puiggrós y el decanato del sacerdote tercermundista O'Farrell nos permitió en esos primeros meses de 1973 conducir la Facultad y todos los departamentos. Lo que nosotros hicimos en Antropología, fue una reunión (yo se lo hubiese recordado a Edgardo Cordeu ayer) que habrá sido el 26 o 27 de mayo, donde estaba todo el peronismo que se iba a hacer cargo de la universidad, de la facultad y de la carrera de Antropología, donde se definía justamente quiénes iban a ser las autoridades que iban a asumir. Y ahí apareció Edgardo con un sobretodo negro de cuero bajo la lluvia. Y la forma de expulsarlo (porque obviamente no se lo consideraba un aliado) fue cantar la marcha peronista (*risas*). Bueno, después son historias y anécdotas. La cuestión es que fue en esa reunión donde definimos unas cuantas cuestiones: sacar a Bórmida, sacar a Cortazar, cambiar el plan de estudios que incluyó materias como Historia de las Luchas Populares, y seminarios sobre campos disciplinares como educación, vivienda popular. También aliarnos con Ciro Lafón, que era un representante del nacionalismo católico; es por eso que Lafón sí quedó en el Museo con Arturo Salas, lo que después le costó caro porque el Proceso –Bórmida– nunca lo perdonó.

Bueno, contamos con la colaboración de Hugo, de María Rosa, y sobre todo de Carlos Herrán, que creo que en eso se tiene que reivindicar su valentía, porque Carlos, que sabe de todo, había reemplazado a la “Bicha” Bórmida en Prehistoria del Viejo Mundo y daba Teoría e Historia de la Antropología. Y, para los Folklores, como no teníamos gente, los hicimos equivaler a las Historias que daba Ortega Peña. Y entonces, bueno, la carrera quedó armada como se podía, digamos, con lo que había. No había ninguna especialización ni ningún conocimiento, solo algunos graduados recientes como Pílon Santillán y Mariano Garreta.

Otra cuestión que me parece importante destacar es que a pesar de eso, existía una intención de pensar desde la antropología, la cultura nacional y latinoamericana, y difundirla al estudiantado cuestión que se dio a través de la creación de la Comisión de Prensa de Antropología. Desde allí se editó una revista que se llamaba *Participación*, de la cual salió un solo número.

Yo tenía un ejemplar que creo que lo presté y lo terminé perdiendo hace poco. Uno de los dirigentes de esa comisión era Mauricio Boivín, otro Oscar Moreno. Era una especie de organización de masas, un lugar desde donde en realidad se pretendía organizar al resto de la gente. Los artículos de la revista no estaban firmados, están solamente las iniciales. La revista estaba bastante ligada a esta concepción del trabajo cultural del SINAMOS (Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social), la autogestión de corte yugoeslavo, y otras experiencias del Tercer Mundo. Eran cuestiones que en ese momento a nosotros nos pegaban mucho y creíamos que en parte, la función de la antropología tenía que ver con eso. Recuerden también la Declaración de Barbados.

Entonces, a mí me parece que desde la perspectiva nuestra, las dos cosas que se unen son: por un lado, una visión que hoy calificaría como un tanto althusseriana respecto de las ilusiones de transformación interna de las instituciones del Estado. No nos importaba mucho el tema de la discusión teórica; lo que nos interesaba era apropiarnos de estas instituciones para utilizarlas en un proceso revolucionario generalizado. Y por otro lado, creo que hubo también una fuerte corriente que tiene que ver con cierta concepción de la cultura nacional como elemento de formación y de movilización desde la sociedad. Estos serían, en mi opinión, los dos factores que estaban jugando en este momento en esta historia. Como dijo Susana, cronológicamente fue un año.

Pero fue un año en el que pasaron muchas cosas, como “los diez días que conmovieron al mundo”.

En ese movimiento hubo muchas rupturas que no tuvieron que ver con la antropología. Hubo una primera ruptura que fue la del Peronismo de Base (las Fuerzas Armadas Peronistas) con las otras dos organizaciones armadas. Eso implicó que renunciara Guillermo Gutiérrez, que estaba con el Peronismo de Base, y que fuéramos a buscar a Hugo, que creo que estaba en Arquitectura, y le pidiéramos encarecidamente que viniera a hacerse cargo del Departamento de Antropología. Él no quería pero finalmente aceptó. Después hubo una segunda ruptura, que fue la de un sector de la Juventud Peronista Lealtad y de varias columnas de Montoneros, en medio del proceso que preparaba las condiciones del golpe militar.

Esto es un poco lo que quería contar. Creo que estas historias deben ser puestas sobre la mesa de la construcción de la antropología en la Argentina, sobre todo en este momento, porque tienen muchos ingredientes, muchos elementos que hacen a la historia actual y a las historias que se fueron construyendo a lo largo del tiempo en base a muchos olvidos. Y creo que estos olvidos también son perturbadores, porque nos impiden, muchas veces, suturar distintas posiciones e ideas, y deja en nuestra mente mucho imaginario ficticio, ficcional y fantasmagórico dando vueltas, y que reaparece toda vez que la sociedad movilizadada nos interpela. Muchas gracias.

P. P.: Le cedo la palabra a Hugo Ratier. Es antropólogo formado en la UBA, docente e investigador. Es profesor consulto de esta universidad y profesor emérito de la UNICEN. Trabajó y trabaja sobre villas miseria y antropología rural.

Hugo Ratier

¡Yo diría que me sacaron mucho libreto! Pero viene muy bien porque es una época que tengo bastante olvidada. Bueno, yo estaba “en la calle”, como corresponde (*risas*). Y mi mujer de entonces, Nora Pérez Vichich, militaba en la CENAP, la Corriente Estudiantil Nacionalista Popular. Para quien vino de la izquierda, discutir el nacionalismo es todo un tema. Y admitir que parte del nacionalismo puede ser popular, es otro. Ella hacía reuniones en mi casa con un grupo de gente, y en un momento dado me invitan a participar. “Pero si yo no tengo nada que ver con esto”, les dije. “¡Pero vení, escuchá!”. Y a partir de ahí me empecé a meter por el lado estudiantil en la agrupación, y bueno, terminé militando en la gloriosa JP. Estaba militando en un barrio en esa época, antes del ‘73. El 25 de mayo estuve en la plaza con la gente del barrio. Es uno de los recuerdos más maravillosos de varios de los que estuvimos ahí. Y ese año también entré a Mar del Plata, a la experiencia [de la carrera de Antropología con] Eduardo Menéndez. El ‘73 fue un año tan denso que yo creía que a Mar del Plata había entrado en el ‘72, pero no, fue también en el ‘73. Así que retomé el ejercicio de la antropología. Y además escribía: escribí dos libros en ese momento. Eran dos cuadernillos: *Villeros y villas miserias* y *El cabecita negra*.

Cuando llegó el proceso de Cámpora y demás, me convocaron de la Facultad de Arquitectura para integrar un instituto de investigaciones y proyectos junto con dos arquitectos. Arranqué a trabajar con temas relativos a vivienda porque había un problema: los estudiantes de arquitectura no sabían cómo era un ladrillo. Y nosotros tratábamos de llevarlos al campo y que trabajaran, por ejemplo, en las viviendas, y que construyeran con sus manos. Una parecita, aunque sea (*risas*). Ahí estaba toda esa gente que mencionó

Slavutsky, incluyendo a Jaime Sorín, que es famoso hoy en día por ser el papá de Juampi pero que era un militante realmente muy fuerte en la Facultad de Arquitectura. Bueno, yo era muy feliz en Arquitectura porque no había otros antropólogos (*risas*) y nadie me preguntaba nada de lo que tenía que hacer; yo podía planificar y estaba tranquilo. Y de repente llegaron dos emisarios, uno de los cuales está sentado en esta mesa, a decirme que sería bueno e interesante que yo fuera al Departamento de Antropología. Al principio me opuse porque, entre otras cosas, ahí estaba Guillermo Gutiérrez, que era un militante enardecido, y yo lo consideraba mucho más apto para ese período que yo. Pero sucede que yo tengo el estigma de ser componedor: se supone que puedo manejarme bien con grupos enfrentados, un estigma que me persigue desde entonces. De modo que la presión, finalmente, fue una presión política: “*Tenés que ir a Filosofía y Letras*”. Así que fui.

Asumí el 26 de noviembre del '73 (me acuerdo porque ese día nació mi hija). Me tocó la tarea de calmar un poco las aguas. Creo que la idea era normalizar y orientar, de algún modo, la carrera. Una de las primeras cosas que hice fue escribirle a Augusto Raúl Cortazar, que había sido mi profesor y que posteriormente había sido escrachado por las marchas estudiantiles... cosa que, según dicen, lo llevó a una enfermedad y después a la muerte. Le escribí porque él nunca había sido un enemigo de las causas populares; al contrario, era una persona que nos había tratado muy bien, que nos conseguía oportunidades para hacer trabajo de campo, que siguió manteniendo relaciones con nosotros aun cuando nos fuimos de la universidad. Así que, en mi opinión, haberlo atacado había sido realmente demasiado. De modo que le mandé una carta y me contestó diciendo que había estado muy dolorido y todo lo demás pero que agradecía mis palabras, etcétera.

Ahora bien, ¿qué pasaba en la carrera en ese entonces? Siempre sucede que cuando asciende una izquierda, habitualmente no hace nada, y cuando asciende una derecha, “limpia” todo perfectamente. El asunto es que acá no se había echado a nadie de la carrera. Creo que la situación en la que estaban era “en disponibilidad”. Era el caso de Bórmida, por ejemplo, que una vez me fue a ver diciendo: “Dicen que en la facultad hay un cartel en el que piden que me echen. Ratier, hágame un favor: si usted sabe algo de eso, ¿me avisa? Porque para mí es un trámite: tengo que ir al CONICET y decir que me echaron de la universidad. El dinero es el mismo, me aumentan el estipendio, así que no hay problema”. Él estaba muy tranquilo porque iba a seguir investigando sin problemas. Todo el mundo seguía en su lugar.

Entre las distintas cosas de la época, recuerdo que dentro de la carrera tratamos de armar instancias de encuentro, de realización, de normalización en alguna medida. Y me gustaría contar que en esa época, la Universidad y el Departamento de Antropología estaban llenos de gente, cosa que no pasó nunca más, ni antes ni después. Estaba lleno de indios (yo no sabía que en Buenos Aires había tantos), estaba lleno de gente obrera, de villeros que iban ahí directamente a solicitar cosas. Eso nunca más pasó. Algunos dirían: “Por suerte”.

En ese contexto formamos una comisión para poder armar el nuevo Plan de Estudios de la carrera. Para mí fue una sorpresa grata porque todo el mundo se avino (menos un colega) a discutir ese plan. Y realmente se discutió. No fue una cuestión impuesta desde arriba ni nada por el estilo sino que se cambiaron materias, se derribaron algunas, se pusieron otras, se consolidaron las separaciones entre arqueología y antropología sociocultural. Y en la carrera se iba tendiendo hacia alguna especialización que –tratar de

hacer algo que yo siempre digo que habría que hacer y que nunca conseguí— dejara de formar profesores de antropología para formar profesores de antropología para que siguieran formando profesores de antropología. Porque de ese modo nos reproducimos bastante bien entre nosotros pero no pasa nada afuera. Entonces se armó un programa de profesionalización mediante una especialización más o menos creciente que terminaba con un seminario y que iba hacia lo que considerábamos las diferentes necesidades populares. Si no recuerdo mal, estaban vivienda, salud, educación. Y pusimos política indígena porque nos habíamos equivocado, nos habíamos olvidado: en el afán de que la antropología no es solo indios, de repente no pusimos nada sobre indios. Y así fue como se armó el nuevo plan de estudios.

Yo di el Seminario de Vivienda Popular, que venía de mi experiencia en Arquitectura. La idea era tratar de examinar las políticas de vivienda que habían existido en la Argentina, lo que había hecho la gente con las viviendas que le había dado el Estado, desde los planes más antiguos hasta los planes peronistas de vivienda en diversos lugares, tipo monoblocks y demás. Susana me comentó hace un rato que ellos fueron al campo y que hicieron relevamientos, cosa que yo no recordaba. Las clases las dábamos en el viejo Hospital de Clínicas, en un lugar que parecía un circo romano: era un anfiteatro al que uno entraba y tenía a los alumnos por arriba. Recuerdo que fue justo un verano muy caluroso. Di clases junto con Alfredo Lattes, que era un demógrafo brillante pero que fue muy maltratado porque daba muchos números en sus clases y eso a muchos no les caía bien.

Este nuevo plan de estudios del '74 estaba organizado del siguiente modo: teníamos un ciclo de iniciación que era común a todas las carreras y que era obligatorio. Después había un ciclo básico o formativo, que incluía Teoría e Historia de la Antropología I y II, Fundamentos de Arqueolo-

gía, Antropología Física, Etnografía Americana, Etnografía Extraamericana, Etnografía Argentina I (hasta 1880) y Etnografía Argentina II (después de 1880). Como verán, los nombres de las materias no eran muy diferentes a los anteriores. También estaba Culturas Campesinas –que eso sí era nuevo–, Antropología Económica y el Seminario de Historia de la Antropología Argentina. Después venía un ciclo de orientación sociocultural, cuyas materias eran Metodología y Técnicas de la Investigación Antropológica A y B, Historia Social Regional de América, Principios de Planificación Social, Seminario de Lenguas Indígenas, Técnicas y Análisis Cuantitativos de la Realidad Nacional, y Ecología Humana. Creo que ayer se comentaba que en un momento dado los alumnos pidieron que se eliminara el inglés como lengua a estudiar porque era imperialista, y que nosotros debíamos poner el guaraní y el quechua como lenguas (*risas*). Después había seminarios de especialización, que eran anuales. A la especialización en salud creo que la llamábamos “antropología sanitaria”; y después estaban las especializaciones en antropología de la vivienda, antropología de la educación, antropología indígena y antropología rural, que me había olvidado de mencionar. Después venían el Seminario de Vivienda Popular, el Seminario de Educación Popular, el Seminario de Política Indígena y el Seminario de Antropología Rural. Les leo cómo figura en el plan de estudios: “Uno a elección, que incluirá obligatoriamente un trabajo de campo”. En cuanto a la orientación en arqueología, no hablo porque no es tanto lo mío.

Mi experiencia docente en esos años fue ese seminario, con el cual muchos tuvieron después problemas para que se lo reconocieran como una materia. Y en muy poco tiempo tuvimos que abandonar el campo. Me acuerdo, sí, del decanato de Adriana Puiggrós, de las manifestaciones, etcétera. Y en el Departamento de Antropología, como señaló Ricardo,

tuvimos una diferencia fuerte, que fue la que se produjo entre la JP Lealtad y la JP (la otra), con lo cual se fue prácticamente toda la gente que trabajaba conmigo en ese momento. Todos se fueron y me quedé solo ahí, en el Departamento. Esa fue la experiencia. No me acuerdo de muchas cosas más. Justamente ahora Pablo y el equipo de “Construyendo memorias” están trabajando en la recuperación de todo eso y van apareciendo cosas, pero no retengo nombres ni nada por el estilo. A mí me gusta pensar que simplemente no me dejaron entrar más a mi oficina y me dejaron de pagar el sueldo (*risas*). Bueno, eso es más o menos lo que tiene que ver con el Departamento de Antropología en esa época.

P. P.: Muchas gracias, Hugo. Le cedo la palabra a Julieta Gómez Otero. Julieta es Licenciada en Ciencias Antropológicas con orientación en Arqueología y Doctora en Antropología. Cursó sus estudios de grado entre 1972 y 1977. En 1973 –y hasta el cierre de la facultad en 1974 durante la gestión Ivanisevich– fue voluntaria del Museo Etnográfico bajo la dirección del antropólogo Federico Alejandro Núñez Prins. En 1978 migró a la Patagonia donde vive desde entonces. Actualmente es Investigadora Independiente del CONICET en el Centro Nacional Patagónico de Puerto Madryn, y desde 1986 se desempeña como profesora en la Universidad Nacional de la Patagonia, sede Trelew. Sus proyectos de investigación están orientados al conocimiento de la historia de los pueblos originarios de Patagonia desde el poblamiento inicial hasta tiempos poshispánicos.

Julieta Gómez Otero

Ante todo, buenas tardes. Para mí es bastante movilizador estar aquí. Estoy un tanto angustiada porque, como dice

mi breve currículum, yo me fui hace treinta años, perdí todo contacto con la universidad y con el Museo Etnográfico. Por un lado era porque no quería tener contacto. Y no tuve con quién hablar de todos estos recuerdos y olvidos de los que trata esta mesa, salvo con mi familia, con mis hijos cuando fueron más grandes. Creo que la culpable de que me hayan invitado a este panel es Cristina Bellelli.

Escuchar las presentaciones de ayer y de hoy de mis colegas fue muy importante porque el período del '73 y el '74 no está aislado del proceso histórico sino que es parte de ese proceso. Voy a tratar de exponer mi experiencia en ese lapso que, si tuviera que darle un nombre, lo llamaría "La consagración de la primavera". Este es el nombre de una pieza musical, de música clásica, de Igor Stravinsky, que fue muy revolucionaria porque era todo un desafío: presentaba acordes y notas diferentes. Fue un escándalo cuando se dio la primera función. Es una obra que habla del renacer, de la muerte y de la juventud. Tiempo después, Alejo Carpentier (a quien yo conocí gracias a Miguel Ángel Palermo porque había obras suyas en la bibliografía de su materia) tomó ese mismo título para darle nombre a un libro que trata de la historia de una mujer rusa que formaba parte de la elite imperial, que en la revolución soviética huyó a París y conoció a un cubano, también exiliado, y se enamoraron. El cubano había ido a apoyar a los revolucionarios de la Guerra civil española. Se enamoraron y regresaron a Cuba después de la Revolución cubana. Y la mujer, que no estaba para nada convencida de la ideología marxista, comenzó a organizar un ballet para bailar "La consagración de la primavera". El ballet estaba conformado por jóvenes, niños pobres y negros. Y fue en ese hacer, en esa acción, que su "cabeza" fue cambiando hasta que terminó convencida y totalmente consustanciada con esa revolución.

Creo que, de algún modo, esto tiene que ver con las palabras proceso, transformación, cambio, juventud. Y yo, cuan-

do comencé la carrera, era muy jovencita. Entré en el '72 (acá está Liliana Gardella, que fue mi compañera de muchos años). Mucho no entendíamos qué estaba pasando. Yo venía de un hogar militar (mi papá es militar), había ido a escuela de monjas toda la vida. Y cuando entré a la facultad, abría los ojos, escuchaba y decía: “¡Esto era el mundo! ¡Yo me lo había perdido!”. Porque era así. Pero, de todas formas, el cambio también estaba en el ambiente: la sociedad ya venía cambiando. Estamos hablando, por ejemplo, de que en los colegios católicos se daba la teología de la liberación, de que yo ya había participado de trabajo en villas, de que varios jóvenes que veníamos de clase media, de familias tradicionales ya hacíamos cosas que tenían que ver con el compromiso.

Voy a hablar de un tema que quizás muchos no conozcan, que era otra forma de militar, otra vía de militancia, que fue la de la participación estudiantil en el Museo Etnográfico en el '73-'74. El Museo, hasta ese entonces, había sido un espacio vedado para la mayoría de la gente, especialmente para los estudiantes. Las colecciones estaban bajo llave, algunas detrás de una pared –como la colección de cráneos de toda América, que era impresionante–. Era así. El Museo Etnográfico tiene una colección impresionante, maravillosa e importantísima incluso a nivel internacional, y todo eso solamente lo podía ver la gente de Bórmida y los que trabajaban con él. Cuando asumió la nueva gestión, Bórmida y su gente se fueron del Museo. Entonces, una Junta compuesta por Jorge de Persia, que es musicólogo, Miguel Ángel Palermo, etnólogo, y Arturo Sala, arqueólogo, quedó a cargo del Museo. Y ahí se abrieron sus puertas, realmente se abrieron, y nos dieron participación a los estudiantes. Nosotros, que en aquel momento estábamos cursando en el viejo Hospital de Clínicas, consideramos que esa apertura era una oportunidad de militancia y de transformación de la sociedad. Pensábamos que la sociedad podía transformarse y que un museo no era –como

lo habían considerado los que estaban antes– un conjunto de reliquias para unos pocos elegidos. Sino que nosotros, a través de la apropiación de ese pasado, de esa cultura que considerábamos propia –ya que nos considerábamos parte de esa cultura– podíamos aprovechar esa oportunidad para cambiar el perfil profesional que se nos estaba proponiendo y con el que no estábamos de acuerdo. Considerábamos que los que estudiábamos antropología teníamos la obligación de actuar para mejorar la sociedad y que el modo en que nos estaban formando no nos iba a servir o no nos iba a alcanzar.

Así que copamos el Museo. Realmente lo copamos. Y lo importante fue que se pudo dar una relación de transversalidad entre estudiantes y docentes. En principio, porque los docentes que estaban a cargo de la Junta nos consultaban, prestaban sus oídos para nuestras opiniones, nos hacían participar en actos, en decisiones. Y el Museo era para nosotros la extensión de nuestra casa. Vivíamos en el Museo. Primero, porque como dijeron ayer, no había fotocopias, así que había que fichar todo el tiempo en la biblioteca. Bueno, así fue cómo empezamos a trabajar junto con el personal no docente, el personal de maestranza, con quienes a veces compartíamos las mismas tareas: limpiábamos, encerábamos, alcanzábamos a pintar las paredes o a arreglar los techos, lavábamos los materiales, los clasificábamos, ordenábamos las fichas (había fichas que se habían perdido), recatalogábamos materiales. Y algo que considerábamos sumamente importante era que el Museo no solamente se había abierto para los estudiantes sino para toda la comunidad. Incluso el barrio entró al museo. Los estudiantes hacíamos de guías para las visitas de escuelas. ¡El museo se pobló de guardapolvos blancos! Eso era cotidiano. ¿Qué iban a ver al museo? Bueno, iban a ver una exposición que se llamaba “Patagonia, 12.000 años de historia” (acá les muestro un

catálogo que rescató Susana Margulies). Todos trabajamos para la inauguración de esa exposición y fue un orgullo tremendo, la verdad. Fue el disparador para esta apertura y estas visitas constantes de gente al museo.

Después hubo una exposición que se llevó a Cuba. Ciro René Lafón (que era profesor y una persona muy abierta, una excelente persona), junto con Arturo Sala –que estaba a cargo de la Sección de Arqueología del Museo– llevaron una muestra representativa de distintas culturas argentinas prehistóricas a Cuba. Creo que ese viaje a Cuba fue un inicio de lo que vino después: cayó muy mal en algunos sectores.

También, antes de cerrarse el Museo, estábamos organizando (todos los estudiantes y el grupo de profesores y de personal no docente) una muestra que iba a estar expuesta en la Exposición Rural, que se llamaba “El juguete etnográfico”. Porque el Museo Etnográfico tiene una colección de juguetes de todo el mundo que realmente es maravillosa. Nosotros podíamos tocar las piezas, podíamos verlas. Antes, uno estudiaba que en tal sitio había raedera pero no sabía cómo era una raedera, no se lo podía imaginar. Pero en este momento todos los estudiantes teníamos acceso a los materiales. Así que se trabajó para esa exposición, que nunca se pudo montar porque el Museo fue cerrado. Ahí había colaborado mucho Mario Sánchez, el fotógrafo, que además es un gran dibujante y diseñaba los paneles con imágenes de niños jugando con el juguete que se iba a exponer. Todos los estudiantes pintábamos esos paneles y armábamos con mucha alegría esa exposición que nos parecía que iba a ser súperrevolucionaria.

Obviamente, como ya dije antes, eso no pudo ser. Pero, sin embargo, yo rescato los valores que nosotros aprendimos en el hacer, en la acción. Y no era porque nuestros profesores nos “bajaran línea” sino porque nosotros los veíamos actuar. Veíamos que daban participación, que compartían,

que eran solidarios, que les parecía importante la extensión a la comunidad. Así fue como nosotros fuimos incorporando esos valores. Yo agradezco tremendamente haber podido vivir esta época. Particularmente a aquellos con quienes tenía más contacto: Jorge de Persia, Arturo Sala, Miguel Ángel Palermo, Alejandro Núñez Prins. Este último era un antropólogo físico (a mí me gustaba mucho la antropología física), él fue quien introdujo por primera vez las palabras “evolución”, “genética” y muchos conceptos que en aquel momento eran revolucionarios.¹

Por último, la parte de anécdota. Los estudiantes no solamente militábamos y teníamos el trabajo y el estudio “en la cabeza” sino también una vida social. Pero en la actividad social y en las relaciones, de alguna manera, no debíamos apartarnos de ese modelo. Yo les cuento sobre esto a mis hijos y se ríen. Por ejemplo, si íbamos a ver películas, tenían que ser las del Cosmos ‘70 o películas que nos hicieran pensar. No podíamos ir al cine a ver películas que no nos hicieran pensar. Eran todas películas para pensar. Entre ellas, por ejemplo, las películas de Carlos Saura: salíamos del cine y decíamos: “Ay, ¡qué bárbaro!, ¡qué profundidad!, ¡qué metáfora!”, y después nos dábamos cuenta de que no habíamos entendido mucho. Además, obviamente, no teníamos que escuchar música en inglés: todo era folklore (argentino). Cantábamos (o hacíamos como que cantábamos) y tocábamos la guitarra, y solo comíamos empanadas y tomábamos vino porque eso era la representación de la cultura popular y nacional (*risas*). Pero bueno, yo conocí a la universidad en una época maravillosa. Para mí fue fundacional en mi vida como persona y como profesional.

1 Alejandro Núñez Prins estaba a cargo del laboratorio de Antropología Física que funcionaba en el galpón. Otros compañeros y yo trabajábamos con él. Lamentablemente, Alejandro se suicidó poco después del golpe de Estado.

Y para cerrar, quiero hacer referencia a algo que escuché ayer de los anteriores panelistas con respecto al Museo Etnográfico. Algunos dijeron que lo siguen sintiendo como su casa, que es un placer ir allí. A mí no me pasa lo mismo. A mí me cuesta muchísimo ir porque de un día para el otro, todos los que lo sentíamos como nuestra casa no pudimos entrar más durante nueve meses.² Y cuando volvimos, teníamos que mostrar los documentos, dejar la cartera adelante, dejar los abrigos y entrar con un cuaderno y un lápiz. La imagen que yo tengo era como la de ir a la casa paterna y que no hubiera nadie: todos los compañeros de aquel momento se dispersaron; fueron pocos los que siguieron. Era un espacio totalmente distinto. Así que a mí todavía me cuesta ir al Museo Etnográfico: cuando entro tengo la sensación de que hay muchos fantasmas. Espero que mañana, cuando se haga la fiesta, pueda exorcizar a mis propios fantasmas. Porque como dice el nombre de la mesa, son recuerdos y olvidos, y en eso tiene mucho que ver la vivencia personal. Muchas gracias por haberme invitado y por haberme dado la oportunidad de compartir algo que para mí era bastante rollo.

P. P.: Muchas gracias. Por último, nos va hablar el profesor Juan Carlos Radovich. Él es docente de nuestra carrera e Investigador Independiente del CONICET en el INAPL.

Juan Carlos Radovich

Bueno, muchas gracias. La verdad es que estoy muy contento de poder participar de esta hermosa mesa. Me provoca una gran satisfacción y también cierta movilización

² El Museo fue cerrado en la segunda mitad de 1974, durante la presidencia de Isabel Martínez de Perón. La Universidad de Buenos Aires estaba intervenida por Alberto Ottalagano. Los docentes e investigadores del Museo fueron cesanteados.

emocional. Recuerdo que en el año '88, con los restantes compañeros del Colegio de Graduados que integrábamos la Comisión Directiva, nos tocó coorganizar (junto con gente de la facultad) las jornadas de los treinta años de la carrera de Antropología en la UBA. En ese momento, tuvieron un significado muy especial porque apenas habían transcurrido cuatro años de la recuperación democrática en el país y de la recuperación de la universidad, y por supuesto también de la carrera. Hoy, tal vez, los significados pueden ser diferentes, pero de cualquier manera se trata de “construir memorias”, como dice el título que le dieron los organizadores al último panel. Se trata de construir memorias como espacio de recuperación de una experiencia que tiene que ver con procesos de vivencias colectivas en las que todos nosotros participamos. Ricardo Slavutsky mencionaba una cita interesante respecto a que “recordar es perturbador”. ¡Vaya si lo es! Y fíjense en esta cita, que dice lo siguiente: “No hay que buscar ser jueces de las generaciones precedentes”. Esto lo dijo Joseph Ratzinger, el Papa Benedicto XVI, en Auschwitz, cuando visitó Polonia durante cuatro días en mayo de 2006, un poco tratando de enturbiar la responsabilidad que le cupo a la Alemania nazi en el Genocidio y en el Holocausto. Yo me quedo con un pasaje que dice: “Nada es verdad hasta que la memoria no lo retiene”. Y en este sentido, creo que es valioso este encuentro, esta reunión, no solo para nosotros, los que estamos aquí sentados, sino especialmente para los más jóvenes, los que ingresan ahora a la carrera, los que empiezan su tarea como docentes, como investigadores, tratando de escuchar distintas versiones. Versiones del pasado que, como la que voy a presentar, es una visión personal y por lo tanto tiene las limitaciones que mis condicionamientos y mi propia subjetividad permiten.

Creo que uno de los mayores aciertos de estas jornadas es el panel con las fotos de los compañeros detenidos-des-

aparecidos de la carrera. Que seguramente es mucho más numeroso que lo que ahí figura. Y que seguramente, si podemos seguir investigando en el futuro, podemos desgraciadamente ampliarlo. Creo que este recuerdo, este ejercer la memoria en función de estos compañeros cuyas ausencias están presentes hoy, constituye uno de los mayores logros dentro de la organización de estas jornadas.

Yo no voy a hablarles de mi trayectoria. Es muy semejante a la de Susana Margulies (si bien ella es mucho más joven) porque entramos en la misma época a la facultad, aunque no fue tan prolija como la de ella. Yo venía de un fracaso como proyecto de contador público en la Facultad de Ciencias Económicas porque había egresado de la escuela Carlos Pellegrini y como todos mis amigos iban a estudiar esa carrera, yo por supuesto adherí solidariamente. Me di cuenta después, al reprobar reiteradamente Contabilidad General y cuando descubrí que me gustaban Geografía Económica e Historia Económica, que me había equivocado. Por suerte existía la *Guía del estudiante*, y ahí encontré la carrera de Antropología, que creo que por su grado de exotismo en la descripción de los programas me resultó interesante. Y desde el año '71 hasta el año '79 cursé la carrera. También viví esas peripecias a las que ayer se refería Cecilia Hidalgo y hoy Susana respecto de los diversos edificios en los que nos tocó asistir a clase. Además del de Independencia al 3000, el viejo Hospital de Clínicas y el Museo Etnográfico, alguna vez cursamos en el Colegio Nacional de Buenos Aires que era usado como lugar complementario porque las aulas no daban a basto, porque la inscripción a la Facultad de Filosofía y Letras en general, y a la carrera de Antropología en particular, había sido abundantísima. Hoy, una compañera (Julieta Gómez Otero, creo) recordaba, cuando nos reunimos previamente, que en el año '74 se anotaron 14.000 estudiantes en la Facultad de Filosofía y Letras.

Voy a referirme, entonces, a un período sándwich entre dos dictaduras. Un sándwich que tiene dos pedazos de pan duro y amargo, y un rico jamón en el medio. Con los compañeros aquí presentes, con Hugo Ratier como director de la carrera y como profesor del Seminario de Migraciones y Vivienda Popular (porque se olvidaron de “migraciones”, que era la primera parte del nombre del seminario) que me tocó cursar y donde para mí fue realmente muy interesante poder discutir, estudiar y planificar las tareas que nos asignaban en función de lo que se había vivido durante, por ejemplo, los años ‘71 y ‘72, que no es comparable a la última dictadura pero que también tuvo lo suyo. Y yo, pensando en que lo iba a tener a Hugo en la mesa, y como él era director del Departamento y yo estudiante, quería pasarle alguna factura, pero sinceramente no recuerdo ninguna. Y eso tiene que ver con lo que decía recién Julieta: que los docentes que tuvimos, los profesores con los cuales estudiamos y trabajamos tuvieron una actitud de compañerismo, de incorporación a proyectos, de aceptación. Con lo cual, no nos podíamos pelear, no eran nuestros enemigos. Nuestros enemigos, por suerte, como dijeron antes, ya habían sido separados de la carrera de Antropología (aunque conservaron espacios a los cuales me voy a referir después). Con nuestros docentes, en cambio, compartíamos un proyecto. Un proyecto que no era muy claro: para algunos podía ser delirante, para otros podía llegar a tener connotaciones poco creíbles. Pero había algo que compartíamos, que era la posibilidad de pensar en transformar la antropología de la mano de las transformaciones que la sociedad argentina vivía en ese momento. Y creíamos que se iba a producir un cambio realmente revolucionario y que iba a ser de una manera irrefrenable e ineludible. Evidentemente, nos equivocamos, pero fue una experiencia muy valiosa y extraordinaria a pesar de lo que ocurrió después.

Ahora voy a referirme a algunos hechos del año '73-'74 en la Facultad. Se mencionó el cuerpo de delegados como algo que se venía heredando desde el '71-'72, que era un funcionamiento autogestionado de los prácticos de estudiantes, al margen de la posibilidad de un centro de estudiantes. Eso brindó alternativas de discusión y de participación muy interesantes. Susana habló también de la cátedra de Etnografía Americana, que tuvo un programa, en el año '73, realmente muy cambiado y muy interesante gracias a los docentes que participaron en ese proyecto como así también al apoyo de los estudiantes, que estaban totalmente de acuerdo con ese cambio. Lamentablemente, después de marzo del '76, el programa de dicha materia retornó a su formato habitual: anacrónico, ahistórico, acrítico, desactualizado y reaccionario.

Otro aspecto que mencionaba recién es el aumento en la matrícula estudiantil. Les puedo dar algunos datos gracias al trabajo de Pablo Perazzi, Mumi Morey y Cecilia Varela en la recuperación de documentación en el Departamento. Por ejemplo, Teoría e Historia de la Antropología tuvo 557 inscriptos en el año '74; Fundamentos de Arqueología, 382; Etnografía Americana, 157; Antropología Física, 105; Antropología Económica, 144. Evidentemente, si los comparamos con la explosión que tuvo la matrícula a partir de 1984-1985, va a ser un poco más reducida, pero ubicándonos en la época realmente es notable esa masividad que tuvo la presencia de estudiantes en la Facultad de Filosofía y Letras. Y eso era en todas las carreras. Y Antropología no era la mayoritaria. Sociología, Psicología y también Historia (creo que en ese orden) eran las carreras que tuvieron la matrícula más numerosa.

Otro aspecto interesante fue la interdisciplinariedad entre los estudiantes: el hecho de poder compartir con compañeros de estas carreras que les acabo de mencionar y

también con los de Ciencias de la Educación, Geografía y otras. Compartir prácticos, proyectos, trabajos voluntarios, actividad social. Algo que, de algún modo, posteriormente se perdió por distintos procesos que se vivieron, como la separación de las carreras, ya sea por lo que ocurrió durante la dictadura como así también por la separación entre diferentes sedes.

En nuestro caso, el Museo Etnográfico no estuvo rodeado de las connotaciones que tuvo para las primeras generaciones respecto a ser un lugar sumamente cálido, de reflexión y de pertenencia, porque prácticamente cursamos en Independencia y en el viejo Hospital de Clínicas con todas las dificultades que eso implicaba.

Interesante es también recordar algunas de las transformaciones que se plantearon en el Departamento a partir del segundo cuatrimestre del '73, que fue denominado "de transición y reestructuración de la carrera". Voy a leer algunas fichas. Por ejemplo, se decía que uno de los principales objetivos era "redefinir la antropología y englobarla dentro de una ciencia histórico-social única junto con el resto de las carreras afines"; y entre paréntesis decía "Sociología y Psicología". Así fue como se dictó Introducción a las Ciencias Sociales, una materia que trataba de englobar ciertas problemáticas comunes, con un eje teórico-político estructurante que obviamente era el materialismo histórico pero que planteaba esa cuestión de atacar, digamos, a lo que se denominaba una "ciencia burguesa", al "cientificismo". Hablar de ciencia burguesa no nos daba vergüenza en ese momento. Hoy sí ocurre dado que hay cierto cuidado de no caer bajo el mote de "setentista", palabra bastante dañina, creo yo, que sirve para encubrir y muchas veces minimizar muchas cosas, y que requeriría seguramente una discusión mucho más larga y profunda.

Dentro de las medidas que se tomaron y que voy a continuar citando se menciona, respecto al rol del antropólogo, que...

... debe dejar de ser un agente de la colonización cultural para pasar a ser un trabajador de la cultura comprometido con la realidad social del país y debe dar elementos a la planificación en áreas de gobierno (salud, vivienda, educación) contemplando las características socioculturales de las distintas regiones históricas y geográficas del país.

Esta idea de vincularla a la planificación (hablamos de antropología de la gestión y hemos dado también reuniones y discusiones) ya estaba presente en esa búsqueda incipiente que comenzaba en ese momento. Se planteaba asimismo el hallazgo de nuevas metodologías pedagógicas “con la planificación y centralización de actividades docentes y de investigación”, la realización de plenarios por los distintos claustros. Y se planteaba algo que hoy es un reclamo muy sentido, especialmente entre los estudiantes, respecto a un régimen de adscripción a la investigación que consistía en realizar 200 horas de prácticas de investigación de acuerdo con una planificación en áreas de investigación social, arqueológica y biológica, que eran las subdivisiones que se habían planificado. Se planteaba también la discusión colectiva entre los distintos claustros de un nuevo plan de estudios. Esto suena parecido. Y bueno, toda una serie de medidas que se tomaron, como por ejemplo lo del Museo Etnográfico, que elocuente y detalladamente contó Julieta.

Si bien ayer se mencionaba en una de las mesas que en Antropología no hubo cátedras nacionales específicas de la carrera aunque sí hubo cátedras que desde la carrera se

podían cursar, yo quería aclarar que hubo, de una manera informal, cátedras alternativas en el marco de materias sumamente amplias, como era Introducción a las Ciencias Antropológicas del año '71, donde había una gran cantidad de docentes (ayudantes y jefes de trabajos prácticos) que en sus prácticos llevaban a cabo casi un seminario paralelo con los temas que, discutiendo con los estudiantes en cada uno de ellos, se establecían como prioritarios para discutir. Mientras Bórmida y compañía dictaban esa anacrónica antropología, que ya era anacrónica en 1971, por ejemplo estaban Miguel Alberto Bartolomé y Alicia Barabas (a quienes recuerdo con mucho cariño por haber sido mis profesores). Miguel Bartolomé, especialmente, como jefe de trabajos prácticos, en su comisión planteó una especie de seminario de política indígena en el que invitaba a dirigentes indígenas y donde leíamos bibliografía que era muy nueva en ese momento. Acababan de aparecer *Fronteras indígenas de la civilización* de Darcy Ribeiro y *El marxismo ante las sociedades primitivas* de Emmanuel Terray. En fin, toda una serie de temáticas que hacían a la cuestión y que realmente permitieron que muchos nos enteráramos de cosas que en el cursado original de la materia no íbamos a ver.

Susana también habló del Seminario de Política Aborigen, que dictó Andrés Serbin. Creo que no se trataba simplemente de materias descolgadas que a algún iluminado se le ocurría que debían dictarse sino que la Facultad no estaba al margen de lo que ocurría afuera, en la sociedad en su conjunto. Y respecto a la temática indígena, fue un momento de gran explosión o de inicio de movimientos, de grupos, de organizaciones que comenzaban a reclamar sus derechos. En el '72 se produjo el gran encuentro de pueblos indígenas en Neuquén; hubo legisladores aborígenes que integraron algunas cámaras de diputados de las distin-

tas provincias. Y evidentemente todo lo que se produjo en el '73 con ese seminario y otras actividades fue gracias a que quienes habían detentado el poder hasta ese momento en la facultad (Bórmida y sus colegas) habían sido desplazados. Y no se trató de un simple cambio de nombres o de disputas de espacios individuales sino del desplazamiento de uno de los sectores más ultrarreaccionarios que tuvo la ciencia en nuestro país. No hubo otra carrera en la Argentina con componentes de la calaña de Bórmida, Menghin y sus secuaces. Ayer, Marcelino Fontán se refirió un poco a estas cuestiones. Y es interesante un trabajo de él sobre Osvaldo Menghin, donde cuenta un poco todo esto. Y de otros, también, que por suerte no los tuvimos como docentes en la carrera pero que anduvieron por otros lugares de la Argentina cuando muchos ex nazis con la ruta de las ratas, con el apoyo de los antecesores de Ratzinguer en el Vaticano, los ayudaron a refugiarse en la Argentina.

Ahora, ¿quiénes eran Bórmida y sus seguidores en 1973? Yo no voy a explicarles material que presentarán mis compañeros de la próxima mesa, pero sí, como corresponde a este período, voy a referirme brevemente a algunos hechos que ocurrieron y que preanunciaron lo que iba a ocurrir con posterioridad. En el año '73 se creó el CAEA, el Centro Argentino de Etnología Americana, donde Marcelo Bórmida y sus discípulos comenzaron a realizar una serie de investigaciones. Y se creó la revista *Scripta Ethnologica* en la que se publicaban trabajos de investigación con muy pobres resultados en general, y cuyo primer número apareció ese año. En la presentación de ese primer número, Bórmida se refiere a los objetivos de la revista, de los cuales voy a leer algunos porque si no, se va a hacer muy largo y aburrido. Pueden consultarla en cualquier biblioteca, es el número 1. Dice:

Las culturas etnográficas se hallan en acelerado proceso de extinción (...) culturas cuyo contacto con la civilización occidental es escaso o casi nulo [una visión bastante característica de este grupo].

Los colaboradores de *Scripta Ethnológica* consideran que salvar para la posteridad esta información es un deber histórico de los etnólogos de nuestra época: salvar los contenidos culturales (...). Todo hecho cultural es un contenido de conciencia.

Claro, no pretendían salvar a los pueblos que estaban en proceso de “extinción” sino la información que para ellos era relevante.

No voy a ahondar en detalles, pero hay un ejemplo muy claro. En el número 2, Bórmida y Califano publican “Los últimos pakawara”, sobre un pueblo de la familia lingüística *pano*, del noroeste de Bolivia, en la región amazónica, donde ellos en el año ‘73 realizan un trabajo de campo con una sola familia que estaba capturada prácticamente por misioneros del Instituto Lingüístico de Verano (ILV), a quienes ellos califican como “abnegados misioneros que trabajan en la relocalización compulsiva de este grupo familiar para adaptarlos a la civilización occidental”. El Instituto Lingüístico de Verano, la mayoría de ustedes sabe, es una organización religiosa multinacional que fue sospechada y denunciada de evangelización compulsiva, espionaje, etcétera, en distintas regiones de Sudamérica.

En ese año ‘73 también, mientras muchos investigadores y antropólogos como Mark Münzel por ejemplo, denunciaban el genocidio y etnocidio que los ayoreo y aché/guayaquí sufrían en el Paraguay, Bórmida y su equipo realizaban investigaciones con total libertad en esa región. Y si quieren en un futuro informarse con más detalle, es interesante el

libro de Miguel Bartolomé titulado *El encuentro de la gente y los insensatos*. Los insensatos era la palabra que en la lengua ayoreo utilizaban para designar a los blancos. En ese libro Miguel Bartolomé analiza toda una serie de cuestiones históricas y actuales de este pueblo y también realiza un análisis crítico de Bórmida y Califano, donde se citan algunos párrafos que tienen una riqueza muy grande, como por ejemplo el que dice lo siguiente:

La conciencia ayoreo carece de una verdadera idea de mundo, o se halla imposibilitada de pensar lo existente como totalidad en el sentido ontológico.

Otra cita dice:

No pecaríamos de retórica definiendo a la cultura ayoreo como una cultura de temor y de muerte. El temor constituye la esencia del mundo ayoreo, en el cual le es negado al hombre la autonomía de modificarlo pues el ayoreo no tiene la conciencia de ser creador de sus propios instrumentos.

Mayor muestra de irracionalismo, imposible. Pero, ¿qué significó la creación del Centro Argentino de Etnología Americana y de sus posibilidades de publicación? Evidentemente, fue un espacio de refugio durante la licencia de ese breve período del '73-'74. Solo fueron quince o dieciséis meses que se vieron interrumpidos en septiembre del '74 con la misión Ivanissevich en el Ministerio de Educación, Alberto Ottalagano como rector interventor en la UBA y el sacerdote Raúl Sánchez Abelenda como decano de la facultad (además de habilidoso exorcista, como comentó nuestra compañera Susana). De esa manera, Bórmida y sus discípulos retornaron triunfantes y contentos a cumplir con el dis-

ciplinamiento que paulatinamente se estaba estructurando en todo el país. Denuncias, persecuciones, listas negras, fueron los métodos empleados por este grupo a los fines de consolidar su hegemonía.

Les voy a leer algunas medidas que fueron tomadas por el decano interventor Sánchez Abelenda a partir de septiembre del '74, cuando fue nombrado. En noviembre de ese año se prohibió todo tipo de asambleas en la facultad: de docentes, de estudiantiles y de no docentes. Se dejaron cesantes y no se renovaron los contratos de una serie de profesores, técnicos y no docentes “por responder a la política comunista instalada en esta facultad”. Se intervinieron todos los centros y agrupaciones estudiantiles. Y se reglamentó intervenir hasta con la policía si el comportamiento de algún estudiante lo exigía, además de retirarle la libreta universitaria. Se dejó sin efecto la creación del Instituto de Estudios Argentinos y Latinoamericanos y los centros que lo integraban. Hay un argumento que figura en la resolución 83bis que dice lo siguiente:

... que los mencionados centros se crearon sobre la base de la disolución de los tradicionales institutos de investigación de la Facultad de Filosofía y Letras y respondían a la concepción marxista de la historia y la sociología que imperaba en la universidad. Y que los mismos servían para la difusión de la ideología comunista que se expandía en todos los ámbitos de la facultad por tratarse de organismos interdisciplinarios.

Realmente descubrimos el extremado poder que tiene la interdisciplina leyendo esta resolución (*risas*). El 28 de septiembre del '74 Bórmida fue designado director interino del Departamento de Ciencias Históricas, a cargo de la sección Ciencias Antropológicas. Porque uno de los proyectos de

esta época era pasar Antropología a la carrera de Historia y que perdiera su autonomía como carrera. Se anularon todas las materias nuevas que se habían creado, entre ellas, Historia de las Luchas Populares, el Seminario de Migraciones y Viviendas Populares, que algunos posteriormente pudimos conseguir que nos lo tomaran como una optativa. Y en otra nota de febrero del '75, Bórmida solicitó al delegado interventor la redesignación de Mario Califano y otros colegas dado que han sido sus “colaboradores más eficaces durante muchos años” y que:

... su gran experiencia en la labor de campo y sus profundos conocimientos de la teoría etnológica serán una colaboración valiosísima en la labor docente y en la investigación en la sección Ciencias Antropológicas.

Esto coincide con el surgimiento de la Triple A, con los asesinatos. Ortega Peña, quien fuera nuestro profesor en la facultad, fue asesinado en septiembre de 1974. Y la facultad se llenó de matones, de custodios, de parapoliciales. Se ocuparon de anular con la violencia lo realizado en un breve pero intenso período.

A partir de entonces, los que fuimos alumnos sobrevivientes del '73-'74 fuimos discriminados –nos llamaban “manzanas podridas”, “amenazas subversivas”– por las autoridades de la época e incluso por algunos compañeritos que hacían buena letra, que estudiaban acriticamente y que después tuvieron su premio. Y que, como muchos otros posteriormente, con las posibilidades del mimetismo lograron continuar en sus actividades. Hay una película de este período, de mediados de los setenta, que se llama *Mimetismo*, que muestra este proceso en la Polonia ocupada por el autoritarismo stalinista. Es de Krzysztof Zanussi. Acá fue traducida con el título de *Camuflaje o Metamorfosis*.

En síntesis, esta fue la experiencia de un breve período, pero que nos sirvió mucho para forjar cierta identidad a un grupo de estudiantes de Antropología quienes, al comienzo, tal vez solo sabíamos lo que no queríamos pero que paulatinamente nos fuimos incorporando a un proceso que posibilitó el enriquecimiento intelectual personal pero colectivo, así como la participación y el trabajo grupal, que finalmente quedaron trancos mediante la represión en todas sus formas. Y quiero finalizar esta exposición recordando parcialmente una frase de Hannah Arendt que dice: *“Quien no conoce el intercambio entre lo que se dice y lo que se hace, no está capacitado o no quiere rendir cuentas sobre su forma de actuar. Por lo tanto, ello puede llevarlo a cometer cualquier tipo de crimen y olvidarlo al minuto siguiente.”* Gracias.

H. R.: Quisiera agregar una pequeña cosa. Entre los testimonios aquí volcados aparece que había en la facultad, en la Universidad de Buenos Aires, una tarea notable en esta época. Hay algunos colegas que minimizan lo que pasó en la universidad del ‘73 al ‘74 –algunos de los cuales integraron paneles en esta celebración– y que mediante un chiste califican la época. La llaman la época del dulce de leche y la cultura popular, echando por la borda todo lo que se hizo en esa época. Ahí se hacían cosas tales como algo que nosotros también tomábamos un poco humorísticamente, que era un “Estudio sobre el sobre el (...) y el indio: una experiencia argentina”. Pero claro, cuando lo hacía Eliseo Verón sobre el planeta “mongo”, parecía excelente, en cambio aquí no. Y Susana Chertudi, una especialista en narrativa, se puso a estudiar los libros de lectura de la época peronista, el mensaje de los libros de lectura de la época peronista, que hacían estas cosas que... claro, para otros son el dulce de leche y la cultura popular. Era eso nada más.

P. P.: Muchas gracias. Se abre el ciclo de preguntas.

Público: Una pregunta informativa: ¿es cierto que en el Museo Etnográfico no había inventario completo, que ustedes hicieron el inventario?

J. G. O.: Sí. Había montones de piezas que estaban en cajas. Recuerdo que encontramos cajones y cajones de cerámicas sin inventariar. Y así, montones de piezas. También había otras que habían estado inventariadas y que como se movían los techos, se habían mojado todas las piezas y se habían perdido. A mí, especialmente, me tocó el traslado de toda esa colección de cráneos, que serían como 500, que eran de todas partes de América y del mundo. Estaban todos emparedados en el salón grande –que también se usó para dar clases en aquel momento– al fondo. Estaban en varios estantes, colocados uno detrás del otro. La tarea mía era llevar esos cráneos al galpón de antropología física – que es el que está en el patio –, controlar si existía la ficha de cada uno de esos cráneos y volverlos a ordenar. Estaban bastante ordenados. Ahora, fíjense la mentalidad de Bórmida y su gente al considerar que eran los dueños del patrimonio arqueológico. Ellos lo consideraban algo ahistórico, sin el hombre por detrás. Para ellos eran solamente reliquias. Era una concepción totalmente positivista del pasado. Pero sí, era verdad: la mayoría de las piezas estaban o mal catalogadas, o habían perdido el catálogo, o no estaban siquiera catalogadas.

P. P.: ¿Alguien más? Sí, Myriam.

Público 2: Te agradeceríamos, Julieta, que después nos informaras bien sobre esto porque estamos en pleno proyec-

to de reorganización [en el Museo Etnográfico] y uno de los problemas es el de las numeraciones y demás. De cualquier manera, para respetar el (...) podemos decir que están los libros. No si ustedes controlaron los libros...

J. G. O.: Sí, sí, algunos libros, sí.

P. 2: Ah. Bueno, quería preguntar, porque me resulta notorio dentro de la época, ¿cómo fue, Susana –o cualquiera de los demás– que a este trabajo voluntario le pusieron el nombre de José Imbelloni? (*Risas generalizadas*).

P. P.: ¿Quién se anima a responder?

R. S.: Yo me animo. Cuando intenté hacer mi exposición, yo decía que en realidad el peronismo que asume la universidad en principio es un peronismo amplio y movimientista. E Imbelloni está incluido en eso, ¿no? Yo, por ejemplo, trabajaba en un lugar del Rectorado que se llamaba Instituto del Tercer Mundo, que había sido creado por Puiggrós, donde compartíamos el espacio con la extrema derecha del peronismo que había sido puesta por Puiggrós. Porque eran amigos, viejos peronistas... Eso era la universidad. Y a mí me parece que esa heterogeneidad es la que se reflejó inicialmente. Y lo mismo con el tema del nacionalismo, que era un término muy polisémico y no definido. Me parece que esa es la causa.

P. P.: ¿Alguien más?

Público 3: Yo quería saber qué eran la cátedras nacionales.

R. S.: Bueno, las cátedras nacionales eran en realidad fundamentalmente cátedras que venían de la carrera de So-

ciología. Que habían sido creadas también dentro del marco del nacionalismo de la “Revolución argentina”, como se llamaba. El onganiano, digamos, tenía una parte nacionalista católica, y dentro de eso también estaba el surgimiento de los sacerdotes del Tercer Mundo, lo que después se llamó Teología de la Liberación. Justamente, quien encabezó las cátedras nacionales fue Justino O’Farrell, que era un cura. Y, digamos, el lugar de legitimación que se le dio a las cátedras nacionales en Sociología tuvo que ver con crear un movimiento de oposición a la “izquierda marxista apátrida”, tal como era concebida, con lo cual se reflató un lugar que en principio tenía un contenido nacionalista y antiimperialista y que después se fue definiendo, a lo largo del tiempo, con la presencia de personas como Alcira Argumedo, Roberto Carri, Horacio González.

Este espacio que se creó en la época de Onganía después se fue transformando en el transcurso del tiempo. Ahora, el espacio se lo cedieron fundamentalmente en esta época. Personas que eran del ala aparentemente conciliadora, y en realidad, digamos... bueno, más populista dentro de la universidad, el onganiano. Creo que ese es el espacio de las cátedras nacionales. Después eso se transformó y en el ‘73 quedó como una cosa más orgánica del peronismo en la universidad.

P. P.: ¿Alguna otra pregunta? Bueno, damos por finalizado el panel.

Dictadura y resistencia. 1975-1983

Panelistas: Mónica Berón, Cecilia Pérez de Micou, Pablo Wright, Gabriela Karasik, Claudia Guebel y Alejandro Balazote | Coordinadora: Carolina Crespo

Carolina Crespo: Buenas tardes. Abrimos la mesa que corresponde a un período bastante difícil en nuestro país y también obviamente dentro de la carrera, que es el de la última dictadura militar. Llamamos a este panel “Dictadura y resistencia”. Lo iniciamos en 1975, o sea, con posterioridad a la intervención de la Universidad de Buenos Aires por parte de Ottalagano –que fue tan mencionada en el panel anterior– porque considerábamos que era un hecho significativo para tratar; y lo culminamos en 1983, que es el inicio de la reapertura democrática. Esta etapa está caracterizada por fuertes represiones dentro del ámbito público, la expulsión de muchos docentes a raíz de la intervención, el exilio de muchas personas, la desaparición de estudiantes y docentes. Sin ir más lejos, en esos años ingresan en la facultad Norberto José Castillo, Estela Ángela Rita Lamaisón, Alejandra Mónica Lapacó, Laura Graciela Pérez Rey y María del Carmen Reyes; todos ellos desaparecidos. Lamentablemente, este es el período en que desaparecen muchas de las personas que están afuera retratadas y a las que se va a homenajear mañana a las 19 hs. en el Centro Paco Urondo. Pero, además

de estos hechos lamentables, también fue un período de resistencia, de constitución de espacios alternativos de formación y discusión. Y un poco sobre estos y otros temas nos van a hablar los expositores que, con excepción de Cecilia Pérez de Micou, eran estudiantes de esta facultad para esta época. Así que les cedo la palabra a ellos.

En principio nos va a hablar Mónica Berón. Mónica es egresada de Ciencias Antropológicas de esta facultad, Doctora en Filosofía y Letras con orientación en Arqueología también por la Universidad de Buenos Aires. Es Investigadora Independiente del CONICET, docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires. Ingresó a la carrera en 1975, termina de cursar en 1982 y se recibe en 1984.

Mónica Berón¹

Primero que nada, quiero felicitar a los responsables por la organización de estas jornadas, y particularmente a Carolina Crespo por su gentil invitación a participar de esta mesa.

Yo entré a la carrera con la vocación de ser arqueóloga, pero quiero hablar desde mi experiencia como estudiante en esta facultad en los años que me tocaron vivir ese trayecto. Para no hacerlo desde lo individual pedí ayuda a gente que podía refrescarme los recuerdos, que fueron intensamente movilizadores. Entre ellos, a mi marido, Juan Carlos Radovich, y a Cristina Bellelli, a quienes les agradezco muchos de los materiales que voy a presentar.

Me toca hablar sobre los años más terribles de nuestra historia reciente y, además, son los años en que fui estudian-

¹ Una versión ampliada de esta nota fue aceptada para publicar en el N° 35 de la revista *Relaciones*, de la Sociedad Argentina de Antropología.

te y me formé como antropóloga profesional. Esta conjunción no es poca cosa. En esos años pasaron cosas horribles en nuestro país. Hubo sueños y pesadillas que, por suerte, algunos podemos contar. Otros no han tenido esta posibilidad. Entonces me pregunto: ¿desde dónde piensan al pasado aquellos que, sin haber participado del genocidio, lo justifican y/o minimizan? Estas personas son asesinos de la memoria. El peligro radica en convertir a la dictadura en un recorte histórico y terminar por vaciarla de contenido. Aunque, parafraseando a Galeano, “no hay escoba en el mundo que pueda barrer la basura de la memoria”.

Dentro de las universidades, como no podía resultar de otro modo, también existieron personajes impúdicos y siniestros que actuaron como promotores, apologistas y defensores de los autoritarismos de turno. Algunos de los cuales se comportan hoy como meros negacionistas de un sórdido pasado en el que fueron actores. Muchos de ellos hoy conviven, gracias al mimetismo que posibilitó la democracia, con quienes fueron sus víctimas en distintas instancias represivas.

Pero yendo a los hechos ocurridos en el período que me toca representar, este fue quizás el más oscurantista, crítico y perverso de la historia académica de esta facultad. Durante el '74, la facultad estuvo cerrada por la gestión Ottalagano. Por lo tanto, al comenzar el año '75 nos encontramos dos generaciones o camadas de estudiantes con historias muy diferentes. Y éramos muchos, más allá de que lograron que muchos desertaran definitivamente o desaparecieran.

Ayer escuchamos testimonios de períodos anteriores que alternaban entre la creación de la carrera, las expectativas, los desencantos, los renacimientos y los decaimientos. Todos coincidimos en afirmar que la última dictadura militar marcó a fuego y para siempre la historia de nuestro país y de nuestra carrera de una vez y para nunca más. Instalamos

en el mundo la figura del desaparecido. ¡Qué ingrato honor u horror! Y esto fue parte de la historia de nuestra carrera. Los retratos de nuestros desaparecidos rescatados por los organizadores de las jornadas que están aquí, lo testimonian.

La universidad me recibió con un programa que me deparaba siete materias de historia, casi todas eran historias fácticas, genealógicas, monárquicas, memorísticas.

Con respecto a nuestra carrera, una de las materias iniciales era la “Antropología” de Marcelo Bórmida, que actuaba como materia filtro. Bórmida abría sus clases de antropología diciendo que esta disciplina era para charlar con los amigos. Es decir que los sueños de un campo amplio y abierto de trabajo para cambiar la realidad, como se dijo tantas veces en las mesas anteriores, se veían borradas de un plumazo. Esto se reflejaba en bochazos generalizados en los parciales y finales. Recuerdo un reclamo por un 60% de aplazos en un parcial de esta materia de Antropología por lo que fuimos a reclamar al auxiliar de trabajos prácticos, quien simplemente nos contestó: “¡¿Qué vienen a protestar si ustedes para mí son un número?!”.

¿Y qué leíamos en esa época? Nuestra principal fuente de información era, por ejemplo, la revista *Scripta Ethnologica*: la mentalidad primitiva de Lévy Bruhl, lo “numinoso” de Rudolph Otto, Frobenius y el Padre Smith de la Escuela de Viena.

Con respecto a las nuevas tendencias en antropología y arqueología, se nos negaba la posibilidad de leer y aprender sobre el estructuralismo de Lévi-Strauss, y mucho menos Marx y toda la literatura relacionada con ello. Disiento, por esto, con lo que una colega dijo ayer acerca de la arqueología de los '70, que era como una torre de Babel donde todas las expresiones y tendencias convivían. No, no era así. Cuando yo fui estudiante y, durante muchos años, fue todo

lo contrario. El marco histórico-cultural, el *kulturkreise*, era lo vigente y lo único, cuando ya estaba desactualizado en el resto del mundo. Con respecto a la “nueva arqueología” –Binford, y toda la nueva arqueología por ejemplo– había una negación absoluta. Con esto me interesa remarcar que los docentes y estudiantes de arqueología no éramos un grupo aparte privilegiado o aventajado, como se decía y se sigue diciendo.

Y en plan de contar algunos hechos significativos, recuerdo una clase de Folklore en el año 1976, cuya ayudante nos pedía hacer el siguiente trabajo práctico: en fichas número 3 debíamos fichar objetos folklóricos de obras “trascendentales” para la antropología, como el *Martín Fierro* o *Don Segundo Sombra*, y a la siguiente clase llamaba por lista para tomar oralmente los deberes a los alumnos. Era una clase multitudinaria porque estábamos todos los anteriores al ‘74 y los ingresantes del ‘75. Le tocó el turno a un compañero, que no había hecho las “tareas”, por lo que lo reprobó con “cero”. Entonces él discutió con ella sobre el trato que se nos daba y cuestionó que esto no era educación propia de una universidad. La docente decidió abandonar raudamente la clase. Y a la siguiente clase tuvimos la sorpresa... Encontramos un policía parado en la puerta del aula de la sede de la calle Independencia. Y esto estaba permitido por un decreto que se había promulgado con anterioridad, recuperado por los graduados actuales, responsables de la organización de estas Jornadas.

Otro hecho muy significativo: en julio de 1978 apareció un artículo en la revista *Cabildo* titulado “Antropología y subversión”. Y después está la primera hoja en la que marqué algunos párrafos, que son imperdibles y que me voy a permitir leerles. Algunos que seleccioné tienen mucho que ver con lo que rescató mi amiga Julieta Gómez Otero hace un rato acerca de lo que significó entre el ‘73 y el ‘74 el tra-

bajo de los estudiantes en el Museo Etnográfico. El artículo, debajo del título, rescata una frase publicada en el diario *La Nación* el 6 de febrero de 1978 que decía: “Existe una campaña antropológica en el Canal de Beagle, de diez expertos que están haciendo hallazgos muy interesantes”. Y continúa, ya en el cuerpo del artículo, diciendo:

Jamás hubiéramos pensado que estos expertos, bajo un programa del Ministerio de Cultura y Educación, y con participación de la Gobernación de Tierra del Fuego y –créase o no– de la propia Armada Nacional, fuesen los mismos que en 1973, bajo la gestión universitaria de la guerrilla ideológica [acá salteo un párrafo] son los mismos que en aquel Centro [el que habló Julieta Gómez Otero hace un ratito] organizaron una exposición bajo el nombre “Patagonia, 12 mil años de historia” que, arrancando de la noche de los tiempos culminaba en la aurora montonera de la liberación, pasando, naturalmente, por la “edad oscura” de la colonización hispánica [esto, entre comillas], las expediciones navales militares y la conquista del desierto. Entre otros, actuó como asesor el entonces Profesor Titular *Ciro René Lafón* –uno de los más intrigantes demagogos del momento– y como Director General, [palabras textuales dice la revista], *Don Arturo Salas*. Tanto Lafón como Salas, no hay que olvidarlo, integraron la embajada universitaria (o carrousel peronista-marxista) enviado especialmente a Cuba por *Adrianita Puiggrós* –a la sazón, decana–.

Y más adelante dice:

Es réquete sabido –y el Ministerio de Educación, al igual que todos los miembros de nuestras Fuerzas Armadas lo saben– que en 1955, cuando el marxismo bien pensan-

te de los Romero y los Risieri Frondizi se posesionó de la Universidad y comenzó la tarea de demoler las bases más firmes de nuestra auténtica nacionalidad, sentaron las bases de tres carreras que serían las piezas clave de esta estrategia disolvente: las de Sociología, Psicología y Antropología. A esta altura del “proceso”, ¿quién podría ignorar que esas “profesiones” [lo dice entre comillas] aparecen sintomáticamente repetidas en el “currículum” de los guerrilleros?

Y sigue:

... que realizan sus tareas en lugares remotos, apartados e impenetrables, para estudiar a los primitivos o descubrir restos de civilizaciones extinguidas que nada tienen que ver con nuestra nacionalidad, resultan campo propicio para reclutar e instruir a sus huestes subversivas y soliviantar a los pobladores de esos lugares. Para ello aprovechan los viajes de investigación pagados por el Estado.

Y termina “denunciando” una serie de nombres entre los que estaba muy expresamente mencionado como “conocidos activistas del ambiente antropológico” un grupo de gente del entonces Instituto Nacional de Antropología.

Y el último párrafo que voy a leer dice, hablando de la facultad en la época del camporismo:

Y sus cátedras se convirtieron en verdaderas barricadas más o menos ideológicas, más o menos prácticas (...). En algunas universidades, excepcionalmente, los estudios antropológicos han sido colocados en su verdadero lugar, es decir que se suprimió la carrera y se le dio el carácter de una especialización de posgrado; tales como el caso

de Rosario y Mar del Plata o como en La Plata donde existe con carácter de especialización de Ciencias Naturales.

Continuando con el recordatorio, en junio del '81 ingresé como no docente al Museo Etnográfico, siendo todavía estudiante de la facultad. El director en ese momento era Jean Vellard y la vicedirectora y a su vez jefa del Departamento de Antropología, era Raquel Naso. En el Museo reinaba entonces la era de la oscuridad, con la biblioteca abierta pocas horas y el cierre de los depósitos a los alumnos. Cuando yo ingresé ya esto era así, es decir todo lo contrario de lo que hace un rato contaba con alegría, nostalgia y angustia Julieta Gómez Otero. Elsa Galeotti, directora de la Biblioteca y miembro del Colegio de Graduados de Filosofía y Letras, manejaba listas de gente con prohibición de ingreso al Museo y a la biblioteca, especialmente todos los que lo habían dirigido en el '73. Pero algunos amigos sacaban libros y se los pasaban en los bares de la esquina, por ejemplo.

En la siguiente foto se ve, por ejemplo, cómo se manejaban las colecciones del Museo Etnográfico (*risas*). Se nos ve a nosotras, mis compañeras de ese momento, trabajando con las colecciones y tratando de preservarlas, sin recursos, mientras nos divertíamos un poco. Hace un rato escuchamos cómo, celosamente, en el '73, los estudiantes participaron activamente en la recuperación de ese patrimonio tirando paredes, recuperando cráneos, haciendo cuidadosamente fichas, que en este período ya no existían más. Eso fue borrado. Y las colecciones estaban totalmente descuidadas. Mientras tanto, en ese momento, el Museo nuevamente era la covacha del grupo de Bórmida, algunos de los cuales ejercían una suerte de vigilancia, escuchando nuestras conversaciones y dándonos algunos “consejos”. Hay una anécdota que se cuenta –y que me fue confirmada como real por una colega, estudiante de esa época– y es que se hacían

reuniones de este grupo selecto, algunas en casa de ellos o a veces en el mismo Museo, en las cuales utilizaban las calotas craneanas de los indígenas para beber bebidas “espirituosas”. Al parecer también así se cuidaban las colecciones.

El entonces decano de la Facultad, Horacio Difrieri, un geógrafo, tuvo la idea de dar lugar a viajes de estudio para estudiantes avanzados y fui convocada para viajar a Tilcara, junto a un grupo de 5 o 6 compañeros. Nos acompañó un profesor de la casa y allí nos recibieron Norberto Pelissero y Claudia Forgone, su mujer. Hicimos excavaciones –para ellos, claro– en el sitio de Juella, que luego fue con el cual Pelissero hizo su tesis doctoral. Pero muchos no pudimos decir con quién trabajábamos por entonces, por temor a tener problemas.

Ahora quisiera pasar a la otra parte de estas vivencias, que es la de la resistencia. Los entonces estudiantes –algunos anteriores al ‘74 y también los más jóvenes– más allá de cualquier de cualquier militancia político-partidista, establecimos una resistencia con muchas variantes. En lo que respecta a la facultad hubo algunos resquicios, algunas luces de esperanza. Percibimos que algo distinto existía, al menos en arqueología. Por ejemplo, los seminarios que dictaba Carlos Aschero: uno multitudinario sobre arte rupestre. Y también, a partir del ‘79, el surgimiento de la cátedra Ergología y Tecnología, dictada en ese momento por Carlos Aschero y Ana Aguerre, que astutamente –creo– le pusieron ese nombre y daban como bibliografía el texto clásico de Bórmida “Ergón y mito”, un poco para mimetizarla dentro de lo que después eran unos contenidos avanzados para lo que nosotros sabíamos hasta ese momento de arqueología. Fueron como bocanadas de aire fresco en ese momento. Y esas también fueron las primeras oportunidades de hacer trabajos de campo e integrar equipos de investigación en un marco de libertad, de mayor apertura.

En lo que hace a nuestra propia resistencia, a la que nosotros creamos y desarrollamos, entre el '77 y el '78, grupos de compañeros hicimos viajes de campo grupales autogestionados. Fuimos a observar fiestas tradicionales, como la de la virgen de Punta Corral, e hicimos algunos pequeños trabajos de campo en arqueología. Hubo una excavación multitudinaria en el '77 –que me recordó Cristina Bellelli– en Lago Posadas, con participación de buena parte de la gente que había cursado el año anterior el seminario de arqueología que dictó Carlos Aschero. Lo relevante de esto es que después de que volvieron de la excavación, Bórmida llamó al responsable para preguntarle por qué había llevado de campaña a determinadas personas, que eran comunistas y que esa era una guerra a muerte.

En 1977 se creó el CIA, el Centro de Investigaciones Antropológicas. Entre 1979 y 1981 se creó AIDEAS, la Asociación Iberoamericana de Estudios Antropológicos y Sociales, por gestión de Guillermo Magrassi, que reunió a un grupo de profesionales y estudiantes, tanto de antropología como de sociología (porque él enseñaba sociología en la UCA).

¿Qué hacíamos para resistir? Organizábamos ciclos de cine antropológico en los que proyectábamos películas de Prelorán, material que conseguíamos en las cinematecas de las embajadas. Lo hacíamos en espacios que conseguíamos, para público general, como la Sociedad Hebraica Argentina, el Instituto Goethe de Cultura Alemana y otros lugares como Yuchán, que era un espacio de venta de artesanías en Independencia y Defensa, manejado por Juanjo y Coti, una pareja de amigos de Guillermo, que abrían ese lugar para que hiciéramos muestras de materiales documentales de distinto tipo pero relacionados en su gran mayoría con problemáticas socioeconómicas y políticas. También allí se daban conferencias y charlas de especialistas diversos en los

campos de la antropología sociocultural, de la arqueología, de la sociología, de la etnomusicología. Además invitábamos a jóvenes dirigentes indígenas, como Jorge Nahuel.

Durante esos años nos reuníamos entre grupos de amigos en nuestras casas, que eran –yo digo– como “cuevas” y hablábamos de lo que pasaba en nuestro entorno. Hacíamos cursos paralelos en el IDES, que era muy distinto de lo que es ahora. Mientras tanto, presenciábamos con recelo y desconfianza cómo algunos compañeros nuestros se acercaban a los “bormidianos”: los convocaban a hacer trabajos de campo, se reunían con ellos. Hasta el punto que se decía que les llevaban los trajes a la tintorería. Entre tanto, circulaban en la facultad los primeros rumores sobre cuerpos que aparecían flotando en el Río de la Plata.

En 1980 se organizaron las Primeras Jornadas de Tecnología y Tipología Lítica en las que hubo una prohibición expresa para que asistieran algunos de los protagonistas en el tema. Para esa época, comencé a trabajar en el laboratorio con Carlos Gradin, que estaba recluido en un pequeño reducto, en una pequeña sala del colegio Pío IX de la calle Yapeyú e Hipólito Yrigoyen. Estela Lanzone les había conseguido ese lugar también a Pedro Krapovic y a Jorge Fernández, luego de haber sido denunciados por un siniestro personaje que presidía el entonces INA.

Entre 1980 y 1981 circuló la revista *Enfoque Antropológico*, que reunió a un grupo de amigos como Cristina Bellelli, Adriana Piscitelli, Mario Sánchez, Marta Savigliano, Patricia Arenas, Aldo alias “el Tutu”, que trabajaba de periodista. Se planificó la revista en reuniones con gente del Colegio de Graduados y otras personas que dieron mucho aliento, como por ejemplo, Ana Lorandi. Se hicieron cursos. Se fundó una editorial que se llamó “La Manivela”. Empezaba a ponerse de moda la experimentación en arqueología y pu-

blicaron notas de Hugo Nami, de Aschero y de Borrero sobre el tema. Y a pesar de que eran preimpresiones de corta tirada, circularon y se citaron mucho en arqueología.

También por esa época comenzó a circular el *Epiworld*, una revista fotoduplicada que producían jóvenes “irreverentes” con bromas sobre profesores. La integraban, por ejemplo, Fernando Maurette, Hernán Vidal y Horacio Velzagüi, entre otros. Tenían también un equipo de fútbol, “El epi-paralítico”, parafraseando evidentemente la jerga histórico-cultural (*risas*). Y allí se comunicaban artículos críticos de lo que era en ese momento la antropología de la facultad. Voy a leerles un párrafo donde uno de los autores, que en general firmaban con seudónimos, luego de criticar “la mirada hacia el otro con extrañamiento”, como se nos enseñaba, decía, por otro lado:

¿Qué puede ser para nosotros la antropología sino algo vivo, aquí, en América, donde cada color es vida? Y no un recuerdo en una estantería de museo, donde cada costumbre es el palpitar de una sociedad, de un grupo de gente; donde cada herida es más grande y más sangrante; donde para nosotros no puede haber distancia porque nosotros somos parte del objeto antropológico. Sin embargo, nos empeñamos en ser los antropólogos de la Antropología con mayúsculas, esa que viene de arriba y del costado, y también nos hace sentir extraños en nuestra propia tierra porque no la comprende.

También había cosas divertidas en la revista. Por ejemplo, se hacían canciones como las que leeré, con la música de “Rasguña las piedras”, que no voy a cantar porque soy muy mala haciéndolo. Pero imaginensela, luego de llegar a una excavación del sitio Arroyo Seco 2, donde se encontraron inhumaciones de cuerpos de mucha antigüedad, y en el

que había que traspasar una gruesa capa de carbonato difícil de excavar. La canción decía: “Y por fin veo tu pelvis, que asoma desde el fondo. Y empiezo a amarte con el cucharín. Y quiero perforarte, mas lo hago con cuidado pues desde el Pleistoceno no has fifado” (*risas*).

Y por esas irreverencias, cierta gente de nuestra facultad, herederos de Bórmida –que había muerto en el ‘78– comenzaron una persecución y tortura psicológica a estudiantes, que migraron o abandonaron la carrera.

Para ir finalizando, como diferenció Myriam Tarragó respecto a Rosario, quedó lamentablemente el resabio en la UBA –y algunos creo que lo siguen pensando– que como varios arqueólogos siguieron trabajando y fueron menos perseguidos, eran funcionales a la dictadura. Eso fue enarbolado durante mucho tiempo, incluso en democracia y abrió aun más la brecha entre las especialidades. Una brecha que hoy lamentablemente continúa y creo que debemos tratar de solucionar.

Durante el período constitucional que se inició en diciembre de 1983, varios colaboracionistas de la dictadura actuaron en el campo académico y conservaron sus espacios de trabajo. De hecho, durante la primera gestión democrática en el CONICET prácticamente se descabezó a una generación de investigadores: arqueólogos y también antropólogos. Es decir que hubo que seguir luchando.

Y, para finalizar, quería citar esta frase de una canción de Liliana Felipe, que es una argentina que vive en México hace muchos años, que dice: “El que deja de reír, envejece. El que deja de cantar, envejece. El que deja de luchar, envejece”. Y yo agregaría: “El que no quiere recordar, envejece”. Por eso en este recordatorio de años tan duros he tratado de hacerlos reír, cantar... Y aquí estamos, ejerciendo la memoria sin dejar de luchar para que esto no vuelva a suceder.

C. C.: Sé que el tema de esta mesa es muy difícil y agradezco mucho que estén acá. Ahora nos va a hablar Cecilia Pérez de Micou, que es Licenciada en Ciencias Antropológicas con orientación en Arqueología por la UBA, doctora por la UBA, profesora asociada regular de la misma universidad e investigadora del CONICET. Como dije al principio, ella no fue estudiante durante esta etapa –ingresa a la carrera en 1970 y culmina sus estudios en 1976– así que va a hacer comentarnos más sobre el período previo al de la dictadura y qué ocurrió a lo largo de esta etapa.

Cecilia Pérez de Micou

Cuando me di cuenta de que tenía que hablar de esta etapa, dije: “Bueno, a mí me tomó en el medio de varias situaciones”. Como dijo Carolina, yo entré en el ‘70, terminé de cursar en el ‘76 y mi título es del ‘78. Justamente esos dos años hasta que nos entregaron el título tienen que ver con el reconocimiento de materias que se habían cursado en el ‘73 y el ‘74. Yo había cursado unas cuantas materias en esta época, y cuando tuve que rendirlas, no existían más, habían desaparecido. Y tenía que rendir las materias del programa anterior, el del ‘59. Me acuerdo de uno de los exámenes que tuve que dar con el profesor Sueta, que era de Fundamentos de Arqueología. Yo había estudiado con el programa que habían dictado Salas y Orquera, cátedra en la que Alicia Tapia y Annette Aguerre eran jefas de trabajos prácticos. Y cuando llego y entrego la libreta, me dicen: “No, esta materia no existe, no es una materia del programa”. Bueno, me tuve que ir sin dar el examen. Me dijeron: “Vuelva más adelante, quizás podamos arreglar su tema”. Pero bueno, tuve que estudiar otro programa. Digamos, rendí como regular pero con un programa que yo nunca había cursado. Y esto

ocurrió alrededor de cuatro meses después: creo que fue en marzo y recién en julio pude rendir esa materia. Y eso me pasó con muchas materias que había logrado cursar en esa época. Otra de las cosas que me ocurrió fue que justamente cuando cambió el programa, en el año '74-'75, cuando se desconoció lo que se había hecho anteriormente, en vez de Arqueología Americana II tuve que cursar Historia de España. Y la verdad, fue un trago amargo porque yo no puedo estudiar una historia memorística. Fue el único bochazo de mi carrera. Era la última materia. Me acuerdo que cuando fui a rendir el examen estaba embarazada de casi ocho meses pero las profesoras me decían “señorita” todo el tiempo. También me acuerdo que había una parte que era más razonada de la historia porque había que analizar documentos, y me dijeron: “No, no, documentos no analice”. Claro, yo quería eso porque era mi fuerte. Recuerdo que me preguntaron, por ejemplo, sobre los hijos de doña Urraca. Se imaginarán que no me acordaba de los hijos que había tenido doña Urraca, así que bueno... Volví después y en el Departamento me dijeron: “¿Por qué Historia de España? No, no, usted dé Arqueología Americana II”. Les dije: “Pero si no figura”. “No importa, usted agarre el último programa, vaya y rinda”. La di libre.

Bueno, eso fue el final. Fue caótico. Para mí esos últimos años fueron caóticos porque habíamos empezado con un programa, habíamos seguido con otro y después tuvimos que terminar con un tercero que, además, no nos gustaba para nada. O sea, no es que eran tres programas que iban marcando jalones positivos. Realmente fue muy duro terminar. Incluso, cuando Susana Margulies contó que ella había hecho Técnicas de la Investigación Arqueológica a pesar de que ella quería ser antropóloga social, yo que quería ser arqueóloga tuve que cursar Técnicas de la Investigación Social. Y en todo ese cuatrimestre aprendí a hacer árboles

genealógicos, por ejemplo (*risas*). Pero claro, entregamos el árbol genealógico de cada uno de nosotros. Entonces habremos entregado inocentemente árboles genealógicos a los profesores, donde agarraban desde nuestros familiares más remotos, afinidades políticas, pertenencia a gremios, etcétera. Yo creo que pasaban cosas tan terribles que muchos nos negábamos a pensar que un profesor podía quedarse con esa información para algo que no fuera corregirlo y ponerle una nota de práctico. Esos años fueron bravos.

Además, como arqueóloga, lo más grave para mí fue terminar la carrera sin haber visto ni haber hecho nunca una campaña durante mi cursada, salvo en el último seminario –el que dio Carlos Aschero– cuando pude conocer lo que era el material lítico. El último trabajo que presenté, que fue el de las 200 horas de investigación, fue sobre la descripción de un sitio de superficie en Río Negro, en la meseta de Somuncura. Pero era, bueno, un trabajo descriptivo con el que nos entrenábamos en este tipo de análisis con Carlos Aschero. Y fue en las situaciones en que contó Mónica, que realmente lo “llamaron al orden” no solo porque había llevado gente al campo sino porque además se había inscripto un número enorme de alumnos: se habían inscripto 110 personas. Imagínense ustedes, se ofertaban dos seminarios de Arqueología después de mucho tiempo en que no había habido seminarios de Arqueología; uno lo dictaba Marta Pastore y otro lo dictaba Carlos Aschero. Marta Pastore tuvo 2 inscriptos y Aschero, 110. Éramos todos los que estábamos esperando para terminar la carrera. Y él decía: “Por favor, me ponen en un compromiso. Pasen al otro seminario”. Y todos nos mirábamos a ver qué hacían los demás, pero bueno, seguimos. Incluso había gente de Antropología Social. Yo, hasta hace poco, tenía en casa esas hojas finitas con que hacíamos las copias –4 o 5 copias– a máquina. Tenía la lista de títulos de investigaciones que nos sugería Carlos

para presentar el trabajo final. Y era realmente muy interesante porque como había gente de Antropología Social y de Arqueología, él hizo una lista impresionante de temas que pasaban por análisis lítico, por historia de los estudios arqueológicos en Patagonia, pero que también incluía por ejemplo la vida en las estancias, la vida de los tehuelches y los peones en las estancias. Y mucha gente de Antropología Social –entre ellos, Rosa Dierna, que trabajó en Misiones– recuerdo que hizo su tesis sobre ese tema. Hace muy poco encontramos la tesis en 25 de Mayo, en un lugar medio escondido de la sección Arqueología, pero ahí estaba.

Y digamos que ese final, ese final nuestro –que conseguimos entre el ‘76 y el ‘78 más o menos– fue como un entrenamiento para lo que vino después, porque tuvimos que empezar a buscar formas. Al principio, formas de recibirnos, formas de terminar la carrera. Una opción era: “Dejo todo, se acabó”. Pero algo que nos unía a todos los alumnos, que éramos muchísimos (era mucha gente, muchos no nos conocíamos realmente) es que una tremenda proporción de los alumnos de esa época, de los que habíamos entrado en el ‘70, ‘72, ‘74, éramos gente que trabajaba. O sea, veníamos a estudiar pero después de nuestro trabajo. Nosotros, por ejemplo, teníamos bien claro quiénes trabajaban en bancos porque eran los únicos compañeros que llegaban con traje y corbata y con una valijita. Había muchos bancarios que, claro, cursaban después de las cinco, cuando cerraba el banco. Yo era maestra. Y había muchísimos maestros y maestras que también estudiaban Antropología. Así que, o no podíamos cursar a la mañana o no podíamos a la tarde, dependiendo del turno en que trabajábamos. Y realmente dejar una carrera sobre el final costaba mucho porque nos había resultado difícil cursarla. Era realmente bastante difícil. Así que, bueno, como pudimos, fuimos terminando la carrera. Eligiendo, como dijo Mónica, a gente que de

pronto era gente interesante, gente que nos proponía un trato humano, cara a cara. Bórmida no quiso eso. Recuerdo que había de alguna manera amenazado a Aschero porque ocupábamos la planta baja de 25 de Mayo, donde está ahora el Centro Paco Urondo. Había unas largas mesas, y los 10 o 12 que éramos trabajábamos ahí con los materiales. Había gente que trabajaba cerámica y gente que trabajaba lítico. Estábamos trabajando, cumpliendo con nuestras 200 horas de investigación para hacer nuestra tesis final. Y él dijo que no sabía por qué teníamos que ocupar tanto lugar si él había definido el “Norpatagoniense” en una mesita de 40 x 50. O sea que, si él había hecho un trabajo tan importante como ese en una mesa tan chica, ¿qué hacíamos nosotros haciendo una simple tesis en un espacio tan grande? Esas eran las cosas que nos llegaban. Yo, en mi cursada, casi no lo vi a Bórmida. Él dictaba Introducción a la Antropología. Me acuerdo que éramos muchos alumnos, unos 400 o 500 alumnos en esa cursada. Pero después yo no hice las materias con él. Los primeros años fueron sobre las materias comunes a todas las carreras y las de Antropología Social. Yo había dejado las de Arqueología para el final. Y fue lo que peor hice en realidad porque hubo problemas muy serios para poder conseguir materias interesantes de Arqueología.

Y después, como dijo Susana Margulies, nos recibimos. Yo trataba de pensar en imágenes de esa época. En realidad, es como una cosa negra. Es algo oscuro. Es el color que creo que predomina para esa época porque nos recibimos y no nos dejaban entrar más a la facultad. Si teníamos el sello de egresados en la libreta, nos paraban en la puerta y no entrábamos. Porque ¿para qué quería un egresado volver a la facultad? ¿Para qué quería entrar al Museo Etnográfico? ¿Para qué a la Biblioteca? Algo traíamos entre manos. Algo raro debía haber en eso de querer volver a la facultad siendo

ya egresados. Y yo recuerdo las estrategias que desarrollábamos. Por ejemplo, nos teníamos que inscribir en alguna de estas sociedades antropológicas. Yo recuerdo que el propio Gradin me dijo: “No te inscribas en la Sociedad Argentina de Antropología hasta que no te acepten, por ejemplo, en el Colegio de Graduados de la Facultad de Filosofía y Letras”. Porque teniendo el carné de graduada de Filosofía y Letras podía entrar a la biblioteca, pero si en el currículum ponía que pertenecía a la Sociedad Argentina de Antropología ya era alguien dudoso. Fijense hasta dónde llegaba la persecución, porque, la verdad, la Sociedad Argentina de Antropología jamás hizo nada que pudiera llamarse “dudoso”, “extremista” o no sé cómo calificarlo. Pero bueno, hasta eso. Como no era un ambiente dominado desde la facultad ni por esta gente, era considerado algo peligroso, porque estaba Gradin, había gente de La Plata y habría gente que no era de la Asociación tampoco.

Una anécdota que puedo contar es que yo me inscribí en el Colegio de Graduados de la Facultad y nunca me contestaron. Eso lo hice en el '78, una vez que tuve mi título. Y me acuerdo claramente que en el año '84 me llegó una carta diciendo: “Usted ha sido aceptada en el Colegio de Graduados de nuestra facultad”. Y bueno, la rompí. Tenía ganas de decirle a alguien algo, pero no sabía cuál era la cara del que me mandaba eso. Así que, bueno, yo, como no me habían aceptado en el Colegio seguía sin poder entrar a la biblioteca y sin poder volver a la facultad. Me dijeron que la otra estrategia era inscribirse en el doctorado. Si uno era alumno del doctorado, entonces podía decir: “Mire, vengo a leer libros porque quiero hacer un doctorado”. Y bueno, me inscribí en el doctorado. Por supuesto, con el consejo de Carlos Aschero, que había firmado como director mío. Y también pasó algo similar: me aceptaron en el doctorado en

diciembre del '83. O sea que era difícil. Las tesis entraban, y salían en diciembre del '83, cuando fue la última reunión del Consejo de esa época.

Otras estrategias. Creo que por la experiencia que tuvimos en el '73 y '74, que como contó Julieta Gómez Otero hacíamos trabajo en grupo, no solo se hacían trabajos en grupo dentro de las materias sino que también se hacían este tipo de trabajos en grupo como el del Museo, del que yo no participé porque estaba enferma ese año. Me acuerdo que dije: “No puede ser que yo me pierda esto”, y que llegué con un poncho (que también era una de las cosas que teníamos que usar en esa época) y pedí para pintar algo. Y me dijeron: “Acá tenés una vitrina”. Y durante muchos años, cuando no podía entrar al Museo, veía la vitrina que yo había pintado, como diciendo: “Ustedes no me dejan entrar acá pero esta vitrina la pinté yo”. Era una actitud un poco chiquilina, pero era como decir: “Bueno, yo tuve algo que ver con esto que ustedes se apropiaron ahora”.

Por fuera de la Facultad nos reunimos un grupo que estaba terminando la carrera en ese momento, en el que estaban Jorge Palma, Lidia García, Inés Aberastury (que no terminó la carrera, que dejó), Jorge Romano y Luis Carletti, Margarita Ozcoide, que era antropóloga social, y Mario Sánchez, empezamos a juntarnos y a decir: “Vamos a leer Arqueología”. Pero no la que nos habían enseñado –que, la verdad, era una arqueología olvidable– sino que queríamos empezar a leer cosas nuevas. Y nos empezamos a juntar en el desván de la casa de mi madre, en Florida. Primero fuimos a la casa de Lidia García, que vivía sola, pero claro, eran épocas bastante duras para reunirse. Estaba prohibido hacer reuniones: más de tres personas ya podían ser interceptadas. Y Lidia, viviendo sola en un departamento, tenía un poco de miedo de que alguien la denunciara como que recibía gente una vez por semana. Nos juntábamos a leer bi-

bliografía, pero bueno, de pronto podíamos ser gente extraña o rara o vaya a saber qué cosas estábamos haciendo. Y mi madre, con su inocencia, dijo: “¡Pero por supuesto! Vengan al desván”. Así que nos reuníamos en el desván de la casa de mi madre. Y ahí leíamos a Binford, por ejemplo. Leímos libros en los que decía que la Arqueología era una ciencia. Y que si era una ciencia había que cumplir determinadas cosas. Y esa memoria que nos pedían que tuviéramos como arqueólogos para memorizar industrias y tipos de raederas y cosas así, en realidad era una herramienta porque nosotros no habíamos llegado a entender qué era la Arqueología en la cursada. Y un poco lo fuimos aprendiendo en esas reuniones. Dijimos una vez: “Vamos a darle forma a estas reuniones para que la gente se pueda asociar, para que gente que está como nosotros se junte”. Y hasta tuvimos papel con membrete (que era color cerámica porque éramos unos exquisitos). Lo había logrado imprimir Lidia García en una oficina donde ella trabajaba como secretaria bilingüe, entonces le habían hecho el favor de imprimirle las hojas. Primero se iba a llamar CAEA porque era un Centro Argentino de Estudios Antropológicos, y cuando nos dimos cuenta de que había otros que habían fundado un CAEA, dijimos: “¡Nunca!”. Entonces le pusimos una “d” y se llamó CADEA. No sé si alguien todavía guarda algunos de esos papeles. Quizás Lidia, que es muy ordenada.

Y me acuerdo que empezamos todos a ver qué contactos teníamos para ofrecer cursos, para explicar a la gente qué era la Antropología, qué era la Arqueología. No me acuerdo cuánto tiempo duramos, pero no fue mucho. Unos se fueron a Brasil, otros se fueron a México. Estuvo Carmen Fernández Lanot un tiempo, pero se fue a México y después se quedó en Brasil. La cosa es que, por supuesto, no nos iban a sacar del medio tan fácilmente. Y no me acuerdo en qué año era exactamente que Carlos Aschero había ido con un

grupo muy grande de gente a Lago Posadas, que es lo que comentaba Mónica. En el '77. Enero del '77 o febrero. Yo estoy como la gente de campo, que dice: "Sí, me acuerdo porque mi hija era chiquita". Yo tenía una beba y por eso no fui. Claro, empezó el trabajo de laboratorio cuando todos egresaron. Yo me sumé en un departamento que tenía vacante una de nosotras, Lidia Nacuzzi. Era un departamento grande donde tratamos de armar unas mesas y empezar a trabajar material lítico. Y Carlos Aschero venía y nos enseñaba, porque él estaba redactando en ese momento su famoso informe, que ahora es bibliografía. Y discutía un poco con nosotros sobre cómo denominar las cosas, cómo llamarlas. Había discusiones interesantes. Había gente muy comprometida con el material lítico y otros que decían: "Son piedras nada más, eso a mí no me interesa". Pero bueno, eso nos juntaba. Ahí también fundamos otra asociación. Fundamos la CIA (*risas*). El CIA, perdón, el CIA, en masculino. En el CIA estábamos –voy a leer algunos de los nombres que recuerdo– María Teresa Boschín, Ana María Llamazares, Isabel González, María Onetto, Cristina Vulcano, María Victoria Fontanella (que dejó la arqueología), Julieta Gómez Otero, Carlos Aschero (que era el que venía y nos enseñaba, pero no tenía que decir que estaba en ese grupo porque si no, estaba muy mal visto), Cristina Bellelli, Alfredo Fisher, Lidia Nacuzzi y Marta Rodríguez. Seguramente había más gente porque, bueno, entrábamos y salíamos. También tuvimos que blanquear este grupo con el portero de la casa porque nos veía entrar con cajones (unos cajones pesadísimos) que subíamos por el ascensor e incluso un día entramos con unas tablas para hacer las mesas. Y como no teníamos plata para comprar los caballetes, el esposo de Boschín, que hacía hormigón, nos dio unos tramos de caños de cemento y, en vez de poner una base normal, pusimos dos tremendos caños de cemento y la tabla encima. Y ahí, bueno, trabajába-

mos. El piso de ese pobre departamento quedó imposible. Pero bueno, trabajábamos ahí. La cosa es que el portero no entendía nada y un día lo hicimos pasar, lo invitamos a tomar mate, le explicamos qué era lo que estábamos haciendo. No sé si entendió algo pero creo que entendió que guerrilleros no éramos, que no queríamos matar a nadie, que era, seguro, su idea en ese momento.

El CIA duró más tiempo que el CADEA porque en realidad nos unía un trabajo –que era hacer ese trabajo de laboratorio con los materiales líticos– y nos unía el hecho de aprender con Aschero cosas que no habíamos aprendido durante la cursada. El problema para nosotros era cómo seguir actualizándonos porque realmente los años pasaban y nosotros no estábamos en ninguna institución. Y eso de que lo conseguía alguien, lo leía y se lo pasaba al otro era un poco desprolijo, en realidad. Y ahí cumplió un papel importante el Colegio de Graduados en Antropología (no el de la facultad sino el de Antropología) porque dictaban en esa época muchos cursos. Y había tanta necesidad de hacer cursos y tan pocas ofertas, que todos íbamos. Eran un éxito. Así fueran de Antropología Social o de Arqueología, todos cursábamos. Y, por lo general, el Colegio de Graduados invitaba a gente que estaba fuera del circuito de la facultad. Yo recuerdo que Casamiquela en ese momento dio un curso de Paleontología para arqueólogos. Después, dos antropólogas sociales especializadas en salud –no recuerdo los nombres– dieron un curso sobre salud y fuimos todos, los arqueólogos y los antropólogos. Porque más allá de la imagen que se puede dar de esa división entre Antropología y Arqueología, yo rescato de esta época, de nuestra cursada y de nuestros primeros años de egresados, que en realidad no hacíamos diferencias: éramos todos lo mismo. Todos habíamos cursado las mismas materias, salvo unas pocas de especialización que cada cual había decidido. Pero en realidad nos sentía-

mos todos antropólogos. Los arqueólogos nos sentíamos antropólogos y muchos nos sentimos antropólogos hoy.

En ese mismo departamento invitamos una vez a gente que no conocíamos personalmente pero de quienes habíamos leído bibliografía. Fueron Rex González, Casamiquela, Krapovicas. También estaban Madrazo, Soruco. Rex González había vuelto de un viaje a la isla de Pascua y nos mostró sus fotos y nos dio una clase acerca de la isla de Pascua. Fue una reunión muy agradable. Pero fue algo escondido, digamos. Nadie podía poner estas cosas en un currículum. Ni los que venían a encontrarse con nosotros y bajarnos un poco sus conocimientos, ni nosotros que aprendíamos de ellos. Todos seguimos trabajando en otras cosas en esa época. En lo que se podía. Yo seguí siendo maestra. Después me llamaron del sanatorio Güemes para que fuera profesora de su Escuela de Enfermería. Fue algo simpático porque me llamaron y me dijeron: “Usted tiene que dar Psicología Social”. “No –le digo– yo no tengo idea de lo que es eso”. Y me dice: “¿Sabe qué pasa? El gobierno *de facto* ha sacado Antropología de la cursada de la carrera de Enfermería. Pero nosotros queremos que sigan aprendiendo Antropología porque les ha venido muy bien a las enfermeras y es una formación de la que no podemos prescindir. Entonces, con el nombre de Psicología Social, nosotros queremos que usted dé un programa de Antropología”. Y dije que sí. Y ahí estaba yo, sacando todos los libros que tenía de Antropología. Fue una experiencia muy buena de los dos lados porque yo aprendí muchísimo y hubo muy buena relación con las alumnas de Enfermería. Duró muchos años: 3 o 4 por lo menos. Pero Antropología siempre fue mala palabra, creo que porque no sabían bien de qué se trataba. O quizás, sí, intuían que era muy “peligroso” en esos momentos poner, por ejemplo, clases de Antropología para enfermeras. Pero de esa manera fuimos haciendo lo que pudimos. Otros ayu-

daban en la empresa familiar y vendían seguros. Otras hacían cobranzas en el Once. Otros seguían trabajando en los bancos. Otra consiguió un trabajo en Aerolíneas Argentinas y dejó la Antropología porque, bueno, empezó a ganar buen dinero y fue ejecutiva en Aerolíneas.

Lo que yo quiero que quede claro de esta etapa, de los que egresamos en esta etapa, es esa cosa de vacío: de haber venido de una facultad muy movilizadora, con cambios y con muchas novedades en las cursadas, en los profesores que nos estaban dando clase (mucho movimiento en el sentido estricto de la palabra porque nos movilizábamos muy seguido: había muchas veces levantamientos de clases, y en general sabíamos por qué levantábamos las clases y quiénes participábamos y quiénes no de los levantamientos de clase), había muchas discusiones entre los profesores mismos, y de pronto pasamos a una especie de soledad y de vacío total. Yo, en la guía que me hice, puse: “‘78: vacío”. Porque realmente lo que tratábamos de hacer era llenar un poco ese vacío.

Y tomando lo que dijo Ratier hace un rato, eso de que cuando la derecha toma el poder barre con todo y la izquierda es de lo más amplia, yo creo que la democracia también tuvo eso, ¿no? Como que con la vuelta de la democracia convivimos con muchos de los que hicieron que la facultad fuera un vacío para nosotros. Siguieron estando. Algunos se fueron pero otros siguieron estando, su gente sigue estando. Y fue bastante duro porque cuando empezaron los concursos en la facultad, todos nosotros, que habíamos terminado en los años ‘76, ‘78, ‘80, no teníamos un solo antecedente de esas épocas. Fueron 7 u 8 años en los que otros compañeros de cursada sí fueron sumando antecedentes; y antecedentes de mucho peso. De modo que los cargos los ocuparon ellos. Y esto fue más allá de su capacidad como arqueólogos o antropólogos, más allá de sus calidades académicas. En

aquel momento, la democracia no tuvo quizás la visión de no considerar los antecedentes de esos siete años en los que mucha gente había sido apartada de la facultad, del CONICET y de otros lugares. Y que habíamos seguido por caminos bastante tortuosos por el hecho de querer tozudamente ser arqueólogos o antropólogos, a pesar de todo. Y yo creo que eso tenemos que tenerlo en cuenta; tal vez, en esa época me hice un poco desconfiada, entonces yo sigo pensando que en cualquier momento las cosas pueden cambiar. Y yo no sé si van a tener esa misma actitud con nosotros si llegara a ocurrir algo como lo que ocurrió en el '76. Pero creo que eso es parte de lo bueno de la democracia. Y espero que los que atentan contra la democracia sepan tener en cuenta esto: que no es que nos olvidamos sino que somos amplios de criterio y que entonces aceptamos la diversidad. Nada más.

C. C.: Seguimos con Pablo Wright. Es Licenciado en Ciencias Antropológicas por la UBA, master y doctor en Antropología por Temple University. Se desempeña como investigador del CONICET y es profesor de Antropología Sistemática III en esta facultad. Ingresa a la carrera en marzo de 1975 y egresa en abril de 1981.

Pablo Wright

Buenas noches. Gracias por la invitación a esta reunión y a esta forma de recuperar un poco las cosas que pasaron en la antropología argentina. Yo recuerdo que en realidad quería ser astrónomo y fui con mi viejo en el '74 a La Plata, que era el único lugar donde había carrera de Astronomía. Y cuando me estaba por inscribir, mi papá me dijo: “¿No querés ver el programa?”. “¿Qué es el programa?”, le dije. Y me

contestó: “Bueno, es esto: todas las materias”. “Ah, bueno, bueno”, le dije. Me puse a mirar y no era lo que yo esperaba. Yo quería ver por el telescopio y ver estrellas. Y eventualmente, ser astronauta. Ese era mi primer sueño. Entonces, cuando vi todas las materias (Física, Astrofísica y todo eso) dije: “No, esto no es para mí”. Entonces, de ahí cruzamos al Museo –no sé si conocen en dónde está la carrera de Astronomía de La Plata–. Y le dije a mi papá: “Vamos a ver el programa de la carrera de Arqueología”, ya que ese era mi segundo amor porque también quería estudiar Arqueología. Entonces miré el programa de ahí y después miré el programa de acá, el del ‘74, y lo único que recuerdo es que no entendí mucho de qué se trataba y que había un montón de folklore. Leía la palabra “folklore” y pensaba en el bombo, en Cosquín y en todo eso, y no me llamaba la atención. Entonces me anoté en La Plata. Todo el ‘74 estuve en La Plata. La idea que yo tenía era ser arqueólogo, no antropólogo. En esa época lo que recuerdo es que era muy densa la cursada. Había un montón de levantamientos de clases, de tiroteos en las calles 7 y 47, que es donde estaba Rectorado. Estaba muy difícil la cursada y había un montón de actividades, nos recomendaban quedarnos en el Museo, que era donde cursábamos nosotros, y no ir al Rectorado, que era donde había más movilizaciones.

Así que, un poco, digamos, desde la mirada hacia el cielo a la mirada a lo que sería el inconsciente de la Tierra, yo quedé después en el medio cuando en el ‘75 decidí anotarme acá, en la UBA; en ese momento la facultad estaba en Independencia y Urquiza. Y durante muchos años recuerdo que no tenía la menor idea de lo que era la antropología. Teníamos definiciones de todas las tradiciones sobre Etnología y sobre Antropología Social pero no se me terminaba de armar. Yo seguía como una especie de camino paralelo tratando de leer cosas de arqueología. Pero, en realidad, la

arqueología que yo pensaba no era una arqueología científica sino ir a Egipto. No sé si alguno de ustedes alguna vez pensó esa cosa orientalista. Yo tenía el orientalismo metido hasta que cursé todas esas materias de Arqueología que tuvimos en ese plan: tuvimos siete historias –como decía Mónica–, tres arqueologías, tres folklores. O sea, era bastante diferente a la cursada de ahora. Y bueno, me acuerdo de la materia Historia de Oriente que era una cosa que había que prepararla un mes, memorizando. Y me acuerdo que con Betty Kupperman, una compañera de entonces, estuve estudiando la materia. O sea, lo que puedo rescatar de estas materias (la de Guérin y la Historia de Oriente) es que en algún sentido eran un proceso crítico histórico. O sea, se analizaba cómo se producía el discurso histórico. Sobre todo –que es lo que a mí más me pegó, me partió por la mitad–, el canon bíblico del Antiguo y del Nuevo Testamento. No es que yo fuera ni muy religioso ni nada pero lo mostró como una construcción de diferentes tradiciones a lo largo del tiempo.

Y me acuerdo que una vez estábamos en la casa de Betty Kupperman, en la calle Álvarez Jonte, y fue la primera vez que escuché lo denso que era el contexto político en relación, en este caso, con hospitales, porque el padre de Betty era médico. Decía: “¿Sabés qué? Están secuestrando... desaparecieron dos o tres colegas míos”. Y yo le decía a Betty: “Uy, está difícil la cosa. Está difícil”. Eso era el año ‘77 o por ahí.

La cursada fue un poco azarosa, como ya relataron las compañeras. Y había una especie de desconexión con el mundo. Tenía algunos amigos que estaban estudiando en Estados Unidos y en Inglaterra y me contaban de autores que acá no llegaban. Yo les pedía que me contaran. A mí me interesaba el tema de las religiones, de la tradición medieval, cristiana y ese tipo de cosas. Me interesaba también

como lo de Egipto. Entonces ellos me contaban que había autores como Víctor Turner, Clifford Geertz y otros que se dedicaban a estudiar los rituales, la historia como sistema cultural, etcétera. Y acá no se veía para nada eso. Mi primer encuentro con esa tradición –o con esos autores más que con esa tradición– fue con la materia del Dr. Cordeu que era la última, por lo menos la última que yo cursé, que en ese momento se llamaba Etnología. Y vimos algo de Mary Douglas, Víctor Turner, Clifford Geertz. Y ahí fue como me terminé de enganchar un poco con la Antropología. Porque en realidad yo hubiera seguido, quizás, literatura, porque me interesaba mucho la literatura latinoamericana, la literatura de ficción. Y fue como una especie de formación paralela que tuve con amigos del barrio y con algunos de la facultad. Leíamos, por ejemplo, a Juan Rulfo (*Pedro Páramo* y ese tipo de obras), algunas obras de Ray Bradbury como *Fahrenheit 451*, la obra de James Ballard, de Philip K. Dick. Digamos, obras que a su modo, como formas culturales, eran una crítica a la tecnología, a la sociedad moderna y al control ideológico de muchas de sus formas.

Así que la sensación que yo tenía en esa época era esa: que había una peligrosidad tremenda en dedicarse a ciertas investigaciones o estar reunidos en las casas o en las calles y discutir sobre política o sobre teoría marxista o lo que fuera. Y lo otro: la desconexión total con el resto del mundo. Eso era terrible. Y pensé muchas veces, más o menos por tercer año, en dejar la facultad e irme a Inglaterra a estudiar (porque tengo unos parientes en York y también en el sur de Irlanda). Entonces, siempre tenía como la “ventanita” de la canción como para ver la salida.

Las clases del profesor Cordeu y de la profesora Siffredi me interesaban por esta idea de poder llegar a trabajar religiones diferentes al catolicismo, que era la dominante en la Argentina. Y a partir de ahí me introduje un poco más

por ese lado, a diferencia de mis compañeros. Y también, con toda esa tradición bormidiana que era muy densa, realmente muy densa. A mí no me interesaba para nada toda esa filosofía sobre la mentalidad primitiva y eso. A mí me interesaba mucho más pensar la modernidad y las diferentes etapas que habían constituido estos movimientos socio-religiosos que veíamos en este curso, que eran justamente los mesianismos guaycurúes. Que había trabajado Alicia Barabas en una época, también Leopoldo Bartolomé por 1971 o 1973, y habían trabajado Cordeu y Siffredi en *De la algarroba al algodón* y también Ellmer Miller, que después fue quien me dirigió la tesis doctoral en Estados Unidos. Ese fue mi anclaje en este tipo de temas.

Pero siempre tuve como dos traumas que me cortaron cualquier tipo de discusión o de afiliación a algún grupo político, que fueron: en La Plata en 1974, el asesinato de Jorge Bogliano, que fue un compañero mío, y de otro pibe que no me acuerdo el nombre, que se llamaba Rocamora. Y eso hizo un poco que me fuera de La Plata. Y lo otro fue en 1975, ya en la UBA, con un compañero que jugábamos al fútbol juntos, que no me acuerdo el nombre en este momento. Íbamos a rendir un parcial, y ese pibe se había olvidado un papelito que nos pedía la policía de la entrada (porque había policías a los que uno tenía que mostrarle eso; y a veces, en algún momento, te anotaban también la entrada y la salida). Entonces yo llegué, entré y presenté el papelito. Y estaba ahí, en la escalinata de Independencia, y lo veo al pibe este que está entrando y le digo: “Dale, vení que es tarde”. Y entonces me dice: “Me olvidé el papelito”. Yo salgo y le digo: “Che, ¿por qué no entras?”. “No, me olvidé el papelito”. Bueno, entonces, no sé cómo fue pero la cosa es que yo le di mi papelito y él intentó entrar, pero la policía se dio cuenta de esta transacción y entonces nos llevaron a una piccita a la izquierda. A la entrada de Independencia había como una

piecita a la izquierda, que era donde estaban los policías. Y ahí nos preguntaron: “Bueno, ¿y ustedes qué hicieron”. “No, bueno, era el parcial y la cuestión esta”. Y estaban por llamar a la comisaría para que nos buscaran y entonces el pibe le dijo: “Mi papá es ex comisario. Ustedes pueden comprobarlo si llaman”. Entonces llamaron, él vivía en Lanús y comprobaron que era, y entonces ahí nos dejaron ir. Y bueno, la adrenalina y el ritmo cardíaco fue tremendo y el parcial fue un desastre total. A partir de ahí, como contaban las compañeras, empecé a ver a todos los hombres de pelo corto que no tenían que ver con el poncho y la llica que en esa época era como ahora un poco la moda como estábamos vestidos . Y bueno, todo eso realmente me quemó el cerebro. Literalmente.

Así que, bueno, para terminar quería hacer un par de homenajes: a Jorge Bogliano, que realmente escuché que había muerto (que lo habían matado) en el '86, en el Segundo Congreso de Antropología Social que se hizo acá, que también fue como una especie de ritual catártico donde cada persona, cuando terminó el congreso, decía la gente que había conocido y de la que no se supo más nada. Y escuché de Rocamora (que yo ya sabía) y de Bogliano, que había sido bastante compañero mío y entonces fue tremendo. Y lo otro es justamente al jugador de “Epiparalítico 04”, que era Horacio Belçagui. Yo era miembro de ese equipo y fue realmente un equipo de pataduras junior, que ganamos un campeonato con un gol contra un equipo de Letras, liderado por un historiador que se llama Alejandro Cataruzza. Y bueno, eso fue como una isla utópica. Para mí, por lo menos. Yo estaba totalmente quemado. Y bueno, mi homenaje a Horacio es que realmente –no sé si se acuerdan– era la persona más inteligente y sensible que conocí en toda la carrera. Bueno, junto con Hernán Vidal, quizás. Él terminó la carrera rápido y siguió un doctorado en Francia pero después se enfer-

mó y falleció. Y fue tremendo, fue una pérdida tremenda, al menos para mí, y también para lo que podría haber aportado a la Antropología.

Y después, con la llegada de la democracia, hubo esta posibilidad de poder revisar la formación e introducir teorías y métodos, y de liberar este estado de ocupación en el que vivíamos con las listas y todo ese tipo de cuestiones. Yo creo que es importante pensar el derrotero y la historia de la Antropología en Buenos Aires pero también en los demás lugares: en Rosario, después en Misiones. O en Salta, Tucumán, Jujuy, Córdoba y Mendoza. Y también comparar un poco con otros lugares, sobre todo con México. Miguel Bartolomé y Alicia Barabas se fueron allá y realmente hacen una Antropología muy interesante para nosotros. Aunque lo cierto es que allá la relación del Estado con el aparato de producción cultural es diferente: tienen muchísimo más dinero. Pero me parece que un montón de temáticas que en la historia de la Antropología, en la vieja antropología de los '60 y en la época de las cátedras nacionales hicieron ebullición, en México tuvieron desarrollos teóricos que en ese momento fueron paralelos y después acá se cortó pero allá siguieron. Por ejemplo, Bonfil Batalla, Eduardo Menéndez y otros autores que no se desconectaron. Yo creo que la posibilidad del retorno democrático permitió esta reinserción parcial de la antropología. Y la necesidad justamente de que sea una práctica de formación de conocimiento por un lado, pero también de contribución para mejorar la calidad de vida y transformar las estructuras del sistema. Bueno, eso es todo.

C. C.: Continúa Gabriela Karasik. Ella ingresa a la facultad en 1976 y se recibe en 1984. Vive en Tilcara, en la provincia de Jujuy, desde 1986. Es investigadora adjunta del CONICET y docente de la carrera de Antropología de la Universidad Nacional de Jujuy. Es Licenciada en Ciencias

Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires y Doctora en el área de Historia de la Universidad Nacional de Tucumán.

Gabriela Karasik

Hola y gracias por todo esto que nos permite juntarnos y hacer el esfuerzo por recordar. Y por supuesto que esto me ha hecho pensar mucho en las fuentes de la memoria, porque lo que yo tuve que hacer fue juntar los fragmentos de memoria de ese período entre el '76 y el '82 cuando estuve en la facultad, porque ahí terminé de cursar y después hice la tesis. Buscando esos recuerdos se armó como una cadena de mails con compañeros y compañeras de una agrupación que teníamos en esos años (algunos están acá) que se llamaba "Carta abierta" y también tuve reuniones con otros compañeros. Así de algún modo armé un poquito mi memoria.

Creo que dos de las experiencias más fuertes que nos tocó atravesar a los que cursamos en la dictadura fueron el examen de ingreso y la amenaza del cierre de la carrera. Tanto en mi caso como en el de otros compañeros, algunos veníamos de la militancia en la secundaria, otros de la militancia territorial. Y de repente ese año, cuando quisimos entrar a la facultad, nos enteramos de que iba a haber examen de ingreso, con unos temas que no tenían nada que ver. Ese ingreso y también la amenaza del cierre de la carrera fue algo que nos marcó mucho a los estudiantes de Antropología de esos años. Sobre todo el cierre fue uno de los ejes fuertes de la organización en la Facultad, antes de que se constituyera el Centro de Estudiantes, que también nos llevó un par de años.

No voy a abundar en el sentimiento generalizado que teníamos todos y que provocaba la dinámica en la Facultad

de Filosofía y Letras, que era el terror. Cuando yo ingresé a la carrera pasaba lo que ya se comentó antes: teníamos que presentar libreta universitaria, nos revisaban el bolso, nos palpaban. En especial, en el Museo Etnográfico; y también en algunas clases, como por ejemplo las de Bórmida. Hace un rato recordábamos con un compañero que en las clases de Antropología de Bórmida siempre había un famoso no docente parado en la puerta cuyo nombre ahora no recuerdo. A partir del '78, Pérez Diez, que estaba a cargo de la cátedra de Bórmida, empezó a pedir informes, como una ficha personal que uno tenía que presentar con una foto, aunque esto a mí no me tocó.

En términos de práctica política, durante los dos primeros años era todo muy fragmentado y creo que nos remitíamos a los espacios más íntimos del compañero de estudio. Nos íbamos oliendo y encontrando entre nosotros a ver con quiénes se podía hablar. Tengo bastante borrado cómo fue el año '76 en la Facultad. Lo que recuerdo es que recién en el '77 y sobre todo en el '78, como estudiantes, empezamos a salir un poco a algún tipo de práctica política. Aunque era una práctica bastante clandestina. Como la clase trabajadora en esos momentos, lo máximo que hacíamos eran actos sorpresivos que para nosotros eran muy importantes pero no sé cuánto impacto tenían, como poner un grabador sonando con la marcha peronista en el ascensor, organizar una volanteada. Buscando los papeles para la memoria, encontré el diseño de un operativo en Marcelo T. de Alvear que es muy conmovedor. En esa época era básicamente la sorpresa lo que nos permitía repartir cincuenta volantes en cada aula. Y nuestra "seguridad" era que uno de nuestros compañeros debía estar en la puerta con una llave inglesa bien grande. Cosas como estas eran las que podíamos hacer en un año como el '78.

Por otro lado, ese año pasaron por supuesto una serie de cosas a nivel del país que a nosotros nos dieron fuerzas. Por ejemplo en el '78 vino la comisión de la OEA; también fue el mundial. Y en el '79 hubo conflictos muy grandes, por ejemplo con la Universidad de Luján, que no recuerdo si la cerraron o hubo una amenaza de cierre.

Claudia Guebel: La cerraron.

G. K.: Ah, la llegaron a cerrar. Otros compañeros que lo recuerden seguro van a profundizar en esto. Para nosotros fue impactante porque había habido asambleas de doscientos estudiantes en el '79 con marchas a Plaza de Mayo. Ese tipo de acciones a nosotros nos empezó a ayudar a sacar el miedo o, en todo caso, a dejar de lado el miedo.

Y desde Antropología tuvimos como dos grandes líneas de acción. Bueno, en realidad era muy interdisciplinario – como contaba Ivi– porque como teníamos tantas materias de Historia, hacíamos cosas de antropólogos mezclados siempre con la gente de Historia, que eran nuestros compañeros. Por un lado, las reuniones con todos los compañeros –de Antropología y de otras carreras– en función de lo que luego fue la Comisión Reorganizadora del Centro de Estudiantes, la CReCEfyL. Por otro, la Comisión de Antropología, que fue la que encaró más fuertemente la lucha contra el cierre de la carrera que, en esos años, como bien mostró Mónica (fue muy impactante esa documentación, yo no me acordaba) era contra Sociología, Psicología y Antropología. Y nosotros, los de Buenos Aires, veníamos zafando un poquito más porque ya habían cerrado la carrera en Salta, en Rosario, en Mar del Plata, y parecía que nosotros íbamos a ser los últimos. Entonces, para los de la carrera de Antropología de la UBA fue medio simultáneo el tema de la lucha

contra el cierre y la organización del Centro de Estudiantes, es decir, empezar a sentar alguna base organizativa.

En esos años era bastante complicado, como todos recordaremos, conseguir lugares donde juntarse. Era difícil que nos alquilaran o que nos prestaran lugares. Y estos días pudimos recuperar en esta memoria colectiva del grupo de compañeros algunos lugares que, generosamente, de algún modo, se expusieron. Por ejemplo, la “Casa del boxeador”, que nos permitía reunirnos. Ese es uno que ganó por mayoría en nuestros mails del recuerdo. Estaba en Bartolomé Mitre al 2000. Después, otro lugar que hoy me acordaba era el Centro Gallego, en la calle México. Eran lugares así, de esa naturaleza: el sótano de una heladería...

Alejandro Balazote: ... la iglesia de Flores.

G. K.: ¡La iglesia de Flores! Bueno, la memoria es esto, ¿no?, una construcción de todos. Y en ese camino, los de Antropología empezamos a buscar algunos espacios de formación. La gente de Arqueología ya contó muy claramente cómo fue esa experiencia para ellos. Para los que nos interesaba la Antropología Social era tan triste nuestro panorama que siempre he pensado que si alguien se diera cuenta en qué años estuve cursando capaz que me retiran el título porque las materias que tuve eran terribles. Pero bueno, yo después estudié (*risas*). En estos días justo encontré un volante contra la profesora Daisy Rípodas que era la de América I.

A. B.: Opus Dei.

G. K.: Opus Dei, sí. Y por ejemplo nosotros (o la Comisión de Historia, porque se iba formando por carreras) le hacíamos denuncias porque era abiertamente racista. Me

acuerdo que decía en clase cosas como que los negros en América eran bullangueros e irresponsables. Cosas de ese tipo. Por supuesto que de la población indígena no se hablaba en América I. Como anécdota me acuerdo que cuando preparamos el final de la materia de Guérin –en el cual, debo decirlo, fui reprobada– nos pasaron un dato por si la profesora que tomaba el examen, Mafalda, nos preguntaba por Lincoln, y era que había que contestarle que era “elegante y buen bailarín”.

Todos tratamos de formarnos como podíamos. En ese momento, una persona que nos ayudó muchísimo fue Blas Alberti, que nos permitió convocarnos atrás de estudiar a Lévi-Strauss, por ejemplo, la Antropología estructuralista y también el marxismo. Y fue básicamente un espacio en el que su sola existencia mostraba lo que estaba pasando en la facultad. No era solo la represión en sí –que por supuesto, era lo peor– y lo que estaba pasando en la facultad y todas partes sino que la construcción de estos espacios nos ayudaba a encontrar esa motivación que había hecho que estudiáramos Antropología. Cuando entramos, un poco todos tenemos, aunque no sepamos lo que es la carrera, una mezcla de exotismo con ganas de ayudar al mundo, esa combinación. Y el espacio ayudó a que Blas Alberti estuviera ahí presente. Nos juntábamos también en lugares muy misteriosos que no recuerdo ahora. Pero eso nos permitió diseñar, cuando todavía no existía, el Centro de Estudiantes. En ese momento hicimos un ateneo, una estrategia que hoy en día parece bastante frágil pero que en ese momento sirvió. Y empezamos a reunirnos en Villa Ballester, que era uno de los lugares que pudimos conseguir porque yo soy de allá y mi papá nos consiguió el lugar en el círculo universitario.

A. B.: Además, en tu casa hicimos reuniones.

G. K.: En mi casa también. Veo que ustedes se acuerdan mejor. Claro, oscilábamos entre las casas y luego conseguimos ese lugar en el que confluimos muchos compañeros hasta que logramos hacer el acta de la CRECEfYL. Fue un logro muy grande para nosotros. Ahí estábamos los de Antropología con los de otras carreras, pero cuando en el año '80 empezó a sonar más fuerte la amenaza del cierre, los de Antropología teníamos una base de organización un poco más firme. Y ahí se armaron comisiones por carreras. Para nosotros el tema de la lucha contra el cierre fue muy importante. En lo que a mí respecta, yo estaba participando en el marco de una organización, que también era de todas las carreras de Filo, que se llamaba "Carta Abierta", que fue una de las bases de la CEP y después de la JUP. La lucha contra el cierre nos permitió mover bastante, organizarnos en torno a eso. Mucha gente nos dio su adhesión. Magdalena me ayudó a recordar que hicimos un recital muy importante, que creemos fue en el '81 –creemos, pero quizás fue en el '80, porque durante todo el '80 y el '81, este era el tema que nos empujaba. Alquilamos un local en el Auditorio Kraft, en la zona de Retiro. Y como, por supuesto, no podíamos decir para qué lo hacíamos, amigos del Centro Colla nos prestaron su nombre y dijeron que iban a hacer un acto cultural. Y luego vinimos todos nosotros e hicimos un recital realmente histórico para los que cursábamos en esos años.

Ahora voy a presentar unos datos sobre los cupos de la carrera que saqué de un boletín de esos tiempos. En el año '76, cuando a nuestra cohorte le tocó hacer el ingreso, entramos hasta trescientos. Luego, ese cupo fue bajando sistemáticamente. Y en el '77 se permitió el ingreso de cien a Antropología. En el '78, setenta. En el '79, treinta. En el '80, treinta. Y en el momento en que nos avisaron que en el '81 el cupo sería cero, tomó una fuerza muy grande la organiza-

ción de todos. Hubo solidaridad de muchas personas. Y encontré unas notitas por ahí, en *Clarín*, de Madrazo, de Blas Alberti. Digo, gente que en última instancia estaba poniendo en un lugar bastante público todo eso. Luego se organizó el Centro de Estudiantes: ya empezó a tener una marcha un poco más propia. En noviembre del '80 se constituyó la CReCEfYL, y crecientemente se fue armando una cosa más organizada hasta llegar a hacer el centro de estudiantes.

Ahora voy a hacer un salto en la historia, porque en el '82 me fui de la facultad cuando terminé de cursar y tuve que hacer la tesis. Esto le toca a la mesa siguiente pero igual yo lo quiero recordar porque por suerte me recibí ya en democracia, en 1984. Cuando me recibí, al poco tiempo empecé a trabajar en una cátedra que para mí fue muy importante y muy fundacional, la de María Rosa Neufeld, era Sistemática I. Fue una experiencia muy fuerte para todos nosotros porque estaban María Rosa, Mabi Grimberg, Santiago Wallace, Ivi Radovich, Liliana Raggio. Fue un espacio de transición democrática que para mí fue fundamental. Muchas cosas las había vivido en carne propia y otras las conocía porque los compañeros me contaban de otras luchas de otras etapas. Y también fue una experiencia muy importante en términos de la Antropología y de encontrarse con lo que uno de verdad había soñado. Lo que uno sueña cuando entra a la carrera y en todo lo que sigue (porque en el fondo nunca se va), las razones por las que creés que tenés que ser antropólogo o antropóloga.

Y antes de irme, algo muy importante: un documento donde aparece Hugo Ratier, para variar. Discúlpenme que acá me desorganicé, hasta el '81 venía un poquito mejor. Pero lo quería mencionar porque también tiene que ver con la organización de la gremial de la facultad, la ADFyL. Y acá he traído un documento que escribió Hugo Ratier, maravi-

lloso, que se llama “¿Qué pasa con los docentes de Filosofía y Letras?”, que debe ser del año ‘84 u ‘85. En el ‘85 se formó esta comisión transitoria para organizar el gremio y Hugo se mandó un documento muy impresionante que vamos a dejar para los memoriosos (*risas*).

Bueno, para cerrar quería contar una cosa muy menor, o quizás no tan menor. Los que vivieron en los años de dictadura quizás recuerden una propaganda de la dictadura del año ‘79 u ‘80 donde aparecía un supuesto estudiante con rulos, barba, una cara de marxista que mataba y los tres tomos de *El capital*. Y se encontraba con un muchachito con traje y corbata, uno que venía a estudiar “como se debe”, le entregaba los tres tomos de *El capital* y le decía: “Leelos, mañana los comentamos”. Y el corolario de esa propaganda que daban por la televisión era una frase: “¿Usted sabe lo que está haciendo su hijo?” y “Usted a la facultad, ¿va a estudiar o va a hacer política?” o algo así. Entonces, en uno de nuestros documentos, por ejemplo en este que se llama “Antropología, una especie en extinción” se comentaba esa propaganda que hacía la dictadura. Y después de comentarlo nosotros, como estudiantes de Antropología, de decir que queríamos que no se cerrara y que no se perdiera la autonomía (que no fuera un posgrado de algo) decíamos: “Sí, bueno, nosotros queremos hacer Antropología. Por eso tenemos que hacer política”.

C. C.: Vamos a seguir con Claudia Guebel. Es Licenciada en Ciencias Antropológicas de la Universidad de Buenos Aires, Magister en Antropología Social en Brasil y profesora de Teoría Sociológica del Departamento de Ciencias Antropológicas de esta facultad. Fue alumna de la carrera durante este período: ella ingresa en 1978 y termina de cursar en 1983.

Claudia Guebel

Antes de comenzar, quisiera agradecer que se estén realizando estas Jornadas; tanto por nuestra disciplina en sí, como por la modalidad en que se organizaron. Me parece que permiten visualizar el proceso histórico que la ha atravesado, dimensionar el proceso actual y a la vez dar cuenta de la presencia que ha tenido en ella la política del país. Y en este sentido, quisiera destacar como un hecho positivo el que hayan dado un lugar a la reflexión sobre el momento en que se dictaba Antropología durante la dictadura militar, en la ciudad de Buenos Aires.

Creo que poder hablar de la carrera durante la dictadura tiene sentido por el pasado, porque ha sido una etapa de la Antropología, y, que se le dé un espacio a la reflexión hace también que se pueda pensar a la dictadura en su totalidad; teniendo en cuenta a los exiliados y muertos que ha generado y la destrucción y desarticulación que ha provocado. Y también recordando que en esa época hubo una carrera que se dictaba, con profesores a cargo, con un plan de estudio y con centros de investigación apoyados por el Estado; a la vez que, hubo profesores expulsados, temas excluidos, y profesores y alumnos desaparecidos. Y también que –ingenuamente, o tal vez porque no podíamos hacer otra cosa– hubo jóvenes en su momento que, como yo, cursamos esa carrera y hoy estamos acá y podemos decir algo al respecto.

Ténganme un poco de paciencia. Escribí algunas cosas para tratar de salir de la bronca que me provocaba pensar en la época de la dictadura.

Voy a leer un párrafo escrito por una ex detenida-desaparecida de la ESMA, Pilar Calveiro, que estudia el tema de la memoria, citado por Cristina Aldini, que dice así:

La memoria es un acto, es un ejercicio, mucho más que una reflexión teórico-académica. Y porque es un acto, hay muchas formas de hacer memoria. Según qué entendemos por memoria y cómo la realicemos serán los usos políticos que se le den. La memoria arranca de lo vivido, de la experiencia. Y al arrancar de la experiencia, toma como punto de partida la marca que esa experiencia vivida graba sobre un cuerpo individual o sobre un cuerpo social. Pasar de la marca a algo que va más allá, asignarle sentidos, es hacer de la experiencia, que es única e irrepetible –o intransferible– algo que sí se puede transmitir y que se puede comunicar. La memoria arma el recuerdo no como un rompecabezas sino como un caleidoscopio pues con las mismas piezas es posible construir distintas figuras.

Y en esta diversidad de la figuras es que reside la riqueza de la memoria, lo que lleva a que no pueda haber dueños ni pueda haber relatos únicos. El ejercicio de la memoria opera rompiendo, deshaciendo y rearmando. Porque en realidad no arranca del pasado sino más bien arranca del presente, de las necesidades del presente. Son los peligros del presente los que convocan a la memoria, los que nos llevan a hacer este ejercicio en la memoria. Y nos llevan, entonces, a traer el pasado, a traerlo como relámpago, que ilumina fugazmente, en un instante, los peligros de la actualidad. Es desde el presente que nosotros vamos al pasado. Vamos a mirar el pasado. Pero al mismo tiempo, este ir desde el presente a mirar el pasado tiene un sentido, que es el de abrir el futuro.²

2 Pilar Calveiro citada por Cristina Aldini en "Ejercicios de la Memoria en la R.M.N". mimeo 2008. Cristina Aldini es miembro de la Comisión por la Memoria, la Verdad y la Justicia de la Zona Norte, provincia de Buenos Aires.

Entonces, poder pensar en esta etapa, arroja luz sobre el presente, y principalmente nos advierte sobre el futuro.

Poder reflexionar no solo tiene un sentido personal sino que fundamentalmente tiene un sentido social. Como diría Le Goff "... apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas".³

Es por eso que, al pensar en esta etapa, al abrir el problema, podemos examinar el peso que ha tenido la dictadura como política disciplinadora y reorganizadora de la vida de la gente; y podemos pensar a la Facultad, como institución que estaba sometida y era ejecutora de los dictámenes políticos de esa dictadura.

En este sentido, quiero agradecer que me hayan convocado y tener la oportunidad de poder hablar de mis vivencias. Pero no solo con un fin testimonial o narcisista sino –y principalmente– con la intención de realizar algún aporte a la reflexión sobre esta etapa y sobre la institución. Desde lo personal, a raíz de que me invitaron, vengo, desde hace varias semanas, pensando y elaborando vivencias del pasado, tratando de pasar de la sensación de cristalización de la memoria, donde los recuerdos vuelven como si fuera el presente (recuerdos cargados de afectividad, de bronca fundamentalmente), para poder decir algo al respecto que no solo sea una mera catarsis sino que en esta memoria que se revive, se anexe algún sentido, alguna reflexión. No sé si podré. Al menos, lo intentaré.

Voy a organizar el relato teniendo en cuenta algunas cuestiones que fueron significativas para mí, pero tratando de que se vinculen con lo social, porque son cuestiones que involucraban hechos sociales más generales.

3 Le Goff, J. en *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*. Buenos Aires, Paidós, 1991: 134.

El primer punto sobre el que voy a hablar es sobre la carrera y sobre mi ingreso a ella. Empecé a cursar Antropología en la Facultad de Filosofía y Letras en el edificio de Independencia, en el año 1978, al terminar el secundario.

No tenía una idea muy clara de lo que era la antropología. Me parecía que entre las disciplinas que más me interesaban (filosofía, sociología y antropología), esta última era la más “humanística” y tenía contacto con la realidad, con la gente.

Yo vengo de una familia de izquierda y entré a una carrera en la época del Proceso Militar, donde lo que yo veía no tenía nada que ver con lo que me imaginaba. Tenía una idea vaga de lo que podía ser la Antropología Social, y con lo que me encontré, nada que ver. Era plena época de la dictadura.

A la vez, venía de un secundario, donde la dictadura había dejado una impronta muy fuerte, con tanquetas militares en la puerta del colegio, compañeros y amigos desaparecidos, y algún vicerrector o celador, que pedía a los alumnos que denunciaran a los compañeros. Y con el silencio y el miedo que inundaban la vida diaria.

Una compañera del secundario tenía un hermano que estudiaba Antropología en La Plata y nos vino a dar una charla de orientación vocacional en la escuela, en quinto año, sobre Antropología. Y lo que nos sugirió, en ese momento, era que nos conectáramos con un profesor al entrar en la Facultad. Cuando llegué a la Facultad, no tenía idea de que podía haber profesores “jodidos”. De alguna manera, “confiaba” en la palabra del profesor como el que sabía, con el que podía aprender.

Estaba esta disociación entre la vida, lo que sucedía en la Argentina, lo subterráneo (de lo que se hablaba en secreto y solo con algunos) y el estudio; al menos creo que era eso lo que sucedía, o me sucedía.

¡Y llegar a la Facultad... y que nos pidieran el documento para entrar, que estuviera la policía en la puerta; y los profesores... y el tipo de estudio..., fue caer en la realidad!

No teníamos contacto con la gente de años anteriores, con lo cual había una discontinuidad con esos años (estoy hablando de este inicio) hasta la participación en el Centro de Estudiantes. Hubo una ruptura con la historia anterior al '78.

El segundo punto al que voy a referirme es el de los profesores. Yo, como alumna "aplicada" en ese, mi primer año en la carrera, hice tal cual me habían sugerido, y tuve una entrevista con un profesor que era el de Introducción a la Antropología: Pérez Diez.⁴ A partir de allí, durante dos años concurrí algunas veces por semana al Museo Etnográfico a hacer fichas de la bibliografía existente en el Museo, sobre los matacos. En esa época no había computadora y solo estaba en sus comienzos la fotocopidora, así que eran horas y horas de escribir a mano.

Me acuerdo de haberle preguntado a Pérez Diez, si no se preocupaban porque los indios en el Chaco se morían de hambre. Entonces me dice: "No. Nosotros investigamos los mitos". "Ah, bueno", le dije. Y me callé...

Después de dos años de fichar –gratis– para ese profesor, me entero de que a varios compañeros los invitaban a hacer trabajo de campo al Perú, pero yo no había sido convocada. Y el trabajo de campo lo hacía la gente del CAEA⁵ donde estaba Pérez Diez. En ese momento, el CAEA realizaba un reclutamiento de alumnos, y una de las maneras de hacerlo era invitarlos a hacer trabajo de campo en Perú, en el Ama-

4 Pérez Diez era discípulo de Bórmida. En esa época no sabíamos ni quién era Bórmida.

5 El Centro Argentino de Etnología Americana, que tenía en ese momento, y creo que aún hoy, financiamiento del CONICET.

zonas peruano durante un mes, con todo pago. Imaginen qué tentador era eso para un alumno. Pero nadie sabía qué y cómo eran los del CAEA, porque ellos la “jugaban” de buenos profesores. Por supuesto que yo tampoco sabía.

Entonces le pregunté a uno de mis compañeros: “Che, ¿por qué a vos sí te invitan y a mí no?”. “¡Pero Claudia! ¿Vos sos boluda? A vos no te van a invitar porque sos judía”. Yo digo: “¡¿Cómo?!”. “Y... sí”, me dice. Entonces fui al CAEA – que quedaba en avenida de Mayo– y tuve una entrevista con el que comandaba el centro, que era Mario Califano. Cuando entré a su oficina, vi que detrás de su escritorio tenía un cuadro de Mussolini. Me quedé azorada. De todos modos, como estaba con tanta bronca por la exclusión y la injusticia, hablé con él. Y me dijo: “No, por supuesto, usted no va a ir”. Y le dije: “¿Por qué?”. “Porque no”, me dijo. Y desde ese día dejé de trabajar con ellos.

Sobre esto quisiera agregar un comentario, vinculado al presente. Muchos años después, yo diría que por el año ‘96, fui al Museo Etnográfico para recopilar información para una película que se iba a filmar, y para la cual me habían pedido un asesoramiento. Estaba buscando bibliografía sobre los mapuches, y me encontré con un profesor, que era Tomasini, que empezó a ver lo que estaba buscando y me dijo: “yo tengo bibliografía de esto y esto”. Entonces le contesté: “Mire, le agradezco, yo ya conozco la bibliografía. Ya la leí”. Me señalaba la bibliografía y me insistía: “Pero yo tengo esta bibliografía”. Y yo nuevamente le decía: “Gracias, le agradezco”. Era la misma bibliografía que yo había leído en las materias de Antropología en la época del Proceso. Salí del Museo y él seguía insistiendo. Y por primera vez me salió algo que tenía guardado durante veinte años. Y le dije: “Mire, yo sé quién es usted. No me insista. Ya sé de dónde viene: usted era del grupo de Califano y Califano tenía un

retrato de Mussolini”. “¡No! Yo no pertenezco a ese grupo”, me dijo él. Y yo le dije: “Escúcheme: yo sé quiénes son, yo sé que ha estado con ellos, lo he leído a usted, no me venga con eso, ¡no me moleste más!”. Ese profesor, en 1996, estaba trabajando en la Universidad de La Plata, tratando de reclutar nuevamente alumnos. Fue como si el pasado volviera al presente y como si el pasado fuera el presente.

Otra cuestión que quiero mencionar es el cierre de la carrera. Fue recién en 1980, cuando el CAEA y la gente de Bórmida impulsaron el cierre de la carrera, y también a partir de la participación en el Centro de Estudiantes, que se develó que la gente de este grupo eran “fachos”. No se había revelado anteriormente puesto que, como dije antes, había una discontinuidad entre los que habíamos entrado en la carrera en el ‘78 y las generaciones anteriores: desconocíamos la historia de esta gente, la historia de la carrera.

A partir de nuestra participación en el Centro de Estudiantes y a partir de que desde el CAEA impulsaban el cierre, comenzamos a hablar entre todos los compañeros. Y la mayoría de los alumnos que estaban en el CAEA se empezaron a ir de allí. Gabriela ya comentó cómo era el tema de los cupos para entrar a la carrera y cómo fueron achicándose a partir del ‘78 hasta que en el ‘80 cerraron la carrera y el grupo de Bórmida quería convertir nuestra carrera en un posgrado dentro de la carrera de Historia.

También quería comentar algo respecto del Plan de estudios de los profesores de la dictadura. Hace unos meses me entrevistó un estudiante para un trabajo de la asignatura Folklore y me preguntaba si no había ningún profesor comprometido con la realidad social de esa época durante la dictadura. En realidad, en esa época no lo había. Si hubiera habido alguno comprometido, lo “chupaban”. No había cómo. Habían expulsado a todos. Habían desaparecido pro-

fesores, habían desaparecido alumnos. Teníamos compañeros que sabíamos que eran policías, que eran servicios y que venían a clase. O sea, no había un profesor comprometido. Los que estaban comprometidos no estaban acá, en la Facultad. Eran comprometidos, sí, pero con otra línea política. Era gente “jodida”: no estamos hablando de “nenes de pecho”. Como bien comentó Mónica –yo no me acordaba– la revista de los alumnos era la famosa *El Epiparalítico*. Estando en el Centro de Estudiantes nos enteramos, que había profesores que habían denunciado a los alumnos que la escribían y que algunos habían desaparecido. Con lo cual teníamos profesores que denunciaban y discriminaban alumnos.

Bueno, estamos hablando de una situación peligrosa por la cual uno, como alumno, no podía hablar. Uno iba, se sentaba y escuchaba. No discutía con los profesores. Y..., era aprender de memoria.

Otro punto que me interesa comentar tiene que ver con las materias. Cursé materias que eran un “horror”. En cuanto a los contenidos, la modalidad de dictado, la relación con los profesores, estudiar de memoria. No se podía conceptualizar o relacionar nada. Había una modalidad de enseñanza, de relación docente-alumno y de comunicación en los finales, absolutamente autoritaria y despreciativa hacia los alumnos.

Las materias eran anuales y el año se hacía eterno, interminable. Yo venía a la Facultad, me sentaba en la clase y me decía a mí misma: “¿Qué hago acá? ¿Qué hago acá?”. Me acuerdo de materias como Antropología Física, en la que nos enseñaban a leer las huellas digitales y la profesora nos decía: “Bueno, cuando terminen la carrera, pueden ir a trabajar a la Policía Federal”. ¡Con lo que eso implicaba en la época! Recuerdo que para los finales, en esa materia, como en muchas otras, el criterio era expulsivo, de “bochar”

a mucha gente. Y nos aprendíamos, como dijo Gabriela, ciertas cosas “clave” de memoria. Por ejemplo, en Antropología Física había tres cosas que teníamos que saber para que no nos “bocharan”: dónde tenía la huella digital el mono (en la cola), si veía de colores o blanco y negro, y cómo eran las huellas digitales de un chico con problemas de mogolismo. Recuerdo una materia que era difícil y que yo me había pasado un mes estudiando: un día estudiaba y al día siguiente me olvidaba lo que había estudiado, porque era todo de memoria. De ese final lo único que recuerdo es la capa 4 del río Atuel porque tenía coprolitos. Y lo recordaba por una regla nemotécnica: para los que no saben, es caca fosilizada (*risas*). Las materias de Historia (teníamos ocho) tenían un perfil altamente descriptivo, detallista, con imposibilidad de establecer relaciones. Y en sus finales preguntaban cosas específicas, como por ejemplo ¿cómo era el balcón limeño?, o sea, la descripción del balcón limeño. Descripción sin relación y sin sentido asociado. Muchas de esas materias, a la vez, como comentó Gabriela, tenían un sentido racista, como por ejemplo la materia de Historia de América de Daisy Ripodas. Por supuesto que autores como Lévi Strauss, Durkheim, Weber, Marx o cualquier otro de los que hoy trabajamos en Antropología, no se veían, era como si no hubieran existido. En cambio, veíamos al Padre Schmidt, Bórmida, Otto...

Otro tema al que quisiera referirme es el del Centro de Estudiantes. Gabriela ya ahondó bastante así que yo no voy a hablar mucho. Lo que sí quiero decir es que en esos años en la carrera, donde el panorama era tan negro, lo único que me motivaba a mí (y que nos motivaba) era la pertenencia al Centro de Estudiantes. Me acuerdo que nos juntábamos con algunos compañeros, con los de la Comisión de Antropología y decíamos todos los años: “¿Qué hacemos? Nos equivocamos de carrera”. Dudábamos si dejar la carrera

o no. Creíamos que el error era nuestro, que tal vez habíamos equivocado de carrera. Era tal el malestar, el temor, la persecución ideológica, el silencio, que generaba una sensación de confusión, de depresión, de desaliento, de sin salida que inundaba todo. Era horrible. El tener un grupo de gente interesante o con el que uno compartía ideas (discutir, intercambiar opiniones, reflexiones) daba un sentido al sinsentido de la época, a la vez que era un lugar de respiro, era un *nosotros* en los cuales confiar. En esta etapa inicial del Centro de Estudiantes no había una distinción netamente clara en términos de partidos políticos. Había líneas, pero... ¿Qué opinas, Gabi?

G. K. y A. B.: Algunas había.

C. G.: Nos organizamos por carrera, nosotros teníamos la Comisión de Antropología y ese era como un cuerpo fuerte. Por otro lado, en la Comisión intercambiábamos información de actividades y de personas que no estaban en la Facultad, pero que dictaban cursos. Y participábamos de actividades y estudios por fuera. En esa época nos conectábamos con la gente de la AIRA⁶ y asistíamos a algunos cursos del IDES,⁷ y, como mencionó Mónica, asistíamos a otro centro donde estaba Ivi Radovich –que no recordaba el nombre–, que era AIDEA. Eran lugares de respiro para nosotros.

No quisiera ser injusta pero, en el plan de estudios de la dictadura, tal vez el peso mayor o la mayor responsabilidad política la ha tenido la gente del CAEA y lo que eran las materias de la orientación de Etnología, y en ese sentido, Pablo, yo disiento con vos en lo que dijiste.

6 Asociación Indígena de la República Argentina.

7 Instituto de Desarrollo Económico y Social.

Tal vez la única orientación, o algunas materias, que yo podría rescatar, eran las de la orientación en Folklore.⁸ En Folklore, en algunas de las materias se podía ver algo de la realidad social y se hacía trabajo de campo dentro de la carrera, y no por fuera de ella, como mecanismo de reclutamiento. Podíamos ver autores que, por ahí ahora no son ninguna novedad, pero que en ese momento era sorprendente que los pudiéramos leer, como por ejemplo Eric Wolf o a Santiago Bilbao (en el caso de Santiago Bilbao, hablaba de la realidad de las cooperativas y de los cañeros de Santiago del Estero).

También rescato otra Historia de América, donde se habló de los ciclos económicos del Brasil. Pero el resto de las materias, la verdad... anecdóticamente hay cosas que he aprendido y he leído mucho...pero...

La dictadura tuvo un plan sistemático de destrucción de las carreras y del cierre de muchas de ellas. Esto no se me presentó al principio, cuando entré en la carrera, sino que lo fui –y lo fuimos– armando a partir de los hechos (en mi caso, la discriminación por ser judía), del cierre de la carrera, de la participación en el Centro de Estudiantes. Participación que nos permitió dar un sentido político e histórico a lo que estaba pasando.

Por último, quisiera mencionar los comienzos de la democracia, y la ida al Congreso de Misiones en 1983, ya en la etapa que sigue, que es en democracia, que también otorgó sentido y permitió conceptualizar que la Antropología no era lo que habíamos cursado durante el Proceso Militar.

Descubrimos la Antropología Social, la Antropología, en 1983, en el Congreso de Antropología Social de Misiones. Fuimos allá y vimos que existía una Antropología Social,

8 La carrera terminaba con una especialización, que podía realizarse con orientación en Arqueología, Etnología o Folklore.

que era lo que siempre habíamos buscado, y que no era que estábamos equivocados. Que no nos habíamos equivocado de carrera, sino que *habíamos sufrido un proceso de disciplinamiento*, con un objetivo sistemático de destrucción de la Antropología: de fracturar la cabeza, de estudiar de memoria, de no ver teoría, de no poder pensar.

A la vez, en este Congreso, por primera vez nos encontramos con profesores exiliados que volvían y nos contaban su experiencia, como Hugo Ratier, al cual habíamos leído a escondidas. Intercambiábamos, conocíamos a otros estudiantes, se discutía sobre Antropología Social, sobre la realidad. Se podía pensar. Había una vida que no habíamos vivido y habíamos encontrado una luz entre tanta oscuridad. A partir de la asistencia al Congreso de Misiones, y ya en plena transición democrática, y también con el cambio de autoridades en la Facultad, se nos hizo presente la necesidad de un cambio de Plan de Estudios.

Esto se va a trabajar en la siguiente mesa, pero quisiera destacar que, en este cambio democrático, para mí ha sido importante –como vos también contabas, Gabriela– la vuelta de algunos profesores. Yo en ese momento estaba finalizando la carrera, y decidí dejar vencer algunas materias o Seminarios, y cursarlos con los profesores que habían vuelto. Ese era el caso del Seminario de Folklore Español, dictado por Marta Muñoz (que era profesora por el Profesorado de Danzas) y en cambio lo cursé cuando comenzó a dictarlo Mirtha Lischetti, que había vuelto de Argelia, y que nos daba materiales nuevos y desde una nueva perspectiva sociopolítica. A la cual, hasta el día de hoy le estoy agradecida, porque fue descubrir otra realidad, a uno se le abría la cabeza. Hasta tal punto era así, que uno de los textos del Seminario dado por Mirtha aún lo utilizo en mi materia.

Bueno, después ustedes van a hablar del tema del Plan de estudios y de la carrera. Yo quisiera agregar que, esa pri-

mavera democrática fue un aire, y que juntamos doscientos estudiantes para trabajar en unas Jornadas por el cambio del Plan de Estudios. Y me parece fundamental, pensando en el presente, en el próximo Plan de estudios, que *el objetivo de cambio del plan de estudios, en ese momento, era introducir teoría*. Más allá de que uno concuerde o no, pero que se pueda pensar, se pueda relacionar, se pueda reflexionar y que la carrera no fuera un mero apéndice de Historia, de Filosofía o acumulación de datos. Bueno, muchas gracias.

C. C.: Va a hablar ahora, para cerrar, Alejandro Balazote. Es Licenciado en Ciencias Antropológicas por la UBA y Doctor de esta misma universidad. Profesor titular ordinario de Antropología Rural, presidente de la Comisión de Posdoctorado de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y consejero superior de esta universidad. Ingresó a la carrera originariamente en 1974, vuelve a ingresar en 1975 y finaliza los estudios en 1983.

Alejandro Balazote

Después aclaro por qué “vuelvo a ingresar”. En primer lugar, el agradecimiento a los organizadores y el reconocimiento a todo el esfuerzo que significa armar estas jornadas. Los he visto trabajar enormemente y sé lo que cuesta esto, así que va mi reconocimiento.

Debo decir que nunca me preocupó tanto qué decir sobre un tema. Y no es porque tuviera tantas dudas en cuanto a lo que yo quería decir (en realidad, son cosas que uno viene masticando años y años) sino que lo que quería era resultar lo más equilibrado posible. En definitiva, se trataba de conjugar una etapa de la vida de uno, la vida de estudiante, donde todavía hay restos de cierto revoloteo hormonal,

donde uno vive momentos felices, alegres, donde uno construye amistades entrañables, hay compañerismos verdaderos. Son momentos de fiesta. Es un período en el cual uno es proclive a socializar y a contar. Y justo, mala leche de uno, esta etapa se da en el período que resultó más nefasto, más trágico, más negro de nuestra historia, donde la muerte y el miedo teñían toda nuestra vida cotidiana. También me preocupaba cómo balancear el énfasis puesto en los aspectos negativos de esta experiencia antropológica de esos años sin quedar detenido en eso y resaltar al mismo tiempo las potencialidades y desarrollos que se van a dar con posterioridad. Es decir, cómo recuperar esta historia que a nosotros nos tocó vivir sin que fuera pura y exclusivamente un lamento por lo que fue o lo que no pudo ser, sino que al mismo tiempo fuera un impulso para el desarrollo de lo que verdaderamente queremos ser.

Entre mis dudas también estaba de qué hablar. Podía hablar de la experiencia mía del '74, y esto se relaciona con mi primer ingreso a la Facultad de Filosofía y Letras en el que quería estudiar Sociología. Podía hablar de la experiencia del año '75 donde las bandas armadas fascistas no uniformadas dominaban. Podía hablar de la experiencia del año '76 donde las bandas fascistas uniformadas dominaban.

Lo primero que quería decir es que la experiencia del '74 me marcó, y en esto se empalma con el panel anterior. Y me marcó mucho porque tenía una serie de cosas que realmente eran muy fuertes. Yo vengo del Conurbano Bonaerense, vengo de La Matanza, vengo de Ciudad Evita, vengo de una familia de clase media-baja, soy el primer universitario de la familia. Y, para mí, llegar a la universidad me hacía acordar a una película que se llama *Mirta, de Liniers a Estambul*. En esa película, hay un momento en que Mirta está en una reunión de exiliados en Suecia y está hablando con un turco –que luego va a ser su pareja– y él le dice: “Cómo te debe

haber costado llegar hasta acá”. Y ella le dice: “En realidad, el viaje que a mí más me costó fue el de Ciudadela al Centro” porque ella era una estudiante de Filosofía y Letras. Y a mí, la verdad que el que más me costó fue el de Ciudad Evita hasta acá.

Bueno, cómo hablar de eso. Cómo hablar de las condiciones de estudio del ‘75, cuando todo estaba teñido por esa idea cuasi bordeando lo fascista –después de misión Ivanisovich/Ottalagano– del “ser nacional”. Y uno tenía Lenguaje Nacional, Historia Nacional, Geografía Nacional. Pero lo que a mí me interesaba era contar que en la experiencia del ‘74, las materias que tenía se llamaban, por ejemplo, Realidad Nacional, Historia de las Luchas Populares por la Liberación. Yo contaba esto el otro día en un seminario y me decían: “Parece Bombita Rodríguez” (*risas*). Eran los títulos que había.

Cuando yo ingresé, no tenía la menor idea de qué era la Antropología. Entre las materias que tenía en este momento, en el año ‘74, además de estas dos que nombré, había una que se llamaba Orientación Vocacional. Y me acuerdo que una psicóloga, como en un juego, me dijo: “Bueno, hagamos un *rol playing*: vos tenés que hablar como un antropólogo”. ¡Imagínense! (*risas*) Puse cara de nada y hablé y chapecé lo que se me ocurrió que podía ser, que terminaron siendo algunas cuestiones sociológicas. La verdad que no tenía la menor idea de nada.

Recuerdo también cómo llegué a la Antropología, que fue con una profunda vocación (*risas*). Se dio lo siguiente: en septiembre del ‘74 cerraron la Universidad con la misión Ivanisovich/Ottalagano, y nos habíamos reunido un grupo de gente que estábamos estudiando y que pensábamos resistir esa misión. Seguíamos leyendo materiales, discutiendo, hacíamos algunas pintadas, entregábamos algunos volantes. Cosas que realmente no eran muy trascendentes ni que

iban a modificar eso. Pero lo concreto es que en el interín se cerró la carrera de Sociología, que era en la que yo me había anotado, y se cerró la carrera de Psicología, justamente porque eran las más numerosas de la facultad. Y entonces, cuando sucedió eso, seguíamos reuniéndonos, discutiendo y estudiando. Y recuerdo una reunión en la confitería “La Ideal” a inicios de febrero, en la que dijeron: “Cerraron las carreras de Sociología y de Psicología. ¿Qué hacemos?”. Y alguien que había estado en el Pellegrini –y que por eso para mí debía saber mucho– dijo: “Lo más parecido a Sociología es Antropología”. Éramos un grupo de ocho. Y los ocho en masa, como rebaño, fuimos a Antropología. Después nos recibimos dos (no está mal, pensando en los índices que se reciben).

Tampoco sabía si hablar de las condiciones de estudio del ‘75. Tampoco sabía si quería hablar de las continuidades que se dieron después del proceso, en el período democrático. Tampoco sabía si quería hablar –o si podía o debía– acerca del aislamiento académico que teníamos. Muchos colegas ya comentaron esto. Les quiero decir que no se leía a Lévi Strauss pero que se hablaba de “el Lévy que se puede nombrar”, es decir, Lévy-Bruhl, porque Lévi Strauss no se podía nombrar. Y yo he escuchado, sobre Radcliffe Brown, que generalmente se lo corre por izquierda como agente del colonialismo, he escuchado a gente correrlo desde la derecha ¡diciendo que era un agente del positivismo! (*risas*). Así que, bueno, ubiquémonos dónde estábamos.

Cuando pienso en esto, lo primero que me sale es un componente omnipotente que uno tiene, y digo: “Yo, la verdad que soy un autodidacta”. Todo lo que a uno no lo mata, lo fortalece. Después uno entra en cordura y dice: “No, no es tan así”. Y uno ve que en realidad debe su formación a un montón de gente, a un montón de espacios donde abrevo: veo compañeros que a uno le pasaron bibliografía, veo

los equipos de cátedra que inicialmente integramos donde discutíamos y leíamos y aprendíamos casi de cero. También veo los equipos de investigación que formamos, la gente que vino del exilio externo, la gente que quedó en el exilio interno, aquellos que participaron en lo que alguien llamó la “universidad paralela” –es decir, lo que era el IDES, FLACSO, los grupos de Blas Alberti–. Pero, la verdad, poco y nada de la carrera. Quizás algunos textos de la materia Etnología. Uno recuerda siempre los bochazos. Yo, el primer bochazo que tuve fue en Etnografía Americana y Argentina. Era bastante mal alumno así que fue llamativo que mi primer bochazo fuera recién a esa altura de la carrera (venía sorteando con mucha suerte los demás exámenes). Pero me interesa contar por qué fui bochado. La materia estaba organizada en áreas culturales o más bien lingüísticas, podríamos decir. Y me dicen: “Dígame las lenguas del área de Costa Noroccidental”. Creo que eran ocho y yo recordé tres. “Váyase. Está aplazado”. En eso consistió el examen. Esto no es lo trágico sino lo que uno estudiaba.

También quería hablar de cómo empecé a estudiar, de cómo era mi vida de estudiante. En realidad, como les decía, vengo de Ciudad Evita, de un industrial del Conurbano Bonaerense con lo cual tengo algunas fallas importantes de base. Y yo trabajaba ocho horas. En ese momento parecía que esto de la universidad de los trabajadores era muy cierto porque todos –y ya se comentó bastante esto– trabajábamos. Yo terminaba a las seis menos diez, tomaba el 86 desde La Matanza, venía hasta acá, llegaba muy cansado (porque había trabajado mañana y tarde) y me recibía la policía en la puerta y me decía: “Libreta universitaria y documento”. Si uno se llegaba a olvidar alguna de estas dos cosas no entraba. O entraba, en el peor de los casos, como Pablo, al costadito izquierdo (que es donde estaba el despacho policial) donde podía ser sujeto a preguntas molestas.

Recuerdo las aulas de Independencia que eran vigiladas por la policía. Tenían unas ventanitas –que me parece que eran no de esta última dictadura sino de la anteúltima– a través de las cuales la policía miraba qué estaba pasando dentro de las aulas. Y me acuerdo también de la represión que había en ese momento. Hoy por hoy, por suerte, no fumamos dentro de algún ambiente pero es por la salud de los demás, pero en ese momento era una cosa que no dejaban fumar autoritariamente. Y había letreros que decían: “Estudiante, esta es su casa: no fume”. Y todos le escribían: “Yo en mi casa fumo” (*risas*). En esa época, lo más avanzado y revolucionario que podíamos hacer era armar un petitorio para pedir la postergación de un parcial y muchos compañeros de ese momento se negaban a firmarlo porque hacían buena letra. No me voy a extender, pero también recuerdo las reuniones por la organización del centro de estudiantes. Que, más allá del entusiasmo, podría pensarse que eran una lágrima: nunca éramos más de doce o catorce. Y siempre nos reuníamos con mucho, mucho miedo.

Y quería contar qué era lo que estudiábamos. Esta parte me sale un poco pesada pero no lo puedo evitar. Tomé tres cuestiones: la vinculación entre el irracionalismo de la fenomenología bormidiana con la caracterización de los reduccionismos que ella plantea (y que muchos otros también plantean); la vinculación entre esta etnología fenomenológica con ciertas corrientes historiográficas del proceso militar; y, por último, me interesa describir cómo fue mi cursada de Metodología de la Investigación porque creo que puedo hacer un aporte al futuro Plan de estudios, para que se incorporen determinados contenidos.

Cito un fragmento de un trabajo de Bórmida:

El extrañamiento de las culturas a nivel etnográfico se concreta, fundamentalmente, en la imposibilidad de ra-

cionalizar, es decir, dominar con el intelecto una ingente cantidad de manifestaciones que se dan en su realidad vivida.

Fíjense: imposibilidad de racionalizar. Hay un excelente trabajo de Sofía Tiscornia, que dice:

Bórmida se ve obligado a postular la eliminación lisa y llana de todo modelo explicativo, histórico, sociológico, económico, al considerar que toda explicación racional distorsiona la objetividad de los datos. La catarsis metodológica así propuesta queda encerrada en su propia contradicción: nos encontramos con una teoría cuya meta es negarse a sí misma.

Permítanme que lea una segunda frase de Bórmida, que es un poquito larga:

Lo que hay de común en todas las tentativas de atribuir un sentido racional al hecho etnográfico es el reduccionismo. El reduccionismo es la consecuencia necesaria de toda tentativa de comprensión racionalista de la cultura [insisto: comprensión racionalista de la cultura]. Podemos distinguir distintos tipos de racionalismo, de lo irracional de la cultura, cuya naturaleza y mecanismo dependen de los hechos, categorías culturales, sectores del conocimiento, actividad del espíritu, en las cuales se busca una explicación. Hay, por ejemplo, un reduccionismo psicologista que busca la explicación en lo irracional de la cultura, en las (...) psíquicas del hombre. Hay un reduccionismo sociologista que ve en los nexos del carácter social, el sentido racional de los hechos culturales. Hay un reduccionismo historicista que busca el sentido y la explicación de la cultura en su devenir, y la racionalidad

de un hecho cultural en su historia. Hay, finalmente, un reduccionismo economicista, que ve la cultura como un epifenómeno o la concreción de las relaciones de carácter económico de sus integrantes o de sus grupos de estos, tal como lo hacen ciertas corrientes marxistas.

Esto es el huevo de la serpiente. Siete años más tarde, cuando entró al CONICET determinado grupo totalmente de derecha en el período '89-'90, hubo una serie de evaluaciones. Y me permito leer el despacho de comisión del informe final de la Beca de Formación Superior de Mabel Grimberg. Es de siete años después:

Por las referencias explícitas al conflicto entre clases sociales en el que se inscribe la problemática central de su trabajo, el enfoque de su investigación se estructura sociológicamente. Y, es más, porque se advierte en todo su planteo un reduccionismo a las explicaciones emergentes de las relaciones sociales, cae en un claro sociologismo, que es contrario al criterio antropológico cuya propuesta teórica es la observación holística de toda la realidad que incluya la problemática del hombre. El hombre que estudia se reduce a un simple obrero gráfico y a ser nada más un elemento del conflicto obrero-patrón en el sistema de producción capitalista.

Público: ¡Me sacaste todo el discurso que iba a decir mañana! (*risas*)

A. B.: ¡Perdón! Ya me aparto de esto. Lo único que quiero decir es que hay muchísimos documentos más. Tomé este porque Mabi tiene mucha capacidad para instalar todo lo que le preocupa y quería contarlo (*risas*).

Con respecto a la historia y a la relación entre la fenome-

nología etnológica y la historiografía del proceso militar, ¿pueden pasar el libro donde están las fotos de Bórmida haciendo trabajo de campo?

G. K.: ¿Con la pistola?

A. B.: Con la pistola. Lo que voy a leer lo saco de un texto de Herrán:

Marcelo Bórmida se pregunta qué importancia tiene el estudio de los tipos de civilización primitivos para el conocimiento de la humanidad toda. He aquí su respuesta: “Es cosa sabida que el papel de los primitivos en la historia propiamente dicha es insignificante [repito: su papel es insignificante] y pasivo. Su choque con la cultura occidental se resuelve en episodios marginales, especie de epifenómenos de la historia que pueden tener como mucho un interés afectivo y que terminan siempre en su corrupción y muerte como sociedades autónomas”.

Este diálogo continúa. Este diálogo es fecundo. EUdeBA, en ese momento, sacó una colección de doce libros que son la apología de la “conquista del desierto”. Acá tengo uno, mírenlo. EUdeBA lo sacó. La colección se llama “Lucha de las fronteras con el indio”.

Bórmida, en su etnocentrismo, llega a distinguir el hombre etnográfico del hombre histórico. Y dice:

El hombre histórico carece, aquel, de un escuerzo verdaderamente temporal [se refiere al “hombre etnográfico”; esto de decir “hombre etnográfico” suena raro, pero permítanme porque estoy usando términos textuales] que le permite al hombre histórico percibir la sucesión de los acontecimientos. El hombre etnográfico, por el contra-

rio, pasa casi sin transición de los recuerdos vivos de la tradición familiar a un lapso relativamente cercano en el que los hechos humanos y divinos, tradición y mito, se confunden en una carencia de perspectiva temporal.

Es decir, son pueblos sin historia. No son un sujeto histórico sino que son objeto histórico. Recordemos que durante este período se dieron, en los años '78 y '79, dos acontecimientos importantes: por un lado, la conmemoración del centenario de la “conquista del desierto”; y, por otro lado, un problema geopolítico que se suscitó a raíz de las diferencias con Chile, que casi nos lleva hacia la guerra. Esta construcción de esta etnología nos plantea que...

... este primitivo, irracional, improductivo, salvaje, que puebla la Patagonia y el Chaco, en definitiva, constituía una hipótesis de conflicto para la corporación militar y para el Estado argentino.

Y el tratamiento de la cuestión indígena en esos primeros años no dependía de cualquier ministerio: dependía del Ministerio de Guerra. Por esa época, la cuestión geopolítica –decía– es central por el conflicto con Chile. Y además, en ese afán de controlar las fronteras, el maridaje entre el Ministerio de Educación y la corporación militar es notable. Hubo un programa que se llamó “Marchemos hacia las fronteras” que en esos años llevó a cabo Gendarmería, en el cual el Ministerio de Educación por un lado y la Universidad por otro participaron activamente. La caracterización de poblaciones indígenas como relictos del pasado, como externalidades al sistema capitalista, desvinculadas de cualquier estado y mercado, en definitiva, la constitución de un indio sin clase y sin historia resultaba absolutamente funcional para plantear ese tipo de relacionamiento.

Bueno, prometo no citar más. Ahora cuento algo de mi cursada. Había tres orientaciones: Folklore, Arqueología y Etnología. Y con poquitos elementos elegí Etnología. La verdad es que no sé por qué pero la elegí. Y tuve, por ejemplo, un seminario de Folklore que nos habían dictado Mario Califano e Idoyaga Molina, cuyo objetivo central era negar la existencia del folklore porque en realidad todo hecho folklórico era manifestación de la conciencia mítica (o de la mentalidad “arcaica”, como podría decir otra vertiente). Pero la materia que a mí más me impactó y me marcó y me formó fue Metodología de la Investigación Etnológica, dictada por José Braunstein (*risas*). Yo fui a la primera clase, estaba con muchas expectativas. Y apareció el profesor y trajo 12 pipas de indígenas. Y dijo: “Si uno va de trabajo de campo, es muy importante dibujar bien. Entonces, dibujen las pipas”. Ahí la verdad que me iba bien porque, como ya les dije, soy técnico y estudié dibujo técnico así que yo sabía hacer vistas, sabía hacer perspectivas, en eso me iba bárbaro. Pensé: “Bueno, en la segunda clase vamos a ver qué nos depara el destino”. Segunda clase: otras pipas (*risas*). La tercera clase, el profesor dice: “¿Qué pasa si ustedes van a una aldea indígena y les dicen “¿cuál es esta planta? Ustedes no saben. Entonces, es muy importante que ustedes sepan hacer un herbario”. Y entonces nos pusimos a hacer un herbario. En esa me fue mal porque como tengo mala motricidad fina me reprobaron el herbario y tuve que rehacerlo un par de veces. La cuarta clase me dijeron: “¿Qué pasa si ustedes van a una aldea indígena y no saben dibujarla? Tienen que hacer un croquis”. Entonces fuimos a una plaza, y contando los pasos hacíamos el mapa de la plaza, y luego con eso íbamos a saber dibujar el mapa de la aldea indígena. La quinta clase: “Si ustedes van a una entrevista y les cuentan un mito, ¿qué hacen con él? Bueno, lo que hay que hacer es clasificarlo”. Entonces nos ponían un libro que era de Petazzoni

y uno debía clasificar si era de este mito, de este mito, de este mito o de este mito. Por eso yo quería hacer este aporte, ahora que vamos a reformar el plan de estudios (*risas*). Metodología tiene que tener en cuenta esto, no lo podemos olvidar, por favor. Creo que vamos a sacar muchos mejores antropólogos (*risas*).

Quiero hacer un cierre. En realidad, después de decir esto, la verdad es que se abren dos posibilidades. Por un lado, tener una mirada muy autocomplaciente y enfatizar todos los logros que tuvimos *pese a eso*. Es decir, el aumento y el volumen de la producción antropológica, de las investigaciones, de los proyectos, de los becarios, de los posgrados (que permiten una formación sistemática de nuestros profesionales), el mejoramiento de los equipos docentes, la implementación de prácticas y modalidades más inclusivas y más participativas. Y otra es poner la mirada en las cosas que nos quedan, en las deudas que tenemos, en las tareas pendientes. Y acá creo que debemos apuntar fuertemente a una deuda prioritaria que tenemos, que es la reforma del Plan de estudios, sobre la que tenemos que trabajar y mucho. Me parece también que tenemos que enfatizar, propiciar y aumentar las vinculaciones que tenemos desde una Antropología académica con distintos sectores sociales. Y fundamentalmente me parece que tenemos que crear las condiciones para que nuestros jóvenes graduados puedan insertarse en distintos ámbitos: no ya solamente en la cuestión de lo que es la facultad, de lo que es el CONICET, sino en instituciones y lugares donde su práctica es absolutamente necesaria y pertinente. Por eso, para finalizar, creo que es muy bueno contar con esta oportunidad, con la posibilidad que nos brindan los 50 años de la carrera, no tanto para hacer un lamento de lo que fue sino para construir un balance crítico de nosotros como antropólogos. Gracias.

El proceso de apertura democrática y la Antropología. 1984-1991

*Panelistas: María Rosa Neufeld, Vivian Scheinson,
Douglas Cairns y Juan Besse | Coordinador:
Maximiliano Rúa*

Maximiliano Rúa

Le damos la bienvenida al quinto panel de las jornadas, que tiene como nombre “El proceso de apertura democrática y la Antropología” y abarca el período del ‘84 al ‘91. Primero vamos a aclarar que estaban invitados Mauricio Boivín y Carlos Herrán. Mauricio avisó con tiempo que no iba a estar presente por cuestiones personales, y Carlos hace una horita o dos nos comunicó que había tenido un problema y que se tenía que retirar y no iba a estar presente. Con lo cual, contamos con cuatro de los seis invitados al panel.

La primera que va a hablar va a ser María Rosa Neufeld. Hace falta presentarla por una cuestión de formalidad, pero todos la conocen. Es Licenciada en Ciencias Antropológicas, es la actual directora del Departamento de Antropología y la codirectora de la Maestría en Antropología Social de la Facultad de Filosofía y Letras.

María Rosa Neufeld

Dada la hora, voy a intentar un encuadre rápido –auto-referencial, como es inevitable, pero encuadre al fin– de

este período que los organizadores ubicaron entre los años 1984 y 1991 y que creo que con sabiduría llamaron “el proceso de apertura democrática”. Digo que fue con sabiduría porque de ese modo pudieron esquivar un concepto de aquellos tiempos, la “transición a la democracia” que, de algún modo, correspondía a las expectativas que todo el mundo tenía. En el ‘84, quizás, se imaginaba que era cuestión de hacer un buen diagnóstico acerca de cómo las instituciones habían sido afectadas por la dictadura y a partir de allí todo se podía poner rápidamente en marcha. Los que vivimos esa época seguramente recordaremos que nada resultó de esa manera. Por el contrario, la Universidad tuvo que reiniciar el funcionamiento de sus instituciones que, por demás en los períodos anteriores, una y otra vez habían comenzado a funcionar (los Consejos Superiores, los Consejos Directivos, las Juntas Departamentales, en el caso de nuestra universidad) y una y otra vez estos desarrollos habían sido cortados por los reincidentes golpes militares. A esto, debemos agregar también cómo era el contexto de nuestro país en el ‘84: si bien se diagnosticaba colectivamente que el problema estaba puesto en lo político, es decir en el final de esa dictadura, y que había que crear hacia adelante, esto sucedía con la pesada carga del proceso de desindustrialización, de tercerización y de destrucción de las relaciones en el trabajo y en la sociedad toda. Proceso que era producto de lo que más adelante llamamos sintéticamente “neoliberalismo” y que, en realidad, venía organizándose no desde 1974 sino desde 1966.

¿Quiénes éramos los sujetos de la historia que abarca este período? Los sujetos de esa historia, los más importantes, los que eran los alumnos, los que eran los jóvenes graduados de esta Universidad, de esta facultad, de esta carrera que nacía en el año ‘84, se han presentado dramáticamente en los paneles anteriores. Integro este panel porque en ese

momento el profesor Norberto Rodríguez Bustamante, flamante decano normalizador de la Facultad de Filosofía y Letras, me invitó a ser Secretaria Académica de la carrera, cargo que desempeñé entre los años '84 y '88 junto a su también flamante director, Carlos Herrán, que tenía que haber estado hoy acá. Carlos era más conocido; yo era una desconocida absoluta para los actores principales de esta historia. Seguramente, por la cuestión del exilio interno, eso que muchas veces se llama haber vivido debajo de las baldosas. Porque en realidad, pese a que soy egresada de esta facultad, fui echada como ayudante de segunda en el año '67 y, al igual que los demás compañeros que ya contaron su experiencia, quedé fuera sin demasiadas explicaciones (después volví por un período muy breve a esa efímera experiencia del '73-'74 a dar uno de esos seminarios que se mencionaron en el tercer panel: el Seminario de Culturas Campesinas). A esto seguramente se agregó que si bien fui a hacer una maestría a la FLACSO, que era uno de los puntos de agrupamiento de quienes habían pasado los años de la dictadura en la ciudad de Buenos Aires, esquivé la orientación en Antropología y en cambio cursé la orientación en Educación y Sociedad.

Yendo al comienzo del período que abarca este panel, hay que mencionar determinadas cuestiones institucionales que en esos momentos tuvieron un papel muy importante, que significaron mucho esfuerzo de los colectivos a los que se ha hecho referencia en los paneles anteriores. En primer lugar, el Colegio de Graduados. Hay que saludar que podamos contar al Colegio en este momento, nuevamente, desde hace no tanto tiempo, como una parte importante de nuestro panorama disciplinar. El Colegio de Graduados, en ese entonces, fue el que apuntaló, el que generó los espacios en los que se discutió cómo iba a ser esa carrera que había que volver a fundar. Y no solo el Colegio de

Graduados sino también el Primer Congreso Argentino de Antropología Social, que se realizó en Misiones, cuando ya habían sido llevadas a cabo las elecciones que terminaron con la dictadura, cuando ya había sido elegido Alfonsín pero todavía estábamos bajo el gobierno militar. Los que estuvieron en ese congreso recordarán seguramente lo impresionante que era estar tantos juntos, verse por primera vez, y los milicos tan cerca todavía. Y como cierre, aunque no corresponde exactamente a las fechas previstas para el panel, el Segundo Congreso de Antropología Social, que se hizo en el año '86. Todos podemos imaginar lo que era hacer un congreso en el '83 y tres años después hacer otro congreso. El segundo se hizo en Buenos Aires, organizado por los jóvenes graduados de esta Universidad, algunos de los cuales han hablado aquí antes y a los que habría que reconocerles colectivamente el haber llevado adelante esas actividades realmente fundacionales.

Como todos han contado alguna cosa anecdótica, hay una de la que yo no me voy a privar, y es lo que fue mi primera expedición al quinto piso de Marcelo T. de Alvear. Para mí todo era nuevo porque yo había dejado la facultad en la época en que se cursaba en el Hospital de Clínicas, cuando pasábamos a través de esos carteles colgantes que recordaban a los zibaos (carteles colgantes del techo al piso) de la revolución cultural china; recuerdo incluso que los ascensores de Marcelo T. no funcionaban, entonces subíamos con Carlos Herrán por las escaleras, y lo hacíamos despacito, despacito, pero no era por la falta de aire sino por el “susto”. En el '84 la carrera se cursaba en Marcelo T. de Alvear. Y me acuerdo que durante todo ese verano habíamos estado conversando con Mauricio Boivín –el antropólogo Secretario Académico de la facultad– y con Rodríguez Bustamante acerca de cuál iba a ser nuestra tarea, qué era lo que se estaba discutiendo, qué era lo que iba a suceder con la planta

docente concursada y no concursada que había trabajado hasta ese momento. Y bueno, había que llegar a la *nursery* de la ex Maternidad Pardo, que era el lugar donde funcionaba el Departamento de Antropología con ventanita y todo para ver a los bebés... Se ve que era una cuestión nueva la que estábamos emprendiendo, pero nadie imaginaba que tenía que ver con los recién nacidos también. Eso fue el chiste de la anécdota. Lo patético, lo que me impresionó en ese momento y que realmente me hizo sentir todo el peso de lo que significaba eso, fue que mientras Carlos Herrán y yo subíamos a la altura del tercer piso, nos cruzamos con la persona que desde el año '67 ocupaba el cargo del que a mí me habían echado.

Rápidamente aparecieron otros actores. Quizás algunos de ellos conocidos entre sí pero que se autoconvocaban (o eran convocados por otros) a esta aventura de crear una carrera sobre la base de todas estas experiencias que han sido nombradas aquí. Quiero mencionar a los rosarinos y a las rosarinas que empezaron a vincularse. En realidad, tengo miedo de equivocarme porque, por ejemplo, no recuerdo desde cuándo está Ana María Lorandi vinculada a Buenos Aires pero creo que lo estaba desde antes. La quiero mencionar a ella, a Myriam Tarragó, a Graciela Batallán, a Hugo Trincherero. Y también a los platenses: Santiago Wallace, Alicia Caratini, Nilda Zubieta, Raúl Carnese. Cada uno de ellos, saliendo o volviendo, uniéndose a un lugar donde dentro de todo existía la posibilidad de lo que yo llamaba “las aventuras instituyentes” de esos años.

Voy a hacer un punteo de cuáles fueron, a mi entender, algunas de las cuestiones fundamentales de esa aventura instituyente. En primer lugar, algunos temas que nos excedieron pero con los que quienes se tuvieron que hacer cargo encontraron los mismos problemas, en dimensiones seguramente mayores que las que tuvimos los que de algún

modo nos hicimos cargo de la carrera de Antropología. Me refiero a lo que significó la normalización de la facultad y de toda la Universidad. También lo que significó que en cada espacio pudieran reconstituirse –o crearse donde no existían– las instituciones previstas por los Estatutos de la Universidad: que pudieran hacerse las elecciones, que pudieran reunirse los consejos directivos, las juntas departamentales, que pudieran volver a existir los centros de estudiantes y las gremiales de los docentes.

En segundo lugar, el tema de la matrícula estudiantil. El primer año del ingreso a la Universidad había sido una especie de aluvión. Todo eso que se ha contado aquí acerca de los cupos, del *numerus clausus*, etcétera, hizo que con la vuelta de la democracia el ingreso a las facultades de ciencias sociales y humanidades fuera directamente una avalancha. Y en ese contexto se creó el CBC. Y más allá de lo que se ha discutido sobre el CBC desde ese momento hasta ahora, creo que nosotros tenemos que seguir rescatando que mientras que hay países vecinos en donde a la universidad se entra con examen de ingreso, mientras que hay en la misma Argentina universidades a las que se entra con examen de ingreso, el CBC significó una discutida pero amplia puerta de entrada. De allí se creó, en ese momento, la materia específica de nuestra carrera que está incluida en ese primer año común a otras carreras. Esta tarea, ustedes saben, estuvo a cargo de Mirtha Lischetti y de los primeros docentes de ese Ciclo Básico Común, que seguramente hay más de uno sentado acá.

En tercer lugar, quiero referirme a la mudanza a este edificio, el aguante en este edificio en los inviernos con frío y sin calefacción. Y ustedes quizás dirán que no vale la pena mencionar esto haciendo un punteo acerca de las aventuras instituyentes, pero los que nos acompañaron en ese momento quizás compartan conmigo la opinión de que fue algo que tuvimos que defender. Y que tuvimos que defender de la

inercia del quedarse en los viejos espacios. Este es un edificio con problemas y es un edificio que queremos reemplazar por otro más grande, pero en ese momento fue una inefable cuota de dignidad respecto de lo que era Marcelo T. de Alvear (de lo que sigue siendo, en realidad) y tantos otros espacios que también han sido mencionados.

Además, había que reinventar en este espacio, en esta carrera, en esta Universidad, un lugar para la Antropología Social. Ya sin discutir si era Antropología Social o si era Sociocultural. Todas esas viejas discusiones se cancelaban. Había que hacerle un lugar. Y ese lugar está plasmado en cosas que han quedado entre nosotros y que las tenemos tan naturalizadas que ni se nos ocurre que alguna vez no existieron. Por ejemplo, no existía la Sección de Antropología Social del Instituto de Ciencias Antropológicas sino que fue creada en esos años. Y hay un número 1 de la revista *Cuadernos de Antropología Social* –que lamentablemente no se me ocurrió traer para mostrárselos– que habla del exilio. Es un número cargado de trabajos de gente que se conoció en el exilio, de gente que quizás después no formó parte del núcleo que concursó las materias y que siguió adelante en la facultad pero que en ese momento integraba el grupo inicial que se acercaba, que volvía, que quería entrar. Un dato significativo es que uno de los autores de ese primer número es Claudio Guevara, el antropólogo que actualmente es Secretario de Investigación y Posgrado de esta facultad.

Y en estos años también empezaban a volver quienes se habían exiliado en otros países viendo si se podían quedar. Algunos concursaron y no se quedaron, como fue el caso de Eduardo Menéndez. Otros, como Hugo, como Mirtha, como tantos otros, fueron haciéndose su lugar, dejando atrás seguramente carreras académicas más seguras en países más consolidados como Brasil o como México, y aquí los tenemos como parte de esa aventura instituyente.

Otra cuestión que también sucedió por primera vez en ese momento es que al CONICET, con todos los problemas que esa institución iba a seguir arrastrando (algo mencionaron en el panel anterior y seguramente mañana vamos a seguir oyendo sobre eso), se agregó la primera programación científica financiada por la Universidad de Buenos Aires. La primera financiación, a la que todavía no la llamábamos confanzudamente “financiación UBACyT”. Era dinero de la Universidad, era dinero dado con cuentagotas. Entre el público están sentados dos colegas muy jóvenes entonces cuya primera rendición de cuentas tuve que compartir. ¡Ponían cosas que ni siquiera en una rendición del año ‘84 se podían poner! (*risas*). También en esa época empezaron a darse las primeras becas de la Universidad. Becas esquivas, becas escasas, pero mucho más numerosas que las que siguieron. En realidad eran muy poquitos los becarios y eran muy pocas las becas, pero lo que pasó después fue lo suficientemente grave como para que las viviéramos como un montón.

Y bueno, en medio de todo esto, algo que no hace falta explicar porque ya lo explicaron en demasía los colegas que nos antecedieron: había que presentar un nuevo plan para la Licenciatura en Ciencias Antropológicas. Y ese plan tenía que salir rápido, tenía que ser aprobado ya porque era demasiado lo que se venía arrastrando, era demasiado retrógrada la herencia. Así que se fue armando en medio de discusiones farragosísimas, en un tironeo entre lo nuevo (que quizás no era tan nuevo) y lo viejo (que no quería abandonar), porque lo nuevo y lo viejo estaban sentados en una comisión de la cual yo fui la escriba porque era la Secretaria Académica. Seguramente en cualquier momento del próximo año o incluso de los próximos seis meses pueda llegar a plasmarse la posibilidad de un panorama nuevo, la posibilidad de llamar a concursos materias distintas en función de un nuevo Plan de estudios.

En ese momento seguramente yo no entendía cabalmente –y con esto cierro– qué era exactamente lo que había pasado en la dictadura. Sí sabía que le habíamos entregado Folklore Español a Mirtha, que comenzó descerrajándoles a sus alumnos unas clases acerca de los modos de producción porque si no, de ninguna manera podía explicar qué era lo que pasaba con los campesinos de Argelia. Pero sí sabía lo que había sido mi experiencia con Blas Alberti, con quien habíamos dictado, durante el año '84, mientras se discutía el nuevo plan, Historia del Pensamiento y la Cultura Occidental convertida en una Historia de la Antropología. Con Blas tomamos en marzo y en julio los exámenes de Historia del Pensamiento y la Cultura Occidental de los alumnos que todavía la tenían como rémora y pretendían rendirla. Y lo que voy a contar ahora suena como sueño o una mala pesadilla: una vez, un alumno, en el aula 100 de Marcelo T. de Alvear, un aula inmensa repleta de gente, vino a dar examen. Ese alumno –que, como todos los que iban a rendir tenían alguna prenda del revés, alguna cábala, porque a los exámenes se venía con cábalas, es decir, con cosas mágicas protectoras para ese momento– nos dijo algo así como que debía un objetivo de los prácticos. ¿Y cuál era el objetivo? Era nada menos que la historia de la esvástica. Imagínense. Yo espero... o tiemblo... espero que sea un mal sueño pero temo que no, temo que esto era cierto. Quizás en el trabajo de digitalización que se va a seguir haciendo en el Departamento de Antropología, ese trabajo histórico sobre la documentación que hay ahí, quizás aparezca el referente empírico de mi mal sueño. O quizás, no.

M. Rúa.: Gracias. Le damos la palabra a Vivian Scheinsohn y a Douglas Cairns –que es muy difícil de pronunciar, es más conocido por Dagui–. Ellos pidieron hablar en forma conjunta así que vamos a ver qué nos traen. Ambos entraron

a la carrera en el '80. Vivian terminó en el '86 y Dagui en el '87. Los escuchamos.

Vivian Scheinsohn

Buenas noches, sobrevivientes de estas jornadas. Para variar, después de todo lo que venimos escuchando, voy a hablar un poquito de la memoria. Primero quiero aclarar que no me gusta León Gieco. Me gustan sus primeras canciones, las que acompañaron mi adolescencia, pero estas últimas que vienen medio fáciles no me gustan. Y una vez dicho esto, quisiera acordarme de la canción esta que suena, la que dice “todo está guardado en la memoria”. Una mentira absoluta. Eso lo puede comprobar cualquiera de mi edad. Nosotros hemos tenido problemas de memoria al tratar de armar esta charla. Los científicos sociales sabemos mucho de esto: gracias a que no todo se guarda en la memoria muchos de nosotros tenemos trabajo. Así que quisiera, antes de empezar, decir que la memoria que tiene uno es la propia. Y por eso con Dagui decidimos hablar en conjunto, para ver si entre nosotros armamos uno, o dos, o tres, o cuatro, con lo que se va acordando cada uno.

Tenemos algunos documentos. Tuvimos la suerte de que en ese entonces no existía Internet y que por lo tanto la única forma que teníamos para que circulara la información era el reciente invento de la fotocopia. Entonces fotocopiábamos y mimeografiábamos cosas. Hay gente acá que no sabe qué es un mimeógrafo. Eso es parte de la inconmensurabilidad entre generaciones. El mimeógrafo era un aparato que servía para hacer copias de un modo relativamente rápido y fácil. Entonces, gracias a eso y a los retazos que van quedando en los cerebros de cada uno, pudimos ir armando un poco este punteo. Un punteo que tiene que ver,

en parte, con cómo surge esta “primavera” después de esos años de oscuridad, con cómo volvemos a la luz.

Nosotros dos tenemos un pie en cada lado: un pie en la dictadura (entramos en el ‘80) y un pie en la transición democrática. Nos graduamos con ese plan transicional, que sigue hasta el día de hoy. Entonces queremos contar un poco esa historia. Para esto habría que remontarse a donde empezó la transición, que fue más o menos donde terminó la mesa pasada: el momento en que empezó a organizarse la Comisión de la carrera, lo que sería el futuro CReCEfyL.

Douglas Cairns

Yo voy a contar algunas cuestiones personales para tratar de mostrar algunas ideas que hemos discutido con Vivian. Ideas no necesariamente compartidas pero que las hemos pensado. La primera idea es, en principio, decirle gracias a la gente de la mesa anterior. Ellos tuvieron un momento difícil en su cursada, tuvieron momentos difíciles presentando sus charlas. Pero gracias a ellos, una persona como yo, que ingresó en los ‘80, pudo “avivarse”. En mi barrio se usaba un concepto que era el de “avivarse”, que se refería a hacerlo sexualmente: uno estaba avivado si conocía el sexo. Y cuando yo ingresé a la carrera en el año ‘80, me avivaron de la política, me avivaron de los desaparecidos, me avivaron de la dictadura. Yo ingresé a los veintidós años y era un gran salame que no entendía lo que pasaba a su lado o que solo entendía lo que estaba pasando muy, muy cerca. Y gracias a esos compañeros que habían ingresado antes que nosotros, que probablemente sufrieron la peor parte, bastante pronto los de mi generación y yo empezamos a vincularnos con ellos, a ir a las reuniones de formación del Centro. De manera que yo tuve la posibilidad de aprender muy rápido

lo que había estado pasando, que desconocía. Eso se lo agradezco a ellos, y además creo que se lo tengo que agradecer a la antropología y a la Universidad.

Éramos recién ingresados en el '81, cuando cerraron la carrera. Me parece que todos los que habíamos ingresado en el '80 participamos de las protestas que se hacían en Marcelo T. de Alvear. No conocemos cuáles fueron los mecanismos que permitieron que se reabriera la carrera pero eventualmente se reabrió y probablemente haya tenido algo que ver la presión de los estudiantes (y quizás bastante más la de los graduados).

También nos tocó vivir, en esa predemocratización, los concursos del '82. Creo que fueron en un momento posterior a la derrota de las Malvinas y probablemente uno ya podía empezar a sentir que se construían como para asegurar ciertas situaciones en las que se preveía que el gobierno de la dictadura iba a caer.

Esta es un poco la primera idea, ¿no? A veces, los militantes políticos transmiten la información, la memoria. Gracias a esos militantes políticos –con los que yo no compartía políticamente porque yo ni sabía lo que era la política en ese momento– pude enterarme de esas cosas y se pudo transmitir la memoria. Me da la sensación de que este ejercicio tiene que ver con eso, aunque en un contexto totalmente distinto (porque aquel contexto era el de la terminación de la dictadura). Me parece que ahora Vivian va a comentar algunas ideas sobre partidos políticos y formaciones militantes.

V. S.: Sí. Lo que comentaban en la mesa anterior, es decir, el surgimiento del CReCEfYL y la organización en comisiones de carreras (algo que pasaba en todas las carreras de la facultad) hasta la formación del CEFyL. Yo me acuerdo bastante de esas primeras elecciones porque uno de los

miedos que teníamos era el tema de los aparatos políticos: como la organización por comisiones por carrera funcionaba bastante bien, temíamos que los aparatos políticos se nos aparecieran por los cuatro costados y que el Centro de Estudiantes empezara a ser de uno, de dos o de tres partidos, y no de los estudiantes que lo veníamos llevando hasta entonces. Y yo creo que eso, en última instancia, se reflejó en que en esas primeras elecciones que se hicieron en el '83, si no me equivoco, hubiera listas independientes. Yo participé de una de esas listas: el Movimiento Transformación Universitaria (el MTU). Una lista que estuvo solo en esa elección. Para las siguientes elecciones del Centro de Estudiantes ya no estaba. Pero, además del temor a que el Centro fuera comido por los aparatos, ese reflejo tenía que ver con formarse políticamente porque teníamos un hueco ahí, como Dagui decía. Mi situación, por ahí, era distinta a la de él: yo sí sabía lo que estaba pasando, dónde me estaba metiendo y los riesgos que se corrían. Mi situación era bastante parecida a la que contaba Claudia en la mesa anterior: mi familia era "progre". Éramos judíos también, pero como mi apellido disimula, no lo padecí tanto. Es más, Adolfo Carpio, profesor de Introducción a la Filosofía por entonces, estaba convencido de que yo debía hablar alemán: me quería hacer hablar alemán en el final que fui a rendir y tuve que insistirle para que me creyera que no tenía idea. Pero más allá de eso no tenía ninguna formación política. Cero. En eso, la dictadura fue sumamente eficaz. Entonces, los que integramos en ese momento el MTU lo tomamos como una escuela de formación política. Nos reuníamos todos los domingos en la casa de una compañera y discutíamos qué queríamos hacer en el Centro de Estudiantes. Incluso tuvimos reuniones con las Madres. Recuerdo esa época como un momento de formación muy fuerte. Y creo que a todos los que participamos en ese movimiento nos sirvió. De he-

cho, en esas elecciones salimos terceros. Nadie se lo esperaba, ni siquiera nosotros. Entonces, viniendo de esa época en la que la palabra política significaba poner en peligro la vida, necesitábamos llenar ese vacío y recuperar el tiempo perdido. Creo que esos movimientos independientes –que eran independientes de partidos políticos pero obviamente políticos– fueron muy importantes.

Y parte de esa formación también se dio en los trabajos de extensión. En ese momento hubo una de las tantas fuertes inundaciones en todo el litoral, y muchos de los que estábamos en esta militancia “antropológica”, por llamarla de alguna forma, nos sentimos convocados a participar de eso. Y eso también fue una escuela importante, de la que les va a hablar Dagui.

D. C.: Bueno, lo imaginamos medio Pimpinela así que vamos a ir hablando un poco cada uno (*risas*). Nos pareció que esto de la relación entre el trabajo gremial político en Antropología y el trabajo en partidos políticos de Filosofía y Letras presenta cuestiones que quizás en ese momento no estaban del todo claras. Y no sé si están claras hoy, pero supongo que los estudiantes de hoy deben lidiar también con lo mismo, o deben pensarlo. Con respecto a lo de extensión, sí, efectivamente las inundaciones del ‘82 fueron terribles. Y se organizaron varias cosas. Primero fueron situaciones de entrega de bienes, de juntar productos. Más tarde fueron trabajos de investigación para ver qué estaba pasando en cada lugar. Eran trabajos de investigación hechos por alumnos: gente de las carreras de Geografía, de Historia. Y más adelante ya fueron situaciones más organizadas con gente de distintas facultades de la UBA que se juntaba para tratar de pensar qué se podía hacer con ese problema social. Esto era en plena dictadura. Pero lo que empezaba a aparecer era que, por otra parte, los grupos de estudiantes de la UBA ya

estaban avanzando, y no solo políticamente sino también hacia el frente social, hacia el frente de los problemas sociales. Sería lo que hoy en día se llama “extensión”, que en aquel momento algunos podíamos llamar “aplicación” o “gestión”. Y esto sucedió inclusive antes de las elecciones del Centro.

Nos pareció importante recalcar –y creo que en esto coincidieron varios de los panelistas, al menos muchísimos de los que yo escuché hoy– esa ambición que tienen los estudiantes de Antropología –y probablemente no solo los de Antropología– de querer hacer el bien, de querer salvar el mundo. Después, cuando crecí, empecé a sospechar si en realidad quería salvar el mundo; y ahora ya estoy un poco maduro y ya dudo de muchas cosas más. Pero pensando en el futuro del plan de estudios y en el futuro de la carrera, creo que habría que combinar dos cosas. Me refiero, por un lado, a esas ansiedades que tienen los estudiantes por resolver cosas, por hacer cosas, por trabajar. Y, a la par, en vez de tener adultos parecidos a mí, que somos medio escépticos y que dudamos mucho, tener adultos que logren llevar esas ganas, esas energías, a situaciones de trabajo en las que se aprenda: que se aprenda a investigar, que se aprenda a trabajar. Quizás se pueda juntar toda esa energía que hay y que no siempre encuentra un cauce. Quizás la extensión de hoy en día sea suficiente. Quizás lo debamos incorporar a un nuevo plan de estudios de una forma más orgánica. No sé, pero creo que puede ser interesante hacerlo.

Ahora voy a hablar de dos experiencias que fueron bastante particulares. Para nosotros, el año ‘84, desde el punto de vista de los estudiantes, fueron cruciales. Fue terriblemente movilizador porque estaba la excitación de la democracia, del alfonsinismo y eso nos movilizaba. Y no importaba si uno había votado por Lúder, por el de la izquierda o por el otro. No importaba. Ya estaba la democracia y se había dejado la noche de la dictadura, o se la empezaba a dejar. De modo

que en ese '84 pasaron cosas que fueron realmente interesantes. Yo voy a hablar de algo para lo que quizás no soy el más autorizado. Me refiero a la formación del Equipo Argentino de Antropología Forense. Creo que esa experiencia fue interesantísima. Yo tuve la suerte de participar en los primeros momentos de esa experiencia y todavía recuerdo –y algunos de nosotros estamos queriendo contar anécdotas porque son muy reveladoras– que después de una exhumación en Boulogne, Clyde Snow, el antropólogo estadounidense, estaba discutiendo con el forense de la policía. Y el traductor, que en ese caso era Morris Tidball-Binz, le estaba explicando al forense de la policía que el agujero que tenía el cráneo que estaban revisando detrás de la cabeza no era de un enfrentamiento porque la bala había entrado por detrás de la cabeza, no por delante. Y el tipo de la forense le decía que eso no lo podía probar porque ahí tenían una ficha que decía que había muerto en un enfrentamiento, y entonces había sido eso. Y Snow tenía una computadora (ahora sé que eso era una computadora) y puso unos cuantos datos y le dijo: “No, pero acá está”. Todo traducido, ¿no?, todo traducido. Y en el medio estaba el juez Padilla, que fue uno de los primeros en reclamar por la actividad de Snow y de todo el Equipo de Antropología Forense.

Y la segunda situación que me toca narrar es un hecho agresivo, que yo hoy lo encuentro un poco incómodo: la movilización estudiantil para que Califano no tuviera más inscriptos. Para hablar de esto quiero contar otra anécdota: yo entré en el '80, y estaba feliz de haber entrado pero había un montón de gente que no había podido entrar porque eran los años en que había examen de ingreso y vacantes restringidas. Pero bueno, era un estudiante feliz. Cursé con las materias de la dictadura, con los docentes de la dictadura, y en el '81 me invitaron al Chaco a recoger mitos. Y, del mismo modo en que se planteó en la mesa anterior, yo fui

feliz. Imagínense: me habían invitado al Chaco a recoger mitos. Pero les tengo que contar lo que me pasó.

Resulta que estaba frente a un señor que supuestamente era de la etnia toba y yo tenía que recoger mitos de ese señor. Y no pude. No pude. En ese momento me di cuenta de que eso no era para mí (*risas*). Tengan cuidado: yo no creo que no haya que recoger mitos, que no haya que hablar con tobas. Pero lo que quiero decir es que yo sentía que eso no era para mí y que en realidad a mí me llamaba mucho más la atención que este hombre parecía muy pobre, que tenía problemas de tierra, que tenía problemas de salud. Pero yo ni siquiera pude hablar de eso porque tenía que cumplir con la orden de recoger mitos. Y bueno, ahí empecé a sospechar que algo no andaba bien. Y después, cuando en el '81 cerraron la carrera y el protagonista de ese cierre parecía ser Califano, empecé a sentir que había algo que andaba muy mal. Y como dije anteriormente, las agrupaciones políticas creo que me ayudaron a entender eso.

En el año '84 teníamos asambleas estudiantiles muy, muy seguidas. Era desgastante ese trabajo pero estábamos tan excitados y ansiosos que lo hacíamos (*risas*). Y bueno, Califano eventualmente dejó la Universidad. Había otros docentes con concursos de la dictadura, pero poco a poco los estudiantes consideramos que quizás no había que ser tan radicales con ellos. Yo quiero comentar uno solo, con el que pude aprender otra cosa que el hecho de que los grupos indígenas son muy distintos, que fue Cordeu. Como ya se dijo, él enseñaba, en su materia Etnología, a Lévi Strauss. De manera que, finalmente, el único con el que tuvimos esta actitud de pedir que no se inscribieran en su materia fue con Califano.

V. S.: Retomo un poco lo que dijo Dagui. En abril del '84 fue el boicot a Califano. Según recuerdo –yo no sé, María

Rosa, vos me sabrás decir— alguien nos dijo en el Departamento que si Califano no tenía inscriptos, no daba la materia. Esa era la única forma de que no la diera porque estaba concursado. Y eso era parte, también, del problema que tuvimos posteriormente cuando fue la discusión del plan de estudios: que, orgánicamente, tenían que participar también los profesores que estaban concursados, lo cual significaba que se enfrentaban los que estaban con los que venían. Con respecto al boicot a Califano, la idea era que no tuviera inscriptos para que no se diera la materia. Yo me acuerdo que en esa época había unas urnas de madera y unas fichas rosas que uno ponía en las urnas con las materias en las que se inscribía, y que nos instalamos al lado de las urnas para explicarle a la gente que se iba a inscribir quién era Califano y por qué no queríamos que diera la materia. Nos habíamos organizado en turnos y habíamos garantizado dos personas durante todos los días de inscripción para que estuvieran ahí, sentaditas, y cada vez que uno se acercaba a la urna, íbamos y hablábamos de Califano. Incluso habíamos hecho volantes para darles. Dagui lo recuerda como algo agresivo. Yo, no. Así que ahí tenemos una primera diferencia. Porque la historia no era “echarle flit” al que viniera a inscribirse sino explicarle. Eso era lo que hacíamos. Aun así, había dos o tres que pusieron su ficha rosa en la urna o sea que el hecho de que no era agresivo queda demostrado en eso (*risas*).

Por otro lado, vinculado con el surgimiento del Equipo de Antropología Forense, en mayo del '84 vino una comisión norteamericana a asesorar a la CONADEP, dentro de la cual estaba Snow. Y me acuerdo de que era exactamente el mismo momento en que se hacía la marcha contra el FMI y que varios de los que estábamos en la marcha terminamos en esa primera reunión con Snow. Él pidió hablar con arqueólogos para trabajar con el tema exhumaciones. Básicamente, con el Colegio de Graduados. Pero todo el mundo

tenía miedo y nadie quería saber nada. Ahora tal vez resulte ilógico pensar en el miedo pero en ese momento, un año antes sabíamos de la presencia de servicios en la facultad, sabíamos que nos estaban espiando y no sabíamos de dónde salía eso. La cuestión es que Snow no tuvo ningún arqueólogo disponible para hacer su exhumación, entonces acudió a los estudiantes. Y lo hizo por medio de Morris. Morris Tidball-Binz era estudiante de Medicina en La Plata y lo había escuchado a Snow en una conferencia y se había puesto hablar con él y de ahí se convirtió en su traductor ya que Snow no hablaba castellano. Y Morris era compañero de escuela de Dagui, entonces todo vino por ese lado.

Uno de los recuerdos que tengo de la marcha contra el FMI era que hacía mucho frío y que había una ginebra circulando, y muchos de los que terminamos en la reunión con Snow estábamos un poquito entonados. Así que fue doblemente delirante la cosa porque estábamos frente a un yanqui que venía a proponernos una cosa que a nosotros nos sonaba alocada, que era ir a exhumar gente. Y con alta probabilidad de que fuera gente que muchos de nosotros conocíamos, con todo lo que eso implicaba, con todas las historias que nosotros sabíamos. Y bueno, encima en ese contexto. La cuestión es que en el año '84 era algo impensable que existiera algo como lo que es hoy el Equipo de Antropología Forense. Yo creo que hay que respetar muchísimo a los compañeros que participaron en esas exhumaciones y en las que siguieron. Y, sobre todo, contando con la oposición de las Madres porque eso es algo que mucha gente hoy no dice pero las Madres fueron las principales opositoras a las exhumaciones. Y hoy vemos todo lo que se pudo hacer gracias a eso, o sea que imaginen lo que hubiera sido si le hubieran hecho caso a esa postura.

En octubre, ante la necesidad de cambiar el plan de estudios, los estudiantes que veníamos organizados en la Co-

misión de Antropología decidimos hacer unas jornadas. La Comisión de Antropología pasó a integrarse al Centro de Estudiantes una vez que este empezó a funcionar. Empezamos a trabajar en ese marco pero nuestro principal proyecto eran las jornadas, que tuvieron mucho que ver con el Primer Congreso de Antropología Social del que hablaba María Rosa: muchos de los que organizamos las jornadas estuvimos allí y vimos que otro mundo era posible. Básicamente fue eso y fue tratar de conquistar ese mundo con un plan de estudios. De las jornadas salió un documento, que lo estuve leyendo (está como facsimilar en uno de los boletines que apareció después). Y se discutieron muchas cosas que se pueden reivindicar inclusive hoy en día. Era algo que hoy tal vez sería muy difícil de hacer porque ahora somos muchísimos. El secreto, el pequeño detalle de ese momento fue que éramos pocos. No éramos la cantidad que somos ahora, entonces podíamos funcionar de una forma orgánica y participando todos. Yo creo que eso va a ser muy difícil de lograr en las jornadas para el cambio de plan de estudios que se viene.

Se hizo una asamblea, al final de la cual salieron nombradas dos personas que iban a llevar las propuestas de las jornadas a las discusiones del Departamento, donde se estaba discutiendo el plan de estudios. Si mal no recuerdo, Dagui fue el elegido para Antropología Social. Y para Arqueología fue Juan Pablo Ferreiro. Ellos tenían que llevar el mandato de las jornadas. Y después había un par de colados, entre los cuales estaba yo, que íbamos más que nada a hacer acto de presencia, a apoyar. Y tengo que destacar que esas discusiones en el Departamento eran terribles porque el nivel de entrecruzamientos, peleas y alianzas era tremendo. Entre los profesores concursados en la dictadura, los profesores nuevos, los arqueólogos, los antropólogos, los antropólogos sociales, los folklorólogos, yo no recuerdo haberme peleado

nunca tanto como en esas reuniones. Obviamente, las peleas fueron productivas porque de eso salió el famoso Plan transicional (que todavía hoy tenemos). Que, renguito y todo era un cambio tajante respecto del que teníamos antes. Para nosotros ese nuevo Plan era un paraíso.

La otra cuestión a la que me gustaría referirme es al *Boletín de los Estudiantes*. Acá tengo unos cuantos números que conseguí rescatar del olvido en algún momento. El boletín empezó siendo una hojita en el año '85. Y gracias a los hábiles oficios de Nelson, un compañero de entonces, se transformó en un grueso cuadernillo. Esa primera hojita que está reproducida facsimilarmente en el boletín del año '86. Y revisando esto, yo me preguntaba por qué se estaba reproduciendo en el año '86 algo que era del año '84 bajo el rótulo "Nuestra memoria". Yo creo que eso tiene que ver con el terror que originó el proceso, el terror de perder la continuidad, de perder la memoria. Teníamos tal terror que ya estábamos recuperando las cosas que habían pasado dos años antes. Y creo que ese terror fue el que nos marcó: nosotros sentíamos una ruptura respecto de lo que había sucedido antes del proceso, que creo que es lo que signó un poco todo lo que pasó después (en el '85 y el '86) que tiene mucho que ver con la recuperación de la memoria, con establecer puentes con las generaciones anteriores.

D. C.: Las jornadas fueron algo increíblemente lindo que pasó porque todos nos pudimos mirar y pudimos hablar y discutir. Después, presenciar el cambio del plan fue una cosa más complicada porque se imaginan que la mayor parte de nosotros venía de planes de la dictadura así que mal podíamos decir algo que fuera demasiado interesante con respecto al cambio de plan que se tenía que hacer. Pero yo rescato de ese momento –y sigo rescatándolo del momento actual– el tema de la participación.

María Rosa se refirió a ese momento como instituyente. Y yo tengo la sensación de que al pasar los años se normalizó y se institucionalizó. Y que quizás una institución, cuando se normaliza, tiene esa pesadez, esa estructura de su mantenimiento que hace que sea difícil cambiarla. Y, ¿dónde podemos buscar las cosas nuevas, los cambios, las creaciones? Eso es un desafío. ¿Cómo generar los procesos, las prácticas, las ideas para que las cosas cambien para mejor, para que se creen nuevas cosas e inventen nuevas cosas? Me parece que en parte la clave está ahí, en la grupalidad, en el encontrarse, en el mezclarse, en el participar. Tengo la sensación también de que la democracia nos ha dejado un instrumento riquísimo. Y que, sin embargo, a los que trabajamos con el conocimiento, los que tratamos de trabajar con el conocimiento, todavía nos queda esa asignatura pendiente: el conocimiento, el conocimiento que se aplica y el conocimiento para mejor. Pero bueno, quizás haya que tener paciencia.

V. S.: Digo tres cosas más, para terminar, que tienen que ver ya con el tema de la organización. Siempre está la idea de que los arqueólogos no participan. Bueno, yo quiero contar acá cosas que hicimos los arqueólogos. Nobleza obliga: yo hasta ahora hablé de un colectivo, de antropología, y ahora voy a hablar un poquito de arqueología. Lo primero que quería contar es que teníamos una Subcomisión de Arqueología, que dependía de la Comisión de Antropología. Y dentro de ese contexto se encararon dos proyectos. Por un lado, una bolsa de trabajo –que durante un tiempo funcionó bastante bien– con la idea de contactar a la gente que estaba fuera de la facultad con los estudiantes. Y por otro lado, una escuela de investigaciones arqueológicas, como la habíamos llamado (hicimos un documento y lo llevamos a las Primeras Jornadas de Política Científica para la

Planificación en Arqueología que se hicieron en el año '86 en Tucumán). Lo que pretendíamos, básicamente, era que funcionara como una escuela de campo. Aprender a hacer campo era una reivindicación de ese momento. Yo encontré los informes de esta Subcomisión con las reuniones que se habían hecho, las gestiones que se hacían para esta escuela de campo. Orgánicamente, al día de hoy no existe. Por suerte sí hay trabajos de campo organizados por la facultad, salidas, pero no una escuela de campo tal como la estábamos planteando en ese momento, que era una reivindicación de la gente de Antropología Social también.

Y lo último que quisiera mencionar es el tema del *Boletín* como factor de crecimiento nuestro. Eso se ve cuando uno mira todos los números juntos, uno detrás del otro: uno empieza a ver notas, la contestación de las notas, que se van dando debates. Y eso va marcando un crecimiento de los que eran estudiantes y que, en algún momento por suerte, terminan recibándose. En ese interín, nos fuimos formando nosotros, que éramos mayores, los que ya salíamos, con las generaciones que venían atrás. Así que le dejamos la palabra a esas generaciones.

M. R.: Para terminar, le damos la palabra a Juan Besse, que es antropólogo, es docente de la facultad y docente de la UNLA. Él entra a la facultad en el '84 y egresa en el '93.

Juan Besse

Ante todo, buenas noches. Les quiero agradecer la invitación a participar en la mesa.

Entré en el '84 y durante los dos primeros años participé con un perfil bajo, tímidamente, de las experiencias de militancia en la carrera de Antropología. En ese momento –y

esto no es un chiste—, yo quería ser como Dagui (*risas*). Y el tiempo me dio la razón porque en ese entonces tenía pelo, rubio, largo y mucho (*risas*).

Cuando ingresé, estaba bastante desayunado de la cuestión política nacional. Venía de una familia que había estado en el exilio, que había regresado, y se había guardado en otra ciudad de la Argentina en tiempos de la dictadura. Sin embargo, la percepción que tengo es que todo eso que Dagui y María Rosa denominaron “instituyente”, para nosotros, los que recién ingresábamos en el ‘84, estaba instituido. Creo que muchos teníamos una representación de que todo ese movimiento no era una cosa novedosa sino que ya tenía un tiempo. O sea, no podíamos captar la celeridad de los cambios y la ruptura que había significado el pasaje del ‘83 al ‘84. Esto se modificó rápidamente porque —y sobre todo pienso en el nivel de los recientes graduados y los estudiantes más avanzados— la transmisión de lo que había sido la dictadura en la carrera operaba muy finamente. Me parece que no era tan así por parte de los docentes, de quienes por entonces no recuerdo mayores menciones a períodos anteriores, hubieran estado aquí o no.

Para completar un poco el cuadro de los ‘80, el nuevo Plan de estudios entró en vigencia en el ‘85 y desde ese mismísimo momento empezaron los cuestionamientos. De hecho, entre el ‘85 y el ‘86, en el seno de la Comisión de Antropología y en las asambleas, surgió una serie de críticas. Por ejemplo, un cuestionamiento al tiempo en el que se había llevado adelante la discusión del plan de estudios porque muchas veces desconocíamos los pormenores de los tiempos que se habían tenido que operar para que esto saliera rápido y colaborar así con la normalización institucional. La cosa fue que en el año ‘87 se realizaron las segundas jornadas de estudiantes, que tenían como lema “El plan de estudios y la investigación”, y como objetivo una modificación

del plan de estudios, una propuesta orgánica que –pensábamos– surgiría de los estudiantes pero que se hacía a partir de una convocatoria al resto de los claustros.

De hecho, a estas jornadas se invitó a docentes y a egresados, como así también a profesores de otras carreras, a personas que trabajaban en organismos públicos de promoción de la ciencia y la técnica (como el CONICET), a dirigentes gremiales de ATE vinculados al sector científico-tecnológico. Es decir, queríamos realizar una suerte de diagnóstico previo a lo que pensábamos era una necesaria reforma del plan de estudios con vistas a un nuevo estilo de profesionalización. Un nuevo estilo que suponía una formación distinta en investigación pero también la posibilidad de adquirir herramientas que permitieran el desempeño de los antropólogos en la gestión pública y en ámbitos no tradicionales. Se realizaron dos jornadas: el 9 y el 14 de septiembre del '87. Una, con el título "La planificación de la investigación social". La otra, "El plan de estudios y la investigación". Y finalmente, los días 19 y 20 de septiembre, se realizaron las Segundas Jornadas de discusión del Plan de estudios. Me acuerdo que fueron en un sábado y un domingo. El sábado realizamos una suerte de evaluación y diagnóstico del plan, y el domingo hicimos propuestas alternativas.

El plan es este que les muestro. Acá hay toda una estructura, que la hizo Dagui (*risas*). Es un plan que, leyéndolo a la distancia, me parece que era muy razonable y con una muy fundada discusión. Por supuesto, en la gacetilla de convocatoria decíamos algo así como que íbamos a tomar como base el plan '85, que la idea era producir rectificaciones, pero que "si era necesario hacer una reforma estructural, lo vamos a proponer" (*risas*). Lo dije casi textualmente. No lo voy a leer para no extenderme.

De la experiencia en las jornadas del '87 surgió una profundización de algo que –pienso– ya era una marca de la

carrera: la existencia de estudiantes militantes, con una militancia puesta en la Antropología como proyecto. Es decir, la Antropología entendida como causa política. Y esto tiene que ver un poco también con esa idea de que era una disciplina eminentemente política o, más aún, que contenía una visión política respecto del mundo y de las sociedades. Y así las jornadas del '87 sirvieron para que militantes provenientes de diversas extracciones políticas –vinculados a eso que en la jerga de entonces se llamaba los “aparatos políticos”– y militantes independientes generáramos acuerdos profundos sobre ciertas cuestiones que nos parecía que había que impulsar en la carrera de Antropología. Y en ese punto, me parece que la militancia de los “aparatos políticos” en Antropología tenía esa característica notable, distintiva: primero la patria, la Antropología; después los aparatos (es decir, el movimiento); y por último los hombres (*risas*).

Inmediatamente después de las jornadas empezó la movilización por la normalización departamental. De hecho, si mal no recuerdo, la resolución que establecía la normalización de las Juntas Departamentales era del año '86 pero durante el año '87 había estado relativamente congelada o en un *impasse*, producto de ciertas relaciones de fuerza al interior de la facultad e incluso en relación con asuntos que estaban sucediéndose en el Rectorado. Es decir que recién en el '88 empezó algo así como la campaña política. Y muchos compañeros que proveníamos, como decía recién, de diversas extracciones, nos empezamos a juntar para armar una suerte de plataforma. Era una plataforma que se asentaba en los debates y las discusiones resultantes básicamente de las segundas jornadas de estudiantes. Teníamos un poco esta visión de que, parafraseando a Kant, la política sin gestión está vacía y la gestión sin política está ciega. Es decir, que era hora de que la representación estudiantil se diera no solamente en un ámbito como el del CEFyL o a

nivel gremial sino que además tuviéramos un espacio para discutir a nivel de la gestión institucional. Y en el año '88 empezamos a trabajar arduamente en lo que fue el armado de esta propuesta.

En el '88 sucedieron varias cosas. Por un lado, a nivel institucional se decidió avanzar con las normalizaciones y se establecieron las elecciones para el mes de octubre. Por otra parte, los militantes empezamos con una discusión respecto de cómo nos íbamos a organizar todos los compañeros que estábamos trabajando, es decir, qué lugar iban a tener los independientes, qué lugar iban a tener las agrupaciones políticas. Algunos de nosotros veníamos de una fuerte militancia en agrupaciones políticas. Yo era peronista: participaba de la JUP (Juventud Universitaria Peronista). Otros compañeros que integraban el espacio que luego iba a ser la Lista Clave venían de una afiliación comunista, de la Federación Juvenil Comunista. Otros venían del tronco filo-trotsky-peronista. Otros, no tanto. Después, teníamos compañeros que decidieron no integrar abiertamente la lista –como el caso de Dagui– pero que era evidente que simpatizaban con el espacio. Y decidimos mantener una línea de cierta horizontalidad, deponer un poco el estilo de trabajo en lo que era la militancia al nivel de las agrupaciones políticas, y convocar a una suerte de asamblea abierta con todos los simpatizantes para elegir a los candidatos de esta lista, que era la Lista Clave.

Ese año estábamos ya en un momento de deflación de la primavera alfonsinista: es el año '88. La fuerza que habían tenido agrupaciones como la JUI (Juventud Universitaria Intransigente) –que constituía el frente FUNAP junto con la JUP– había decaído un poco. Y apareció en el horizonte de la Facultad de Filosofía y Letras una agrupación que se llamaba Compañeros de base. De hecho, en las elecciones para esa Junta Departamental se presentaron creo que tres

listas: la Lista Clave –que integraban básicamente personas provenientes del PC, de la JUP y muchos independientes–, la lista de Compañeros de base, y después una lista constituida por estudiantes, muchos de ellos anteriores al ‘84 (también ahí se había producido una suerte de corte entre generaciones). Y en octubre del ‘89 ganamos la elección con el 49,5% de los votos, cifra que siempre me da risa. La modalidad de elección fue interesante porque primero se decidió quiénes iban a ser las personas por las que se iba a votar como candidatos a titulares y suplentes y luego se votó a sobre cerrado. Por cantidad de votos se iría conformando el lugar de cada uno en la lista. Y de ahí salimos varios candidatos. Yo, en su momento, quedé como cabeza de lista. También estuvo Gerardo Epelbaum como segundo titular, María Inés Pacecca y la Negra Guzmán (que falleció en el accidente de Austral en los años ‘90) como primeras suplentes. También estaban en el tercer lugar Matilde Lanza y Josefina Martínez.

Y la otra cuestión interesante fue que esa modalidad de elección se hizo a pesar de las presiones, más o menos sutiles, que teníamos por parte de los aparatos políticos –en este caso, de la JUP y de la Federación Juvenil Comunista–. En toda la facultad, Compañeros de base hizo alianza con el PC, salvo en Antropología, que era el único caso en que el PC iba en una misma lista con el peronismo. Decidimos en un plenario que no íbamos a contestar ninguna agresión. Que todas las cosas que decían los integrantes de Compañeros de base, algunas delirantes, no las íbamos a contestar. E hicimos toda una campaña con panfletos por la positiva en los que no se respondía –como era habitual en ese momento– cada una de las imputaciones o las injurias de las otras agrupaciones. Bueno, así llegamos a la Junta Departamental en el ‘88.

A fines de ese año fue el levantamiento de Villa Martelli. A principios del ‘89, La Tablada. El clima en el ‘89 no era es-

pléndido. Se anticipó la salida de Alfonsín y se produjo una suerte de caída de esta especie de mística o de espiritualidad militante que nos movía. Y comenzaron a darse discusiones internas respecto de qué hacer. De hecho, los compañeros que venían con filiación en el PC decidieron de algún modo abandonar los cargos. Y los peronistas, siempre ávidos de poder, continuamos sosteniendo la gestión en Junta hasta el año '90 (*risas*).

Bueno, lo que queda por contar es el *racconto* de lo que se hizo. Que, en parte, puede parecer poco, pero creo que tuvo que ver con este aprendizaje gris y rutinario de sostener las reuniones y discutir puntos y designaciones, que era toda una serie de prácticas que, al menos hasta ese momento, no se habían dado en el Departamento a partir de un colectivo o de un colegiado como pueden ser las juntas departamentales. Y, naturalmente, lo que ocurre es que cuando uno se responsabiliza y asume la gestión y tiene que tomar ciertas decisiones que no son del agrado de las reuniones asamblearias, se produce una deslegitimación. Lo que quiero decir es que rápidamente pasamos de ser dirigentes prometedores a ser una suerte de burócratas. Recuerdo, por ejemplo, la elección de María Rosa como directora. Me acuerdo que nosotros fuimos como lista a decir a una asamblea: "Bueno, termina el mandato de Herrán. Nosotros, como estudiantes, tenemos una serie de discrepancias con la candidata, pero vamos a aceptar un arco que va desde la votación positiva por María Rosa a la abstención. No vamos a votar en contra". En ese momento nos convertimos en traidores. Es más, recuerdo que yo trabajaba en el CONICET y ese día fui con corbata a la asamblea, o sea que la situación era doblemente complicada (*risas*).

Sostuvimos el trabajo hasta el año '90 cuando, claramente, ya la agrupación que había respaldado nuestra llegada ahí no existía como tal. Y con esto quiero terminar la char-

la. Me parece que frente a esa evidencia de inexistencia hicimos algo interesante. Justo encontré en mi archivo un documento –con una retórica que a la distancia puede parecerme entre cómica y grotesca– pero que a pesar de eso contiene muchas verdades. No verdades en el sentido de una verdad de adecuación o de un juicio lógico sino verdades en términos de nuestra singularidad como grupo, que incluye hasta aquello que no sabíamos o podíamos transmitir y que sin embargo se transmite. Se llama “Más vale tarde que nunca” y es el balance de nuestra gestión como estudiantes de la Lista Clave en la Junta. Ahí hacemos todo un *racconto* de cuestiones más “cabezonas” y reflexivas, y también de las acciones que llevamos adelante. Y lo que quedaba claro era que nuestro espacio político, el de la Lista Clave, quedaba vacante.

Por esa época, compañeros de otras cohortes, un poco más chicos que nosotros, se empezaron a nuclear. Era lo que después sería El Malón. Y nosotros, con un estilo excesivamente didáctico, queríamos hacer reuniones para transmitirles nuestra experiencia. Una suerte de reuniones de enseñanza (*risas*). Entonces íbamos los consejeros a contarles cosas: les decíamos que tenían que conocer el Estatuto Universitario, el Reglamento Académico, etcétera. Bueno, lo que creo que prosperó de estos encuentros es que finalmente nosotros advertimos que no era posible esa transmisión y nos situamos en una posición de desecho (*risas*). Es decir, fue posible la renovación porque nosotros no quisimos tener más palabras orientadoras sobre nada (*risas*). Lo que resultó después corre por cuenta y cargo, obviamente, de los votantes y de quienes estuvieron en las agrupaciones. Pero sí puedo decir que a principios del año ‘90 decidimos que nuestra actuación política en ese nivel había terminado y que les dábamos lugar a otros. Y que si eventualmente aquello que habíamos hecho podía servir, bienvenido. Muchas gracias.

El impacto de las políticas neoliberales en la producción antropológica. 1992-2001

*Panelistas: Raúl Carnese, Vanina Dolce,
Ana María Lorandi, Alicia Martín, Jorge Micelli
y Daniel Oliva, Mariana Rabaia y Alejandro
Goldberg | Coordinadora: María Cecilia Scaglia*

En este panel nos propusimos reflexionar acerca de las formas en que las políticas de ajuste de la educación pública y de recorte de financiamiento a la investigación, condicionaron el desarrollo de la antropología local. Pusimos un énfasis particular en los intentos de implementar la Ley de Educación Superior en la UBA, las restricciones del ingreso a la carrera de investigador del CONICET y las distintas propuestas de reforma del Plan de estudios.

Por problemas técnicos, no pudo ser desgrabado, de modo que a diferencia de los paneles anteriores, aquí reproducimos las presentaciones que cada panelista nos envió en forma escrita.

Ana María Lorandi

Mi opinión es que durante estas Jornadas se le ha otorgado poca importancia al desarrollo de las investigaciones y al proceso de formación de nuevos investigadores o de profesionales con aptitudes y competencias para abordar

la solución de problemas sociales a partir del retorno de la democracia. El pasado difícil y perseguido de los antropólogos les impide, evidentemente, reconocer los esfuerzos realizados por ellos mismos para superar esa nefasta etapa de represión militar. Una etapa que no hay que olvidar pero es insano quedar atrapados en ella.

La recomposición de la disciplina se hizo desde adentro de nuestra propia comunidad y eso debe ser reconocido. Una tarea que se ha venido realizando seriamente en los veinticinco últimos años y a la que no se le ha concedido la importancia que merece. El sustrato que predominó en los paneles anteriores fue la preocupación política a secas, lo que da por resultado que una buena parte de los alumnos crea que una forma de ejercer la democracia es que el Estado les envíe una limusina para buscarlos en la casa, o que si hay veintiún candidatos para un cargo *ad honorem*, la equidad consiste en nombrarlos a todos.

No se piensa en un tipo de compromiso serio dedicado a formar profesionales competentes. No se trata de privilegiar solo la investigación pura, con un modelo elitista encapsulado, se trata de asumir la enorme responsabilidad de formar especialistas en las CIENCIAS DEL HOMBRE, con los instrumentos idóneos para hacerlo y para cumplir la misión de “salvataje de la humanidad” que muchos dijeron que pretendían hacer en los años ‘60-‘70. Si tienen ese ideal, simplemente hay que trabajar para conseguirlo, no gastar las energías en discursar o parlotear sobre los derechos humanos, sino en prestar atención a la enorme responsabilidad que tiene un antropólogo que elige una carrera con preocupaciones de acción social.

Tal vez para cambiar un poco el eje en el que se han desenvuelto estas Jornadas es necesario resaltar la labor docente y de investigación realizada a partir del retorno de la

democracia y de la conquista de un espacio universitario plural y responsable. En esta línea quiero destacar el rol de los Institutos en este proceso creativo. Cuando me hice cargo del Instituto de Ciencias Antropológicas a comienzos de 1984 estaba integrado por cinco personas (arqueólogos y antropólogos biológicos) y un grupo más numeroso radicado en la Sección de Folklore que dirigía la señora de Vidal de Battini. Alejandra Siffredi y Edgardo Cordeu participaban como grupo independiente en una poco institucionalizada sección de Etnología. La política fue reunirlos en un solo Instituto de Ciencias Antropológicas y subdividirlo en Secciones dependientes de acuerdo con competencias temáticas creando un marco institucional formalizado. En ese momento pareció ser un modelo ideal que otros sectores de la Facultad imitaron pero que actualmente considero que debería ser reformulado. En esa línea de trabajo se crearon las Secciones de Antropología Social, Etnohistoria, y Arqueología, y se incorporaron las de Folklores y Etnología.

Simultáneamente se trabajó en el CONICET para conseguir becas y subsidios. En la política de subsidios CONICET modificó rápidamente los criterios con los que se otorgaban hasta 1984. Ya no fueron individuales sino destinados a financiar las investigaciones de todos los miembros de un equipo con el objetivo, claramente declarado, de fomentar la política de formación de recursos humanos para lo cual, simultáneamente, se aumentó el número de becas y se flexibilizó el ingreso a la carrera de Investigador.

La Universidad también comenzó a implementar el sistema de becas, incluso para estudiantes, que fue y es altamente estimulante, favoreciendo la formación de equipos integrados por profesores, graduados y estudiantes. Al mismo tiempo se otorgaron los primeros subsidios de investigación. Obviamente esta tarea no fue lineal, fue necesario

aprender, probar y corregir y también construir marcos institucionales que contuvieran y controlaran todo el proceso de fomento de la investigación y de formación de recursos humanos. En esta tarea es imprescindible reconocer la labor pionera de Mario Albornoz.

Asimismo la Facultad inició la organización del posgrado y del doctorado. Se produjeron largos debates entre los más elitistas y los que se ajustaban a las condiciones imperantes, variadas y con tradiciones disciplinarias diferentes, pero el proceso continuó hasta la creación de la Comisión de Doctorado y la elaboración de normas que garantizaran el seguimiento y los controles académicos.

A todo esto sumamos la tarea de reflotar o reavivar la edición de revistas como *Runa* y se comenzó la publicación de *Cuadernos de Antropología Social*, *Folklore*, *Memoria Americana*, *Arqueología*. Se publicaron libros y se conformó el Consejo Editor.

Si bien la Universidad continuó en los años '90 con la obra y la política emprendidas el CONICET volvió a caer en manos de los mismos grupos que lo habían controlado durante la época del Proceso. No solamente fueron grupos de derecha sino, lo que es peor, eligieron a los más mediocres. Un ejemplo fueron los comentarios sobre y el rechazo de la Tesis de Mabel Grimberg que todos recordamos. El ingreso a la carrera de Investigador o las promociones se interrumpieron o se limitaron y esta política restrictiva fue acompañada con la reducción de cupos de becas. Felizmente no dejaron de otorgar subsidios a los que ya estábamos en carrera.

Lamento que las Jornadas no hayan sido una fiesta para todos, sino solo para los politizados. Lamento que se haya postergado tantos días el mostrar todo lo que se ha hecho en esta última etapa. Lamento que no se haya señalado el enorme esfuerzo de construir una disciplina desbastada, partiendo de un bajo nivel de formación, porque los docentes han

crecido enormemente y no hicieron el esfuerzo de hacerlo relevante. Yo que llegué aquí desde otra Universidad, que tenía una larga trayectoria en arqueología, puedo mirar retrospectivamente el proceso de maduración de aquellos jóvenes profesionales que tuvieron el coraje de asumir la responsabilidad de formar a las nuevas generaciones y que hoy son profesores e investigadores destacados. En los paneles anteriores no se ha hablado de este interesante proceso y solo nos convocan para un panel que apenas tiene público. Perdieron la oportunidad de que les hiciera la apología, que resaltara los logros, como copartícipe pero desde la privilegiada situación que me otorgan mis canas, todo por ceguera política. Pero hay algo más grave aún: no se ha hablado de las contribuciones de los antropólogos de la Facultad al desarrollo de la disciplina, de los encuadres (y modificaciones) teóricos que se fueron gestando en estos años y de su impacto en la antropología nacional o internacional o al menos regional que en mi opinión es rica, estimulante y que los alumnos aún no la saben reconocer.

Raúl Carnese

En este panel, en el que se analizarán los acontecimientos que marcaron el quehacer de la antropología en la década de 1990, se acordó presentar un breve análisis sobre las políticas que se generaron en esa época y de cómo las mismas impactaron en la docencia y la investigación de las Universidades Públicas, particularmente, en la Universidad de Buenos Aires. Dentro de este marco, los panelistas que participan de esta mesa se referirán, posteriormente, a aspectos específicos vinculados a la problemática y al desarrollo alcanzado por la antropología en la Facultad de Filosofía y Letras.

Se intentará, entonces, señalar los hechos más significativos que influyeron sobre la política educacional de la época de referencia.

El derrumbe de la Unión Soviética y la caída del muro de Berlín a fines de la década de 1980 significaron la ruptura del mundo bipolar y el establecimiento de un nuevo orden imperial bajo la hegemonía de Estados Unidos, sin rivales existentes que compensaran su influencia a nivel internacional. En ese contexto Williamson en 1989 propuso para América latina un plan que denominó el *Consenso de Washington*.

Una de las propuestas más significativas del *Consenso* esta relacionada con la liberación del comercio. Se sostenía que las restricciones comerciales debían ser inmediatamente eliminadas por aranceles y que estos tenían que ser progresivamente reducidos. Otra proposición de igual importancia y en concordancia con lo anterior era la necesidad de liberar las inversiones extranjeras de las limitaciones que les imponían las políticas de protección a la industria nacional, porque impedían la entrada de nuevas empresas y limitaban la competencia. Esta política de desregulación, de privatización de las empresas públicas, de disciplina fiscal, de reordenamiento del gasto público y del resguardo de los derechos de propiedad, constituían los hechos de mayor trascendencia que impuso el neoliberalismo en la década del '90. En ese documento existía, también, una exacerbada crítica a las políticas que aplicó el Estado desde fines de la Segunda Guerra Mundial y hasta la década del '70. Se consideraba que el Estado no debía ocuparse de la regulación de los mercados financieros, de garantizar la competencia, de contribuir al desarrollo de la industria, de la educación y de la salud, así como tampoco, de la protección del medio ambiente. Estas recomendaciones que debían ser adoptadas

por los países de América Latina, eran defendidas y sostenidas por el FMI, el Banco Mundial y el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos.¹

El *consenso* fue *consensuado* y llevado adelante por la mayoría de los países latinoamericanos, siendo la Argentina el país que jugó el rol más destacado en su aplicación. Es dentro de este marco que analizaremos brevemente, a vuelo de pájaro, la influencia y penetración que esa proposición tuvo en la Universidad Pública y, particularmente, en la UBA.

Menen en el año '89 comenzó a aplicar y profundizar ese plan, que en realidad fue una continuación del que ya había iniciado la dictadura cívico-militar en el año '76. En 1995 el gobierno sanciona la Ley de Educación Superior (LES) N° 24591/95. Con esta ley se intentó limitar la autonomía de las universidades públicas, restringir el ingreso, arancelar los estudios de grado y estimular el desarrollo de posgrados arancelados que afectaron la calidad de la enseñanza de grado, en aquellas unidades académicas donde su implementación fue sustantiva. De acuerdo con Vior (2000) el gobierno menemista implementó “todas las medidas recomendadas por el Banco Mundial en sus documentos sobre la educación superior en América Latina. Se reemplaza la preocupación por la democratización interna y externa de las universidades, por el logro de *eficiencia, calidad y equidad*. Sin haber efectuado ningún estudio, ningún diagnóstico que diera cuenta de la realidad que se vivía en el sistema universitario nacional y desconociendo la historia de nuestras universidades se adopta una serie de medidas que implican la puesta en vigencia de un modelo al cual hemos

1 Torres J.J., “Desde el Consenso de Washington a la concepción del regionalismo abierto y sus efectos sobre América Latina. Los errores que no debemos repetir”, III Congreso de Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de La Plata, noviembre de 2006.

denominado el de la *universidad del neoliberalismo y del neo-conservadurismo*".

Paralelamente a la restricción del presupuesto universitario el gobierno creó dieciséis nuevas universidades nacionales, con la finalidad de tener mayor ingerencia política en el Consejo Interuniversitario Nacional. Además, surgieron veintitrés nuevas universidades privadas e se introdujeron criterios empresariales en la gestión pública.²

Esta política restringió, aún más, el escaso presupuesto asignado a la Universidad Pública y al desarrollo científico-tecnológico que, por otra parte, fue considerado un gasto y no una inversión.

A su vez, la desregulación salarial del personal docente, conjuntamente con los incentivos a la investigación, generaron diferencias entre las Universidades y entre los propios docentes e investigadores con consecuencias no deseables, tanto al interior de los grupos de investigación como al de los gremios docentes. Esas medidas produjeron divisiones y debilitaron, en parte, la organización de acciones conjuntas de los claustros universitarios para enfrentar la embestida del gobierno contra la Universidad Pública.

Qué hicieron las universidades para enfrentar esa política de ajuste que se implementó en un contexto sumamente desfavorable para las mismas, dada la existencia de un marcado reflujo del campo popular. Fueron varias las medidas adoptadas para resistir el embate neoliberal de vaciamiento de la enseñanza y de la investigación científica en las unidades académicas. En lo que concierne a la UBA, el conjunto de la comunidad universitaria se expresó públicamente, mediante numerosas manifestaciones, en defensa de la universidad pública, autónoma, gratuita y laica y por

2 Vior S., *Políticas para la Educación Superior en la década del '90*, UNISINOS, 2000.

un mayor presupuesto universitario. Con esa activa participación y movilización se logró que la LES no fuese aplicada en nuestra universidad. Se impidió, también, el recorte presupuestario propuesto por Menen, provocándole una de las derrotas más significativas desde que asumió su gobierno en el año 1989 y, posteriormente, el del Ministro de Economía Ricardo López Murphy quien intentó recortar 361 millones de pesos de un presupuesto total de 1.801 millones de pesos asignados a las universidades, lo cual hacía descender ese monto a 1.440 millones de pesos. Es necesario realizar este comentario, porque nos está indicando que los intentos de desfinanciar las universidades públicas continuaron profundizándose con el gobierno de la Alianza.

Sin embargo, si bien se logró impedir los recortes presupuestarios arriba mencionados, no se pudo revertir el ahogo financiero a que fue sometida la Universidad durante toda esa década.

Con respecto al sistema científico tecnológico se acentuaron las limitaciones para el ingreso a la carrera de Investigador Científico del CONICET y fueron escasas las becas asignadas a jóvenes graduados para que se iniciaran en la investigación científica.

La Universidad de Buenos Aires, en cambio, pese a las limitaciones presupuestarias, intentó mantener su política de apoyo a la investigación científica, asignando recursos al área de ciencia y técnica que posibilitaron la continuidad de grupos de investigación ya consolidados y de aquellos que se encontraban en su etapa de formación. Así, por ejemplo, durante las programaciones científicas 1991-1994, 1995-1997 y 1998-2000 se financiaron un total de 521, 856 y 1.103 proyectos de investigación, respectivamente, que sumaron un total de 2.408 proyectos. De ese total, 672 fueron asignados a Ciencias Exactas y Naturales, 384 a Filosofía y Letras,

283 a Farmacia y Bioquímica, 201 a Medicina, 163 a Agronomía y el resto a otras unidades académicas. Hacia principios de la década de 2000, en la programación correspondiente al bienio 2001-2002, en Ciencias Exactas y Naturales y en Filosofía y Letras se invirtieron \$ 1.320.998 y \$ 839.705 para 174 y 135 proyectos de investigación, respectivamente. Al interior de nuestra unidad académica, Antropología recibió la mayor inversión \$ 197.100, seguida por Letras con \$ 188.615, Educación con \$ 172.150, Historia con \$ 138.470, Geografía con \$ 84.300, Arte con \$ 65.340 y Bibliotecología con \$ 3000.³

Estos datos muestran que la UBA y el conjunto de su comunidad universitaria, a pesar de la fuerte restricción presupuestaria a la que fue sometida por el gobierno nacional, sostuvo una política de apoyo al desarrollo científico y tecnológico en la medida de sus posibilidades.

Hay que tener en cuenta que más del 90% del presupuesto universitario correspondía y sigue correspondiendo a sueldos del personal docente y no docente y que el resto se emplea para mantenimiento, pago de servicios, construcciones, etcétera. Por esa razón, aunque muchas veces cuestionadas, algunas unidades académicas apelaron a diversas alternativas para generar recursos propios, como una forma de paliar la apremiante situación económico-financiera a la que se había llegado.

En líneas generales, este era el cuadro de situación de la UBA. Es dentro de este contexto que los panelistas de esta mesa analizarán los problemas, avances y retrocesos que nuestra disciplina experimentó en aquella época, por otra parte, tan cercana.

3 Programación Científica 2001-2002. Serie Ciencia y Tecnología en la UBA. Secretaría de Ciencia y Técnica, 2001.

Alejandro Goldberg⁴

El Bokete antropológico: una experiencia de nuevas formas de pensar, decidir y hacer la política del movimiento estudiantil de los '90.

Así como pensar en diciembre de 2001 resulta un ejercicio indispensable para mantener viva la memoria y evitar que se repita el estallido de la bomba neoliberal con sus consecuencias en todos los ámbitos de la vida social, cultural y política de nuestro país, recordar los años de la militancia estudiantil de los '90, tanto en Filo en general como en nuestra carrera en particular, ayuda a la reflexión sobre el presente y los caminos posibles de cara al futuro.

Los estudiantes que ingresamos en la carrera a principios de la década del '90, en pleno menemismo, nos encontramos con una situación en estrecha relación con lo que sucedía en el contexto nacional e internacional; esto es, el avance de la globalización neoliberal uniformadora como etapa de desarrollo del capitalismo a escala mundial. ¿Cómo se tradujo lo anterior en el plano universitario, concretamente en la UBA? Mediante la imposición de la Ley de Educación Superior menemista, a través de las subvenciones a proyectos del Fomec-Banco Mundial que generarían más endeudamiento o con los reiterados intentos de privatización de la educación pública, para enumerar solo algunos elementos presentes. Al mismo tiempo, al interior de la UBA, la UCR manejaba –casi como lo hace actualmente mientras, por otro lado, tilda al gobierno kirchnerista de autoritario y corrupto– el plano académico, gremial y financiero de la institución como si de un comité radical se tra-

4 Investigador del ICA-Seanso (CONICET), profesor del Seminario Antropología y Migraciones Internacionales (primer cuatrimestre, Departamento de Ciencias Antropológicas, FFyL, UBA), Director del GIISPI.

tase. Lo anterior, incluyendo a la agrupación mafiosa Franja Morada, cuyos principales dirigentes se enriquecieron a costa del dinero de las fotocopias de los estudiantes (algo parecido a lo que sucede en la actualidad con los centros de estudiantes “gobernados” por los partidos trotskistas, los cuales constituyen verdaderas cajas para los burócratas de sus respectivas direcciones).

Digamos que el movimiento estudiantil carecía de la representatividad que las circunstancias de por entonces requerían, en un momento en el cual la resistencia contra el enemigo externo menemista iba en aumento, con la consecuente participación de estudiantes independientes sin organización, pero con cabeza propia, creatividad y fuerza para la lucha.

En este marco nace, crece y se desarrolla el Bokete antropológico, una agrupación independiente integrada por estudiantes que habíamos tenido una experiencia previa –positiva en tanto experiencia, negativa en cuanto al desencanto político-partidario– en otras agrupaciones estudiantiles de “izquierda”, a los que se sumaron estudiantes sin experiencia anterior en la militancia. En este sentido, el Bokete, desde su misma concepción en 1995, está influenciado por el levantamiento del EZLN del 1 de enero de 1994 y su impacto en la cultura política latinoamericana. Retomamos así planteamientos zapatistas relacionados con una nueva forma de pensar, decidir y hacer política como el “mandar obedeciendo”, la “igualdad en la diversidad” y el “para todos todo; nada para nosotros”, aplicándolos a la organización estudiantil y gremial, defendiendo los derechos e intereses de los estudiantes y promoviendo su participación como sujetos críticos activos en los procesos, con los aciertos y errores propios de vivir en carne propia la experiencia y de carecer previamente de ella.

En lo que se refiere al plano ideológico-político-episte-

mológico de la academia, la Antropología de los '90 estuvo hegemonizada por corrientes posmodernistas o pseudomarxistas mecanicistas; las primeras, dominantes en buena parte de las ciencias sociales hasta los primeros años del siglo XXI. La tarea que se propuso el Bokete fue entonces abrir agujeros tendientes a perforar y romper esa hegemonía del pensamiento y la práctica antropológica y filtrar alternativas, encontrándonos en la práctica de nuestros fundamentos sobre el papel del antropólogo como científico social y el rol del conocimiento como instrumento de transformación, con otros como nosotros, iguales pero diferentes, entre profesores, estudiantes y no-docentes de la facultad, además de los actores sociales con los cuales interactuamos y agrupaciones independientes afines de la UBA.

Recorrimos un camino que sobre todo mejoró el alma de quienes lo vivimos: la muestra más empírica de ello es reencontrarnos quince años después, cada uno desde su lugar pero en la misma vereda, con sueños retomados y compartidos por realizar y realizados, y otros cada vez más tangibles.

Al igual que en aquellos años, miramos lo profundo del continente americano, apostando por los procesos de cambio y el protagonismo de los pueblos que lo integran, contra toda forma de injusticia, intolerancia y opresión; pero a diferencia de la década neoliberal de los '90, hoy junto a los gobiernos nacionales y populares que elegimos. Como hace quince años, seguimos convencidos de que el conocimiento nos compromete con la realidad que nos muestra. Desde entonces, acompañamos a la Antropología en el reconocimiento y el respeto de la diversidad humana y cultural, de género, de opción sexual, de creencias religiosas/supersticiosas, etcétera, creyendo en el humilde aporte que puede producir como disciplina en la construcción de un mundo nuevo y mejor; de un país libre, justo y solidario; de una universidad pública, laica, gratuita, democrática y de calidad.

Alicia Martín

Quiero agradecer en primer lugar esta invitación para participar de la mesa N° 6 sobre el impacto de las políticas neoliberales en la producción antropológica. En segundo lugar, agradecer en forma más amplia a los organizadores de las Jornadas por la feliz iniciativa de juntarnos para recordar e intercambiar experiencias sobre la práctica universitaria de la Antropología en esta Facultad de Filosofía y Letras en los últimos cincuenta años de historia argentina.

Para quienes como en mi caso estudiamos durante períodos de dictaduras, las expectativas de cambio a partir de 1984 fueron enormes. El regreso al régimen constitucional había avanzado firmemente en la institucionalización de las universidades nacionales. Se abrieron concursos, se modificaron los planes de estudio de la dictadura, los Departamentos funcionaban con autoridades electivas y Juntas Departamentales, se consolidaban espacios y equipos de investigación en temas y con colegas silenciados por la noche y la niebla dictatoriales. Este avance en la recuperación de la vida universitaria se vio sin embargo, en pocos años, enfrentado con las medidas privatizadoras de la mercadotecnia neoliberal.

La década de los '90, que nuestra colega Estela Grassi y otros autores han denominado “la nueva década infame” del siglo XX, marcó la consolidación de un auténtico proceso de hegemonía neoliberal, una destrucción de las más antiguas conquistas sociales, que vinieron a completar el desguace del Estado y la Nación, que no habían alcanzado a realizar los dictadores del Proceso (1976-1983).

En nuestro país, algunos de los indicadores de exclusión social que exhibe el actual modelo de “globalización” pasaban por la “flexibilización laboral” y el aumento del desempleo, el congelamiento de los salarios, la asfixia crediticia y

la especulación inmobiliaria que dejaron a miles de familias sin hogar.

Este avance tuvo iniciativas muy concretas sobre la educación, y la educación universitaria en particular, que quisiera ir señalizando. Me voy a referir al ámbito más restringido de la Antropología en nuestro medio, dado que Raúl Carnese caracterizó con profundidad y detalle el marco general de la década para América Latina y el mundo.

En el Departamento de Ciencias Antropológicas se consolidaban las áreas del nuevo Plan de estudios sancionado en 1986. Para muchos, este plan quedaba viejo aun cuando recién se lo estaba instrumentando. Sin embargo, creo que desde las cátedras formadas por el nuevo Plan se iba poniendo a prueba una dinámica de trabajo que contribuyó enormemente a consolidar equipos de trabajo y a formar docentes y profesionales. Para aspectos como la vieja estructura de cátedra, considerada para muchos como un sistema obsoleto, jerárquico, decimonónico y poco dinámico, considero que en esos momentos fue altamente constructivo. Había que reinventar por un lado una nueva antropología y, por otro, lograr acuerdos y fundar criterios entre viejos y jóvenes, graduados antiguos, regresados de exilios y generaciones recientes. El funcionamiento de las cátedras brindó un espacio de aprendizaje e intercambio que no se lograba en otros ámbitos. Las reuniones de cátedra para armar programas de materias, para seleccionar temas y cuestiones, bibliografías, autores, duraban horas de fructífero trabajo colectivo. Despertaban gran entusiasmo, para algunos quizás porque estábamos reeditando el funcionamiento de los viejos grupos de estudios. Creo que la dinámica de reunir distintas generaciones de antropólogos con vistas a seleccionar qué y de qué maneras transmitir un área de estudios y la propia actividad antropológica, fue un sostén fuerte y valioso para discutir la Antropología y resistir el plan ma-

cabro de aniquilamiento de la educación superior pública y gratuita. Todo esto con sueldos escasos y nombramientos interinos, que nuevamente convertían a la docencia universitaria en una forma de reciprocidad de los graduados al sistema de la gratuidad universitaria.

La medida de arancelamiento de los estudios superiores no pudo implementarse. Lo mismo sucedió en nuestra carrera con el impulso a la creación de títulos intermedios o carreras cortas. Los sueldos docentes, congelados como todos los salarios, se paliaban en su deterioro con el invento de la figura del *docente-investigador*, y la puesta en marcha del *régimen de incentivos a la investigación*, eufemístico modo de referirse a una compensación salarial que ocultaba la precarización del trabajo del docente universitario. Tema aún pendiente.

En esos momentos de zozobra, cuando nuestras convicciones y sueños se aplastaban bajo la máquina demoledora del desguace del Estado y del aparato productivo del país, quienes nos desempeñábamos como docentes de materias de los primeros años de la carrera de Antropología, notábamos que mucha gente se ponía a estudiar. No eran solo los jóvenes que habían culminado su educación media, ni eran profesionales o jubilados que suelen frecuentar nuestra carrera. Eran personas que se habían quedado sin trabajo, que habían perdido sus casas, y que encontraban en estas aulas un lugar de encuentro para pensar, para dejar sus terribles preocupaciones un rato de lado. ¿Y qué estábamos ofreciendo nosotros en esta Facultad? No teníamos soluciones, ni patrones ni ninguno de los papeles moneda que circulaban en esos días. Yo diría que solo teníamos el capital social y simbólico de la Universidad nacional libre y gratuita. Pese a la omnipotencia imparables del avance privatizador, la UBA en general y nuestra Facultad en particular, lograron armar una línea de defensa alrededor de las banderas de la Universidad democrática, igualitaria, laica, gratuita y autónoma.

Desde ya, no eran valores nuevos. Pero creo que fueron el común denominador desde donde resistimos la dominación neoliberal.

La carrera en otras universidades

Un ejercicio de amplitud de visión (que en rigor había comenzado con los exilios durante las dictaduras), fue poner en relación nuestra formación y titulación de grado respecto de otros países. Ya se había advertido la falta de equivalencia de nuestro título de licenciatura con tesis obligatoria, y los títulos de grado en otros países. Nuestro título de licenciatura era un poco más que el grado en ciencias sociales, pero menos que el título de posgrado de maestría. De modo que los jóvenes egresados que partieron becados a realizar sus estudios de posgrado en otros países, debieron aprobar maestrías antes de doctorarse. Y en aquellas épocas, las desalentadoras perspectivas en nuestro país hicieron que muchos de ellos no volvieran y se quedaran trabajando en las universidades o países que los habían becado.

La década de los '90 consolidó la creación del estudio de la Antropología en otras Universidades Nacionales, como Jujuy, Salta y Olavarría. Como área de postgrado, surgía la Maestría en Antropología Social en la Universidad Nacional de Misiones y en la de Córdoba, y en el ámbito privado en el IDES de Buenos Aires. Este proceso de multiplicación de ofertas de estudio para la Antropología resultó paradójico cuando se diluían las incumbencias profesionales para los antropólogos, según la nueva reglamentación del ejercicio profesional impulsada por el superministro Domingo Cavallo. El Colegio de Graduados, que había sido durante la última dictadura un bastión de la actividad profesional de la Antropología, se iba vaciando de contenido y se sostenía por el esfuerzo voluntario y voluntarista de muchos colegas

comprometidos con la causa de la profesionalización. Allí también se realizó un esfuerzo de gran valor para sostener el ejercicio de la Antropología y transmitir su importancia a las nuevas generaciones.

Especialización en la investigación. Consolidación de las instancias de profesorado

Desde 1986, como ha señalado la Prof. Ana María Lorandi, el Rectorado impulsaba un auspicioso plan de becas de grado y de posgrado que culminaba con los doctorados de los docentes becados, y su incorporación al régimen de dedicaciones docentes exclusivas. Con los recortes al presupuesto universitario, la continuidad de las becas en regímenes de docencia exclusiva se vio frenado y nunca más se volvió a implementar. Ya promediando la década del '90, dejaron de concursarse cargos docentes con rentas exclusivas que provenían del Rectorado.

A partir de 1984 el Instituto de Ciencias Antropológicas reorganizó sus anteriores secciones de Arqueología, Folklore y Etnología e incorporó desde 1985 las nuevas Secciones de Antropología Biológica, Etnohistoria y Antropología Social. Magros subsidios permitían desarrollar la investigación científica que, con sus primeros resultados, realimentaba la docencia y aportaba con producción propia de los equipos de investigación a la formación de estudiantes, docentes, y a la conformación del área de posgrado.

Considero importante señalar en este recorrido el incesante proceso de consolidación del área de Profesorado en Ciencias Antropológicas. Si bien esta titulación se contemplaba desde mucho antes, fue recién con la incorporación de la profesora Liliana Sinisi al dictado de Didáctica Especial para Ciencias Antropológicas que se estructuró el área y muchos estudiantes comenzaron así a optar por esta ter-

minación de sus estudios. Señal de que no basta con ofrecer buenos planes de estudio, si no se estructuran también sólidos equipos docentes que los lleven adelante. En este sentido, creo que aún se encuentra pendiente la implementación de una titulación centrada en la gestión o aplicación de la Antropología.

Un balance de este rápido panorama, seguramente incompleto, permite evaluar a la distancia el crecimiento, no lineal ni siempre ascendente, que docentes, no docentes, estudiantes y graduados lograron articular en una coyuntura de sistemática destrucción de la educación pública. Haber mantenido las universidades nacionales, cuando en todas las áreas se “descentralizaban” o enviaban instituciones nacionales a los ámbitos provinciales y aun municipales (escuelas primarias, secundarias, hospitales), fue un esfuerzo y una línea inquebrantable de la comunidad universitaria en su conjunto.

Haber defendido en esos años la gratuidad de la educación superior no solo significaba levantar banderas que desde 1918 establecieron mecanismos centrales de la movilidad social en nuestro país, sino que desafió la ideología de la educación como un negocio o mercancía, para instalar y defender la idea de la educación como un derecho ciudadano inalienable. Ese sigue siendo nuestro compromiso.

Jorge Micelli y Daniel Oliva⁵

El Malón, movimiento estudiantil resistiendo el neoliberalismo

En octubre de 1990, una agrupación estudiantil surgida pocos meses antes, El Malón, triunfó en las elecciones de

⁵ Ex integrantes de El Malón.

la Junta Departamental de Antropología con el 52% de los votos, obteniendo la representación del claustro por la mayoría. El Malón retuvo esa mayoría por dos períodos más, hasta 1996; conformó posteriormente un frente de agrupaciones de izquierda independiente que disputó el centro de estudiantes en 1991 y 1992 (La Mano Izquierda Independiente), aunque por pocos votos no llegó a la conducción del CEFyL; y, finalmente, integrando el Frente de Unidad llegó a la presidencia del Centro de Estudiantes en 1996 y 1997. Es decir, fue una agrupación de estudiantes de antropología con gran protagonismo en la mayor parte de los difíciles años '90, con proyección hacia el resto de la facultad.

No era fácil la militancia en plena hegemonía política, económica y cultural del menemismo. Quizá la particularidad más destacable de El Malón fue no solo haberlo hecho, sino haber logrado trascender las circunstancias de la época: El Malón fue rupturista con respecto a las agrupaciones estudiantiles clásicas, yendo contra la corriente y el opresivo clima de la época, innovando en la forma de hacer política en la facultad, dando relevancia a los problemas gremiales de los estudiantes y discutiendo a fondo la carrera, la estructura universitaria, los problemas nacionales y, también, intentando construir una nueva relación entre estudiantes y política. Todo eso en un momento en el cual hacer política en un sentido transformador había quedado relegado, como decía Menem, “al museo de la historia”.

Para entender a El Malón es importante tener en cuenta el contexto en que se formó. El año '89 fue un divisor de aguas en la política argentina y mundial, que no podía dejar de tener impacto en nuestra facultad y en nuestra carrera. La caída del socialismo soviético, la crisis del final del alfonsinismo y el ascenso menemista con la imposición fulgurante de un neoliberalismo extremo fueron circunstancias que marcaron un cambio de época absolutamente desfavorable

al campo popular, incluyendo por supuesto al movimiento estudiantil. Las agrupaciones políticas existentes en la UBA –salvo la Franja Morada–, la mayoría de ellas brazo universitario de los distintos partidos políticos de los ‘80, se esfumaron de un año para el otro. La militancia prácticamente desapareció, por lo menos la encuadrada en esas organizaciones.

En la carrera de Antropología esto impactó fuertemente. No solo en las condiciones en que se desarrolló la disciplina en los siguientes años, sino en la propia existencia de la carrera, con un presupuesto universitario prácticamente congelado hasta 2003 (lo que implica todo el período que le tocó estar a El Malón y aun más). También el movimiento estudiantil que se había formado en los años ‘80 y que se había consolidado en la Lista Clave llegó a un punto de agotamiento. El Malón empezó a formarse como un movimiento de estudiantes que tuvo que crear sus propias instancias de organización política, habida cuenta de la desarticulación y agotamiento de las existentes en la década anterior.

Momentos claves en la formación de ese movimiento, que finalmente se expresó en la conformación de la agrupación que venció en las elecciones del ‘90, fueron los congresos de Antropología Rural de Salta en el ‘89 y el CAAS de Rosario en el ‘90. Los estudiantes más activos nos organizamos para viajar (sin ningún aporte de la Facultad) y ese esfuerzo formó un grupo grande que pronto empezó a descubrir que compartía una visión de la carrera y nuestro papel en ella. Otro momento importante fue una asamblea en que los consejeros que habían sido electos por la Lista Clave informaron su decisión de votar afirmativamente la propuesta de los otros claustros para la dirección del departamento, pero sin dar lugar a ningún tipo de discusión sobre ello. Esto convenció a muchos de que era necesaria una nueva representación estudiantil que sometiera las decisiones en

la Junta Departamental a instancias de democracia de base. Posteriormente, El Malón siempre defendió el derecho a que se diera espacio a la posibilidad de que los estudiantes mandataran a sus representantes para la elección del/de la Director/a.

Algo parecido sucedió en el CAAS de Rosario cuando, en el encuentro estudiantil previo a la iniciación del congreso propiamente dicho y después de dos días de debate en comisiones, el consejero por la minoría leyó un documento final que no había sido discutido en esas instancias colectivas, provocando el rechazo de la delegación de la UBA que estaba presente. Todos los caminos de la vieja representación aparecían cerrados. La decisión de conformarse como una agrupación que disputara esa representación se caía de madura.

El Malón constituyó una agrupación atípica en sus modos de organizarse y de hacer política. El énfasis en el respeto a las bases era la característica más destacada de su forma de concebir esa práctica. La gran cantidad de estudiantes que lo conformaban hizo que durante un período de algunos años el movimiento estudiantil de la carrera y la agrupación fueran casi sinónimos. Los candidatos que integraban la lista se eligieron en una asamblea abierta con cerca de sesenta participantes, cuando los estudiantes que cursaban no pasaban de los 500. Es decir, algo más del 10% de los estudiantes tenía un vínculo cercano o directamente participaba en la agrupación (este número se mantuvo más o menos estable hasta mediados del '94, en el CAAS de Olavarría). Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que El Malón expresó mayoritariamente a la camada de los estudiantes de antropología que cursó en los primeros años '90. En ese sentido, no fue solo una agrupación estudiantil, fue más que nada un movimiento que canalizó reivindicaciones gremiales, la necesidad de expresión y representación

política y, también, conformó un grupo social con mucha afinidad entre sus miembros, más allá de lo político.

Es importante señalar que la ruptura que El Malón hizo con respecto a las formas tradicionales de la militancia popular cuyas organizaciones habían desaparecido casi en su totalidad con el cambio de época que señalamos, en ningún momento significó un vuelco a la antipolítica, sino todo lo contrario. El Malón se pensaba a sí mismo como una búsqueda de la renovación de la militancia, apuntando especialmente a la reconstrucción de la relación de representación. Los consejeros de la agrupación trataron de construir un vínculo directo con el conjunto de los estudiantes a través de la información de lo que pasaba en las reuniones de Junta, del debate público de nuestra lectura de la carrera, de la búsqueda de instancias democráticas de decisión, de la creación de formas de propaganda (electoral y frente a determinadas coyunturas) que apelaban a expresiones artísticas para romper la monotonía del volante y el afiche clásicos que, al igual que actualmente, inundaban la facultad. Las historietas, los carteles con dibujos y caricaturas, la teatralización en las aulas, dieron a las campañas electorales de El Malón un tinte particular y sumamente efectivo, con mucho humor e ironía. Algunos de esos carteles fueron auténticas obras de arte.

Quizá el momento de mayor auge de la agrupación y de su propuesta fueron las jornadas por el cambio del plan de estudios que se realizaron en 1991. Los militantes de la agrupación nos organizamos para coordinar el debate en todos los cursos de la carrera durante dos semanas (una en los prácticos y otra en los teóricos), con un documento base que provenía de jornadas realizadas un año antes. Fue una experiencia de democracia de base que pocas veces debe haberse visto en la carrera, si no fue la única con esas dimensiones. Participó la totalidad de los estudiantes y la

gran mayoría de los docentes, pues se discutía en el mismo curso. El trabajo de síntesis de todo lo debatido fue arduo y no excluyó contradicciones ni posturas enfrentadas, pensadas como base para las jornadas definitivas de la reforma del plan. Sin embargo, esas jornadas jamás se hicieron por la oposición de quienes en ese momento formaban parte de los claustros de graduados y docentes (nota: todavía en aquel momento se hablaba de claustro de docentes, sin utilizar la distinción estamental de profesores, aunque el claustro estaba formado de la misma forma que ahora).

El Malón centró el grueso de sus reivindicaciones y esfuerzos en el cambio de plan de estudios. Evidentemente, no solo fracasamos nosotros, ya que el Plan no se cambió ni en aquella época ni en los veinte años siguientes. Gran parte de los problemas que señalábamos siguen vigentes y hoy en día forman parte de la agenda inminente de nuestra carrera: la insuficiente flexibilidad del plan, la ausencia de un tronco metodológico-epistemológico que profundice lo necesario en la formación en la investigación y la práctica de campo, las dificultades para aumentar la pluralidad teórica y metodológica debido a la oposición cerrada a la existencia de cátedras paralelas (aunque logramos conformar una, que duró dos años, para Sistemática III, a cargo del profesor Carlos Reynoso), la existencia de un entramado de intereses defensivos que identifica cualquier cambio curricular con la pérdida de poder académico e incluso con una amenaza laboral, la oposición a una participación estudiantil seria en el cogobierno, entre otras. Quizá la estrategia empleada por El Malón haya sido equivocada, al intentar imponer un mecanismo que considerábamos democrático (el debate amplio de estudiantes y docentes), priorizar la metodología sobre cualquier otra consideración y chocar con la oposición de los otros claustros sin tener ni permitirse la posibilidad de apartarse de esa línea.

No fueron pocos los que percibían las prácticas de denuncia de la agrupación sobre las conductas de algunos docentes y cátedras y la prevención contra la práctica de algunos representantes estudiantiles que aprovechaban su cercanía con los profesores para insertarse en la carrera académica, como una política antidocente. Sin embargo, en los hechos, y más allá de las discusiones, a veces muy fuertes, que se dieron en la Junta, los conflictos se dieron con algunas cátedras específicas, y la oposición frontal no pasó de las caricaturas. Creemos que lo sustancial de ese proceso no fue, por supuesto, la confrontación específica con intereses personales o de determinadas facciones internas, sino los numerosos elementos de praxis política horizontal que implicaban la movilización y discusión abierta de cuestiones que normalmente se dirimían en ámbitos restringidos.

La imposibilidad de avanzar en la mayor parte de los ejes que planteábamos se dio también en el marco de una realidad nacional avasalladora como lo fue la hegemonía neoliberal noventista. La fuerza que desplegamos como estudiantes, como movimiento estudiantil movilizadísimo cuando el grueso de la sociedad se hallaba desmovilizada, no encontró circunstancias medianamente favorables para tener mayor eficacia. Nos terminamos desgastando en la dinámica interna sin poder integrarnos en movimientos populares que le dieran sentido por fuera de la carrera y la facultad. El hecho de que la agrupación estuviera tan asociada con una generación de estudiantes y la falta de proyección externa provocaron que El Malón tuviera dificultades para transmitir su experiencia a las camadas que lo siguieron. La proyección a la conducción del CEFyL se dio ya en una etapa donde el movimiento estaba agotado en la dinámica que tuvo en los primeros años y se constituyó ya como una agrupación más parecida al resto. A pesar de eso, EL Malón dejó su impronta en la presidencia del CEFyL y en espacios

como el Consejo Directivo de la Facultad durante esos años ('96-'97).

Como dijimos, El Malón no consiguió la mayoría de sus objetivos específicos con relación a la carrera de Antropología. Por su experiencia han pasado antropólogos que ahora desarrollan investigación, que están en la docencia y la extensión. Programas como Facultad Abierta, grupos como Antropocaos, experiencias de investigación-acción con cartoneros de La Matanza, con empresas recuperadas, en la gestión pública en educación, en diferentes líneas de trabajo, figuran entre las prácticas que desarrollamos algunos de los que pasamos por El Malón. En definitiva, a pesar del tiempo transcurrido y en el marco de esta conmemoración de los cincuenta años de nuestra carrera, creemos que las razones que motivaron su existencia como agrupación no han perdido actualidad.

Intersecciones en el quehacer antropológico. 2002-2008

*Panelistas: Cristina Bellelli, Walter Delrío, Alicia Goicochea, Gabriela Novaro, Jorge Miceli |
Coordinadora: Marcela Woods*

Este panel tuvo como objetivo exponer proyectos de investigación y/o extensión desarrollados en los últimos años en los que se articulan distintas ramas de las ciencias antropológicas. El propósito de la mesa fue reflexionar sobre los aportes y desafíos que supone el diálogo entre las diversas especializaciones dentro de nuestro campo disciplinar.

Al igual que en el panel anterior, dado que no pudo desgrabarse, presentamos aquí los textos que cada panelista escribió para su presentación

Cristina Bellelli¹

Ayer se hicieron bien patentes a través de las exposiciones de mis compañeras los cambios paradigmáticos que se fueron dando en la arqueología de Buenos Aires en cada contexto histórico en que nos tocó actuar. Y también cómo íbamos buscando estrategias para seguir adelante a pesar

¹ Arqueología de la Comarca Andina del Paralelo 42° y cuenca del río Manso (provincias de Río Negro y Chubut).

de los años de plomo y armando caminos alternativos y de resistencia al pensamiento impuesto desde el poder opresivo que decidía qué y cómo estudiábamos. Y también vimos cómo esas estrategias de resistencia, todas por fuera de la carrera, nos unían a antropólogos y arqueólogos, sobre todo en las actividades que desarrollábamos los estudiantes y los graduados más recientes. Esa unidad que ya venía desde los momentos fundacionales de la carrera, como también se dijo acá, pocas veces se trasladó a la práctica concreta de la disciplina.

Creo que necesitábamos preguntas concretas, generadas por temáticas que requerían poner atención en problemas en los que se intersectan las disciplinas. Una de esas temáticas quizás sea la patrimonial, un campo al cual bien poca atención le dimos hasta hace no muchos años. La conservación y preservación del registro arqueológico en sus múltiples formas las veíamos como necesarias pero no nos planteábamos (por más que nos lo preguntábamos muchas veces) tratar de comprender el rol social que el registro arqueológico podía tener en y para los distintos sectores sociales involucrados, especialmente los habitantes de las zonas en que se encuentran. Planteábamos acciones de protección impulsados más que nada por el interés de proteger, de cuidar, de conservar para el futuro, sin marcos teórico-metodológicos claros. Poco a poco fuimos sintiéndonos disconformes con asunciones tales como que se necesitaba “rescatar” ese patrimonio, “conservarlo para el disfrute de generaciones futuras”, “concientizar sobre su importancia y sobre la necesidad de cuidarlo”. No nos terminaban de cerrar estas ideas. Pero no sabíamos cómo encarar el cambio. Nos hacíamos preguntas tales como la relación que las poblaciones vecinas a los sitios arqueológicos (especialmente aquellos con arte rupestre, que son los más visibles y llamativos) tenían con esas manifestaciones del pasado; si tenían para ellos la

misma importancia que para nosotros (obvio que no, que seguramente es diferente, pero entonces ¿cuál era la valoración que les daban?); también nos importaba saber si reconocían a los sitios arqueológicos como la materialización del pasado regional y si los veían como el testimonio de una ocupación de la zona con una profundidad temporal de tres mil años, en definitiva: si el relato histórico incluía al pasado representado por los sitios arqueológicos y qué papel (si tenían alguno) desempeñaba ese pasado remoto en el armado de una identidad local o regional; si el relato que ofrecíamos sobre el pasado se integraba a la memoria colectiva y qué otro tipo de interpretaciones sobre él se habían elaborado. En fin, estas y otras eran las ideas que nos rondaban a partir de la práctica profesional que se desarrolla desde 1995 en una zona con características muy particulares de la Patagonia. Se trata de la región cordillerana comprendida entre los parques Nahuel Huapi y Los Alerces. Para que nos ubiquemos mejor: la franja que va desde el sur de Bariloche hasta el sur de la localidad de Cholila: suroeste de Río Negro y noroeste del Chubut. Concretamente estamos trabajando en el valle inferior del río Manso, cuando este toma un rumbo definido E-W (este río es el límite inferior del Parque Nahuel Huapi, para que nos ubiquemos) y la denominada Comarca Andina del Paralelo 42°, que comprende las localidades de El Bolsón, El Hoyo, Lago Puelo, Epuyén y Cholila. Es una zona muy poblada, con una conformación social heterogénea, con intereses, historias, habitantes muy disímiles y donde en los últimos años se comenzaron a dar fuertes luchas por el medio ambiente, por los territorios ancestrales, conflictos de apropiación indebida de tierras, desalojo de familias, hechos de sangre fuertes, en fin, todo en un marco de gran movilización social en algunas de estas comunidades.

Durante los '90 su economía sufrió del mismo modo en que lo hicieron todas las economías regionales. Y con la cri-

sis de 2001-2002 se comenzó a visualizar la posibilidad de que el turismo fuera un motor para el desarrollo, sobre la base de la belleza paisajística, la pesca deportiva, el turismo-aventura, el ecoturismo. Desde el inicio de nuestros trabajos en la zona habíamos previsto la posibilidad de que a mayor afluencia de visitantes, mayor cantidad de visitas no programadas a los sitios arqueológicos que sufrirían, por lo tanto, problemas en su conservación. Esto lo pensábamos más que nada inspirados por la bibliografía europea o australiana que consumíamos en el marco de varios cursos que se hicieron sobre todo en el INAPL con la participación de expertos en el tema de manejo y gestión de sitios arqueológicos con arte rupestre. Con el cambio de modelo económico que permitió mayor afluencia turística a esta región hubo que implementar acciones concretas, dejamos los libros, y hubo que dar respuestas a preguntas nuevas: cómo afectaría el flujo de visitantes –como dije– en su conservación; qué relato histórico se les brindaría a los visitantes; cómo se construiría ese relato; cuáles eran las voces autorizadas, si existían posibilidades de intervenir en esa construcción; si se podía desarmar el relato oficial basado en asunciones del sentido común corrientes en la Patagonia que se pueden sintetizar en que la ocupación de la región fue obra de los “pioneros” que se asentaron a fines del siglo XIX y principios del XX, fundamentalmente de origen europeo, ya que en la Patagonia no “había nadie”, construcción armada a partir de la denominada Campaña del Desierto, que instaló la idea de que la Patagonia era un territorio virgen a ocupar y que sus antiguos habitantes, los tehuelches, casi estaban extinguidos y los mapuches eran invasores chilenos. Estas ideas son corrientes en la región y nuestras investigaciones las contradecían, ya que mostraban una gran profundidad temporal y una ocupación continua del espacio, con gran conocimiento y manejo de los recursos, una movilidad de los grupos que

no tenía nada de errático y que no reconocía las fronteras actuales entre Chile y Argentina y una organización social compleja (apoyado también en datos etnohistóricos).

Estas son, un poco, las grandes preguntas que nos hacíamos y para las cuales necesitábamos la ayuda de la antropología. Al equipo base de arqueólogos (Vivian Scheinsohn, Mercedes Podestá, Mariana Carballido, Pablo Fernández, Soledad Caracotche) se integró Margarita Ondelj en 1999 y en 2000 Carlos Masotta, antropólogo visual. Trabajaron en esta línea en Cholila. Margarita hizo su tesis de Licenciatura cuyos lineamientos generales buscaban “analizar la historia local construida por los pobladores de Cholila, analizar cómo organizan y reproducen su memoria social, reflexionar sobre el valor patrimonial que los cholilenses asignan a la historia local y caracterizar el contexto sociocultural que enmarca estas interacciones”. Algunas conclusiones: los cholilenses rescataban el medio ambiente y las bellezas naturales como lo más importante de su patrimonio y siempre hacían alusión a su potencial turístico. A los sitios con arte rupestre no los vinculaban directamente con la comunidad ni con su pasado. Lo más importante era la cabaña de Butch Cassidy. Estas elecciones condicen con la imagen del pasado instalada que recién mencioné: la percepción del pasado cholilense no solamente no incluye la presencia aborigen sino que tampoco reconoce una antigüedad mayor a un siglo para la ocupación humana en la región. Esto último se liga también con la pregunta referida a cuáles son las voces autorizadas y conocedoras del pasado de Cholila: el historiador local y los pobladores más antiguos. El primero ha centrado sus estudios en las figuras de los bandoleros norteamericanos que actuaron en la zona a principios del siglo XX. Los segundos son los descendientes de las familias llegadas de Chile o de algunos países europeos hace aproximadamente un siglo.

Masotta se integró al equipo con el objetivo de trabajar el tema de la memoria y las marcas relevantes de esa memoria en la zona. Las imágenes y las entrevistas que hay en el video son elocuentes y confirman buena parte de lo que les conté recién.

Esto fue en 2000. Estos aportes nos fueron de mucha utilidad para poder seguir la investigación arqueológica y, sobre todo, encarar un Plan de Manejo del sitio, que venimos sosteniendo con las autoridades municipales, una ONG muy activa en la zona y los propietarios del campo desde 2003. Capacitamos guías locales, dimos cursos, entrenamos, hicimos diseños, folletería, guiones, etcétera. Se armó una Comisión de Sitio que tuvo múltiples avatares, pero se pudieron hacer las obras de infraestructura necesarias para la protección del sitio y su apertura al uso público. Aclaro que el sitio está pegado al camino que conecta Cholila con el Parque Los Alerces, es muy conocido y visitado, por lo tanto el peligro de desaparición en pocos años era muy grande. Pero esa es otra historia.

Dije que el turismo se nos había colado como otro tema a considerar en nuestra investigación. En el valle del río Manso venían preparándose a través de talleres, capacitaciones, etcétera. desde antes de 2001, sobre todo por iniciativa de Parques Nacionales (la margen norte del río pertenece a Parques, pero en ella viven pobladores desde principios del siglo XX), el INTA, la provincia, etcétera. Se habían hecho, en este marco, trabajos sobre la memoria y la identidad a través de talleres comunitarios, exposiciones, charlas, etcétera. Se incorporó a nuestro equipo Darío Xicarts, que había participado en 1999-2000 de esta experiencia, junto con Soledad Caracotche. Darío es antropólogo, recibido en Temuco y es de Bariloche. Él investigó sobre la conformación de estos nuevos espacios turísticos, la valoración patrimonial de los sitios y su significado para la comunidad

rural. La investigación mostró que los sitios arqueológicos siempre tuvieron un papel pequeño en la conformación de la historia local y la identidad comunitaria. Estos conceptos se están revirtiendo a partir de la transferencia de los resultados de las investigaciones y de la incorporación a la actividad turística de estos bienes culturales. Estos datos surgen de encuestas realizadas en 2004/05 en las que el 50% de los entrevistados les otorgan a los sitios con arte rupestre un alto valor histórico, simbólico y económico. También acá trabajó Carlos Masotta, quien desde la antropología visual nos dio una imagen de cómo estas transformaciones están operando en la región y la visión que tienen los pobladores más antiguos sobre este proceso de reconversión al turismo que muchos están experimentando y el papel de los sitios arqueológicos en esta actividad.

Otra temática se incorporó a nuestra larga lista de preguntas y se comenzó a trabajar sobre otras facetas que no estaban contempladas, como es el caso de las comunidades indígenas. Carolina Crespo abordó el tema, interrelacionado con el del turismo y con buena parte de las preguntas que esboqué. Siempre estuvimos atentos a ver qué vacíos iban apareciendo, que necesitaban ser analizados y no habían sido tenidos en cuenta previamente. En uno de los sitios, cercano a la localidad de Lago Puelo, se confrontaron dos conceptos de conservación diferentes, el nuestro, comparado con algunos sectores de la comunidad educativa y política, y el de funcionarios municipales que pretendían un inmediato provecho económico sin planificación. En el medio: la vieja propietaria del lugar donde está el sitio. Carolina trabajó el tema y estudió las tramas de relaciones que se tejen alrededor del sitio con arte rupestre y desmenuza las relaciones de poder que se dan en la localidad. Acá entra un nuevo actor en escena: el BID, con un proyecto que muestra que en muchos casos la valoración que se les da a los sitios

está basada solo en el provecho económico. Este sitio, uno de El Hoyo y el de Cholila fueron presentados en 2004 a la convocatoria hecha por la Secretaría de Turismo de la Nación y por el BID destinada a incentivar el turismo en el denominado Corredor de los Lagos (Proyecto AR-L1004 “Mejoramiento de Competitividad del Sector Turismo”). Esta presentación fue hecha sin conocimiento de los propietarios del predio, ni fue consensuada con los diversos estamentos de la comunidad ni contó con un plan de manejo con las recomendaciones técnicas indispensables para poner en valor sitios arqueológicos. Pero esta, también, es otra historia. De más está decir que no se hizo nada (por suerte), muchos cobraron jugosas consultorías y la deuda externa argentina subió algunos miles de dólares.

La tesis de doctorado de Carolina siguió profundizando en esta línea, pero ya planteando preguntas un poco más elaboradas (bastante) que las que teníamos al empezar la colaboración entre arqueología y antropología social, en la comunidad Nahuel Pan, cercana a El Bolsón, ciudad en la que habíamos vivido situaciones muy conflictivas que llevaron a que no pudiéramos trabajar en la región. En su tesis buscó contextualizar el discurso y la práctica arqueológica actual que se desarrolla en El Bolsón y la Comarca, y “examinar cómo esta se articula con discursos y prácticas de algunos pobladores locales y de la agencia estatal”. Y también buscó precisar las vinculaciones y valoraciones que actualmente se adjudican al pasado-presente indígena en la zona y revisar en qué medida la activación turística del patrimonio arqueológico contribuye o no a desmitificar prejuicios sobre formas de vida de los pueblos originarios

En esta interrelación y búsqueda de respuestas hemos tenido varios desafíos a superar, entre ellos fue necesario vencer prejuicios y adecuar el lenguaje. Teníamos algunas ventajas: Margarita, Carolina, Pablo, Mariana y yo perte-

necemos a la misma cátedra del CBC donde hemos tenido muchos espacios de discusión y donde la arqueología está presente en el programa con un módulo propio. Además, algunos de nosotros, como por ejemplo, con Masotta y Mercedes compartimos el mismo espacio físico, donde trabajamos antropólogos y arqueólogos, que es el INAPL. Esto fue una ventaja.

Cuando surgió la posibilidad de venir a contar esta experiencia pedí a Pablo Fernández y a Carolina Crespo que tratáramos de resumir qué conclusiones y enseñanzas sacamos del trabajo conjunto. Entre los tres punteamos algunos temas, por ejemplo que todos fuimos modificando las ideas que teníamos sobre el pasado. Los antropólogos sociales, por ejemplo, incorporaron la dimensión temporal y espacial con que trabajan los arqueólogos y todos modificamos las ideas que teníamos sobre marcadores que están tan instalados, como las etnias. Los arqueólogos aprendimos a analizar cómo impacta en una comunidad nuestro discurso y eso nos lleva a enterarnos también cuáles son las necesidades de las comunidades y qué se espera de nosotros. Aprendimos a entender los sentidos que el pasado tiene para cada uno y que la nuestra es, siempre, una construcción del otro, desde la ciencia, pero construcción al fin. También todos tuvimos que pensar conceptos tales como ¿qué se entiende por comunidad? Hubo que romper con cierto romanticismo instalado acerca de la noción de comunidad, por ejemplo cuando se menciona la importancia de la participación de sus miembros en tareas de gestión de sitios patrimoniales, sin tener en cuenta las desigualdades o los conflictos, la diversidad de intereses, la heterogeneidad generada en relaciones de poder que hay en el interior de un colectivo.

El trabajo conjunto nos permitió romper con recetas y valorizar la experiencia que estamos haciendo en una región con mucha diversidad social, histórica, económica, que NO

es un área protegida, donde NO queremos aplicar recetas pensadas para otro tipo de estados o de comunidades que, de última, son las recetas de los organismos internacionales, en las que prima la idea de desarrollo, armonía y exotismo, obviando los conflictos con el pasado y en el presente. Entendimos cómo ver la complejidad que hay en la sociedad en este momento y cómo hacer para armar proyectos más participativos atendiendo a las desigualdades.

Bien: en los inicios de los 70 peleábamos por transformar la sociedad, como contaron mis compañeros ayer. Más de 30 años después me doy cuenta que quizás podemos transformar algunas ideas y conceptos sobre el pasado que impactan sobre el presente. Y posiblemente esto no sea poco.

Walter Delrío²

En los cursos y talleres sobre la historia de la relación entre los pueblos originarios y el Estado, realizados por la Red de Investigadores en Genocidio y Política Indígena en Argentina con grupos docentes en distintas provincias, a menudo compartimos una misma conclusión: como sociedad carecemos de imágenes para pensar en una historia indígena con posterioridad (y en otro contexto) a las “campañas al desierto”. En efecto, han sido las obras pictóricas de Rugendas, Della Valle y Blanes las imágenes hegemónicamente difundidas para representar y sintetizar todo el proceso histórico mediante dos estereotipos: el mundo previo del “indio malonero” y la llegada del ejército y el Estado Nacional al río Negro en 1879. Desde dicha fecha y evento hasta nuestro presente la currícula escolar ha carecido y aún carece en gran medida de relatos e imágenes sobre los pueblos origi-

2 Red de Estudios sobre Genocidio en la Política Indígena Argentina.

narios. La reciente discusión, en diferentes espacios académicos y no-académicos, sobre la aplicabilidad del término *genocidio* para la descripción historiográfica de aquello que hemos venido llamando “campanas de conquista” ha puesto en evidencia el aparato de verosimilitud construido –en gran medida por el trabajo y aporte científico– en el proceso de formación y consolidación de un determinado orden social, la matriz estado-nación-territorio. Así, no puede resultar extraño que para gran parte de nuestra sociedad no es posible aún pensar en un campo de concentración en Patagonia, en sitios de exterminio, en deportaciones masivas a pie por miles de kilómetros, en la distribución de niños separados de sus madres en el puerto de la Boca, en el fuego indiscriminado (o mejor dicho discriminado) sobre toda un conjunto de personas desde niños hasta ancianos como en Napalpí o la Bomba. Si los recuerdos son imágenes como dice Ricoeur, no tenemos a estas imágenes como compartidas colectivamente, forman parte de lo impensable e inverosímil. Y como señala el mismo autor, al punto que la realidad inverosímil no es registrada.

No obstante, todas estas imágenes sí son compartidas en las transmisiones de generación en generación a lo largo de las distintas familias y comunidades de los pueblos originarios, como transmisión de una experiencia social que deviene no solo en enseñanza sino en marco de interpretación para la acción en el presente. A pesar de ello la memoria oral ha sido frecuentemente sometida a un recorte sistemático. Sospechada de subjetividad ha sido selectivamente incorporada por los investigadores durante todo el siglo XX, a través de la discriminación entre memorias puestas en algún momento por escrito y aquellas mantenidas oralmente, entre aquellas de los “pioneros europeos” de la Patagonia y la de sus pueblos originarios. Al mismo tiempo, se priorizó la documentación de archivos oficiales y se sostuvo infun-

dadamente que no existía documentación que probara una política de Estado hacia los pueblos originarios que pudiese ser calificada de genocidio.

La Red de Investigadores en Genocidio y Política Indígena en Argentina es un espacio colectivo descentrado que vincula a distintas personas del ámbito académico de distintas disciplinas (Historia, Antropología, Sociología, Comunicación Social, Ciencias Políticas) y universidades, docentes de los diferentes niveles de enseñanza, documentalistas, periodistas y miembros de organizaciones de los pueblos originarios con el objeto de vincular trabajos de investigación académica –sobre las políticas de Estado y su relación con los pueblos originarios– con el público en general, tanto en el ámbito escolar como en el de la militancia social.

La idea tomó forma como resultado del proceso iniciado en los seminarios de grado sobre historia de los pueblos originarios y los procesos de sometimiento e incorporación estatal en Argentina que, junto con la Dra. Diana Lenton, brindáramos para las carreras de Ciencias Antropológicas e Historia desde el año 2002, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En un primer momento, acompañando el interés de quienes cursaron dichos seminarios y en relación con los proyectos previos de investigación personales y grupales en los cuales habíamos venido trabajando como docentes e investigadores de la Universidad³ surgió la idea de formar un equipo de investigación que enfocase dos grandes temáticas.

3 Me refiero al proyecto UBACyT TF059 (1998-2000) "Construcciones de alteridad. Discursos de pertenencia y exclusión", dirigido por la Dra. Lucía Golluscio; UBACyT F1035 (2001-2004) "Aboriginalidad, provincias y nación: construcciones de alteridad en contextos provinciales", dirigido por la Dra. Claudia Briones; y el PIP 02275 (CONICET) "Perspectiva Antropológica de la Construcción Jurídica de lo Indígena (Continuación)", dirigido por la Dra. Alejandra Siffredi, todos ellos radicados en la Sección de Etnología y Etnografía del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras.

Por un lado, la reconstrucción histórica de los procesos que involucraron a los pueblos originarios una vez producido el sometimiento estatal desde fines del siglo XIX. Especialmente en cuanto a recuperar y hacer visible tanto la política indígena del Estado como la política y agencia de los mismos pueblos originarios. Lo que en otras palabras constituía una reversión de la invisibilización hegemónica por la cual los pueblos originarios devinieron en un no-tema para la historiografía y un objeto de perspectivas paleo-etnográficas para la antropología de buena parte del siglo XX.

Por otro lado, constituía también un objetivo profundizar un método que analizara, incorporara y estableciera a la memoria social como fuente documental indispensable para el trabajo historiográfico y de la Antropología Histórica.

Fue precisamente este método el que permitió conducir en sus principales líneas a la investigación hacia el primer objetivo de dar cuenta de la existencia de una política de Estado que lejos de ser errática, contradictoria o espasmódica demostraba poseer coherencia y lógica a lo largo del tiempo, imponiéndose hegemónicamente en tanto política de Estado y como marco de interpretación. Una verdadera política de Estado que implicó una serie de prácticas sociales que permiten encuadrarla en la categoría de genocidio de acuerdo con lo establecido por de declaración de las Naciones Unidas sobre dicho tipo de crimen de lesa humanidad.

La utilización del término genocidio ha producido una repercusión en diferentes arenas de discusión y debate. Esto trajo como consecuencia, para el grupo de estudiantes y profesores que compartíamos el espacio de investigación, la necesidad de profundizar las líneas de trabajo sobre los procesos de relación entre Estado, sociedad civil y pueblos originarios al mismo tiempo que la de encarar y sistematizar las formas de relación entre la investigación académica y las diferentes arenas de discusión no universitarias.

En primer lugar, esto se originó en respuesta a las demandas de distintos sectores con los cuales estábamos relacionados como consecuencia de nuestro trabajo de campo y docente: comunidades y organizaciones de los pueblos originarios, gremios y trabajadores docentes, documentalistas, comunicadores sociales y abogados interesados en conocer y profundizar sobre la temática. Esto llevó a la preparación de material didáctico, charlas, talleres y cursos para docentes. Lo cual coincidió con la concreción misma de la Red de investigadores sobre Genocidio y Política Indígena que tuvo su origen en el lugar de trabajo que compartíamos con Diana Lenton, la Sección de Etnología y Enografía del Instituto de Ciencias Antropológicas.

En segundo lugar, se respondió a una demanda más amplia de organizaciones de los pueblos originarios y de otros sectores sociales interesados en promover el debate público hacia la transformación de los campos de visión históricos sobre la historia del sometimiento de los pueblos indígenas dentro del Estado nacional.

En tercer lugar, se consolidó el espacio de investigación mediante la presentación de equipos de investigación en programas de la Secretaría de Investigación de la Universidad de Buenos Aires y de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica.⁴ En los mismos se vienen desarrollando proyectos de investigación de tesis doctorales de los estudiantes integrantes de la Red, al mismo tiempo que una amplia producción de publicaciones conteniendo los resultados de la investigación colectiva.

Finalmente, se llevó adelante la producción de materiales de divulgación, destinados a la transferencia del material y

4 Proyecto UBACyT F810 2006-2009 "Memorias y Archivos sobre el genocidio. Sometimiento e incorporación indígena al Estado-nación" y Pict 2006-01591: "Genocidio, diáspora y etnogénesis indígenas en la construcción del Estado nación argentino".

conclusiones de los resultados de las investigaciones. La Red obtuvo en abril de 2008 una Beca Nacional para Proyectos Grupales del Fondo Nacional de las Artes, en el área Medios Audiovisuales-Fotografía, para realizar un trabajo anual de recopilación y preservación de fotografía y cine documental relacionado con el genocidio indígena en las áreas chaqueña y pampeano-patagónica con el objeto de elaborar documentales y material de divulgación.

En diciembre de 2007 la Red organizó en colaboración con la Cátedra Abierta de Derechos Humanos la jornada de debate público “Napalpí y Rincón Bomba: debates sobre el genocidio de los pueblos originarios y los límites de la justicia”, la cual consistió en una reunión testimonial y de apoyo con la invitación de representantes de los pueblos qom y pilagá, abogados intervinientes en las demandas realizadas al Estado y antropólogos que trabajaron en los casos implicados. La actividad se llevó a cabo en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y como resultado la Red publicó un DVD con el registro audiovisual y diferentes anexos con material informativo y didáctico: ensayos sobre el genocidio de los pueblos originarios y sugerencias para el trabajo en el aula de docentes de educación media y primaria.

El debate en torno al concepto de genocidio y las posibilidades de su aplicación en el caso del Estado argentino en sus políticas hacia los pueblos originarios constituye un espacio no solo académico sino en el cual consideramos necesaria la participación en tanto académicos y en colaboración con diferentes sectores sociales. Ha sido, afortunadamente, al mismo tiempo un camino compartido con colegas de otros equipos de investigación de la misma Facultad de Filosofía y Letras y de otros centros de investigación de diferentes universidades nacionales.

Gabriela Novaro⁵

Diálogos y silencios entre la investigación y la gestión, avances y dilemas en el campo de la Antropología y la Educación⁶

Presentación

Voy a referirme al trabajo que he venido desarrollando en los últimos años en el cruce de actividades de investigación y de participación en espacios de definición de políticas públicas. Muchas de estas reflexiones, lejos de nutrirse de una experiencia aislada, encuentran puntos de continuidad con la labor realizada por numerosos colegas de diversos campos temáticos y, en particular, de las áreas de la antropología y la educación.

Estos recorridos están atravesados por múltiples interrogantes: ¿de qué forma nos ubicamos como antropólogos en espacios estatales?, ¿qué mantenemos y qué modificamos de la perspectiva analítica y crítica que supuestamente caracteriza la formación y la práctica académica?, ¿cómo impactan en nuestras actividades de investigación los trayectos realizados en espacios de gestión?

Realizaré algunas reflexiones sobre estos interrogantes a partir de mi propia experiencia en programas educativos del Estado vinculados a la educación de niños indígenas y migrantes al tiempo que haré algunas precisiones sobre esta problemática desde aspectos abordados tanto en mi investigación como en el intercambio con diversos equipos en el marco del Programa de Antropología y Educación de la

5 Proyecto "Cultura y Educación. Representaciones sociales en contextos escolares interculturales".

6 Con posterioridad a la realización de este encuentro fue publicada una versión ampliada de esta intervención en la *Revista del Colegio de Graduados de Antropología*, e "Intersecciones entre la investigación y la gestión. Avances en el campo de la antropología y la educación" *Revista Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*. Año VIII N° IX, Buenos Aires, junio de 2010.

Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.⁷

Sostengo que la reflexividad que caracteriza la investigación social puede ser desplegada en ciertas instancias del Estado y que ello posibilita instalar tensiones en torno al sentido de las políticas públicas y “la duda” sobre ciertas afirmaciones sostenidas como certezas incuestionables. Asimismo, el trabajo en espacios de gestión puede enriquecer la investigación al posicionarnos desde distintos ángulos en torno a las problemáticas sociales, darnos más elementos para considerar la relevancia de los problemas que investigamos y permitirnos vivenciar cercanamente la lógica de funcionamiento del Estado.

La multiplicación de discursos y políticas autodenominadas de reconocimiento de la diversidad que caracteriza las últimas dos décadas en nuestro país y los usos y abusos de categorías y saberes antropológicos en el Estado hacen particularmente necesaria esta reflexión en diálogo entre nuestra disciplina y sus múltiples apropiaciones en espacios estatales.

Discutiendo la polaridad investigación-gestión

Frecuentemente escuchamos argumentos que sostienen que entre el trabajo de investigación y el de gestión en organismos del Estado existen diferencias abismales. Los tiempos, lenguajes y prioridades serían distintos (contraponiendo por ejemplo los largos tiempos de la investigación con las emergencias que supuestamente organizan la gestión). Si bien en nuestro país

7 Las referencias a la gestión se nutren de reflexiones a partir del trabajo en programas educativos del Ministerio de Educación Nacional, del Ministerio de Educación de Ciudad y de la Provincia de Buenos Aires, y de algunas actividades de colaboración con el gremialismo docente. En cuanto a la investigación, en mi tesis de doctorado realicé un seguimiento de los discursos nacionalistas y de la forma de abordar la diversidad cultural en los contenidos escolares y, en particular, del tratamiento del tema “Pueblos indígenas”. En los años posteriores avancé sobre el análisis de situaciones educativas en contextos de interculturalidad.

esto ha comenzado a ser revisado, sigue fuertemente instalada en los ámbitos académicos la imagen de que mientras la investigación se refiere a actividades analíticas y críticas, la gestión se asocia más bien a actividades de tipo propositivo y de intervención y que ambas son en gran medida inconciliables. Entendemos que ese planteo tiene algunos elementos de verdad y muchos presupuestos cuestionables. Puede, por un lado, suponer una investigación ajena a las emergencias y, por otro, la imagen de que la gestión no contempla la posibilidad de reflexión y crítica; supone visiones sesgadas y limitadas de ambas prácticas. Pensamos más bien que en ningún caso es posible ni deseable hacer omisión de las emergencias y que la reflexividad, en tanto permanente atención sobre los sentidos de las acciones y propuestas, debe estar presente en ambos espacios. Creemos también que es necesario y urgente en las instancias de gestión propiciar la progresiva rigurosidad en el uso de los conceptos para definir políticas (y también la atención a los argumentos que se incluyen para legitimarlas).

Muchas de estas tensiones han atravesado la trayectoria de especialistas en el área de antropología y educación que han tenido una participación sostenida en programas educativos estatales. El área de Antropología y Educación viene desarrollándose en la Argentina desde hace más de veinte años y hoy convoca una cantidad significativa de investigadores. Algunas de las líneas en las que se ha venido trabajando con continuidad son: diversidad y desigualdad en educación, integración y exclusión, prejuicios y discriminación, procesos de definición, implementación e impugnación de políticas educativas, contextos formativos escolares y no escolares. El enfoque antropológico y etnográfico aporta reflexiones que son parte constitutiva de la disciplina en torno a la relación entre educación y cultura, la noción de producción cultural, la importancia de la dimensión subjetiva y cotidiana de los procesos educativos en sus mani-

festaciones locales, la necesidad de instalar una reflexión sobre los procesos formativos que supere la escolaridad; aporta, básicamente, una perspectiva comparativa, crítica y desnaturalizadora, aspectos no claramente reconocidos ni apropiados desde las líneas de investigación hegemónicas en nuestro país en las ciencias de la educación.

El recorrido se propone entonces ilustrar los alcances y limitaciones con que ciertas reflexiones del campo de la antropología y la educación y, más concretamente de los debates en torno a interculturalidad y la educación, se construyeron en el cruce de actividades de investigación y gestión. Así, el trabajo en organismos del Estado nos puso ante problemáticas que se transformaron en temas de investigación, al tiempo que se intentó trasladar a los espacios de definición de políticas públicas algunos avances de la investigación en torno a la educación en contextos interculturales.

Negar *a priori* la posibilidad de estos cruces supone, como decíamos al principio, sostener que la intervención inhibe el análisis, y la crítica inhibe la posibilidad de intervención; supone aceptar, quizás, que el “adentro” del Estado se asocia necesariamente a cierto grado de ceguera y obsecuencia, y el afuera (hasta donde se pueda hablar del afuera cuando en realidad nos referimos a una institución estatal dedicada a la docencia y la investigación como la universidad pública) implica una posición de neutralidad valorativa y asepsia. Evidentemente no compartimos estos presupuestos.

Educación en contextos interculturales: representaciones docentes y una nueva reflexión sobre las políticas de Estado hacia la diversidad. La investigación “en” la gestión

En el espacio del Ministerio nacional desarrollé durante algunos años mi trabajo en el marco del programa de Educación Intercultural y Bilingüe (EIB). Voy a mencionar una de las experiencias donde gestión e investigación se

desplegaron conjuntamente. Se trata de un proyecto que desarrollamos entre los años 2001 y 2004, consistente en la recopilación de los proyectos desarrollados por más de cien escuelas con población indígena y la organización de encuentros con sus responsables.⁸

El análisis de los relatos de estas escuelas y el contacto con sus protagonistas nos permitieron precisar ciertas áreas donde resulta imprescindible avanzar en las experiencias en EIB. Se viene advirtiendo hace mucho la necesidad de trabajar en torno a la formación y capacitación docente, elaboración de material didáctico, estrategias para la alfabetización inicial en contextos de bi o multilingüismo. A partir de la lectura de los relatos y el contacto con sus protagonistas, creemos además que resulta necesario avanzar fundamentalmente en la revisión de ciertas imágenes instaladas de *carencia* y de *privación* sobre poblaciones que se alejan del *modelo ideal* de infancia y familia sostenido tradicionalmente por la escuela; estas imágenes se corresponden en muchos docentes con sensaciones de resignación y afirmaciones contundentes sobre la imposibilidad de que los alumnos indígenas asuman las propuestas socializadoras de la escuela e incluso, puedan realizar aprendizajes complejos y sostenidos.

Junto con la necesaria problematización y enriquecimiento de los sentidos formativos de la escuela que las situaciones de interculturalidad ponen particularmente en evidencia, parece necesario reconocer el desconocimiento general dentro del sistema educativo de las formas culturales, los saberes y en particular de las formas de enseñar y aprender en los grupos indígenas. La pregunta que sigue

8 El resultado de este trabajo se plasmó en el texto "Educación Intercultural y Bilingüe en la Argentina. Sistematización de Experiencias", Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología. UNICEF, junio de 2004.

es cómo crear las condiciones dentro del sistema educativo para construir el camino hacia ese conocimiento y que el mismo resulte útil a la inclusión y no a la marcación y segregación. Además de esto, creemos que entre los docentes es necesario reflexionar críticamente sobre el lugar que la escuela ha desempeñado en la historia de estos pueblos, para comprender la necesidad de recuperar la confianza necesaria con vistas a producir un nuevo encuentro.

A medida que avanzaba en esto, además de caracterizar las encrucijadas en el trabajo concreto en las escuelas, se hacían evidentes algunos aspectos cuestionables de las mismas definiciones de las que partíamos en el programa: en principio, su mismo carácter focalizado y compensatorio. Resulta significativo (y desde nuestro punto de vista debe ser objeto de debate) que la Educación Intercultural y Bilingüe en distintas gestiones de nuestro país no forme parte de los organismos de planificación curricular o de definición de propuestas de formación de los docentes, sino de programas dirigidos a atender poblaciones en “desventaja pedagógica”, a los alumnos más pobres, entre los que se registran los índices más altos de repitencia y abandono, a las escuelas cuya población pertenece a los sectores “en mayor riesgo socioeducativo” del país (en términos de documentos del Plan Social y del Programa de Acciones Compensatorias en Educación). La inserción en un programa compensatorio es seguramente contradictoria con el objetivo de que el enfoque intercultural permee las distintas modalidades y niveles del sistema educativo, con la intención de dejar de identificar la diversidad con una desventaja.⁹

9 El reciente paso del programa de EIB a la Dirección Nacional de Gestión Curricular tal vez sea un hecho auspicioso en este sentido (en tanto deja de concebirse como un programa compensatorio), pero lo mismo corre el riesgo de haberse hecho junto con la pérdida de un espacio propio para la cuestión, desde el cual considerar las particularidades de una situación tan compleja. Al día del hoy el programa ha pasado por largos períodos sin lineamientos definidos.

Si la intención es entender las particulares formas en que transcurre la escolarización de los niños indígenas, resultan preocupantes las imprecisiones conceptuales con las que se trabaja, no solo desde las escuelas, sino en los mismos programas ministeriales, en torno a algunas categorías centrales tales como interculturalidad, diversidad y desigualdad. Desde estas imprecisiones resulta difícil avanzar con relación a un objetivo central: que la cultura y la diversidad sociocultural dejen de utilizarse como explicaciones del fracaso en las escuelas, concepción muy difundida en los distintos niveles del sistema educativo. Alternativamente se habla de la interculturalidad desde un abordaje restringido y uno amplio, no precisando si la misma es un enfoque para el trabajo con población étnicamente diversa (tomando la diversidad étnica como un atributo exclusivo de indígenas y en ocasiones de migrantes limítrofes), o debe caracterizar cualquier situación educativa. Advertimos también la dificultad de diferenciar cuándo la interculturalidad se usa como un concepto descriptivo que de cuenta de una situación existente y cuándo como una utopía a construir.

Creemos que en todos los espacios educativos, especialmente en las escuelas, la interculturalidad debería traducirse tanto en políticas de reconocimiento de los denominados *otros* (denominación que también debería problematizarse), como en una reflexión crítica sobre los mandatos impuestos como “comunes”, en acciones de reflexión sobre la forma en que esos otros fueron construidos, en parte, por la misma escuela (y aquí caben todas las reflexiones posibles sobre las implicancias del nacionalismo escolar y la valoración acrítica del modelo civilizatorio asociado a la *cultura occidental*, por ejemplo en los contenidos escolares). Debe, por eso, ser al mismo tiempo una política hacia los considerados “otros” y una política hacia nosotros mismos. Seguramente como consecuencia de ello advertiremos que las fronteras

y límites entre unos y otros no son tales, o al menos, son permanentemente transitados, cruzados y alterados. Advertiremos, sobre todo, que el contenido de “lo común” en educación, siempre debe ser una pregunta abierta.

Representaciones docentes, tensiones identitarias y experiencias formativas: ¿temas para la gestión?

Desde 2004 dirijo en la Facultad de Filosofía y Letras un proyecto de investigación conjunta sobre las experiencias formativas de niños indígenas y migrantes. Hemos venido trabajando en la puesta en relación de las formas de escolarización de estos niños con diversas experiencias educativas paralelas a la escolar. Con este objetivo distintos integrantes del equipo trabajan sobre formas de socialización lingüística, religiosa y de juego, sobre las demandas y experiencias educativas de las familias y organizaciones comunitarias, etcétera.

En el marco de este proyecto, desde 2004 estoy realizando mi trabajo de campo en una escuela primaria de la zona sur de la ciudad de Buenos Aires con una alta proporción de población proveniente de Bolivia.

La posición de los adultos en estos contextos fue caracterizada a partir de identificar la alternancia de posiciones de rechazo, de valoración y desconcierto frente al “otro” y los mandatos superpuestos y en ocasiones contradictorios que los atraviesan (asistencialismo, normalización, nacionalismo, democratización) y que son articulados más o menos creativamente. Estas miradas y mandatos no son en absoluto los únicos, coexisten con sostenidos intentos de diálogo y encuentro; sin embargo, su vigencia en gran parte del sistema y la docencia resulta preocupante y sin duda contraria a una política de inclusión que se sostiene en el discurso.

Desde estos paradigmas y mandatos hegemónicos, en los que el discurso nacionalista y también el civilizador conti-

núan siendo elementos centrales e incuestionados, los niños indígenas y migrantes limítrofes suelen representarse negativamente como silenciosos y retraídos, las proyecciones sobre sus destinos escolares son negativas y sus mismos derechos a transitar por la escuela son en ocasiones puestos en duda.

En diversos trabajos hemos profundizado y ejemplificado el modo en que el silencio es entendido por muchos docentes como una barrera “cultural” surgida con independencia de la relación asimétrica que se da entre los alumnos y la institución. Esto es, pareciera que el “diagnóstico” de “chicos silenciosos” obtura la reflexión de los docentes sobre su propia responsabilidad (y la de la sociedad en general) en el silenciamiento. Frente a estos aparentes silencios y evidentes silenciamientos, advertimos asimismo que se ha venido instalando en el sistema y en las escuelas con la connotación de “innovador” un discurso aparentemente valorizador de la diversidad, funcional a las políticas de reconocimiento; se trata de un discurso que, tal vez desde las mejores intenciones, procura hacer evidente las referencias identitarias de estos niños, obviando el hecho de que la diversidad cultural de sus grupos de referencia aparece fuertemente atravesada por situaciones de desigualdad.

¿Quiénes son estos chicos aparentemente silenciosos? En los chicos pusimos particular interés en los procesos identitarios desde los cuales son interpelados en la escuela, considerando tanto sus adscripciones étnicas y nacionales, como los modelos hegemónicos de infancia. Hemos atendido a la forma en que los niños con la marca de pobres, indígenas y migrantes en la escuela leen los saberes escolares “políticamente correctos”, que en ocasiones los invocan a afirmarse en la distintividad y el efecto paradójico por el cual estas políticas de valoración terminan en situaciones de marcación y señalamiento.

¿Qué de esto pudo o esperamos que pueda en algún momento traducirse en reflexiones concretas en los espacios de gestión? En principio esperamos que algunas de nuestras observaciones y registros hagan posible establecer “el beneficio de la duda” con relación a los diagnósticos acelerados sobre las limitadas capacidades de expresión y aprendizaje de estos niños. También el convencimiento acerca de la necesidad de dar lugar a las palabras de los niños y de estar atentos a los sentidos de sus silencios. Las situaciones de aprendizaje que hemos registrado en las escuelas me impulsan a sostener que desde la antropología se pueden aportar interesantes elementos a los espacios de definición curricular y a las escuelas no solo en torno a los contenidos y capacidades a enseñar, sino también en torno a la reflexión sobre distintos tipos de saberes y conocimientos, concretamente sobre la vinculación entre los saberes sociales y los saberes escolares. En principio, la perspectiva relativista y comparativa de la antropología nos posiciona favorablemente para valorar formas de conocimiento y saber no legitimados y para ubicarlos en un contexto histórico que generalmente ha sido de desposesión, desconocimiento e impugnación.

La valorización de distintas formas de producción de saber particularmente desde los espacios de gestión debe hacerse con algunas vigilancias. Esta valoración suele afirmarse sosteniendo una imagen simplificada y descalificadora de los saberes escolares oficiales, como si siempre fueran y no pudieran dejar de ser lejanos a la vida, descontextualizados, aburridos y absurdos, correspondieran a un paradigma intelectualista y de transmisión unidireccional y se contrapusieran necesariamente con los saberes vitales de la experiencia directa. Obviamente no acordamos con esta mirada. De ninguna manera sería esperable manipular el relativismo antropológico para legitimar lo que podría ser una nueva forma de la desigualdad, en tanto quedarían descartados

para los niños “pobres y diversos” el acceso a los saberes prestigiados socialmente. La evidencia de esta problemática hace llamativa la escasa atención en las producciones hegemónicas en educación a problemáticas como interculturalidad y educación y la dificultad de especialistas y funcionarios para terminar de ubicar el proceso de definición y legitimación de los saberes escolares en el contexto más amplio de los procesos culturales. Dentro del sistema se ha manejado el supuesto de que “lo común”, “lo básico” a enseñar puede definirse y establecerse como mandato en tanto exista cierto aval del mundo académico y algunas consultas de tono formal y acotado; ello da la pauta de que no termina de asumirse la complejidad del proceso de definición de lo que se considera transmisible a las nuevas generaciones y tampoco las interpelaciones que la interculturalidad (discursivamente reconocida en el discurso oficial) supone en la definición de lo supuestamente universal.

Uno de los desafíos puede ser entonces avanzar en propuestas para el trabajo escolar desde esta posibilidad de encuentro y diálogo, sin dejar de reconocer y cuestionar la relación jerárquica entre distintos saberes y la tendencia casi estructural del sistema a definir unilateralmente cuáles deben ser los conocimientos considerados mínimos. Creemos que la antropología puede realizar innumerables aportes para hacer oír otras voces, visualizar y considerar saberes silenciados e invisibilizados que amplios sectores consideran valiosos en la formación de las nuevas generaciones, y tal vez aportar también para legitimarlos desde el campo educativo, cuidando especialmente que en esta legitimación no pierdan su contexto de significación.

Antropólogos y antropología en el Estado

Luego de este recorrido, concluiremos realizando una breve disquisición acerca del trabajo en el Estado (que por

supuesto no es la única alternativa para trabajar en gestión).

El recorrido muestra distintas posibilidades de estar en el Estado. Aludir a estas distintas posibilidades supone desde ya una concepción sobre el mismo que se aleja tanto de las posiciones que lo conciben como un espacio neutro de regulación social y construcción de intereses comunes, como de aquellas que lo definen como una simple maquinaria de representación de los intereses dominantes.

Desde allí consideramos que estar “en” él no es inocente; además de un espacio de trabajo, es un espacio de disputa, de reivindicación y de denuncia. Con grandes variaciones en las distintas coyunturas, creemos que es posible poner en tensión los objetivos democratizadores sostenidos en el discurso y el sentido de las políticas concretas, estar atentos a las formas de legitimación e imposición de la lógica estatal, ejercer una denuncia sutil o abierta en torno a direccionalidades contrarias a la inclusión que se predica, usar el Estado para difundir información sobre derechos pasibles de ser reclamados, etcétera. Al menos en educación esto último es una posibilidad directamente asociada a las políticas de inclusión hoy en día en boga. Sabemos que esto se encuentra permanentemente con límites, conflictos y contradicciones. Nuestro tránsito por el Estado, y de alguna manera por “distintos Estados”, a lo largo de todos estos años, hace que las reales posibilidades de esto se nos planteen más como pregunta que como certeza.

En el caso de los proyectos educativos, y más concretamente de las propuestas desarrolladas desde organismos estatales en torno a la educación de grupos que han sido históricamente excluidos de la escuela (como los indígenas), muchas veces se escucha decir que el Estado no ha hecho más (o no ha hecho mucho más) que homogeneizar, negar, suprimir, asimilar, integrar y, últimamente, folklorizar. Se sostiene entonces que el Estado debe correrse de esta situa-

ción, dejar que los sujetos construyan las alternativas desde la sociedad civil, ya que parece que cualquier cosa “tocada” por las políticas estatales es contaminada, resignificada, arruinada.

Es necesario preguntarnos de qué sociedad civil se habla, reconocer una historia (paradigmática en momentos como los de la organización del sistema educativo o de la última dictadura militar) donde las organizaciones populares han sido debilitadas, perseguidas, desaparecidas. No podemos perder de vista el riesgo de la devolución de la expectativa de resolución de conflictos a la sociedad civil sin dejar de advertir en los últimos años un proceso de reconstrucción sumamente auspicioso y que es necesario seguir y apoyar sin miradas ingenuas que se imaginen que las organizaciones y asociaciones de este tipo son ajenas a la lógica de la fragmentación y la competencia mercantil y también a la lógica del Estado que nos atraviesa a todos.

En las áreas donde trabajé es necesario considerar, como ya dije al principio, que el Estado nacional ha funcionado como arquetípico, modélico de las políticas de las jurisdicciones, ha marcado un rumbo dirigido a construir una nación sobre la base de un modelo homogéneo y uniformizante. De unos años a esta parte, una cantidad importante de especialistas, docentes, familias y agrupaciones tienen clara la necesidad de replantear el sentido de este modelo, de elaborar políticas que al tiempo que apuestan por la igualdad, no dejen de dar lugar a la diversidad. En la década del ‘90, en un contexto de legitimación internacional de las políticas de reconocimiento pero también de supuesto achicamiento del Estado, algunas de estas demandas se tradujeron en propuestas de corrimiento del Estado de muchas de las funciones que tradicionalmente cumplía y de responsabilización de la sociedad civil por el sostenimiento de los sujetos en contextos de profunda desigualdad. Creemos que la

antropología también tiene mucho que aportar para que la política de reconocimiento sirva para afirmar el derecho a la diferencia y no para legitimar la fragmentación. La pregunta es si seremos capaces de ello, si la lógica de funcionamiento del Estado va a permitirlo. Algunas situaciones parecieran ser propicias para ello. Junto con una política de investigación que ha comenzado a valorar las actividades de gestión, transferencia y extensión, nos encontramos con funcionarios y especialistas del Estado que reconocen el desconcierto que les provoca un fracaso que debe admitirse en el logro de una verdadera inclusión educativa y se muestran abiertos a discutir planteos que problematizan las direccionalidades instaladas.

En el campo educativo y en cualquier otro espacio de intersección entre la investigación y la gestión es necesario que estos recorridos individuales sean compartidos a través de la construcción de proyectos conjuntos de reflexión sobre los sentidos del trabajo antropológico en relación con el Estado y las políticas. Sería deseable que junto con la apertura de posibilidades de trabajo en espacios más amplios que la academia, habilitemos instancias conjuntas de discusión sobre el sentido de nuestras acciones e inacciones en los temas de la agenda pública y la definición de políticas. La reflexividad, si bien es una de las características centrales de la investigación, en absoluto es monopolio de ella. Parece más bien un compromiso ético potenciarla como una valiosa y a la vez pesada carga (pesada en tanto nos impide la comodidad de la ingenuidad y la obsecuencia) a los múltiples espacios donde es posible imaginar la realización de nuestra competencia profesional.

Jorge Miceli¹⁰

Orígenes, aportes y actualidad del Grupo AntropoCaos: algunas reflexiones contextualizadoras

Podemos decir que los comienzos de la década de 2000 fueron fundacionales, en el desarrollo de lo que luego fue conocido como Grupo AntropoCaos, para el despliegue de algunas ideas innovadoras que todavía no habían adquirido, a pesar de su vigoroso empuje exógeno, un escenario local adecuado. Muchos de nosotros habíamos seguido las huellas formativas y teóricas del profesor Carlos Reynoso, pero no habíamos sido capaces de generar heurísticas de trabajo propias en el marco de estas concepciones. En estos términos, nuestro papel era fundamentalmente colaborativo, enriquecedor e implementador de perspectivas que no eran nuestras pero que abrazábamos con una pasión algo ingenua. Para algunos de nosotros, incluso, los mayores en este conglomerado generacional, esta devoción había alcanzado algunos productos concretos en la forma de colaboraciones informáticas aplicadas a la antropología y la arqueología, acopladas a un proceso autoformativo de vasta potencialidad pero con pocos frutos viables para el contexto académico. Las áreas de esta autoformación habían sido, en esencia, las teorías sistémicas, la modelización computacional y, más recientemente, hacia fines de los años '90, el Análisis de Redes Sociales (ARS), una perspectiva tan bien vista como poco comprendida en aquel momento.

En un contexto de profundo retroceso de las expectativas profesionales y de acción política colectiva, como fueron los años '90, lo sustancial del aprendizaje de quienes iniciamos AntropoCaos se había desarrollado casi puertas para aden-

¹⁰ Grupo AntropoCaos.

tro, perseverando en el desarrollo de perspectivas y puntos de vista que representaban una alternativa a muchas posiciones teórico-metodológicas fuertemente consolidadas dentro de nuestra disciplina. Ya antes de entrar en el siglo XXI, en ese ámbito externo a quienes luego formaríamos este grupo, y partiendo de necesidades de clasificación tanto disciplinares como ideológicas, era muy común que nos rotularan, rápidamente y sin mayores matices, como “positivistas”, “cientificistas” y, por supuesto, “reduccionistas”, de una manera tan contundente como llamativamente oscura en sus implicancias últimas.

Sin embargo, hacia 2003, a tono con modificaciones decisivas de la escena política nacional, esta dinámica fue cambiando, nos conformamos como grupo de trabajo y, poco a poco, comenzamos a desarrollar actividades de intercambio intenso de conceptos que derivarían en un perfil intelectual propio. Sin financiamiento externo, pero al menos concentrándonos en el espacio físico del tercer piso del edificio de 25 de Mayo, en el actual Instituto de Arqueología, comenzamos a unificar perspectivas, concentrar las energías y diseñar un programa de investigación que poco a poco comenzó a dar sus frutos, combinando tanto inquietudes transgeneracionales como necesidades de debate que trascendían las perspectivas en las cuales nos habíamos formado quienes tuvimos un papel fundacional en este desarrollo. En definitiva, nos comenzamos a reunir para discutir nociones teórico-metodológicas amplias, perspectivas de análisis y herramientas acordes a estas concepciones, pero sin limitarnos a organizar nuestros debates en torno a los objetos de estudio, implementaciones o tecnologías puntuales que ellas implicaban. Contra lo que mucha gente cree, AntropoCaos surge como un grupo de reflexión mucho más articulado en torno a tópicos teórico-metodológicos de alcance global que respecto a herramientas de modelización ligadas a la computación.

Sin embargo, lo que en aquel momento veíamos como un problema o un obstáculo a superar, quizás fue la clave de nuestra apertura, crecimiento y consolidación posterior. El escasísimo encuadre institucional que tuvimos en el comienzo, combinado con la dinámica de autofinanciación, la adhesión espontánea y la ausencia de un dispositivo de inclusión sustentado económicamente, contribuyeron a acercar a muchos estudiantes y recientes graduados a nuestro espacio de trabajo y sin prometer nada de antemano.

Atravesada ya la etapa fundacional y dedicados a establecer una membresía un tanto más formal, el primer seminario que dictamos en 2006 en la Facultad de Filosofía y Letras y en el marco de nuestra carrera, se intituló “Modelos computacionales en ciencias sociales: introducción a las sociedades artificiales”, y somos conscientes de que hasta su mismo nombre resultó desafiante para el sentido común de nuestra disciplina concebida a nivel local. No solo la “antropologización” de estos abordajes fue puesta en duda en aquellos momentos iniciales, sino que el mismo lenguaje por el cual estas ideas se desplegaban era merecedor de una mirada sospechosa. Palabras como “modelos”, “formalización”, “simulación”, “autómatas celulares”, “agentes”, etcétera, todo nuestro vocabulario era visto con extrañeza, y cada pequeño paso que dábamos era merecedor de una tarea de fundamentación muy superior a la exigida a la mayoría de nuestros colegas encuadrados en tradiciones más reconocidas localmente.

Sin embargo, una vez atravesado este momento inicial, logramos mantener este espacio y enriquecer de manera significativa la oferta de contenidos de la carrera, dictando, con excelentes repercusiones, en 2007 el seminario de grado “Introducción a las sociedades artificiales y a los modelos computacionales en antropología”, y un segundo seminario denominado “Uso y reflexión de las nuevas tecnologías en la metodología antropológica”, durante 2008.

En el transcurso de 2007, incluso, hemos editado el primer volumen que compila trabajos de integrantes del grupo, titulado *Exploraciones en Antropología y Complejidad*, un poco posterior al lanzamiento de nuestra página web <http://antropocaos.com.ar/>. Como corolario de este proceso de crecimiento e inserción, hemos iniciado incluso una nueva etapa de nuestro desempeño bajo la cobertura del UBACyT F155 titulado “Modelos de casos en antropología y complejidad”, y también conseguimos desplegar nuestra actividad en el contexto del Proyecto de Reconocimiento Institucional “Aplicaciones de la Complejidad y el Caos desde una perspectiva antropológica: El caso de las sociedades artificiales”.

En la actualidad, en línea con aquellas primeras incursiones y profundizándolas, las áreas de investigación que frecuentamos se han extendido, pero comparten la inquietud exploratoria de combinar campos y metodologías clásicas con los nuevos paradigmas de las teorías sistémicas, puntualmente confluyendo en las llamadas “Teorías del Caos y la Complejidad”. Es así como la articulación de las ciencias sociales con herramientas informáticas sigue conformando un propósito relevante, pero siempre dependiente de las perspectivas conceptuales y epistémicas de alto nivel que caracterizaron nuestros inicios.

Consideramos, además, que la Antropología social, conteniendo y potenciando abordajes clásicos como la observación participante y la perspectiva etnográfica tradicional, se dirige globalmente hacia nuevas fronteras que la fuerzan y estimulan a reformular sus paradigmas, teorías y herramientas de trabajo. En este proceso se destaca especialmente el desarrollo de metodologías de investigación de los que se conocen como sistemas adaptativos complejos. Paralelamente, las concepciones más establecidas acerca de los fenómenos sociales están siendo modificadas por posturas que enfatizan la complejidad, las propiedades emergentes y las

implementaciones algorítmicas de los casos estudiados. Las ciencias de la complejidad y el caos brindan un nuevo paradigma que muestra una nueva forma de pensar las conductas sociales que, para que sea fructífera, exige rigurosidad, adecuación empírica y comunicabilidad de los modelos empleados.

Frente a tradiciones epistemológicas recelosas de las fronteras disciplinares clásicas, los teóricos de esta perspectiva proponen una dinámica de transdisciplinariedad que es inherente y común a su objeto de estudio: los sistemas complejos. Esta dinámica fue característica de los estudios enmarcados dentro de la sistémica “tradicional” de inspiración batesoniana, pero los vínculos entre aquella antropología en busca de nuevas fronteras y las cada vez más sólidas ciencias de la complejidad y el caos, se muestran en un desarrollo sostenido que consideramos una fuente central de inspiración.

Tomando como fundamento estos enfoques y sus intersecciones más productivas, la labor de investigación y docencia de AntropoCaos se extiende hoy en día a los campos más novedosos de las ciencias sociales en general y de la antropología en particular, por lo que consideramos que nuestra experiencia es pionera en muchos de sus aspectos. Como producto del enriquecimiento de nuestros conocimientos a lo largo de estos años y más allá de nuestra formación de base, entre las perspectivas en las cuales desarrollamos nuestro trabajo se siguen encontrando el Análisis de Redes Sociales y los Sistemas Complejos que formaron parte de aquellas primeras etapas, pero también la Simulación Basada en Agentes y Sociedades Artificiales, la Antropología Cognitiva y Evolutiva, la Teoría de Juegos y las metodologías del análisis de datos cualitativos, que se incorporaron en una fase posterior y en las cuales se formaron los integrantes más jóvenes del grupo.

Pensamos que este cruce epistemológico nos posiciona, con sus dificultades y cuentas pendientes inevitables, en un lugar diferente dentro de la actual práctica investigativa, y es por esto que aún ahora procuramos, por cierto a un costo que a menudo no es menor, mantener la actitud experimental que nos caracteriza y nos permite ir descubriendo y construyendo conocimiento de manera cooperativa y excepcionalmente horizontal.

En el presente contexto de conmemoración de los cincuenta años de nuestra carrera, desde ya que no pretendemos sobrevalorar nuestro aporte y originalidad, pero si reafirmar nuestro genuino lugar de representantes, en el escenario académico local, de una serie de perspectivas que necesitan, ostensiblemente, sumarse con marcado protagonismo al patrimonio de posiciones teórico-metodológicas a tener en cuenta.

Tercera parte. Mesa redonda
“¿Para qué sirve la Arqueología?”

25 de septiembre de 2008

El contexto de una pregunta

Vivian Scheinsohn

Esta mesa comienza con una pregunta que tiene su historia. Para poder contársela, permítanme entonces remontarme en el tiempo. En 1984 yo era estudiante de la carrera de Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) y estaba comenzando la orientación en Arqueología y Prehistoria. Un día, Douglas Cairns –para todos, Dagui–, un compañero con quien había estudiado gran parte de la carrera, y que entonces estaba haciendo Antropología Social, me llamó por teléfono y me dijo que Morris Tidball, un amigo suyo, estudiante de medicina en la UNLP, había oficiado de intérprete de un antropólogo forense yanqui durante una conferencia que había tenido lugar en La Plata. Y aquí viene lo que me descolocó: el hombre, según Dagui, quería ponerse en contacto con estudiantes de arqueología. La cuestión es que había una cita para el día siguiente en un hotel de la Plaza de Mayo y mi misión era juntar tantos compañeros de la orientación arqueológica como pudiera. Sonaba raro. ¿Qué era un antropólogo forense? ¿Qué venía a hacer acá? ¿Para qué quería contactarse con estudiantes de arqueología? ¿Y yanqui, además? ¿No sería de la CIA?

Me hice todas esas preguntas y también me las hicieron todos aquellos a quienes contacté para ir a la reunión. Al día siguiente, en el hotel del yanqui, éramos tres: Teresa Acedo, Patricia Bernardi y yo. El hombre se llamaba Clyde Snow y debo decir que a nuestros reparos se sumó que Snow solo hablaba inglés, por lo que le habían puesto a una tal Marita, traductora/secretaria quien, recuerdo, nos cayó bastante mal. A pesar de eso, después de asistir a una marcha contra el FMI, fuimos a una segunda reunión, convocada en el bar de ese mismo hotel. En esa oportunidad ya había más gente. Algunos de los presentes iban a conformar el núcleo duro de lo que poco después iba a ser el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). Esa noche Snow nos ofreció participar en las exhumaciones que iba a realizar en el país, las primeras en utilizar técnicas arqueológicas y antropológicas. Recuerdo que en la discusión sobre si debíamos intervenir o no, Patricia Bernardi argumentó: “Por fin vamos a poder demostrar que la arqueología sirve para algo”. Y es aquí adonde quería llegar con esta historia. La pregunta –la misma que nos convoca hoy– ya había sido tácitamente formulada. Veinticinco años después, la arqueología todavía parece tener que demostrar que sirve para algo. Lo curioso es que esa misma necesidad, con el correr de los años se reitera una y otra vez.

Ahora bien, ¿por qué plantearle esa pregunta a la arqueología, cuando, por caso, nadie se pregunta para qué sirve la antropología social? Creo que hay por lo menos dos factores.

El primero es el mito, ya instalado, de que una supuesta neutralidad política permitió que los arqueólogos la pasaran mejor durante la dictadura. Y digo mito porque, entre otras cosas, no hay estudios que lo demuestren. Para quienes lo abonan no hubo arqueólogos exiliados (en el exterior y en el país), ni estudiantes de otras orientaciones. De

hecho, parecería que, quienes estudiaron en la Facultad por ese entonces hubieran sido colaboracionistas. Mi versión es otra: muchos, la mayoría, al formarnos en ese entorno, lo que hacíamos era resistir. Porque hay que decirlo: además de exilios y desapariciones, uno de los efectos de la dictadura en la carrera fue que mucha gente la abandonó. No soportó la fenomenología de Bórmida ni la arqueología del 80% de raederas y 30% de raspadores. Quienes estábamos decididos a seguir, para un lado o para el otro, compartimos esa resistencia que consistía en encontrar por otro lado lo que no conseguíamos en la Facultad. Y, por ejemplo, como no nos hablaban de Levi Strauss, íbamos a los cursos clandestinos de Blas Alberti; como no nos informaban sobre la bibliografía reciente, conformamos una biblioteca entre todos, poniendo una cuota mensual para comprar y leer esos libros; como no se hablaba de política, nos juntábamos en la “Casa del Boxeador” para formar un centro de estudiantes; como en la Facultad no existía otra arqueología fuera de la histórico-cultural, pero podíamos vislumbrar otra cosa en las clases de Aschero y de Borrero, les pedíamos y rastreábamos los trabajos que ellos nos recomendaban. Y en eso estábamos todos, futuros arqueólogos y antropólogos sociales. Sin embargo, el mito lleva a que los arqueólogos debemos rendir cuentas, como si la reflexión sobre el pasado no tuviera ideología o fuera un lujo que, entonces y ahora, un país como el nuestro no se puede permitir.

El otro factor es la democracia. Y al considerarlo, me parece sano seguir planteando la pregunta, ya no como una rendición de cuentas, sino como una reflexión, una “vigilancia epistemológica”, sobre nuestro quehacer. Por eso, le propuse a la Comisión Organizadora de las Jornadas “50 años de Antropología en Buenos Aires” la realización de una actividad específica destinada a la arqueología; más precisamente, una mesa redonda que girara en torno de

esa pregunta. Y me pareció pertinente trasladarla a distintas generaciones de (futuros/as) arqueólogos y arqueólogas comprometidos con su profesión.

Por su parte, los estudiantes que lanzaron esa pregunta en el marco del seminario anual, fueron convocados a esta mesa y decidieron presentar su respuesta grupalmente. También convoqué a Carlos Belotti, un joven graduado, para que ofreciera su respuesta. Como representante de la generación formada bajo la dictadura, Patricia Bernardi vino a decirnos en qué terminó la historia que comencé a contar arriba. Y finalmente, fue convocada la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina (AA-PRA), la única entidad profesional estrictamente arqueológica que hay en el país, la cual designó a Norma Ratto, su presidente, y a Mirta Bonnin, miembro de la Comisión Directiva, para que fueran quienes trajeran otra posible respuesta. Mi objetivo fue entrelazar distintas generaciones con sus respuestas, como una forma de evitar el vacío que instauró la dictadura entre nosotros. Que se pase la voz, que se pase la historia de nuestra carrera, nuestra historia, con todos los debates y discusiones del caso. Espero que podamos seguir discutiendo esta pregunta siempre.

Lo que sigue, entonces, es lo que se dijo en la mesa que tuvo lugar el 25 de septiembre de 2008, en el aula 257.

Miseria de la arqueología. Entre la ciencia y el compromiso social

Carlos R. Belotti López de Medina

Introducción

Hoy nos reúne la siguiente pregunta: ¿para qué sirve la arqueología? O mejor dicho, ¿qué servicio presta a la sociedad nuestra disciplina? ¿Qué relación hay entre una y otra? Según Bunge la obligación de los científicos es la búsqueda honesta de la verdad, y su posterior comunicación a la comunidad científica y al resto de la sociedad.¹ Esta deontología constituiría lo que él denomina la “endo-moral” de la ciencia básica, que contraponen a la exo-moral de la tecnología, actividad que afecta a sistemas como la economía, la política y el medio ambiente. Es cierto que el motor primero de la actividad científica es la curiosidad y que la mayoría de las investigaciones no tienen fin práctico alguno. Sin embargo, por ser la arqueología una ciencia social se hacen necesarias algunas consideraciones suplementarias. Partamos de lo obvio y recordemos que el contexto social puede

1 Al contrario de lo que ocurre con la ciencia, algunos de los peores productos de la industria cultural o cultura comercial gozan de una amplia difusión, tanto por su relación con los *mass-media* como por el hecho de que su consumo no requiere ningún conocimiento previo y a veces ni siquiera de mucha actividad mental.

influir en la decisión de investigar algunos problemas en lugar de otros. El conocimiento generado por las ciencias sociales puede además trascender del ámbito académico y pasar a formar parte de ideologías, programas pedagógicos o planes gubernamentales.

Teniendo en cuenta la complejidad de la cuestión, quisiera discutir sobre la utilidad de la arqueología a partir de dos tópicos puntuales: 1) la relación entre los arqueólogos y los pueblos originarios en lo que hace a la gestión del patrimonio y 2) la discusión en torno a quiénes deberían interpretar el dato arqueológico, y según qué criterios. Ambos problemas se imponen por su actualidad y ponen en el centro de la discusión el lugar de las ciencias sociales. En líneas generales coincido en que se debe dar participación a otros actores en el manejo de bienes culturales, sobre todo cuando se trata de comunidades étnicas cuya cultura misma ha sido marginada o apropiada según la conveniencia de las clases dominantes. Por el contrario, no pienso que la arqueología sea solo un ejercicio literario, o que carezca de sentido reconstruir el pasado o descubrir universales relativos a la sociedad y su historia. La práctica científica no es incompatible con el compromiso social, e incluso puede tener importancia política al brindar sustento empírico y teórico a la crítica de las ideologías dominantes.

La cuestión étnico-nacional y la cultura

La situación de los pueblos originarios es incomprensible si no se hace referencia a lo que algunos autores denominan “cuestión étnico-nacional”. El surgimiento de los Estados-nación latinoamericanos fue un proceso estrechamente vinculado a la expansión mundial del capitalismo, en la medida en que estos funcionaron como aparatos que ase-

guraban la dominación de clase, la organización territorial de la producción y el comercio internacional. Esto implicó profundas transformaciones para los sistemas sociales heredados de la colonia y de las sociedades prehispánicas. En el caso de los pueblos originarios muchas veces tuvo lugar su aislamiento y marginación, cuando no su exterminio y aculturación planificados. Pero en otras ocasiones ocurrió que las relaciones de producción, modos de vida y concepciones del mundo precapitalista fueron subsumidas en la nueva formación social. Como resultado, las clases y grupos sociales específicos del capitalismo coexisten con otros que se originan en la reproducción y continuidad de al menos algunos aspectos de las formaciones sociales previas. Estos últimos grupos constituyen varias de las etnias que forman parte de las naciones americanas actuales. Por lo general, muchos o la mayoría de los miembros de estos grupos étnicos se encuentran en una situación secundaria y/o subordinada dentro del proceso de producción capitalista y son además poseedores de una cultura y una identidad distintivas, que también ocupa una posición subalterna en relación a la cultura promovida por las clases dominantes. La relación entre la cultura y las situaciones étnico-nacionales condicionaría el desarrollo de la lucha de clases, imponiéndole formas de representación y organización que se originan en prácticas antiguas. Una dimensión positiva de esta situación es que las reivindicaciones étnicas puedan servir para movilizar y organizar los reclamos populares de contenido clasista. Sin embargo, aun cuando cuestionen abiertamente al capitalismo tales ideologías no necesariamente promueven la alianza con otras clases oprimidas, ni tampoco un proyecto político y social superador.

Por su parte, lo que denominamos cultura dominante es el producto de numerosas esferas de actividad intelectual. Hablar de cultura dominante no es lo mismo que hablar de

ideología, lo que significaría desconocer toda la complejidad del problema. Gramsci distinguía niveles de “organicidad” cuando se refería a la vinculación de los intelectuales respecto de las clases dominantes, y por lo tanto de su participación en la producción económica o en el sostenimiento de la hegemonía dentro de la sociedad civil. Reconocía por lo tanto las diferencias entre el arte, la ciencia, la religión y las burocracias, y rechazaba las explicaciones economicistas y mecánicas de la cultura o la ideología. Dejando de lado el problema de la ontología totalista implícita en la noción de organicidad, el análisis de Gramsci es valioso para la presente discusión por destacar la complejidad de las relaciones implicadas en la producción cultural. Una posición similar es sostenida por Bourdieu cuando habla de la autonomía o independencia de los campos culturales, que hace tanto a las reglas de competencia y consagración que regulan cada segmento del espacio social, como a la naturaleza de los productos culturales y su impacto sobre el resto de la sociedad.

Por lo tanto, al hablar de cultura oficial, consideramos que los grupos étnicos no tienen una influencia real en su producción y difusión, aun cuando en algunos casos se incorporen elementos de la cultura popular. El origen de esta separación entre culturas dominantes y subalternas se encuentra en las relaciones de clase, la división social del trabajo y la distribución desigual del capital cultural. La posesión de este capital está sancionada e institucionalizada parcialmente por el sistema educativo. Debido a las deficiencias de este sistema y a los límites que imponen al aprendizaje las desigualdades económicas y culturales, el acceso a la formación científica sigue en buena medida limitado a la clase media y la burguesía. Una de las consecuencias de tal separación es lo que podríamos denominar la enajenación

de los grupos subalternos respecto de la ciencia,² por encontrarse esta separada de sus condiciones inmediatas de existencia y de su concepción del mundo. Por supuesto que en esto juegan también otros factores, como la relación entre ciencia y Estado, el uso del conocimiento científico y del discurso cientificista como fuentes de autorización ideológica, la desmitificación del pensamiento mágico por la modernidad, etcétera. En semejante situación la ciencia se confunde con todo el universo cultural de las clases dominantes y se convierte en objeto de indiferencia o de malentendidos, impugnaciones y cuestionamientos.

El registro enajenado

Las principales críticas que recibimos de los pueblos originarios tienen que ver con el manejo del patrimonio por parte del Estado y de los arqueólogos. Principalmente se cuestiona que no reconozcamos su derecho a regular la excavación de sitios arqueológicos. Incluso se llega a hablar de profanación. Otro tanto ocurre con el manejo y exhibición de las colecciones arqueológicas en los museos, especialmente en el caso de los restos humanos. Estos cuestionamientos tienen lugar en el marco de una nueva visibilización de la cuestión étnico-nacional en el territorio argentino, promovida por un complejo proceso histórico entre cuyos hitos se encuentran el reconocimiento constitucional de la preexistencia de los pueblos originarios, la revalorización

2 La ciencia refina las habilidades críticas del ser humano, así como su capacidad para desmitificar el pensamiento mágico y las ideologías promovidas por quienes desean eternizar el *statu quo*. Debido a esta potencialidad emancipadora de la ciencia, encuentro injustificable el oscurantismo posmoderno que equipara el racionalismo a una ideología de clase o a un medio de dominación colonial.

de su cultura³ y el crecimiento de los movimientos sociales indígenas. En ese sentido el reclamo por el control del patrimonio arqueológico no constituye un hecho separado de las reivindicaciones territoriales o de la afirmación de la continuidad de su cultura e identidad.

Cualquier forma de propiedad es en esencia una relación entre actores sociales, y por lo tanto está sujeta a transformaciones históricas. Y lo que está en disputa es justamente el derecho a la apropiación y uso de los materiales arqueológicos. Nuestra actividad se desarrolla en el marco de regulaciones estatales que son el producto de relaciones coloniales y de clase, y de una ideología patrimonialista que desconoce otras formas de apropiación y de valoración de los materiales arqueológicos. Cada vez que excavamos sin dar ningún tipo de intervención a las comunidades, nuestra *praxis* reproduce estas relaciones de dominación.

La única solución a este dilema parece ser algún tipo de colaboración o gestión compartida entre comunidades aborígenes, academia y organismos gubernamentales. Llegar a esta situación no es tarea fácil, ya que es necesario superar obstáculos técnicos, culturales y políticos. En tal sentido la transferencia educativa es el principal medio que tenemos. Pero a su vez necesitamos estar atentos a lo que las comunidades tienen para decir a propósito de los sitios, de su investigación y manejo. Por ejemplo, para la excavación de los entierros hallados en el valle de Chapalcó (La Pampa) los investigadores acordaron con la comunidad rankülche la investigación y estabilización de los restos humanos en el laboratorio, para su posterior devolución a la comunidad. Asimismo las investigaciones arqueológicas aportan prue-

3 En parte promovida por las ciencias antropológicas, pero también por el Estado, el turismo, las ONGs y organismos como el BID.

bas a favor de los reclamos territoriales de las comunidades aborígenes.

Pluralidad y ciencia

En los últimos años algunas comunidades han manifestado su deseo de participar activamente en la producción del conocimiento arqueológico, o al menos de reivindicar su propia versión de la historia. Por ejemplo, frente a las clasificaciones culturales de la arqueología del NOA, la Comunidad India Quilmes afirma que se trataba de “un mismo pueblo, aunque fue adoptando diferentes manifestaciones culturales a lo largo del tiempo”. Pienso que esta preocupación no solo es legítima, sino que constituye un hecho positivo y que debemos interesarnos más por su visión del pasado. En primer lugar porque se trata de *su* pasado, y por lo tanto tienen derecho a que sus preguntas e hipótesis se tomen en consideración. Segundo porque sus versiones de la historia son importantes para el estudio de las situaciones étnico-nacionales, en especial en lo que hace a la impugnación de la cultura e ideología oficiales. Finalmente, se establece una continuidad histórica que contribuye a su accionar reivindicativo. Sin embargo, no debe perderse de vista que sus interpretaciones no son parte de una tradición inmaculada, sino el producto de quinientos años de conflictos políticos, culturales y económicos, por lo que hemos de considerarlas bajo el mismo punto de vista crítico con el que deberíamos abordar cualquier expresión de la cultura popular.

Desde el interior de la disciplina se han hecho reclamos similares. Por lo general se apunta a la colaboración entre arqueólogos y comunidades para la gestión del patrimonio,

así como a la necesidad de comprometer políticamente a la arqueología con las reivindicaciones de los pueblos originarios. En ese sentido, no puedo menos que coincidir en la aspiración a una disciplina de corte dialógico. Lamentablemente, este planteo suele ir de la mano de una crítica irracionalista a la arqueología tradicional, a la cual se tiende a confundir con una simple ideología o con una construcción puramente pragmática. Desde esta perspectiva la investigación arqueológica no haría más que producir “relatos sobre el pasado”, que además estarían al servicio de los intereses de las clases dominantes, o formarían parte de un sistema de saber-poder colonial que instauraría un quiebre ontológico entre prehistoria e historia.

En general estos argumentos son bastante similares a los esgrimidos por lo que Bunge denominó en tono irónico como la “novísima sociología de la ciencia”. Su principal punto de encuentro es la tesis del externalismo radical, que considera las ideas como el producto de fuerzas sociales/culturales impersonales, como la clase o la totalidad social. El externalismo tiene un elemento de verdad en el sentido de que nuestras hipótesis se originan en el cerebro, pero bajo las condiciones que le imponen la *praxis* y el bagaje intelectual adquirido. Es cierto además que la política ha influido frecuentemente en el trabajo intelectual de los científicos sociales, aunque basta el ejemplo de Marx para darse cuenta de que esto no constituye un hecho negativo. Sin embargo, lo que olvidan o niegan tácitamente quienes adoptan el externalismo es que la verdad pueda tener como referente la realidad externa al sujeto, y que las hipótesis deban corroborarse y/o refutarse con el uso de la evidencia, la lógica y el conocimiento previo.

A este cuestionamiento de la vocación universalista de la ciencia se suele sumar la crítica a la autoridad del arqueólogo para “relatar el pasado”. El argumento central sería que

los arqueólogos nos arrogamos el derecho a contar la historia de otros, sustentándonos en relaciones de dominación coloniales y en el prestigio que dentro de la cultura dominante detentan la ciencia y la técnica. Por lo tanto seríamos culpables de marginar otras versiones o historias, que *a priori* no son ni más ni menos válidas que las nuestras.

Los problemas de este argumento son enormes. Primero reduce a la ciencia y su método a una narrativa, ignorando las condiciones objetivas bajo las cuales se produce el conocimiento y por lo tanto cayendo en el idealismo. Todo conocimiento se origina en una *praxis*, pero mientras que el sentido común y la técnica pueden ser pragmáticas, e incluso contentarse con un entendimiento superficial de los fenómenos, la ciencia tiene por objetivo la explicación de todo lo real. Es por esta razón que el conocimiento científico apunta a ser verificable y sistemático. Pero además esta crítica confunde la validez de los enunciados científicos con el problema de su legitimación social. La validez de un argumento, teoría o hipótesis es una cuestión epistemológica y hace al uso de herramientas como la lógica, cuyo fin es eliminar el impacto de los argumentos de autoridad y de otras falacias en la producción de conocimiento. El segundo problema es sociológico y comprende tanto al funcionamiento interno del campo científico, como a su relación con el resto de la sociedad. Ahora bien, si una hipótesis es falsa y/o pseudocientífica, lo seguirá siendo aunque cuente con el respaldo de toda la sociedad o del gobierno.

Todo lo cual me lleva al segundo aspecto negativo de la pregunta sobre quién nos autoriza a relatar el pasado. Para poder avanzar la ciencia necesariamente debe admitir el debate, la competencia entre teorías rivales e incluso el uso provisorio de modelos incompatibles. Ergo, una de las condiciones de posibilidad de la investigación es la libertad de pensamiento y de expresión. Por eso mismo la ciencia ha

chocado una y otra vez con los verdaderos autoritarismos, como los dogmas seculares y religiosos, las dictaduras, las filosofías oscurantistas.

Desde un punto de vista político, los problemas de este planteo son aún mayores: 1) pasa por alto el hecho de que las ideologías subalternas pueden comprender elementos conservadores. Por lo tanto, aunque simpaticemos con la situación actual de las comunidades campesinas y/o aborígenes, nuestro compromiso no debe impedir que mantengamos una actitud crítica frente a sus elaboraciones ideológicas; 2) promueve una dicotomía maniquea entre lo aborígen y lo colonial/europeo, justificando así el romanticismo; 3) el análisis de la realidad es indispensable para que la práctica política pueda ser efectiva en los objetivos de largo plazo. Al idealizar el pasado prehispánico se oculta que la conquista europea fue facilitada por los conflictos y contradicciones de las sociedades precolombinas, así como por la preexistencia de clases sociales y superestructuras estatales. Si, para colmo, se propone como meta la restauración de un pasado falso transformado en utopía, se corre el riesgo de fracasar o de promover nuevas formas de dominación.

De la arqueología utópica a la arqueología científica

Durante los últimos veinticinco años las arqueologías posprocesuales han venido predicando acerca de la relación entre política y ciencia, y sobre la necesidad de una disciplina plural y participativa. Algunos años antes se hicieron alegatos similares desde la Arqueología Social Latinoamericana, con la certeza de que el socialismo habría de superar las contradicciones y desigualdades engendradas por el capitalismo. Dejando de lado las diferencias de contexto social y político que separan a ambas escuelas, una y otra se oponen

en la posición que toman frente a la ciencia. La Arqueología Social parte de una lectura tradicional de la obra de Marx y Engels, conservando así una vocación científica por el descubrimiento de la verdad. En sus versiones radicales, las arqueologías posmodernas presumen de haber demolido no solo las corrientes anteriores de la arqueología, sino todo el edificio de la ciencia y la filosofía. Esta presunción se basa en la transformación del lenguaje en un círculo vicioso que invalida cualquier aspiración a un conocimiento objetivo.

Lo que al principio iba a ser una reflexión en torno a la relación entre arqueólogos y sociedad se transformó, de alguna manera, en un manifiesto a favor de la ciencia. Debo confesar que este desvío no es enteramente casual. Por una parte el avance de las ciencias naturales es tal, que podría hablarse de una cultura de varios órdenes de magnitud superior a la de cualquier otro período de la historia. Por la otra, los cambios tecnológicos no han logrado dar respuesta a muchos de nuestros problemas sociales más urgentes. Y esto es de esperar, pues la solución es política. Las ciencias sociales pueden hacer un gran aporte contribuyendo a determinar las causas reales de tales problemas, y trabajando en la búsqueda de soluciones junto a políticos, ONGs, partidos, sindicatos y movimientos sociales. Entre los problemas abordados por la arqueología hay varios que son de relevancia para el presente, como la relación entre sociedad y naturaleza, el desarrollo de las fuerzas productivas, la evolución de las formaciones sociales desde el paleolítico y hasta la aparición de las primeras sociedades clasistas y el capitalismo, la diversidad de los modos de vida, etcétera. La mejor manera que tenemos de hacer un aporte significativo, es seguir siendo científicos.

Referencias

- Bate, L. F. 1984. *Cultura, clases y cuestión étnico-nacional*. México, Juan Pablos Editor.
- . 1998. *El proceso de investigación en Arqueología*. Barcelona, Crítica.
- Bourdieu, P. 1985. "Espacio social y génesis de las „clases“, en *Espacios de crítica y producción*, pp. 24-35.
- . 1997. *Capital Cultural, Escuela y Espacio Social*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- . 2003. *Campo de Poder, Campo Intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires, Quadrata.
- Bunge, M. 1995. *Sistemas sociales y filosofía*. Buenos Aires, Sudamericana.
- . 2005. *La ciencia. Su método y su filosofía*. Buenos Aires, Debolsillo.
- Comunidad India Quilmes. 2006. *Los Quilmes contamos nuestra historia*. Tucumán, Ministerio de Desarrollo Social-Presidencia de la Nación, Instituto Nacional de Asuntos Indígenas, Proyecto Desarrollo de Comunidades Indígenas.
- Crespo, C. 2005. "Qué pertenece a quién": Procesos de patrimonialización y Pueblos Originarios en Patagonia, en *Cuadernos de Antropología Social*, pp. 133-149.
- Curtoni, R. 2004. La dimensión política de la arqueología: el patrimonio indígena y la construcción del pasado, en *Aproximaciones contemporáneas a la Arqueología pampeana: Perspectivas teóricas, metodológicas, analíticas y casos de estudio*. Olavarría, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPB, G. Martínez, et al. Editores.
- Endere, M. L. 2001. "Patrimonio arqueológico en Argentina, panorama actual y perspectivas futuras", en *Revista de Arqueología Americana*, pp. 143-158.
- Endere, M. L. y Curtoni, R. 2007. *Acerca de la interacción entre la comunidad indígena Rankülche y los arqueólogos en el área Centro-Oeste de La Pampa*. Quinto Sol, pp. 197-205.
- Gramsci, A. 1970. *Antología*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- Haber, A. F. 2004. "Arqueología de la naturaleza / Naturaleza de la arqueología", en *Hacia una arqueología de las arqueologías sudamericanas*. Bogotá, Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales, Centro de estudios Socioculturales e Internacionales, Ediciones Uniandes A. F. Haber Editor, pp. 15-32.
- Lombardi Satriani, L. M. 1975. *Antropología Cultural - Análisis de la cultura subalterna*. Buenos Aires, Galerna.
- Marx, C. 1975a. "Introducción a la Crítica de la Economía Política", en *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Buenos Aires, Ediciones Estudio.
- . 1975b. *El Capital*. México D. F., Siglo XXI.
- Meillassoux, C. 1977. *Mujeres, graneros y capitales: economía doméstica y capitalismo*. México, Siglo XXI.
- Quesada, M. 2009. "Discursos cartográficos y territorios indígenas en Antofalla", en *Intersecciones en Antropología*, pp. 155-166.
- Rocchetti, A. 2004. "Crítica de la razón patrimonialista", en *XV Congreso Nacional de Arqueología Argentina* (CD de resúmenes). Río Cuarto.

¿Para qué sirve la arqueología? Una respuesta personal

Patricia Bernardi

Soy Patricia Bernardi y soy miembro fundador del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF). A partir de la conformación de este equipo, en 1984, se abre la aplicación de la antropología y arqueología dentro del ámbito forense de nuestro país.

La historia de la Antropología Forense en la Argentina comienza con el advenimiento de la democracia, en diciembre de 1983 y la necesidad de saber qué había sucedido con las personas desaparecidas. La antropología forense surge entonces a partir de una necesidad concreta: la de usar técnicas adecuadas para recuperar esqueletos de personas desaparecidas.

A fines de 1983 se realizó en varios cementerios del gran Buenos Aires una gran cantidad de exhumaciones acientíficas, donde la recuperación de los huesos quedó en manos de los sepultureros. Eso llevó a la destrucción y mezcla de restos óseos y pérdida de todo tipo de evidencia asociada a los mismos (por ejemplo, proyectiles, efectos personales, etcétera). También produjo un daño muy grande en los familiares de los desaparecidos que veían con espanto cómo las topadoras

levantaban cientos de esqueletos, con la angustia de pensar que alguno de esos restos podría ser el de sus seres queridos.

Tanto la recuperación de esos cuerpos, ya esqueletizados, como la determinación de su perfil biológico requería de una metodología más compleja y específica. Esto hizo que por primera vez, y de forma bastante heterodoxa, comenzara a pensarse en el aporte de la Antropología a la resolución de problemas forenses o médico-legales.

En 1984, invitada por las Abuelas de Plaza de Mayo, llegó a la Argentina una delegación de científicos norteamericanos. El grupo estaba integrado por científicos relacionados con la genética (para determinar la filiación entre nietos y abuelos) y otros vinculados con la investigación forense. Dentro del grupo de los especialistas forenses se encontraba Clyde Collins Snow quien dedico varios años a la formación del EAAF.

En el ámbito forense los científicos norteamericanos se encontraron con varias dificultades:

- » la impericia de las exhumaciones realizadas por personal del cementerio;
- » la falta de recursos e interés por parte del cuerpo médico forense;
- » la falta de confianza de los familiares frente a los trabajos de exhumación que implicaba la imposibilidad de toma de datos *premortem*.

El informe concluyó que si no cambiaban las condiciones en las que se desarrollaba este trabajo, la tarea de identificación sería prácticamente imposible.

En junio de 1984 el juez Ramos Padilla requirió la colaboración de Clyde Snow. Su pedido consistía en la exhumación de quince personas que habían sido asesinadas el 31 de diciembre de 1976. Para dicho trabajo Snow pidió la colaboración del Colegio de Graduados de Antropología. Esperó unas

semanas y ante la falta de respuesta decidió comenzar a trabajar con estudiantes. Yo integraba ese grupo de estudiantes. Estábamos entre segundo y cuarto año en la carrera. Su solicitud hizo que nos reuniéramos muchas veces a pensar respecto de las dudas que nos generaba la presencia de un grupo de norteamericanos en esto, además de los miedos y dudas propios de un momento en que nada estaba claro, al estar recién recomenzando la democracia. Si bien teníamos experiencia en la práctica arqueológica, solo teníamos un mínimo conocimiento de antropología biológica; ninguno había trabajado en enterratorios, menos de momentos tan recientes, lo que podía implicar la exhumación de gente conocida. Finalmente decidimos hacer al menos las primeras exhumaciones.

Así, la incorporación de antropólogos/arqueólogos en este tipo de práctica siguió, en términos generales, un camino lleno de iniciativas personales y grupales más que decisiones institucionales. Las dificultades las fuimos resolviendo a medida que surgían. Una de esas dificultades era que debíamos estar recibidos para ser nombrados como peritos en las diferentes causas judiciales. En la primera exhumación, de junio de 1984 como ninguno de nosotros tenía título le pedimos a un amigo común del grupo, Hernán Vidal, recién recibido y que por entonces acababa de instalarse en Tierra del Fuego, que saliera como perito, firmando nuestro trabajo. Fue la primera exhumación realizada con técnicas arqueológicas.

Paralelamente se dio a conocer el informe de la Comisión Nacional de Desaparición de Personas (CONADEP) donde quedó demostrado que, durante el gobierno militar, practicaban tres maneras de deshacerse de los cuerpos de los desaparecidos: 1) los enterraban como NN en los cementerios municipales a lo largo de todo el país; 2) los arrojaban a los ríos y lagos en los llamados “vuelos de la muerte”; y 3) un pequeño porcentaje fue cremado.

En diciembre de 1983, por decreto presidencial, se inició el juicio a las tres primeras Juntas Militares que gobernaron el país desde 1976 hasta 1982. El delito de desaparición no existía como tal, en su lugar se aplicó la figura de la “privación ilegítima de la libertad”, no homologable con el homicidio porque no se contaba con el cadáver como prueba. La Cámara Federal de Buenos Aires, tuvo por comprobadas solamente las muertes de 73 personas, cerca del 10% de los casos presentados y menos del 1% del total de las personas registradas como desaparecidas, porque consideraba que la muerte no podía ser tenida por acreditada si no aparecía el cadáver. De este modo el ocultamiento de los cadáveres, desde el punto de vista jurídico, también confirió grandes beneficios a los responsables, al inhibir la posibilidad de acusarlos por homicidio, con condenas y plazos de prescripción mayores. Fue en ese momento que quedó clara la importancia de nuestro trabajo. El hallazgo del cuerpo y su identificación fue una de los objetivos que impulsó el desarrollo de la antropología forense en la Argentina. La evidencia que podía condenar a los asesinos solo podía ser recuperada mediante un trabajo científico.

El EAAF se constituyó entonces como una institución científica no gubernamental e independiente. Desde 1984 ha trabajado en la aplicación de ciencias forenses y en investigaciones sobre violaciones a los derechos humanos en la Argentina y en otras partes del mundo. Su composición es interdisciplinaria: hay especialistas en antropología, arqueología, biología, informática, etcétera.

Los objetivos que nos llevaron a conformar el equipo son:

1. Aplicar las ciencias forenses en la investigación y documentación de casos relacionados con violencia política.
2. Investigar, exhumar y analizar los cuerpos recuperados, con fines identificatorios y de determinación de causa de muerte.

3. Ayudar a los familiares a recuperar los cuerpos de sus seres queridos.
4. Aportar pruebas científicas a la justicia.
5. Colaborar en la reconstrucción histórica de nuestro pasado reciente.

Posiblemente, lo que caracteriza al EAAF es realizar un trabajo integrado, dividido en tres etapas: investigación preliminar, trabajo de exhumación y trabajo de laboratorio.

Normalmente, estas tres etapas eran llevadas a cabo por diferentes investigadores e instituciones, como los fiscales y policías en la etapa inicial; el criminalista y el forense en las fases más técnicas. Esto produjo la dispersión de la información y la imposibilidad de relacionar datos provenientes de diferentes fuentes.

Por ello el EAAF se propuso un esquema de trabajo de integración, recolectando la información en forma coherente. Por una parte, en los casos en los que sea posible realizar la investigación previa antes de la exhumación; es decir, reunir la información del caso (quién, cuándo, dónde, cómo y por qué desapareció esa persona), ubicación de la sepultura, características del lugar, así como los datos físicos de la víctima (desde los más generales, como sexo y edad, hasta los más específicos, como patologías a nivel óseo y características odontológicas). Esa tarea previa da un panorama más completo antes de la exhumación e incluso sirve para evaluar si la información recuperada amerita realizar una excavación o si los datos son imprecisos.

Una vez evaluada la información, se decide si hay elementos que justifiquen una exhumación; y en caso positivo, se planifica la etapa de exhumación con una hipótesis de trabajo. Por último, en la etapa de laboratorio se establece el perfil biológico y la determinación de la causa de muerte.

Después de haber realizado un largo camino con el

EAAF me interesaría marcar las dificultades y las ventajas que encontramos en el camino.

Dificultades:

- » Inserción dentro ámbito judicial y necesidad de demostrar la importancia de la evidencia forense.
- » Inserción dentro del ámbito del cuerpo médico forense donde la antropología forense no existía.
- » Inserción dentro del ámbito universitario y necesidad de demostrar que hacíamos un trabajo científico. En este sentido me interesa resaltar que el Dr. Carnese fue el primer profesor que nos dio un espacio dentro del ámbito universitario para presentar nuestro trabajo.

Ventajas:

- » El contexto político en el que surgimos y la necesidad de investigar lo sucedido, momento que implicó una importante apertura política y social.
- » El ser un equipo independiente nos permitió ganar la confianza de los familiares y la posibilidad de decir que no frente a pedidos que eran imposible de realizar (como exhumar todos los NN del cementerio de Boulogne).
- » Los trabajos internacionales que nos permitieron tener un reconocimiento y ser solicitados como consultores de organismos internacionales (Naciones Unidas, America's Watch, Physicians for Human Rights).
- » Poder trabajar como un equipo interdisciplinario.

Arqueología de Gestión: una asignatura pendiente

*Mirta Bonnin y Norma Ratto*¹

La Asociación de Arqueólogos profesionales y la gestión del patrimonio

El surgimiento de la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina (AAPRA) en el año 2000 estuvo relacionado con la necesidad de conformar un órgano de representación de los arqueólogos profesionales de la Argentina que regulara y supervisara el ejercicio de su profesión y que defendiera a sus miembros ante situaciones conflictivas y/o que pusieran en riesgo la concreción de sus actividades relacionadas con sus incumbencias específicas. Se propuso entonces a la AAPRA como un organismo que pudiera colaborar con la formación científica, técnica y docente de los arqueólogos profesionales, que propiciara las gestiones necesarias para preservar y poner en valor el patrimonio arqueológico, y que fomentara el dar a conocer los resultados de las investigaciones, no solo en los ámbitos académicos nacionales e internacionales, sino también entre la población en general. Por ello, para la AAPRA la Arqueología de Gestión es una disciplina fundamental.

¹ Ambas pertenecientes a la Asociación de Arqueólogos Profesionales de la República Argentina (AAPRA).

Entendemos a la Arqueología de Gestión como las actividades necesarias para crear y/o utilizar los medios institucionales que permitan y posibiliten la aplicación y/o intervención del antropólogo/arqueólogo en distintas facetas de la problemática del patrimonio cultural. El patrimonio cultural y arqueológico de nuestro país está en peligro. La expansión urbana, agrícola y de las actividades energéticas, extractivas y/o de infraestructura (petroleras, minería, obras viales, tendidos eléctricos, represas, entre otras), el turismo, el vandalismo y el comercio ilícito, la mala praxis profesional, ocasionada principalmente por la falta de estándares en el ejercicio de la profesión, y la desvalorización actual que existe respecto de la diversidad cultural de las sociedades del pasado, son algunos de los factores que lo comprometen.

Los problemas de una Arqueología de Gestión en la Argentina

Pese a que la Arqueología de Gestión es una de las más poderosas herramientas para afrontar los problemas que afectan el patrimonio arqueológico, su desarrollo sigue estando condicionado a un conjunto de cuestionamientos que hacen que no esté totalmente legitimada en el medio arqueológico. Su práctica plantea una serie de problemas, uno de los cuales es la dicotomía existente entre la praxis científica-académica y la profesional. Esto conlleva la desvalorización de la práctica profesional arqueológica aplicada respecto a la arqueología académica, lo que se halla estrechamente relacionado con el conflicto latente entre desarrollar la actividad arqueológica en el medio público o en el privado, principalmente en el caso de los estudios de impacto ambiental y social (ver más adelante). Otro de los problemas es un conjunto de cuestiones, algunas conflictivas, que

surgen en el marco de las relaciones entre los arqueólogos y la sociedad.

Es bastante común que los arqueólogos fracasen en conocer qué y cómo transmitir los conocimientos generados científicamente, no solo para lograr la conservación de un sitio *per se* sino para trabajar con las comunidades y lograr que valoren las manifestaciones culturales presentes en su territorio, es decir, trabajar sobre temas identitarios. Probablemente la raíz de esta dificultad se vincula con el sesgo etnocentrista y europeizante de lo que se concibe como cultura en nuestra nación, lo que llevó a ignorar a las culturas aborígenes durante mucho tiempo.

Por otro lado, existe un divorcio entre las instituciones responsables de la conservación patrimonial y las posibilidades de concretarlo, ya sea por falta de medios, personal capacitado e idóneo, otorgamiento de cargos políticos u otras razones. Para que cambie este panorama es necesario cambiar la política patrimonial. La protección del patrimonio cultural debe ser parte de la política de Estado, asumiendo que esta política no debe ser declarativa sino ejecutiva (Ratto, 2002). Pero también deben cambiar los arqueólogos, ya que urge ocuparse de aquellos temas relacionados con la gestión del patrimonio cultural-arqueológico como actividad específica, además de la tradicional actividad científica-académica.

¿Para qué sirve la arqueología?

En la línea que se viene argumentando es entonces válido preguntarse *¿para qué sirve la arqueología?* La respuesta, indudablemente, debería orientarse por el lado de la preservación y la puesta en valor del patrimonio arqueológico. Algunos cambios ya se están dando en ese sentido. Por

ejemplo, la reciente publicación de Guráieb y Frère, *Caminos y encrucijadas en la gestión del patrimonio arqueológico argentino* (2009) en el marco de la cátedra de Fundamentos de Prehistoria del Departamento de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires es un paso esencial para llevar al público en general los distintos aspectos involucrados en la gestión.

Uno de los temas claves en este “para qué sirve” tiene que ver con la relación entre los arqueólogos y las comunidades locales. Esta relación se caracteriza por ser unilateral, presentar conflictos de intereses y, algunas veces, por dar pie a la cooperación entre arqueólogos y comunidades (Manasse, 2008). Las comunidades plantean una serie de demandas a los arqueólogos que se pueden agrupar en dos tipos: por un lado aquellas que atañen específicamente a los pueblos originarios y, por otro, las que proceden de otros sectores de la sociedad. En el caso de las que se vinculan a pueblos originarios, mayormente los reclamos giran en torno a la exhibición de restos humanos en museos, las exhumaciones arqueológicas de restos esqueléticos o cuerpos momificados, el control de los sitios y los permisos de trabajo, y la delimitación de los territorios ancestrales. En cambio las demandas de otros grupos sociales –tales como municipios, comunas, ONGs, escuelas– se centran en la búsqueda de asesoramiento para la creación de museos, rescates patrimoniales, la capacitación para la gestión propia del patrimonio, brindar información general y específica, como es el caso de instituciones escolares, ONGs, artistas, artesanos, docentes, la realización de peritajes judiciales, particularmente en temas relacionados a los derechos humanos y al tráfico ilícito de bienes arqueológicos y de estudios de impacto ambiental y social para el factor arqueológico.

Un párrafo especial merecen los estudios de impacto arqueológico de proyectos de infraestructura y productivos

donde el principal aspecto negativo consiste en el movimiento de suelo que conlleva la ejecución de obras de diferente envergadura, tanto pública como privada. Sin embargo, debe destacarse que en el marco de las obras también se ha incrementado el conocimiento del patrimonio arqueológico, siendo este aspecto de suma importancia cuando se retroalimenta con la esfera científica-académica (Ratto, 2007-2010, 2009, entre otros). De esta manera se contribuye a revertir la imagen negativa o escasamente valorada que tiene este tipo de intervención por parte de algunos integrantes de la comunidad científica-académica, habiendo sido esta situación discutida en profundidad por otros colegas (Dillehay, 2004; Cáceres y Westfall, 2004).

Los museos tienen un papel fundamental dentro de un proceso de reconstrucción de valores a nivel local. Deben abarcar temas tales como la memoria y los derechos humanos, la historia, la antropología biológica de las poblaciones locales, los patrimonios locales y procesos de etnogénesis y la revalorización del arte indígena, artesanías, proyectos de desarrollo sustentable y turismo. Parte de las demandas de las comunidades puede ser atendida en el marco de los museos de antropología y arqueología existentes, e incluso desde los museos regionales dispersos a lo largo de todo el país. En el Museo de Antropología (Universidad Nacional de Córdoba), donde se desempeña una de las autoras de esta ponencia, se intenta dar respuestas a estas demandas mediante programas de extensión, de capacitación, educativos, museográficos, de conservación de colecciones, de asesoramiento y de cooperación (Zabala *et al.*, 2006, 2007, 2009). También se ha implementado un equipo de arqueología de rescate que da respuesta de manera satisfactoria a los continuos hallazgos arqueológicos realizados por particulares en el desarrollo de actividades no arqueológicas (Fabra, 1999; Fabra *et al.*, 2008).

Arqueología de gestión: nuevas necesidades

En vista de la intervención que se nos solicitó para esta mesa y en el marco de las jornadas de cambio de Plan de estudio de la UBA, creemos necesario fortalecer este perfil en la formación de los arqueólogos egresados de esta universidad. Hoy día la carrera de Ciencias Antropológicas –orientación en Arqueología– cuenta solo con dos seminarios operativos relacionados con la temática de gestión, por lo que consideramos que constituye un área vacante que debe ser desarrollada como nueva orientación. También es necesario conformar equipos inter y multidisciplinarios. La formación en temas de patrimonio y museología es prioritaria así como la de temas relacionados con la educación y con la intervención, conservación y restauración. Los arqueólogos deberíamos estar preparados para hacernos cargo de la gestión de proyectos culturales y patrimoniales relacionados con el turismo cultural, planes de manejo para uso público de sitios arqueológicos, puesta en valor de sitios arqueológicos y creación de parques arqueológicos. Finalmente, hay que destacar la creciente necesidad que hay de arqueólogos que se ocupen de estudios de impacto ambiental y social y de su aporte para los proyectos de investigación. Desde ya que todo lo propuesto debe necesariamente considerar una ética del patrimonio que incluya tanto los componentes materiales como los inmateriales, y que respete las identidades culturales locales. Todo esto confluye en la necesidad de generar estándares de desarrollo de la práctica profesional en todos estos aspectos y, dadas las complejidades que este programa implica, la necesidad de crear una nueva orientación en la carrera de la UBA: la de Arqueología de Gestión.

Bibliografía

- Caceres Roque, I. y Westfall, C. 2004. "Trampas y amarras: ¿Es posible hacer arqueología en el sistema de evaluación de impacto ambiental?", en *Chungará Revista de Antropología Chilena* 36: 483-488.
- Dillehay, T. 2004. "Reflexiones y sugerencias sobre la arqueología ambiental en Chile desde la perspectiva de un observador", en *Chungará Revista de Antropología Chilena* 36: 531-534.
- Fabra, M. 1999. "La Arqueología de Rescate, Una Forma de Revalorizar el Pasado", en *Estafeta 32, Revista de Producción y Debate*. Facultad de Filosofía y Humanidades (U.N.C.), junio-septiembre, N° 1: 84.
- Fabra, M.; Zabala, M. y Roura Galtes, I. 2008. "Reconocer, recuperar, proteger, valorar: prácticas de Arqueología Pública en Córdoba", en Rocchietti, A. M. y Pernocone, V. (comps.). *Arqueología y Educación: perspectivas contemporáneas*. Tercero en discordia, pp.117-132.
- Guráieb, A. G. y Frère, M. 2009. *Caminos y encrucijadas en la gestión del patrimonio arqueológico argentino*. Buenos Aires, Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.
- Manasse, B. 2008. "Articulación de saberes: mapeando territorio indígena desde las evidencias del pasado", ponencia presentada en el IX Congreso Argentino de Antropología Social, Mesa de trabajo "Arqueologías educadas: experiencias de trabajo y reflexión crítica de los modos de pensar el pasado y de los modos de hacer el presente a través de la práctica arqueológica". Posadas, Misiones.
- Ratto, N. 2002. "Patrimonio Arqueológico y Megaproyectos Mineros: El Impacto Arqueológico en detrimento de su potencial para el Desarrollo Sostenido Regional en la Provincia de Catamarca (Argentina)", en *Perspectivas del Turismo Cultural*. Tesis de Maestría de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES, 2001). *Noticias de Antropología y Arqueología*. Buenos Aires, CD.
- . 2007-2010. "Arqueología y Evaluación de Impacto Ambiental", en *Revista Xama*. En prensa.
- . 2009. "Aportes de la Arqueología de contrato al campo de la investigación: estudios de casos en Patagonia y Noroeste de la Argentina", en *Revista de Arqueología Americana* N° 22. En prensa.

Zabala, M. y Roura Galtés, I., 2007. *Veo, Veo ¿qué ves? Los objetos patrimoniales como medios de comunicación*. Córdoba, Museo de Antropología Universidad Nacional de Córdoba.

Zabala, M.; Martini, Y. y García Conde, P. 2009. "Patrimonio Integral en tensión: comunidad local – comunidad académica", en *Revista E+E*. Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades de la Facultad de Filosofía y Humanidades-Universidad Nacional de Córdoba. En prensa.

Zabala, M.; Roura Galtés, I. y Fabra, M. 2006. "Educar en patrimonio. Educar en valores", en *Serie Cuadernos Didácticos del Museo de Antropología*. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

Grupo “Difundiendo Arqueología”

Daniela Ávido, Melina Bednarz, Victoria Fernández, Erico G. Gáal, Ezequiel Gilardenghi, Paula Miranda, Gabriel Ángel Moscovici Vernieri, Mariana Ocampo, Patricia Salatino, Federico Scartascini y Anabella Vasini¹

Consideraciones sobre la pregunta

En principio, no nos parece posible proponer una única respuesta a la pregunta ¿para qué sirve la arqueología? Una razón por la cual esta pregunta no tiene una única respuesta, es que la práctica arqueológica está fuertemente dominada por condiciones “extracientíficas” desde su academicismo (lógica que determina la producción y circulación del conocimiento) hasta el contexto socio-político particular, que determina la aplicación o el uso concreto de ese conocimiento. Existieron y existen múltiples arqueologías posibles, por eso pensamos que partir de una definición de la arqueología fundada implícitamente en atributos universales no permite pensar sobre bases objetivas el valor del conocimiento de lo humano en contextos sociales concretos. Este planteo nos lleva a adoptar una mirada crítica de la historia de la práctica arqueológica en todas sus dimensiones: social, política, económica y cultural; para finalmente no solo preguntarnos ¿para qué sirve la arqueología?, sino ¿para qué queremos que sirva en estos tiempos?

¹ Estudiantes de Ciencias Antropológicas, orientación Arqueología, FFyL-UBA.

Otra forma de abordar la pregunta es adoptando una mirada antropológica que evalúe el destino del capital científico. Si la arqueología existe porque es útil y esa utilidad se dirige a alguien, indagar en la utilidad de la arqueología implica repensar el vínculo que se establece entre un nosotros y un otro. Podemos pensar en “nosotros” como científicos y en el “otro” como el sujeto de nuestro estudio, que abarca toda la Humanidad. En este sentido, la arqueología debería orientarse a redefinir un “nosotros” cada vez más inclusivo.

Alternativamente, puede entenderse que el “otro” es el resto de la sociedad de la que formamos parte, reconociéndola como la destinataria del conocimiento que producimos los arqueólogos. Una visión integradora, es pensar que como ciencia social, la arqueología estudia a personas, pero también se dirige a ellas, resultando muy difícil determinar una única utilidad. Por otra parte, adoptar una mirada antropológica también implica reflexionar sobre la relación que la sociedad establece con las distintas materialidades que constituyen nuestra principal evidencia. A partir de esta reflexión, podríamos pensar en una arqueología que sea útil ante las necesidades que existen en la sociedad.

Aunque iniciamos nuestra exposición indicando algunas consideraciones sobre la pregunta ¿para qué sirve la arqueología?, la verdad es que a todos los que quisimos responderla nos surgió inmediatamente una primera respuesta, que muestra distintos matices conceptuales con respecto al *para*, pero coincide fervientemente en el *qué*. Esta respuesta fue que la arqueología sirve para *conocer* o *construir* el pasado.

Una vez superada esta primera enunciación, la respuesta siguió completándose y la mayoría agregó que una aproximación hacia el pasado debe servir para comprender mejor el presente y a nosotros mismos como hombres. En particular, todos coincidimos en que una forma de lograr esto

es posible a partir de que los arqueólogos transmitan el conocimiento que generan. Llegados a este punto, podemos intentar responder esta otra pregunta:

¿Por qué y para qué hacer difusión?

En principio, creemos que la difusión es necesaria porque la arqueología no ocupa un lugar unívoco, y a veces puede llegar a ser equívoco, en el imaginario social. Creemos que esto responde en parte a las siguientes razones: 1) el contexto ideológico de su conformación como disciplina con la contraposición subyacente entre “civilización” y “barbarie” y el de su posterior profesionalización, asociado al surgimiento de los nacionalismos; 2) la historia de su objeto de estudio en el contexto americano: sociedades indígenas eliminadas ideológica y físicamente; y 3) el hermetismo de la disciplina, que responde a una lógica formal de la práctica dominada por el academicismo.

Es necesario entonces una apertura del hermetismo académico, reconociendo nuestra responsabilidad en el proceso de divulgación para evitar quejarnos del desinterés de los miembros de la sociedad a quienes, de hecho no les transmitimos nada que pueda despertar su interés.

En particular, creemos que la difusión puede ser útil porque:

- » Ofrece explicaciones alternativas del pasado a las que se proponen desde la historia (sea la tradicional basada en fuentes escritas o la oficial sesgada políticamente). En otras palabras, queremos decir que la arqueología ofrece *interpretaciones del pasado, que permiten construir otras historias posibles*. Esto deriva en una necesidad de reflexionar sobre el uso de los datos ar-

queológicos en las interpretaciones del pasado, tratando de hacerlo sobre cómo se hizo y se hace arqueología en distintos contextos históricos.

- » Con respecto al rol de la arqueología en la construcción del pasado, surgieron dos posturas distintas entre nosotros. Una es que la arqueología debe ser la voz oficial de aquellas sociedades sin escritura en la reconstrucción de su pasado. Contrariamente, se planteó que la arqueología debería reconstruir el pasado sin fronteras ideológicas, sin una separación entre la arqueología y la historia, dándoles voz a todos sus posibles protagonistas, sin limitarse al pasado de sociedades sin escritura.
- » Por otra parte, la difusión también ayuda a *valorar* los relatos del pasado y los testimonios materiales de ese pasado, evitando que sea una imposición o capricho del arqueólogo, y buscando ser el fruto de una reflexión colectiva con la comunidad. En particular creemos que la práctica del arqueólogo debería involucrar desde la producción de conocimiento, pasando por su difusión, hasta la reflexión colectiva sobre el conocimiento difundido y la consecuente valoración del pasado y los vestigios de este por toda la sociedad. Se planteó también que una implicancia política directa de esta práctica es que si la gente conoce, cuestiona, se interesa y lucha por una realidad diferente.
- » La divulgación del conocimiento arqueológico también *construye una memoria colectiva*, que deviene en la creación de un *continuum* entre lo pasado y lo vivido, lo propio y lo ajeno, favoreciendo la unidad entre los olvidados y los recordados. Es decir, la práctica arqueológica implica la construcción de puentes que acortan distancias temporales y espaciales.
- » Complementariamente, creemos que dirigir la divulgación hacia los niños puede darles la oportunidad de crear imágenes más realistas, humanas y tolerantes de los otros y facilitarles la tarea de encontrar vínculos entre su sociedad y otras diversas. Esto es imprescindible en la formación de personas liberadas y tolerantes, que puedan tomar decisiones sin prejuicios.

- » Por último, el conocimiento sobre el pasado también sirve para *reconstruir el presente*. A partir de la construcción de un pasado se modifica el presente y podemos también redefinirnos a nosotros mismos. Concretamente, consideramos necesario transmitir aquellos contenidos que puedan ofrecer a la sociedad la oportunidad de comprender de una manera más objetiva, real y crítica el pasado de las sociedades que habitaron el actual territorio argentino, así como también los procesos que configuraron las sociedades del presente en el mundo.

Consideraciones sobre qué y cómo difundir

Por un lado, creemos que la arqueología cuenta con una ventaja para atraer la atención de la gente por sobre otras disciplinas, principalmente por el poder que ejerce la idea de un pasado remoto y exótico. No obstante, creemos que si esta idea se mantiene fiel en el “imaginario social”, es nuestra obligación modificarla y enriquecerla.

Por otro lado, una cuestión que entre nosotros dejó cuentas sin saldar fue el planteo de que otra ventaja que tiene la arqueología por sobre las demás ciencias sociales es la de encontrarse a medio camino entre estas y las ciencias duras. Hasta ahora venimos usando los términos ciencia y disciplina indistintamente, pero la discriminación entre ambos está vinculada con consideraciones epistemológicas y metodológicas, que generaron perspectivas contrapuestas.

A partir de este primer planteo, nos generamos otra pregunta: si la ciencia como forma de conocimiento tiene mayor validez que otras formas y si como discurso posee un valor de *verdad* que supera a aquella del sentido común, de la religión, etcétera.

Nos planteamos así un dilema sobre qué transmitir. Una opción es dar a conocer el método, es decir, explicar cómo

la arqueología alcanza un conocimiento del pasado. Dependiendo de qué se responda al planteo anterior sobre la superioridad del método científico por sobre otras formas de conocimiento, es que se puede o no desnaturalizar el carácter de “verdad” de la ciencia.

Explicar que no solo la arqueología sino todas las disciplinas científicas o humanísticas (desde la física hasta la historia) se sostienen sobre un equilibrio endeble entre hechos e ideas, brinda las herramientas para que los miembros de la sociedad construyan su propia historia. Una idea subyacente a esta postura es que la misma sociedad debe deconstruir y reconstruir el pasado.

Por otra parte, hubo consenso unánime en que debe hacerse difusión de los resultados de las investigaciones, porque de esa forma se le brinda a la sociedad una posibilidad concreta de acceder al conocimiento que generamos. La falta de un programa explícito en esta dirección desde la misma formulación de los proyectos de investigación provoca consecuencias que después nosotros mismos repudiamos (por ejemplo, la destrucción de sitios arqueológicos). En este sentido, advertimos la ausencia de la arqueología como tema en las escuelas y hacemos hincapié en la necesidad de empezar a cumplir un rol más activo en el proceso de educación escolar. Dirigirse a los niños es importante porque en esa etapa la socialización está en pleno desarrollo; de esta forma, es oportuno tratar temas que serán los fundamentos sobre los cuales las personas construirán su identidad individual y colectiva.

Finalmente, volviendo a la pregunta que nos convoca, concluimos que un paso fundamental para alcanzar una arqueología socialmente útil, es la difusión y divulgación del conocimiento que producimos.

Como estudiantes de la carrera de Antropología en la Universidad de Buenos Aires tenemos en cuenta numerosos

acontecimientos que actualmente atraviesa nuestra práctica académico-profesional, como la celebración de los cincuenta años de la carrera, el proceso de reforma del Plan de estudios gestado en 1984 y aún vigente. Sumado a este hecho, cabe destacar que ya hemos recorrido un trayecto no menor, adquiriendo así la experiencia que nos motiva y nos permite realizar un diagnóstico crítico de nuestra disciplina.

En este sentido, para concluir, creemos que la coyuntura actual es una situación propicia para que estudiantes, graduados y profesores reflexionemos y reformulemos nuestras metas como científicos sociales.

Cuarta parte. Equipo de trabajo “Construyendo memorias”

Construyendo memorias: detenidos-desaparecidos de la carrera de Ciencias Antropológicas (1974-1983)¹

Eugenia Morey, Pablo Perazzi y Cecilia Varela

El presente trabajo se desprende de una investigación enmarcada en las actividades conmemorativas de los cincuenta años de la carrera de Ciencias Antropológicas cuyo objetivo consiste en la reconstrucción del listado de estudiantes, profesores y graduados detenidos-desaparecidos durante la última dictadura militar. A partir del trabajo de revisión de los legajos académicos surgió la necesidad de reconstruir algunos aspectos de las condiciones de cursada entre mayo de 1973 y septiembre de 1974. En ese sentido, los cursos de verano de 1974, así como el Plan de estudios aprobado meses después, indican un cambio de orientación de los contenidos curriculares que se inscriben en el nuevo ideario de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires. En la primera parte, nos proponemos una presentación preliminar del proceso de armado del listado y de búsqueda de materiales complementarios, así como de las derivas e interrogantes surgidos a propósito de ello. En la segunda parte, sobre la base de la reconstrucción de la trama burocrática-

¹ Este artículo fue publicado en la revista *Espacios de crítica y producción*, N° 39.

administrativa de resoluciones y expedientes y sus lagunas, el análisis de documentación de la época y la realización de algunas entrevistas con informantes clave nos proponemos aportar elementos para la discusión de un período poco explorado de la historia de la carrera de Ciencias Antropológicas que, esperamos, puedan echar alguna luz sobre el pasado y presente de nuestra disciplina.

Trastienda de una investigación

Hace poco más de un año, un grupo de graduados nos propusimos reactualizar el listado de detenidos-desaparecidos y asesinados de la carrera de Ciencias Antropológicas retomando experiencias anteriores. De este modo, el desarrollo del trabajo comenzó articulando experiencias de otras carreras y áreas de la Facultad (Cátedra Libre de Derechos Humanos, Programa Historia y Cine de la Secretaría de Extensión Universitaria), así como la de la Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo. Contando con tales antecedentes, decidimos revisar fichas académicas y legajos radicados en la Dirección Técnica de Alumnos y en la Dirección de Personal.

Comenzamos con un listado de catorce personas, que fuimos ampliando a través del trabajo articulado con organismos de derechos humanos tanto como a través de informaciones brindadas por quienes fueron docentes y estudiantes durante los años setenta. En julio de 2008 ya habíamos digitalizado el material correspondiente a veintiséis estudiantes, graduados y docentes detenidos desaparecidos. La documentación consiste en planillas de inscripción con formatos diversos –según los años– que contienen datos personales, títulos secundarios, parciales, permisos de viaje, solicitudes de títulos, materias aprobadas, referencias temporales y cali-

ficaciones. Aunque fragmentario (en la medida en que muchas veces parte de los legajos se ha perdido en las sucesivas mudanzas y traslados, o no ha podido aún ser hallada) y en proceso de análisis, el material reunido constituyen piezas de los múltiples recorridos de dichos compañeros durante sus años universitarios. Asimismo, el trabajo coordinado con organismos de DD.HH. (Equipo Argentino de Antropología Forense y Abuelas de Plaza de Mayo) y con colegas que desenvuelven su actividad en áreas de gobierno abocadas al desarrollo de políticas de DD.HH. y memoria, nos permitió formalizar contactos con algunos familiares y compañeros e incorporar información sobre afiliaciones políticas, registros laborales, participación en proyectos académicos, etcétera.

El listado que presentamos es el resultado de una primera etapa de trabajo. Por sus propias características, no puede considerarse cerrado, sino más bien en un continuo proceso de enriquecimiento, ampliación y profundización. Al tiempo que escribimos estas líneas y gracias a la difusión preliminar que realizamos, algunos compañeros acercan nuevos nombres que serán próximamente cotejados con las fuentes documentales. A continuación presentamos algunas referencias respecto de algunos casos que nos encontramos reconstruyendo.

Tres compañeras, Gemma Fernández Arcieri, Graciela Muscariello y María Inés Cortes, se graduaron en esta casa de estudios. A través de los datos recogidos en el archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas y en la Dirección de Personal, supimos que las dos primeras ejercieron la docencia en Introducción a las Ciencias Sociales en 1973. Testimonios de quienes entonces eran sus compañeros refieren que, en algún momento entre 1974 y 1975, partieron

con destino a la provincia de Salta para integrarse al equipo organizador de la carrera de Ciencias Antropológicas en la UNSa (Universidad Nacional de Salta). Ambas resistieron el proceso de cesantías² y, una vez producido el golpe de Estado, fueron asesinadas por grupos de tareas: Muscariello en julio y Fernández Arcieri en septiembre de 1976.

Por su parte, Laura Pérez Rey, Estela Lamaison, Alejandra Lapacó y María del Carmen Reyes, las más jóvenes del grupo, se inscribieron en la carrera entre los años 1975 y 1976 y desarrollaron su militancia en la JUP (Juventud Universitaria Peronista). A través de las informaciones de Abuelas de Plaza de Mayo y el EAAF sabemos que las cuatro fueron detenidas y desaparecidas con pocos días de distancia, entre el 17 y el 19 de marzo de 1977.

Algunos compañeros recuerdan con mucho afecto a Adriana Franconetti y subrayan su protagonismo en la militancia estudiantil. Ella fue secuestrada junto con su marido, Jorge Calvo, en la puerta del cine Ritz de Belgrano en septiembre de 1977.

Lucrecia Avellaneda ingresó a la carrera en 1969. En su caso no hemos podido hallar la ficha académica donde constan las materias aprobadas, pero los testimonios de sus com-

2 Solicitada publicada en *El Tribuno*, 28 de diciembre de 1974, p. 9 y Villarroel, María Jimena, "Universidad Nacional de Salta: creación, procesos y crisis", mimeo.

pañeros indican que estaba a poco de graduarse hacia 1976. Hay testimonios que indican que su secuestro ocurrió en el Instituto Nacional de Antropología y Pensamiento Latinoamericano, su ámbito laboral, y otros que refieren que su detención se produjo el 13 de enero de 1977 en el barrio de Congreso, donde trabajaba.

El nombre de Carlos Augusto Cortes surgió de algunos de los listados con los que estábamos trabajando y, si bien todo indicaba que pertenecía a la carrera, no conseguíamos dar con su legajo. Un día, mientras nos encontrábamos en la Dirección Técnica de Alumnos, una profesora se nos acercó, comenzó a revisar los papeles y, tras consultarla sobre Cortes, nos señaló que había sido uno de sus compañeros de estudio. Insistimos, pues, con la búsqueda del legajo y, aunque dimos con una versión incompleta, descubrimos azarosamente su ficha académica en un antiguo mueble de documentación de egresados. *“Esta ficha está fuera de sitio, esta persona no recibió el título, esto está mal ordenado”*, dijo enfáticamente una empleada de la Dirección. Miramos detenidamente la ficha y advertimos que Cortes había cumplido con la totalidad de las materias. No obstante, escrito en lápiz, en un extremo del documento, surgía la siguiente inscripción: *“Ojo, no corresponde Historia de las luchas populares”*. Se trataba de una asignatura aprobada en marzo de 1974. En el ángulo superior derecho aparecía otra leyenda: *“4/8/76. Atendió la mamá, grave problema”*. El 1 de junio de 1976, dos meses antes de aquella fecha, Carlos Cortes era detenido y desaparecido. Una de las versiones que recogimos señala que esto ocurrió mientras se dirigía desde su trabajo en el Instituto de Ciencias Antropológicas hacia el edificio de la Facultad de Filosofía y Letras a los fines de realizar un trámite.

Dedujimos, entonces, que Cortes había dado por sentado que estaba en condiciones de solicitar el título. De ahí que su ficha se hallara traspapelada entre las de los egresados. El hecho de que la solicitud no prosperase tal vez obedecía a aquella denegación de la materia *Historia de las luchas populares*. Nos dispusimos, pues, a reunir información y hallamos que dicha asignatura no constaba en el Plan de Estudios de Ciencias Antropológicas. Consultamos luego a un profesor de activa participación en el Departamento en aquella época y a algunos de quienes habían sido compañeros de cursada, pero nadie recordaba nada. Sospechamos que quizás correspondía a la carrera de Historia, pero en el Departamento respectivo tampoco conseguimos saldar nuestra inquietud.

La Biblioteca Central de la FFyL-UBA conserva gran parte de los programas. Consultamos las carpetas y, curiosamente, descubrimos que la sección correspondiente al segundo cuatrimestre de 1973 y al primer de 1974 no contenía programa alguno. El registro se detiene en el primer cuatrimestre de 1973 –existe una carpeta de Ciencias de la Educación (segundo cuatrimestre de 1973) y otra de 1974 común a la diferentes licenciaturas– y se reanuda en 1975.

Fue así como resolvimos consultar el hasta entonces poco explorado, en cuanto a investigaciones se refiere, Archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas. Ni bien comenzamos a abrir los primeros cajones percibimos que se trataba de un extraordinario reservorio de memoria institucional. Así, nos topamos con viejos programas y, aunque a través de ciertos relatos suponíamos que íbamos a encontrarnos con contenidos sugestivos, la sorpresa fue mayor a la esperada. El de “Antropología Social” del profesor Guillermo Gutiérrez (2° cuatrimestre de 1973) llevaba por subtítulo

“La antropología social y los problemas de la planificación cultural en la etapa de la transición revolucionaria”,³ y el de “Folklore Argentino” del profesor Rodolfo David Ortega Peña proponía un recorrido histórico desde la “caída de Rosas” hasta la “rebelión armada: del Uturunco a FAP, FAR y Montoneros”.⁴ No menos sugestivo fue el hallazgo de la resolución 198 (22 de febrero de 1974) del Consejo Superior. Esta establecía un Ciclo de Iniciación común a todas las carreras de la FFyL-UBA, vigente desde el primer cuatrimestre de 1974, comprendiendo las siguientes asignaturas: Introducción a la Realidad Nacional, Historia de las Luchas Populares por la Liberación y Teoría y Método. Si bien la segunda parecía coincidir con la cursada por Cortes, no creímos que se tratara de la misma: Cortes había aprobado su materia en marzo de 1974 y la resolución 198, en cambio, hablaba de una asignatura de duración anual.

Unas semanas después, en otra visita al Archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas, encontramos un viejo cuadernillo titulado “Actividades de verano en la Facultad de Filosofía y Letras. Año 1974”, cuyo contenido resultaría esclarecedor. Su encabezado decía: “*A partir de la necesidad de ofrecer a los estudiantes la posibilidad de trabajar para la Reconstrucción Nacional durante todo el año y a la espera de un ordenamiento uniforme para toda la Universidad respecto al uso y distribución de los doce meses del año, esta Facultad considera las siguientes tareas estivales...*”, tareas que serían desarrolladas por los diferentes departamentos entre el 7 de enero y el 8 de marzo de 1974. De la amplia oferta, dos cursos concita-

3 Carpeta “Programas”, Archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas.

4 Carpeta “Programas”, Archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas.

ron nuestra atención: “Migraciones y vivienda popular en la Argentina” a cargo de los profesores Hugo Ratier y Alfredo Lattes, bajo la órbita compartida de los departamentos de Ciencias Antropológicas y Geografía, e “Historia de las luchas populares” a cargo de los profesores Juan Pablo Franco y Fernando Álvarez, bajo la órbita del Departamento de Sociología. Fue entonces cuando conseguimos despejar nuestra duda respecto de la materia de Cortes: se trataba, efectivamente, de una de las asignaturas dictadas durante aquel verano de 1974.

Si bien el objetivo original del proyecto consistía en la reactualización del listado de estudiantes, graduados y docentes detenidos desaparecidos y asesinados, nuestras erráticas y azarosas pesquisas nos llevaron a plantearnos la necesidad de contextualizar las condiciones de cursada entre mayo de 1973 y septiembre de 1974. Las conversaciones de pasillo y los primeros escarceos bibliográficos empezaron a dotar de encarnadura real a aquellos de los que entonces solo sabíamos sus nombres. Ya no se trataba únicamente de documentos, fotografías y datos aislados sino de estudiantes y militantes que, poco a poco, comenzaban a adquirir presencia. Así se nos fueron apareciendo algunos interrogantes: ¿en qué proyectos de universidad realizaron sus recorridos?, ¿qué expectativas depositaron en su(s) elección(es) disciplinaria(s)?, ¿qué tipo de formación recibieron?, ¿qué lecturas paralelas efectuaron?, ¿qué participación tuvieron en la reforma del plan de estudios y en la transformación de los contenidos curriculares?, ¿cómo articularon educación formal con militancia estudiantil y profesional?, ¿qué significado tuvieron –en este contexto– los cursos de verano de 1974?

Fragmentos de una época

La década de 1970 ha estado sujeta a interpretaciones dicotómicas –de lo encomiástico y apologético a la detracción cínica– que parecen reproducir antiguos enfrentamientos, obturando de ese modo investigaciones y debates que, aunque situados, intenten echar luz sobre una etapa compleja de la historia reciente. En los últimos años, sin embargo, han aparecido estudios que, combinando herramientas de la historia de los intelectuales y la historia política con la sociología y la antropología del poder y los campos académicos, comenzaron a poner en cuestionamiento las lecturas normativas y a ofrecer nuevos materiales de estudio. Este acercamiento todavía preliminar y fragmentario a través de la búsqueda, selección y análisis de fuentes documentales de variada índole, desde resoluciones del Rectorado, el Decanato y el Consejo Directivo hasta volantes de organizaciones estudiantiles, legajos docentes y archivos personales, nos introdujo en los recodos e intersticios de una época sumamente compleja.

El golpe del año 1966 significó un punto de inflexión en la historia de las universidades argentinas: intervenciones, renunciadas y cesantías, limitación de la libertad de cátedra, dependencia de las universidades del Ministerio de Interior, represión estudiantil. Pese al avasallamiento de la autonomía universitaria y, en términos generales, al cierre de los canales de participación política (disolución del Congreso, prohibición de los partidos políticos e instauración de la doctrina de seguridad nacional), las casas de altos estudios se convirtieron en uno de los epicentros del proceso de radicalización política de la época.

Ya a principios de la década de 1970, los intentos de las autoridades universitarias de morigerar los conflictos internos aplicando sanciones presuntamente ejemplificadoras

(denuncias policiales, sanciones disciplinarias, persecución de dirigentes estudiantiles) se vieron desbordados por la fuerza de los acontecimientos. Corrían los años en que el compromiso declarativo comenzaba a ceder espacio a las medidas de acción concretas y en que grupos mayoritarios de estudiantes iniciaban un masivo tránsito al nacionalismo y la resistencia peronista, en simbiosis con el marxismo, el catolicismo posconciliar y el tercermundismo. En ese contexto, las “Cátedras Nacionales” cobrarían enorme protagonismo, transformándose en itinerario y brújula de una parte por demás significativa del frente universitario.

De difícil encuadre, las “Cátedras Nacionales” emergieron de una alianza entre un sector del estudiantado en proceso de radicalización política y un grupo de profesores que había accedido a cargos universitarios en la UBA luego de la intervención de 1966 (Recalde, 2007). En términos muy esquemáticos, implicaban la introducción de teorías marxistas, del revisionismo histórico (por oposición a la historiografía liberal), de escritores y ensayistas del pensamiento nacional y de literatura peronista y tercermundista. Con sus matices, la nueva oferta bibliográfica y conceptual, hasta entonces predominantemente atada a las corrientes académicas metropolitanas, contribuyó al proceso de peronización de amplios sectores del ambiente universitario, ambiente principalmente conformado por clases medias urbanas. El momento de esplendor de las “Cátedras Nacionales” se produjo entre 1967 y 1971 (Malimacci y Giorgi, 2007; Recalde, 2007). Los órganos de difusión fueron las revistas *Envido* y *Antropología 3er. mundo*, dirigidas por Arturo Armada y Guillermo Gutiérrez, respectivamente.

El 31 de mayo de 1973, días después de la asunción presidencial de Héctor Cámpora y de los nombramientos de Jorge Taiana como ministro de Educación y del historiador Rodolfo Puiggrós como rector de la Universidad Nacional y

Popular de Buenos Aires, el sacerdote Justino O'Farrell era designado "delegado interventor" de la Facultad de Filosofía y Letras. La designación de O'Farrell, un cuadro identificado con las corrientes del catolicismo posconciliar, coronaba un breve aunque intenso derrotero académico-intelectual. Mentor de las llamadas "Cátedras Nacionales",⁵ director del Departamento de Sociología desde 1969 y hábil articulador de idearios teórico-ideológicos hasta entonces poco menos que insospechados, se convertiría en figura emblemática del frente universitario y en artífice visible de la apertura de cátedras, departamentos e institutos a docentes, intelectuales, investigadores y militantes vinculados a los peronismos de izquierda.

La administración de O'Farrell no supuso, sin embargo, ninguna discontinuidad con las herramientas político-institucionales desplegadas durante las sucesivas intervenciones de las universidades argentinas: 1) solicitud de renuncia a funcionarios, docentes e investigadores,⁶ 2) juicios académicos a ex decanos (Ángel Castellán y Antonio Serrano Redonnet),⁷ 3) supresión transitoria de los órganos de decisión (consejo directivo), 4) declaraciones de compromiso con las autoridades entrantes, 5) suspensión de las sanciones aplicadas por motivos políticos, gremiales, sociales y estudiantiles,⁸ 6) actos reivindicativos y de homenajes⁹ y 5) armado de un programa de recambio y normalización, así

5 Entre los miembros fundadores de las "Cátedras Nacionales" se destacaron, entre otros, Gonzalo Cárdenas, Guillermo Gutiérrez, Roberto Carri, Alcira Argumedo, Blas Alberti, Amelia Podetti, Horacio González, Jorge Carpio, Conrado Eggers Lan y Gunnar Olson.

6 Resolución 13 del Delegado Interventor FFyL-UBA (4 de junio de 1973).

7 Resoluciones 209 y 210 del Delegado Interventor FFyL-UBA (12 de julio de 1973).

8 Resolución 110 del Delegado Interventor FFyL-UBA (27 de junio de 1973).

9 Por resolución 206 del Delegado Interventor FFyL-UBA (11 de julio de 1973) se rindió homenaje al empleado y estudiante Juan Pablo Maestre asesinado el 13 de julio de 1971 y por resolución 332 del Delegado Interventor FFyL-UBA (20 de julio de 1973) se declaró "profesor emérito" de la FFyL-UBA al doctor Rodolfo Puiggrós.

como de “planes de transición” para las diferentes carreras de la facultad.

En ese sentido, entre las primeras medidas, se dispuso la remoción de los directores de los departamentos, institutos y centros, designándose a sus respectivos reemplazos. En cuanto al Departamento de Ciencias Antropológicas, Guillermo Gutiérrez ocuparía su dirección, así como la del Instituto de Antropología y el Museo Etnográfico,¹⁰ hasta la designación de Hugo Ratier el 26 de noviembre de 1973.¹¹ A través de un pedido elevado por Gutiérrez al delegado interventor O’Farrell, se dispondría la redenominación de los espacios institucionales disciplinarios 1) el Instituto de Antropología por el Centro de Acción e Investigación Cultural “Raúl Scalabrini Ortiz”, 2) el Museo Etnográfico por el Centro de Recuperación de la Cultura Popular “José Imbelloni” y 3) Departamento de Ciencias Antropológicas “John William Cooke”.¹²

Según el “Informe de las actividades desarrolladas y los proyectos de ejecución por parte del Departamento de Ciencias Antropológicas “John William Cooke”, el segundo cuatrimestre de 1973 fue declarado de “Transición y reestructuración de la carrera” con el objetivo de *“redefinir los objetivos de la antropología y englobarla dentro de una ciencia histórico-social única junto con el resto de las carreras afines (sociología, psicología, etcétera).”*¹³ De este modo, se proponía un perfil de científico social que debía *“dejar de ser un agente de*

10 Resoluciones 5, 6 y 7 del Delegado Interventor FFyL-UBA (1 de junio de 1973).

11 “30 Años de Antropología en Buenos Aires, 1958-1988”, Jornadas de Antropología, Buenos Aires, 24 y 25 de noviembre 1988, FFyL, UBA. El 7 de mayo Hugo Ratier, de acuerdo con el nuevo reordenamiento del organigrama de los Departamentos Docentes, fue designado Coordinador del Departamento de Ciencias Antropológicas por intermedio de la Resolución 40 de la Decana Normalizadora FFyL-UBA.

12 Resolución 697 del Delegado interventor FFyL-UBA (28 de agosto de 1973).

13 Carpeta “Facultad Disposiciones”, Archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas.

la colonización cultural para pasar a ser un trabajador de la cultura comprometido con la realidad social del país”,¹⁴ y cuyo rol consistía en brindar elementos para la planificación en áreas de gobierno consideradas prioritarias (salud, vivienda, educación). La aspiración de máxima era “*rescatar y recrear la auténtica cultura nacional y popular, es decir, las pautas culturales que surgen de la lucha por la liberación nacional y social en los marcos de la unidad nacional y latinoamericana*”.¹⁵

La intención de producir modificaciones sustantivas en la formación disciplinar se hizo visible, a su vez, en el ingreso de nuevos nombres a la planta docente y en cambios significativos de los contenidos curriculares, ingreso y cambios que empezaría a advertirse en el segundo cuatrimestre de 1973, aun antes de la aprobación del nuevo Plan de estudio. Ratificado por el Consejo Superior el 15 de marzo de 1974, el flamante Plan entraría en vigencia a partir del primer cuatrimestre de 1974.¹⁶ Dentro del ciclo de orientación sociocultural se incluían especializaciones en antropología sanitaria, antropología de la vivienda, antropología de la educación, antropología indígena, antropología rural. Entre las innovaciones del nuevo Plan –por comparación con los anteriores–, apareció la asignatura “Principios de planificación social”, la cual, según algunas entrevistas, conllevaba la intención de dotar al perfil profesional de herramientas de intervención en la gestión pública.

La intervención del presbítero Raúl Sánchez Abelenda en septiembre de 1974¹⁷ decretará la suspensión del esquema propuesto, circunscribiendo su existencia a un único cuatrimestre y declarando la caducidad de todas las reformas

14 *Op. cit.*, p. 2.

15 *Op. cit.*, p. 2.

16 Resolución CS UBA 375 y Resolución 255 del Delegado Interventor FFyL-UBA (14 de marzo de 1974).

17 Resolución CS UBA 17 (24 de septiembre de 1974).

introducidas.¹⁸ La decisión de disolver institutos y centros fue fundamentada en que “*los mismos servían para la difusión de la ideología comunista que se expandía en todos los ámbitos de la Facultad*”.¹⁹ El cierre de la facultad dispuesto por el rector interventor Alberto Ottalagano y el pase a disponibilidad de todo el personal docente determinarían la interrupción de una intensa y agitada experiencia generacional.²⁰

¿Cuál fue –en este nuevo contexto– el destino de los cursos de verano de 1974? La documentación hallada no es del todo unívoca al respecto. Por un lado, en el archivo del Departamento de Ciencias Antropológicas existen carpetas que contienen notas que deniegan u otorgan validez a estos cursos caso por caso. El seminario “Migraciones y vivienda popular” fue en líneas generales validado por las nuevas autoridades, mientras que el seminario “Historia de las Luchas Populares” no parece haber corrido la misma suerte. Quienes se desempeñaron como personal administrativo en aquella época señalan que el profesor Bórmida tomaba las decisiones personalmente en cada caso. Por otro lado, la resolución 731 del Delegado Interventor Sánchez Abelenda indicaba que la validez de los cursos de verano fue revisada, siendo algunos de ellos declarados “*actos administrativos inexistentes, emitidos por funcionarios de hecho, fuera de todo ámbito de competencia asignada*”.²¹ Según esta misma resolución, la estrategia de la nueva gestión parece haber sido acceder –para el caso de los estudiantes que hubiesen asistido a los mismos– a reducir a una la cantidad de materias requeridas (como optativas) según el Plan de estudios. Así, en algunos casos, se reconocía *de hecho* la participación en los cursos,

18 Resolución Delegado Interventor 91 FFyL-UBA (27 de diciembre de 1974).

19 Resolución Delegado Interventor 83 FFyL-UBA (27 de diciembre de 1974).

20 Resolución CS UBA 34 y 35/74.

21 Resolución Delegado Interventor 731 FFyL-UBA (18 de julio de 1975).

pero, a su vez, se garantizaba que estos no constaran en los certificados analíticos de los alumnos.

En un contexto de radicalización de las luchas políticas al interior del peronismo, las universidades se convirtieron entre 1973 y 1974 en un espacio clave para la rápida movilización de la militancia estudiantil. En ese sentido –según los testimonios recogidos–, los cursos del verano de 1974 pueden leerse como una estrategia destinada a garantizar la ocupación efectiva del territorio académico, ante el avance de sectores “duros” que aspiraban al control de los resortes institucionales. Sin embargo, también pueden interpretarse en sintonía con la necesidad de acelerar las transformaciones operadas en los contenidos curriculares. Retomando la experiencia de las “Cátedras Nacionales”, dichos cursos implicaron un principio de renovación de la oferta de cátedras y de los registros bibliográficos. Convertidos algunos en materias obligatorias del “ciclo de iniciación” (“Historia de las luchas populares”), constituyeron los antecedentes de futuras carreras (“Introducción a los medios masivos de comunicación” en relación a la Licenciatura en Comunicación Social)²² y de nuevas perspectivas disciplinarias (“Migraciones y vivienda popular” en relación con antropología rural y antropología urbana).

Es entonces en el replanteo general de los programas de estudio, de los contenidos curriculares, de los regímenes de cursada y evaluación, del esquema de funcionamiento de los institutos y centros de investigación, y de los modos de participación y acción política de las organizaciones estudiantiles, donde el período revela cabalmente las peculiaridades, ambigüedades y tipicidades de una época.

22 Anguita, E. y Caparrós, M. 1998. *La voluntad* II. Buenos Aires, Norma.

Bibliografía

Anguita, E. y Caparrós, M. 1998. *La voluntad II*. Buenos Aires, Norma.

Barletta, A. M. y Lenci, L. 2000. "Las revistas de la 'Nueva Izquierda'. Politización de las Ciencias Sociales en la Argentina. La revista *Antropología 3er. mundo*, 1968-1973", *Sociohistórica. Cuadernos del CISH* (Universidad Nacional de La Plata), N° 8, segundo semestre.

Barletta, A. M. 2000. "Una izquierda peronista universitaria. Entre la demanda académica y la demanda política, 1968-1973", *Prismas. Revista de Historia Intelectual*. Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, N° 6.

Malimacci, F. y Giorgi, G. 2007. 50 aniversario de la carrera. VII Jornadas de Sociología. Pasado, Presente y Futuro. Carrera de Sociología, UBA

Recalde, A. 2007. *Universidad y liberación nacional*. Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

Villarroel, M. J. "Universidad Nacional de Salta: Creación, procesos y crisis". Mimeo.

